minotauro

# RAY BRADBURY

## MUCHO DESPUÉS DE MEDIANOCHE

# Mucho después de medianoche

## Ray Bradbury

En su primera colección en siete años, el incomparable Ray Bradbury evoca espeluznantes fantasmas del pasado, presente y futuro que hechizarán y perturbarán a sus millones de lectores.
Conoce al loro a quien Hemingway le confió la trama de su última, más grande y nunca escrita novela; la invisible mujer de hielo que se hacía llamar "Melissa Toad, Witch" y ofrecía un amor perfecto y una inmunidad mágica; el policía novato que quedó atónito por el suicidio de una niña, hasta que descubrió "su" secreto, además de 19 apariciones y celebraciones más.
"Cada entrada es una miniatura y una joya... Puede establecer un estado de ánimo en una línea, puede sugerir cosas que saltan en la noche de manera poética... Esto es algo de una noche lluviosa".

—San *Francisco Cronicle*

BANTAM BOOKS TORONTO • NUEVA YORK • LONDRES • SYDNEY
*Este Bantam Book de bajo precio se ha restablecido por completo en un tipo de letra diseñado para facilitar la lectura y se imprimió a partir de planchas nuevas. Contiene el texto completo de la edición original en tapa dura.*
**NO SE HA OMITIDO UNA PALABRA.**
RL 6, IL 14 años en adelante
**MUCHO DESPUÉS DE LA MEDIANOCHE**
*A Bantam Book / publicado por acuerdo con Alfred A. Knopf, Inc.*
*HISTORIA DE LA IMPRESIÓN Edición de Knopf publicada en septiembre de 1976*
*2ª impresión. . . Octubre de 1976 Selección del Gremio Literario Septiembre de 1976*
*"La botella azul" Copyright 1950 de Love Romances Publishing Inc. "Forever and the Earth" Copyright 1950 de Love Romances Publishing Inc. "Castigo sin crimen" Copyright 1950 de Other Worlds, "The Miracles of Jamie" apareció por primera vez en Charm, " The October Game" en Weird Tales, "One Timeless Spring" y "The Pumpernickel" en Collier's, "A Piece of Wood" en Esquire, "The Utterly Perfect Murder^' ("My Perfect Murder") y "The Parrot Who Met Papa" en la revista Playboy, "¡Tengo una barra de chocolate para ti!" en Penthouse, "The Wish" en la revista Woman's Day y "Drink Entire: August the Madness of Crowds" en Gallery.*
*Edición Bantam / Abril 1978*
*2ª impresión... Noviembre de 1978 4ª impresión... Octubre de 1980 3ª impresión... Agosto de 1979 5ª impresión... Agosto de 1982*
*Arte de portada de Will Stone Collection, San Francisco, Copyright © Bill Stoneham, Sin título.*
*Reservados todos los derechos. Derechos de autor 1946, 1947, 1951, 1952, © 1971, 1972,*
*1973, 1976 por Ray Bradbury.*
*Copyright renovado 1974, 1975 por Ray Bradbury-*
*Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente por mimeógrafo o cualquier otro medio, sin permiso.*
*Para obtener información, diríjase a: Alfred A. Knopf, Inc.,*
*201 East 50th St., Nueva York, NY 10022,*
ISBN 0-553-22867-6*Publicado simultáneamente en los Estados Unidos y Canadá*
*Bantam Books es una publicación de Bantam Books, Inc. Su marca*

*registrada, que consta de las palabras "Bantam Books" y la representación de un gallo, está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de EE. UU. y en otros países. Marca Registrada. Bantam Books, Inc., 666 Fifth Avenue, Nueva York, Nueva York 10103.*

**IMPRESO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA**
14 13 12 11 10 9 8 7 6

*Este libro, con amor,*
*está dedicado a William F. Nolan, increíble coleccionista, fantástico investigador, querido amigo.*

# Contenido

La botella azul
Una primavera eterna
El loro que conoció a papá
El hombre en llamas
El hombre en llamas
El Mesías
EGB-Mark V
El asesinato absolutamente perfecto
Castigo sin crimen
Pasar el domingo de alguna manera
Bebe esto: contra la locura de las multitudes
Intervalo en la luz del sol
Una historia de amor
El deseo
Para siempre y la tierra
La mejor parte de la sabiduría
Querido Adolf
Los milagros de Jamie
El juego de octubre
El pan integral de centeno
Mucho después de la medianoche
¿Tengo una barra de chocolate para ti?
SOBRE EL AUTOR

# La botella azul

Los relojes de sol se convirtieron en guijarros blancos. Las aves del aire ahora volaban en cielos antiguos de roca y arena, sepultadas, sus cantos cesaron. Los fondos del mar muerto estaban llenos de polvo que inundaba la tierra cuando el viento le ordenaba recrear una vieja historia de hundimiento. Las ciudades estaban llenas de graneros de silencio, tiempo almacenado y guardado, estanques y fuentes de quietud y memoria.

Marte estaba muerto.

Luego, de la gran quietud, desde una gran distancia, se oyó un sonido de insecto que se hizo más grande entre las colinas de canela y se movió en el aire abrasado por el sol hasta que la carretera tembló y el polvo se sacudió susurrando en las ciudades antiguas.

El sonido cesó.

En el resplandeciente silencio del mediodía, Albert Beck y Leonard Craig estaban sentados en un antiguo landcar, observando una ciudad muerta que no se movía bajo su mirada sino que esperaba su grito:

"¡Hola!"

Una torre de cristal cayó sobre una suave lluvia de polvo.

"¡Tú allí!"

Y otro se derrumbó.

Y otro y otro cayeron mientras Beck llamaba, convocándolos a muerte. En vuelos demoledores, animales de piedra con enormes alas de granito se lanzaron para golpear los patios y las fuentes. Su grito los convocó como bestias vivientes y las bestias respondieron, gimieron, resquebrajaron, se inclinaron, se inclinaron, temblando, vacilantes, luego partieron el aire y descendieron con las bocas torcidas y los ojos vacíos, con dientes afilados, eternamente hambrientos, repentinamente agarrados. y esparcido como metralla sobre los Ltiles.

Beck esperó. No cayeron más torres.

"Es seguro entrar ahora".

Craig no se movió. "¿Por la misma razón?"

Beck asintió.

"Por una maldita botella, no lo entiendo. ¿Por qué todos la quieren?"

Beck salió del coche. "Aquellos que lo encontraron, nunca dijeron, nunca explicaron. Pero, es viejo. Viejo como el desierto, como los mares muertos, y podría contener cualquier cosa. Eso es lo que dice la leyenda. Y porque podría contener cualquier cosa, bueno, que despierta el hambre del hombre".

"Tuya, no mía", dijo Craig. Su boca apenas se movió; sus ojos estaban medio cerrados, levemente divertidos. Se estiró perezosamente. "Estoy solo

para el viaje. Es mejor mirarte que sentarme en el calor".

Beck se había topado con el viejo Landcar hace un mes, antes de que Craig se uniera a él. Era parte de los restos de la Primera Invasión Industrial de Marte que terminó cuando la carrera avanzó hacia las estrellas. Había trabajado en el motor y lo había hecho funcionar de ciudad en ciudad muerta, a través de las tierras de los holgazanes y peones, los soñadores y los holgazanes, hombres atrapados en la resaca del espacio, hombres como él y Craig que nunca habían querido hacer gran cosa. cualquier cosa y había encontrado en Marte un buen lugar para hacerlo.

"Hace cinco mil, diez mil años, los marcianos fabricaron la Botella Azul", dijo Beck. "Soplado de vidrio marciano, y perdido y encontrado y perdido y encontrado una y otra vez".

Contempló el vacilante brillo titilante de la ciudad muerta. Toda mi vida, pensó Beck, no he hecho nada y nada dentro de la nada. Otros, mejores hombres, han hecho grandes cosas, se han ido a Mercurio, a Venus o más allá del Sistema. Excepto yo. Yo no. Pero la Botella Azul puede cambiar todo eso.

Dio media vuelta y se alejó del coche silencioso.

Craig salió y lo persiguió, moviéndose con facilidad. "¿Qué pasa ahora, diez años que has cazado? Te estremeces cuando duermes, te despiertas con ataques, sudas durante los días. Deseas tanto la maldita botella, y no sabes lo que hay dentro. Eres un tonto, Beck".

"Cállate, cállate", dijo Beck, pateando un tobogán de guijarros fuera de su camino.

Caminaron juntos hacia la ciudad en ruinas, sobre un mosaico de azulejos agrietados que formaban un tapiz de piedra de frágiles criaturas marcianas, bestias muertas hacía mucho tiempo que aparecían y desaparecían cuando una ligera brisa agitaba el polvo silencioso.

"Espera", dijo Beck. Se llevó las manos a la boca y lanzó un gran grito. "¡Tú allí!"

"... allí", dijo un eco, y las torres cayeron. Fuentes y pilares de piedra plegados en sí mismos. Ese era el camino de estas ciudades. A veces torres tan hermosas como una sinfonía caían ante una palabra pronunciada. Era como ver una cantata de Bach desintegrarse ante tus ojos.

Un momento después: huesos enterrados en huesos. El polvo se asentó. Dos estructuras permanecieron intactas.

Beck dio un paso adelante, asintiendo a su amigo.

Se movieron en busca.

Y, buscando, Craig se detuvo, con una leve sonrisa en los labios. —En esa botella —dijo—, ¿hay una mujercita de acordeón, toda doblada como una de esas tazas de hojalata, o como una de esas flores japonesas que pones en el

agua y se abre?

"No necesito una mujer".

"Tal vez sí. Tal vez nunca tuviste una mujer real, una mujer que te amara, así que, en secreto, eso es lo que esperas que haya en él". Craig frunció la boca. "O tal vez, en esa botella, algo de tu infancia. Todo en un pequeño paquete: un lago, un árbol al que te subiste, hierba verde, algunos cangrejos de río. ¿Qué te parece?"

Los ojos de Beck se centraron en un punto distante. "A veces, eso es casi todo. El pasado: la Tierra. No lo sé".

Craig asintió. "Lo que hay en la botella dependería, tal vez, de quién esté mirando. Ahora, si hubiera un trago de whisky en ella..."

"Sigue buscando", dijo Beck.

Había siete habitaciones llenas de brillo y brillo; desde el suelo hasta el techo escalonado había toneles, vasijas, magnums, urnas, jarrones, hechos de vidrio rojo, rosa, amarillo, violeta y negro. Beck los destrozó, uno por uno, para eliminarlos, para sacarlos del camino para que nunca más tuviera que atravesarlos.

Beck terminó su habitación, estaba listo para invadir la siguiente. Casi tenía miedo de continuar. Miedo de que esta vez lo encontraría; que la búsqueda terminaría y el sentido desaparecería de su vida. Solo después de haber oído hablar de la Botella Azul de los viajeros del fuego desde Venus a Júpiter, hace diez años, la vida comenzó a tener un propósito. La fiebre lo había encendido y se había quemado constantemente desde entonces. Si trabajaba correctamente, la perspectiva de encontrar la botella podría llenar toda su vida hasta el borde. Otros treinta años, si era cuidadoso y no demasiado diligente, de búsqueda, sin admitir nunca en voz alta que no era la botella lo que contaba en absoluto, sino la búsqueda, la carrera y la caza, el polvo y las ciudades y la marcha... en.

Beck escuchó un sonido ahogado. Dio media vuelta y caminó hasta una ventana que daba al patio. Una pequeña bicicleta de arena gris había ronroneado casi sin ruido al final de la calle. Un hombre regordete de pelo rubio se levantó del asiento de muelles y se quedó mirando la ciudad. Otro buscador. Beck suspiró. Miles de ellos, buscando y buscando. Pero había miles de ciudades, pueblos y aldeas quebradizas y llevaría un milenio examinarlas todas.

"¿Cómo estás?" Craig apareció en una puerta.

"Sin suerte." Beck olfateó el aire. "¿Hueles algo?"

"¿Qué?" Craig miró a su alrededor.

"Huele a... bourbon".

"¡Ho!" Craig se rió. "¡Ese soy yo!"

"¿Tú?"

"Acabo de tomar un trago. Lo encontré en la otra habitación. Empujé algunas cosas, un montón de botellas, como siempre, y una de ellas tenía algo de bourbon, así que me tomé un trago".

Beck lo estaba mirando, comenzando a temblar. ¿Qué… qué estaría haciendo el bourbon aquí, en una botella marciana? Sus manos estaban frías. Dio un paso lento hacia adelante. "Muéstrame"

"Estoy seguro que . . ."

"¡Muéstrame, maldita seas!"

Allí estaba, en un rincón de la habitación, un recipiente de cristal marciano tan azul como el cielo, del tamaño de una fruta pequeña, ligero y aireado en la mano de Beck mientras lo dejaba sobre una mesa.

"Está medio lleno de bourbon", dijo Craig.

"No veo nada adentro", dijo Beck.

"Entonces agítalo".

Beck lo recogió y lo sacudió con cautela.

"¿Lo escuchas gorgotear?"

"No."

"Puedo oírlo claramente".

Beck lo volvió a colocar en la mesa. La luz del sol que entraba por una ventana lateral arrojaba destellos azules del delgado contenedor. Era el azul de una estrella sostenido en la mano. Era el azul de una bahía oceánica poco profunda al mediodía. Era el azul de un diamante por la mañana.

"Esto es todo", dijo Beck en voz baja. "Sé que lo es. No tenemos que buscar más. Hemos encontrado la Botella Azul".

Craig se mostró escéptico. "¿Seguro que no ves nada en él?"

"Nada. . . Pero-" Beck se inclinó y miró profundamente en el universo azul de cristal. "Tal vez si lo abro y lo dejo salir, sea lo que sea, lo sabré".

"Puse el tapón con fuerza. Aquí". Craig se acercó.

"Si me disculpan, caballeros", dijo una voz en la puerta detrás de ellos.

El hombre regordete con cabello rubio entró en su línea de visión con una pistola. No miró sus rostros, solo miró la botella de vidrio azul. Empezó a sonreír. "Odio mucho manejar armas", dijo, "pero es una cuestión de necesidad, ya que simplemente debo tener esa obra de arte. Le sugiero que me permita tomarla sin problemas".

Beck estaba casi complacido. Tenía una cierta belleza de tiempo, este incidente; era el tipo de cosa que podría haber deseado, que le robaran el tesoro antes de que lo abrieran. Ahora existía la buena perspectiva de una persecución, una pelea, una serie de ganancias y pérdidas y, antes de que terminaran, tal vez otros cuatro o cinco años dedicados a una nueva búsqueda.

"Ven ahora", dijo el extraño. "Ríndete". Levantó el arma en señal de advertencia.

Beck le entregó la botella.

"Increíble. Realmente increíble", dijo el hombre regordete. "No puedo creer que fuera tan simple como esto, entrar, escuchar a dos hombres hablando y que simplemente me entregaran la Botella Azul. ¡Increíble!" Y se alejó por el pasillo, hacia la luz del día, riendo para sí mismo.

Bajo las frías lunas dobles de Marte, las ciudades de medianoche eran huesos y polvo. A lo largo de la carretera desparramada, el coche terrestre daba tumbos y traqueteos, pasando ciudades donde las fuentes, los girostatos, los muebles, los libros cantores de metal, las pinturas yacían empolvados con argamasa y alas de insectos. Más allá de ciudades que ya no eran ciudades, sino sólo cosas reducidas a un fino cieno que florecía sin sentido de un lado a otro en los vientos del vino entre una tierra y otra, como la arena en un reloj de arena gigantesco, piramidándose y piramidando sin fin. El silencio se abrió para dejar pasar el coche y se cerró rápidamente detrás.

Craig dijo: "Nunca lo encontraremos. Estos malditos caminos. Tan viejos. Baches, bultos, todo mal. Tiene ventaja con la bicicleta; puede esquivar y zigzaguear. ¡Maldita sea!"

Se desviaron bruscamente, evitando un mal tramo. El automóvil se movió sobre la vieja carretera como un borrador, topó con suelo ciego, pasó sobre él, lo quitó el polvo para revelar el color esmeralda y dorado de los antiguos mosaicos marcianos grabados en la superficie de la carretera.

"Espera", gritó Beck. Aceleró el coche hacia abajo. "Vi algo ahí atrás".

"¿Dónde?"

Retrocedieron cien metros.

"Allí. Ya ves. Es él".

En una zanja al costado del camino, el hombre regordete yacía doblado sobre su bicicleta. Él no se movió. Sus ojos estaban muy abiertos, y cuando Beck encendió una linterna, los ojos ardían apagadamente.

"¿Dónde está la botella?" preguntó Craig.

Beck saltó a la zanja y recogió el arma del hombre. "No lo sé. Se fue".

"¿Qué lo mató?"

"Yo tampoco lo sé".

"La motocicleta se ve bien. No es un accidente".

Beck hizo rodar el cuerpo. "Sin heridas. Parece que él simplemente se detuvo, por su propia voluntad".

"Un ataque al corazón, tal vez", dijo Craig. "Emocionado por la botella. Baja aquí para esconderse. Pensó que estaría bien, pero el ataque lo acabó".

Eso no tiene en cuenta la Botella Azul.

"Alguien vino. Señor, tú sabes cuántos buscadores hay...".

Exploraron la oscuridad a su alrededor. A lo lejos, en la negrura estrellada, en las colinas azules, vieron un vago movimiento.

"Allí arriba." Señaló Beck. "Tres hombres a pie".

"Ellos deben tener ..."

"¡Dios mío, mira!"

Debajo de ellos, en la zanja, la figura del hombre regordete brillaba, comenzaba a derretirse. Los ojos adquirieron el aspecto de piedras lunares bajo un repentino torrente de agua. El rostro comenzó a disolverse en fuego. El pelo parecía pequeños hilos de petardos, encendidos y chisporroteando. El cuerpo echaba humo mientras miraban. Los dedos se sacudieron con llamas. Luego, como si un martillo gigantesco hubiera golpeado una estatua de cristal, el cuerpo se partió hacia arriba y desapareció en una llamarada de fragmentos rosados, convirtiéndose en niebla cuando la brisa nocturna lo llevó por la carretera.

"Deben haberle hecho algo a él", dijo Craig. "Esos tres, con un nuevo tipo de arma".

"Pero ha sucedido antes", dijo Beck. "Hombres que conocía que tenían la Botella Azul. Desaparecieron. Y la botella pasó a otros que desaparecieron". Sacudió la cabeza. "Parecía un millón de luciérnagas cuando se rompió..."

"¿Vas tras ellos?"

Beck volvió al coche. Juzgó los montículos del desierto, las colinas de limo y silencio. "Será un trabajo duro, pero creo que puedo empujar el auto tras ellos. Tengo que hacerlo ahora". Hizo una pausa, sin hablar con Craig. "Creo que sé lo que hay en la Botella Azul... Finalmente, me doy cuenta de que lo que más quiero está ahí. Esperándome".

"No voy a ir", dijo Craig, acercándose al auto donde Beck estaba sentado en la oscuridad, con las manos en las rodillas. "No voy a salir contigo, persiguiendo a tres hombres armados. Solo quiero vivir, Beck. Esa botella no significa nada para mí. No arriesgaré mi piel por ella. Pero te deseo suerte".

"Gracias", dijo Beck. Y se alejó, hacia las dunas.

La noche era tan fresca como el agua que entraba por el capó de cristal del vehículo terrestre.

Beck aceleró con fuerza sobre ríos muertos y derrames de guijarros calcáreos, conduciendo entre grandes acantilados. Cintas de doble luz de luna pintaban los bajorrelieves de dioses y animales en los lados de los acantilados todo de oro amarillo: rostros de millas de altura sobre los cuales las historias marcianas estaban grabadas y estampadas en símbolos, rostros increíbles con ojos de cueva abiertos y bocas de cueva abiertas.

El rugido del motor desprendió rocas, cantos rodados. En un torrente de

piedra, segmentos dorados de la antigua escultura del acantilado se deslizaron fuera de los rayos de la luna en la cima del acantilado y se desvanecieron en la oscuridad azul y fresca del pozo.

En medio del rugido, mientras conducía, Beck recordó todas las noches de los últimos diez años, noches en las que había encendido fuegos rojos en el fondo del mar y cocinado comidas lentas y bien pensadas. Y soñé. Siempre esos sueños de querer. Y sin saber qué. Desde que era joven, la dura vida en la Tierra, el gran pánico de 2130, el hambre, el caos, los disturbios, la miseria. Luego corcoveando por los planetas, los años sin mujer, sin amor, los años solos. Sales de la oscuridad a la luz, del útero al mundo, y ¿qué encuentras que realmente quieres?

¿Qué hay de ese hombre muerto allá atrás en la zanja? ¿No estaba siempre buscando algo extra? Algo que no tenía. ¿Qué había para hombres como él? ¿O para cualquiera? ¿Había algo que esperar?

La botella azul.

Rápidamente frenó el auto, saltó, con el arma lista. Corrió, agachado, hacia las dunas. Delante de él, los tres hombres yacían ordenadamente sobre la arena fría. Eran terrícolas, con rostros bronceados, ropa tosca y manos nudosas. La luz de las estrellas brilló sobre la Botella Azul, que yacía entre ellos.

Mientras Beck observaba, los cuerpos comenzaron a derretirse. Se desvanecieron en columnas de vapor, gotas de rocío y cristales. En un momento se habían ido.

Beck sintió el frío en su cuerpo cuando los copos llovieron sobre sus ojos, rozando sus labios y sus mejillas.

Él no se movió.

El hombre regordete. Muerto y desaparecido. La voz de Craig: "Alguna arma nueva..."

No. No es un arma en absoluto.

La botella azul.

Lo habían abierto para encontrar lo que más deseaban. Todos los hombres infelices y deseosos a lo largo de los largos años solitarios lo habían abierto para encontrar lo que más deseaban en los planetas del universo. Y todos lo habían encontrado, al igual que estos tres. Ahora se podía entender por qué la botella pasaba tan rápido, de una a otra, y los hombres desaparecían detrás de ella. Cosechar la paja revoloteando en la arena, a lo largo de las orillas del mar muerto. Convirtiéndose en llamas y luciérnagas. Para rociar.

Beck recogió la botella y la mantuvo alejada de sí mismo durante un largo momento. Sus ojos brillaban claramente. Sus manos temblaron.

Así que esto es lo que he estado buscando, pensó. Giró la botella y

destelló la luz azul de las estrellas.

Entonces, ¿esto es lo que realmente quieren todos los hombres? ¿El deseo secreto, en el fondo, escondido todo lejos donde nunca adivinamos? ¿El impulso subliminal? Entonces, ¿es esto lo que cada hombre busca, a través de alguna culpa privada, encontrar?

Muerte.

Fin de la duda, de la tortura, de la monotonía, del deseo, de la soledad, del miedo, fin de todo.

¿Todos los hombres?

No, no Craig. Craig fue, quizás, mucho más afortunado. Unos pocos hombres eran como animales en el universo, sin cuestionar, bebiendo en estanques y criando y criando a sus crías y sin dudar ni por un momento que la vida era cualquier cosa menos buena. Ese fue Craig. Había un puñado como él. Animales felices en una gran reserva, en la mano de Dios, con una religión y una fe que crecía como un conjunto de nervios especiales en ellos. Los hombres no neuróticos en medio de los mil millones de neuróticos.

Sólo querrían la muerte, más tarde, de forma natural. Ahora no. Más tarde.

Beck levantó la botella. Qué simple, pensó, y qué acertado. Esto es lo que siempre he querido. Y nada más.

Nada.

La botella estaba abierta y azul a la luz de las estrellas. Beck tomó una inmensa bocanada del aire proveniente de la Botella Azul, profundamente en sus pulmones.

Por fin lo tengo, pensó.

Se relajó. Sintió que su cuerpo se volvía maravillosamente frío y luego maravillosamente cálido. Sabía que estaba cayendo por un largo tobogán de estrellas hacia una oscuridad tan deliciosa como el vino. Estaba nadando en vino azul y vino blanco y vino tinto. Había velas en su cofre y ruedas de fuego girando. Sintió que sus manos lo dejaban. Sintió sus piernas volar, divertidamente. Él rió. Cerró los ojos y se rió.

Estaba muy feliz por primera vez en su vida.

La Botella Azul cayó sobre la arena fría.

Al amanecer, Craig caminaba silbando. Vio la botella tirada en la primera luz rosada del sol sobre la arena blanca y vacía. Cuando lo recogió, hubo un susurro ardiente. Varias luciérnagas naranjas y rojo-púrpura parpadearon en el aire y desaparecieron.

El lugar estaba muy quieto.

Maldita sea." Miró hacia las ventanas muertas de una ciudad cercana. "¡Oye, Beck!"

Una torre esbelta se derrumbó en polvo.

"¡Beck, aquí está tu tesoro! No lo quiero. ¡Ven y tómalo!"

"... y tómalo", dijo un eco, y la última torre cayó.

Craig esperó.

"Eso es rico", dijo. "La botella aquí mismo, y el viejo Beck ni siquiera está cerca para tomarla". Sacudió el recipiente azul.

Gorgoteó.

"¡Sí, señor! Justo como estaba antes. ¡Lleno de bourbon, por Dios!" Lo abrió, bebió, se limpió la boca.

Sostuvo la botella descuidadamente.

Todo ese lío por un poco de bourbon. Esperaré aquí mismo al viejo Beck y le daré su maldita botella. Mientras tanto, tómese otro trago, señor Craig. No se preocupe si lo hago.

El único sonido en la tierra muerta era el sonido del líquido corriendo por una garganta reseca. La Botella Azul brilló al sol.

Craig sonrió feliz y bebió de nuevo.

# Una primavera eterna

Esa semana, hace tantos años, pensé que mi madre y mi padre me estaban envenenando. Y ahora, veinte años después, no estoy tan seguro de que no lo hicieran. No hay forma de saberlo.

Todo vuelve a mí a través del simple expediente de un baúl examinado en el desván. Esta mañana quité los cerrojos de latón y levanté la tapa, y el olor inmemorial de las bolas de naftalina envolvió las raquetas de tenis sin encordar, las zapatillas gastadas, los juguetes destrozados, los patines oxidados. Estos instrumentos de juego, vistos nuevamente a través de ojos más viejos, hacen que parezca que hace solo una hora que llegué corriendo desde las calles sombrías, todo empapado, al grito de "¡Ollie, Ollie, bueyes libres!" todavía temblando de emoción en mis labios.

Entonces yo era un chico extraño y ridículo con ideas melancólicas y poco comunes; el veneno y el miedo eran solo una parte de mí en esos años. Empecé a tomar notas en una tablilla de níquel con líneas cuando solo tenía doce años. Puedo sentir el lápiz rechoncho en mis dedos ahora, escribiendo en esas mañanas eternas.

Hice una pausa para lamer mi lápiz, pensativa. Me senté en mi habitación de arriba al comienzo de un día claro e interminable, parpadeando ante el empapelado con estampado de rosas, mis pies descalzos, mi cabello cortado a un cepillo para el cabello, pensando.

"No sabía que estaba enferma hasta esta semana", escribí. "He estado enfermo durante mucho tiempo. Desde que tenía diez años. Ahora tengo doce".

Me restregué la cara, me mordí los labios con fuerza y me concentré borrosamente en la tableta. "Mamá y papá me enfermaron. Los maestros en la escuela también me dieron esto—" Dudé. Luego escribí: "Enfermedad para mí. Los únicos que no me asustan son los otros niños. Isabel Skelton y Willard Bowers y Clarisse Mellin; todavía no están muy enfermos. Pero yo estoy muy mal. ... "

Dejé el lápiz. Fui al espejo del baño para verme. Mi madre me llamó desde abajo para que viniera a desayunar. Me apreté contra el espejo, respirando tan rápido que hice una gran niebla húmeda en el cristal. Vi cómo mi rostro estaba... cambiando.

Los huesos de la misma. Incluso los ojos. Los poros de mi nariz. Mis oidos. Mi frente. Mi pelo. Todas las cosas que había sido yo durante tanto tiempo, comenzando a convertirse en otra cosa. ("¡Douglas, ven a desayunar, llegarás tarde a la escuela!") Mientras me lavaba rápidamente, vi mi cuerpo flotando debajo de mí. yo estaba dentro No había escapatoria. ¡Y sus huesos

estaban haciendo cosas, moviéndose, mezclándose!

Entonces comencé a cantar y silbar fuerte, para no pensar en ello; hasta que el padre, llamando a la puerta, me dijo que me callara y viniera a comer.

Me senté en la mesa del desayuno. Había una caja amarilla de cereales y leche, blanca y fría en una jarra, y cucharas y cuchillos relucientes, y huevos cubiertos con tocino, papá leyendo el periódico, mamá moviéndose por la cocina. olí. Sentí que mi estómago se revolvía como un perro azotado.

"¿Qué pasa, hijo?" Papá me miró casualmente. "¿Sin hambre?"

"No señor."

"Un niño debe tener hambre por la mañana", dijo el padre.

"Adelante, come", me dijo mamá. "Ve ahora. Date prisa".

Miré los huevos. Eran veneno. Miré la mantequilla. era veneno La leche era tan blanca, cremosa y venenosa en su jarra, y el cereal era marrón, crujiente y sabroso en un plato verde con flores rosadas.

¡Veneno, todos ellos, veneno! El pensamiento corría por mi cabeza como hormigas en un picnic. Atrapé mi labio con mis dientes.

"¿Unh?" dijo papá, parpadeando hacia mí. ¿Usted dijo?"

"Nada", le dije. Excepto que no tengo hambre.

No podía decir que estaba enferma y que la comida me enfermaba. No podía decir que las galletas, los pasteles, los cereales, las sopas y las verduras me habían hecho esto, ¿o sí? No, tuve que sentarme, sin tragar nada, mi corazón comenzaba a latir con fuerza.

"Bueno, bebe tu leche al menos, y sigue", dijo mamá. "Papá, dale dinero para un buen almuerzo en la escuela. Jugo de naranja, carne y leche. Sin dulces".

Ella no tenía que advertirme sobre los dulces. Era el peor de todos los venenos. ¡No lo volvería a tocar, nunca!

Até mis libros y fui a la puerta.

"Douglas, no me besaste", dijo mamá.

"Oh," dije, y me arrastré para besarla.

"¿Qué sucede contigo?" ella preguntó.

"Nada", le dije. "Adiós. Hasta luego, papá".

Todos se despidieron. Caminé a la escuela, pensando profundamente en mi interior, como gritando en un pozo largo y frío.

Bajé corriendo por el barranco y me colgué de una enredadera, lejos; el suelo se hundió, olí el aire fresco de la mañana, dulce y alto, y grité de risa, y el viento se llevó mis pensamientos. Me lancé dando una voltereta contra el terraplén y rodé hacia abajo mientras los pájaros me silbaban y una ardilla saltaba como una pelusa marrón arrastrada por el viento alrededor del tronco de un árbol. Por el camino los otros niños cayeron como una pequeña

avalancha, gritando. "¡Ahh-eee-yah!" Golpeándose el pecho, saltando piedras en el agua, saltando con las manos para atrapar cangrejos de río. Los cangrejos de río salieron disparados en chorros polvorientos. Todos reímos y bromeamos.

Una chica pasó por encima de nosotros en el puente de madera verde. Su nombre era Clarisse Mellin. Todos la resoplamos, le dijimos que siguiera, siguiera, no la queríamos con nosotros, siguiera, siguiera. Pero mi voz se cortó y se apagó, y la vi alejarse, lentamente. No aparté la mirada.

Desde muy temprano en la mañana escuchamos el timbre de la escuela.

Trepamos por senderos que habíamos hecho durante muchos veranos a lo largo de los años. La hierba estaba desgastada; conocíamos cada agujero de serpiente y bache, cada árbol, cada enredadera, cada mala hierba. Después de la escuela habíamos hecho cabañas en los árboles aquí, en lo alto sobre el brillante arroyo, saltamos desnudos al agua, hicimos largas caminatas por el barranco hasta donde desembocaba solitario y abandonado en el gran azul del lago Michigan, cerca de la curtiduría y el las obras de amianto y los muelles.

Ahora, mientras jadeábamos hacia la escuela, me detuve, con miedo otra vez. "Tú sigue adelante", le dije.

La última campana sonó. Los niños corrieron. Miré la escuela con enredaderas creciendo en ella. Escuché las voces adentro, haciendo un ruido alto todo el tiempo. Escuché el tintineo de campanillas de escritorio y voces agudas de maestros que se acercaban.

Veneno, pensé. ¡Los profesores también! ¡Me quieren enfermo! ¡Te enseñan a estar cada vez más enfermo! Y — ¡y cómo disfrutar estando enfermo!

"Buenos días, Douglas".

Escuché zapatos de tacón alto en la acera de cemento. La señorita Adams, la directora, con sus quevedos y su cara ancha y pálida y su pelo oscuro muy corto, estaba de pie detrás de mí.

"Pasa", dijo, sujetándome el hombro con firmeza. "Llegas tarde. Ven conmigo".

Ella me guio, uno dos, uno dos, uno dos, arriba, arriba, escaleras arriba a mi destino. . . .

El Sr. Jordan era un hombre regordete con cabello ralo y serios ojos verdes y una forma de balancearse sobre sus talones ante sus gráficos. Hoy tenía una gran ilustración de un cuerpo sin piel. Se expusieron venas, capilares, músculos, tendones, órganos, pulmones, huesos y tejidos grasos verdes, azules, rosados y amarillos.

El Sr. Jordan asintió ante el gráfico. "Existe una gran similitud entre el cáncer y la reproducción celular normal. El cáncer es simplemente una

función normal que se ha vuelto loca. La sobreproducción de material celular..."

Levanté la mano. ¿Cómo es que la comida, quiero decir, es lo que hace que el cuerpo crezca?

"Buena pregunta, Douglas". Tocó el gráfico. La comida, ingerida en el cuerpo, se descompone, asimila y...

Escuché y supe lo que el Sr. Jordan estaba tratando de hacerme. Mi infancia estaba en mi mente como una huella fósil en una roca de pizarra blanda. El Sr. Jordan estaba tratando de pulirlo y suavizarlo. Eventualmente todo desaparecería, todas mis creencias e imaginaciones. Mi madre cambió mi cuerpo con la comida, el Sr. Jordan trabajó en mi mente con palabras.

Entonces comencé a hacer dibujos en papel, sin escuchar. Canturreé pequeñas canciones, inventé un lenguaje propio. El resto del día no escuché nada. Resistí el ataque, contrarresté el veneno.

Pero después de la escuela pasé por la tienda de la Sra. Singer y compré dulces. No pude evitarlo. Y después de comerlo, escribí en el reverso del envoltorio: "Este es el último dulce que voy a comer. Incluso en la matiné del sábado, cuando aparece Tom Mix en la pantalla con Tony, no volveré a comer dulces". ."

Miré las barras de chocolate apiladas como una cosecha en los estantes. Envoltorios naranjas con palabras celestes que dicen "Chocolate". Envoltorios amarillos y violetas con palabras azules en ellos. Sentí el caramelo en mi cuerpo, haciendo crecer mis células. La Sra. Singer vendió cientos de barras de chocolate cada día. ¿Estaba en una conspiración? ¿Sabía lo que les estaba haciendo a los niños con ellos? ¿Estaba celosa de que fueran tan jóvenes? ¿Quería que envejecieran? yo quería matarla

"¿Qué estás haciendo?"

Bill Arno se me acercó por detrás mientras yo escribía en el envoltorio del caramelo. Clarisse Mellin estaba con él. Me miró con sus ojos azules y no dijo nada.

Escondí el papel. "Nada", le dije.

Todos caminamos. Vimos niños jugando a la rayuela y pateando la lata y jugando a las canicas en el suelo duro, y me volví hacia Bill y le dije: "No se nos permitirá hacer eso el próximo año, o tal vez el año siguiente".

Bill solo se rió y dijo: "Claro que lo haremos. ¿Quién nos detendrá?".

"Lo harán", dije.

"¿Quiénes son ellos?" preguntó Bill.

"No importa", le dije. "Sólo espera y mira."

"Oh", dijo Bill. "Estás loco."

"¡Tú no entiendes!" Lloré. "Juegas, corres y comes, y todo el tiempo te

están engañando y haciéndote pensar diferente, actuar diferente y caminar diferente. ¡Y de repente un día dejarás de jugar y tendrás que preocuparte!" Mi cara estaba caliente y mis manos estaban apretadas. Estaba ciego de rabia. Bill se volvió, riendo, y se alejó. "Over Annie Overl", cantó alguien, lanzando una pelota sobre el techo de una casa.

Puede pasar todo el día sin desayunar ni almorzar, pero ¿qué pasa con la cena? Mi estómago gritó mientras me deslizaba en mi silla en la mesa de la cena. Me aferré a mis rodillas, mirándolas. No comeré, me dije. Yo les mostraré Lucharé contra ellos.

Papá fingió ser considerado. "Que se vaya sin cenar", le dijo a mi madre, cuando me vio descuidar mi comida. Él le guiñó un ojo. Comerá más tarde.

Toda la noche jugué en las cálidas calles de ladrillo de la ciudad, haciendo sonar las latas y trepando a los árboles en la oscuridad creciente.

Al entrar en la cocina a las diez en punto, me di cuenta de que era inútil. Había una nota encima de la hielera que decía: "Sírvete tú mismo, papá".

Abrí el refrigerador, y un pequeño aliento fresco exhaló contra mí, frío, con olor a comida escarchada. Dentro estaba la maravillosa mitad de la ruina de un pollo. Los miembros del apio estaban apilados como cuerdas de madera. Las fresas crecieron en un matorral de perejil.

Mis manos se nublaron. Hicieron movimientos que provocaron la ilusión de una docena de manos. Como esas imágenes de diosas orientales que adoran en los templos. Una mano con un tomate en ella. Una mano agarrando un plátano. ¡Una tercera mano agarrando fresas! ¡Una cuarta, quinta, sexta mano atrapada en medio de un movimiento, cada una con un poco de queso, aceituna o rábano!

Media hora más tarde me arrodillé junto a la taza del inodoro y rápidamente levanté el asiento. Luego, rápidamente, abrí la boca y empujé una cuchara hacia atrás, hacia atrás a lo largo de mi lengua, hacia abajo, hacia abajo a lo largo de mi garganta amordazada. . . .

Acostado en la cama, me estremecí y saboreé el recuerdo acre en mi boca, feliz de deshacerme de la comida que había tragado con tanta ansiedad. Me odié por mi debilidad. Yacía temblando, vacío, hambriento otra vez, pero ahora demasiado enfermo para comer. ...

Estaba muy débil por la mañana y notablemente pálido, porque mi madre hizo un comentario al respecto. "Si no estás mejor para el lunes", dijo, "al médico contigo".

Fue sábado. El día de los gritos, y sin campanitas de plata diminutas para que los maestros lo silencien; el día en que los gigantes incoloros se movían en la pálida pantalla del cine Élite en la larga oscuridad del cine, y los niños eran sólo niños, y no cosas que crecían.

No vi a nadie. Por la mañana, cuando debería haber estado paseando por la línea férrea de la costa norte, donde el sol abrasador brotaba de los largos paralelos de metal, me revolqué con una indecisión aterradora. Y cuando llegué a la quebrada ya era media tarde y estaba desierta; todos los niños habían corrido al centro para ver la matiné y chupar caramelos de limón.

El barranco estaba muy solo, se veía tan tranquilo, viejo y verde, que le tenía un poco de miedo. Nunca lo había visto tan tranquilo. Las vides colgaban tranquilamente de los árboles y el agua corría sobre las rocas y los pájaros cantaban en lo alto.

Bajé por el sendero secreto, escondiéndome detrás de los arbustos, deteniéndome, continuando.

Clarisse Mellin cruzaba el puente cuando llegué. Regresaba del pueblo con unos paquetitos bajo el brazo. Nos saludamos, acomplejados.

"¿Qué estás haciendo?" ella preguntó.

"Oh, caminando", dije.

"¿Todo solo?"

"Sí. Todos los otros chicos están en el centro".

Ella vaciló y luego dijo: "¿Puedo caminar contigo?".

"Supongo que sí," dije. "Vamos."

Bajamos por el barranco. Estaba zumbando como una gran dínamo. Nada parecía querer moverse, todo estaba en silencio. Las agujas rosadas de zurcir volaron y chocaron contra las bolsas de aire y se cernieron sobre el agua brillante del arroyo.

La mano de Clarisse chocó con la mía mientras caminábamos por el sendero. Olí el húmedo olor húmedo del barranco y el suave olor nuevo de Clarisse a mi lado.

Llegamos a un lugar donde había un sendero cruzado.

"Construimos una cabaña en un árbol allí el año pasado", dije, señalando.

"¿Dónde?" Clarisse se acercó a mí para ver dónde señalaba mi dedo. "No veo."

"Ahí," dije, mi voz se quebró, y señalé de nuevo.

En silencio, me rodeó con el brazo. Estaba tan sorprendido y desconcertado que casi grité. Luego, temblando, sus labios me besaron, y mis propias manos se movían para abrazarla y yo temblaba y gritaba por dentro.

El silencio fue como una explosión verde. El agua burbujeaba en el lecho del arroyo. No podía respirar.

Sabía que todo había terminado. Yo estaba perdido. A partir de ese momento, sería tocar, comer alimentos, aprender lenguaje, álgebra y lógica, un movimiento y una emoción, un beso y un abrazo, un torbellino de sentimientos que me atrapó y me succionó hasta ahogarme. Sabía que ahora

estaba perdido para siempre, y no me importaba. Pero me importaba, y estaba riendo y llorando a la vez, y no había nada que hacer al respecto, excepto abrazarla y amarla con todo mi cuerpo y mente decididos y alborotados.

Podría haber seguido luchando en mi guerra contra mamá y papá y la escuela y la comida y las cosas de los libros, pero no pude luchar contra esta dulzura en mis labios y esta calidez en mis manos, y el nuevo olor en mis fosas nasales.

"Clarisse, Clarisse", grité, abrazándola, mirando ciegamente por encima de su hombro, susurrándole. —¡Clarisse!

# El loro que conoció a papá

El secuestro fue denunciado en todo el mundo, por supuesto.

Pasaron algunos días para que el significado completo de la noticia se extendiera desde Cuba a los Estados Unidos, a la Margen Izquierda de París y finalmente a un pequeño y buen café* en Pamplona donde las bebidas estaban bien y el clima, de alguna manera, era bueno. siempre justo.

Pero una vez que el significado de la noticia realmente golpeó, la gente estaba al teléfono, Madrid estaba llamando a Nueva York, Nueva York estaba gritando sur a La Habana para verificar, por favor verifique esta locura.

Y entonces una mujer en Venecia, Italia, con una voz borrosa llamó, diciendo que ella estaba en Harry's Bar en ese mismo instante y fue destruida, esto que había sucedido era terrible, un patrimonio cultural estaba en peligro inmenso e irrevocable....

Menos de una hora después, recibí una llamada de un lanzador de béisbol convertido en novelista que había sido un gran amigo de papá y que ahora vivía en Madrid la mitad del año y en Nairobi el resto. Estaba llorando, o sonaba cerca de hacerlo.

"Dime", dijo, desde la mitad del mundo, "¿qué pasó? ¿Cuáles son los hechos?"

Bueno, los hechos fueron estos: Abajo en La Habana, Cuba, a unos catorce kilómetros de la casa de Papá en Finca Vigía, hay un bar en el que solía beber. Es aquel en el que nombraron una bebida especial para él, no el elegante en el que solía encontrarse con luces literarias llamativas como KK-Kenneth Tynan y, er, Tennessee W-Williams (como diría el Sr. Tynan). No, no es el Floridita; es un lugar en mangas de camisa con simples mesas de madera, aserrín en el piso y un gran espejo como una nube sucia detrás de la barra. Papá iba allí cuando había demasiados turistas alrededor del Floridita que querían conocer al señor Hemingway. Y lo que sucedió allí estaba destinado a ser una gran noticia, más grande que el informe de lo que le dijo a Fitzgerald sobre los ricos, incluso más grande que la historia de su golpe a Max Eastman en ese día lejano en la oficina de Charlie Scribner.

Ese pájaro mayor vivía en una jaula encima de la barra del Cuba Libre. Había "guardado su jaula" en ese lugar durante aproximadamente veintinueve años, lo que significa que el viejo loro había estado allí casi tanto tiempo como papá había vivido en Cuba.

Y eso se suma a este hecho monumental: todo el tiempo que papá vivió en Finca Vigía, conoció al loro y le habló y el loro le respondió. Con el paso de los años, la gente decía que Hemingway empezó a hablar como el loro y otros decían que no, ¡el loro aprendió a hablar como él! Papá solía alinear las

bebidas en el mostrador y se sentaba cerca de la jaula e involucraba a ese pájaro en la mejor clase de conversación que jamás hayas escuchado, durante cuatro noches seguidas. Al final del segundo año, ese loro sabía más sobre Hem, Thomas Wolfe y Sherwood Anderson que Gertrude Stein. De hecho, el loro incluso sabía quién era Gertrude Stein. Todo lo que tenías que decir era "Gertrudis" y el loro dijo:

"Palomas en la hierba, por desgracia".

En otras ocasiones, presionado, el loro decía: "Estaba este viejo y este niño y este barco y este mar y este gran pez en el mar..." Y luego se tomaba un tiempo para comer una galleta.

Bueno, esta criatura legendaria, este loro, esta extraña ave, desapareció, con jaula y todo, del Cuba Libre un domingo por la tarde.

Y es por eso que mi teléfono estaba sonando sin parar. Y es por eso que una de las grandes revistas obtuvo una autorización especial del Departamento de Estado y me llevó a Cuba para ver si podía encontrar algo más que la jaula, algo que quedara del pájaro o alguien que se pareciera a un secuestrador. Querían un artículo ligero y amable, con tintes, como decían. Y, sinceramente, tenía curiosidad. Había oído rumores sobre el pájaro. De una manera extraña, estaba preocupado.

Me bajé del jet desde la Ciudad de México y viajé directamente a través de La Habana hasta ese pequeño y extraño café-bar.

Casi no logro entrar en el lugar. Cuando atravesé la puerta, un hombrecillo moreno saltó de una silla y gritó: "¡No, no! ¡Vete! ¡Estamos cerrados!"

Corrió para sacudir la cerradura de la puerta, demostrando que realmente tenía la intención de cerrar el lugar. Todas las mesas estaban vacías y no había nadie alrededor. Probablemente acababa de ventilar el bar cuando llegué.

"He venido por el loro", le dije.

"No, no", gritó, con los ojos húmedos. "No voy a hablar. Es demasiado. Si no fuera católico, me mataría. Pobre papá. Pobre El Córdoba".

'¿El Cojdoba?', murmuré.

"Ese", dijo con fiereza, "¡era el nombre del párroco!"

"Sí," dije, recuperándome rápidamente. "El Córdoba. Vengo a rescatarlo".

Eso lo hizo detenerse y parpadear. Las sombras y luego la luz del sol cubrieron su rostro y luego las sombras nuevamente.

"¡Imposible! ¿Podrías? No, no. ¿Cómo podría alguien? ¿Quién eres?"

"Un amigo de papá y el pájaro", dije rápidamente. Y cuanto más hablamos, más lejos se aleja el criminal. ¿Quieres que El Córdoba regrese esta noche? Sírvenos varios de los buenos tragos de papá y hablamos.

Mi franqueza funcionó. Menos de dos minutos después, estábamos bebiendo el especial de Papá, sentados en el bar cerca del lugar vacío donde solía estar la jaula. El hombrecito, cuyo nombre era Antonio, siguió limpiando ese lugar vacío y luego se secó los ojos con el trapo de la barra. Cuando terminé el primer trago y comencé con el segundo, dije:

"Este no es un secuestro cualquiera".

"¡Tú me estás diciendo!" exclamó Antonio. Vino gente de todo el mundo a ver ese loro, a hablar con El Córdoba, a oírlo, ah, Dios, hablar con la voz de papá. Que sus raptores se hundan y ardan en el infierno, sí, infierno.

"Lo harán", dije. "¿De quién sospechas?"

"Todos. Nadie".

"El secuestrador", dije, con los ojos cerrados por un momento, saboreando la bebida, "tenía que ser educado, un lector de libros, quiero decir, eso es obvio, ¿no? ¿Alguien así en los últimos días?"

"Educado. Sin educación. Señor, siempre ha habido extraños los últimos diez, los últimos veinte años, siempre preguntando por papá. Cuando papá estaba aquí, lo conocieron. Sin papá, conocieron a El Córdoba, el grande. Entonces siempre fueron extraños y extraños".

"Pero piensa, Antonio", le dije, tocando su codo tembloroso. "No solo educado, un lector, sino alguien en los últimos días que fue, ¿cómo decirlo?, extraño. Extraño. Alguien tan peculiar, muy excéntrico, que lo recuerdas por encima de todos los demás. Alguien que-"

—Madre de Dios —exclamó Antonio, levantándose de un salto. Sus ojos se clavaron en la memoria. Se agarró la cabeza como si acabara de estallarle. —Gracias, señor, sil ¡Qué criatura! ¡En el nombre de Cristo, hubo uno así ayer! Era muy pequeño. Y hablaba así: muy alto—eeeee. Como una muchacha en una obra de teatro escolar, ¿eh? ¡Como un canario tragado por una bruja! Y vestía un traje de terciopelo azul con una gran corbata amarilla".

"¡Sí Sí!" Yo había saltado ahora y estaba casi gritando. "¡Seguir!"

"Y tenía una carita muy redonda, señor, y su cabello era amarillo y cortado en la frente así-zitti Y su boca pequeña, muy rosada, como un caramelo, ¿sí? Él-él era como, sí, uno muneco, de los que se ganan en los carnavales".

"¡Muñecas Kewpie!"

" /Si/ En Coney Island, sí, cuando yo era un niño, ¡muñecos Kewpie! Y era tan alto, ¿ves? Hasta el codo. Ni un enano, no—pero—¿y cuántos años? Sangre de Cristo, ¿quién puede No tenía arrugas en la cara, pero... treinta, cuarenta, cincuenta. Y en los pies llevaba...

"¡Botines verdes!" Lloré.

"¡Zapatos, botas!"

"Si." Parpadeó, aturdido. "¿Pero cómo hiciste

Exploté, "¡Shelley Capon!"

"¡Así se llama! Y sus amigos con él, señor, todos riéndose, no, riéndose tontamente. Como las monjas que juegan baloncesto en las tardes cerca de la iglesia. Ay, señor, ¿usted cree que ellos, que él..."

—No lo creo, Antonio, lo sé. Shelley Capon, de todos los escritores del mundo, odiaba a papá. Por supuesto que le arrebataría El Córdoba ¿No se rumoreó una vez que el pájaro había memorizado la última y mejor novela de papá?" "

—Hubo tal rumor, señor. Pero yo no escribo libros, atiendo un bar. Le llevo galletas al pájaro. Yo...

"Tráeme el teléfono, Antonio, por favor".

"¿Sabe dónde está el pájaro, señor?"

"Tengo la corazonada más allá de la intuición, la grande. Gracias". Llamé al Habana Libre, el hotel más grande de la ciudad.

"Shelley Capón, por favor".

El teléfono vibró y chasqueó.

A medio millón de millas de distancia, un niño marciano enano levantó el auricular y tocó la flauta y luego la campana repica con su voz: "Aquí Capón".

"¡Maldita sea si no lo eres!" Yo dije. Y se levantó y salió corriendo del bar Cuba Libre.

Corriendo de regreso a La Habana en taxi, pensé en Shelley como lo había visto antes. Rodeado por una tormenta de amigos, viviendo de las maletas, sirviendo sopa de los platos de otras personas, pidiendo dinero prestado de las billeteras que te quitaron de los bolsillos justo en frente de ti, contando las hojas de lechuga con gusto, dejando bolitas de conejo en tu alfombra, desaparecido. Querida Shelley Capón.

Diez minutos más tarde, mi taxi sin frenos me dejó corriendo y giró hacia algún desastre final más allá de la ciudad.

Sin dejar de correr, llegué al vestíbulo, me detuve para obtener información, subí corriendo las escaleras y me detuve en seco ante la puerta de Shelley. Latía en espasmos como un corazón enfermo. Pegué la oreja a la puerta. Las llamadas y gritos salvajes del interior podrían haber venido de una bandada de pájaros, despojados de plumas por un huracán. Sentí la puerta. Ahora parecía temblar como una gran lavandería que se hubiera tragado y revolviera un grupo de acid-rock y un montón de ropa muy sucia. Escuchando, mi ropa interior comenzó a arrastrarse por mis piernas.

La embaracé. Sin respuesta. Toqué la puerta. Se abrió. Entré en una escena demasiado espantosa para que Bosch la hubiera pintado.

Alrededor de la sala de estar de la pocilga había varias muñecas de tamaño natural, con los ojos entreabiertos, cigarrillos humeantes en los dedos quemados y flácidos, vasos de whisky vacíos en las manos, y todo el tiempo la radio los resonaba con la música emitida desde algún manicomio estadounidense. . El lugar era pura carnicería. No hace ni diez segundos, sentí, una gran locomotora sucia debe haber pasado por aquí. Sus víctimas habían sido arrojadas en todas direcciones y ahora yacían boca abajo en varias partes de la habitación, gimiendo pidiendo primeros auxilios.

En medio de este infierno, sentada erguida y correcta, bien vestida con jubón de terciopelo, pajarita color caqui y botines verde botella, estaba, por supuesto, Shelley Capon. Quien sin sorpresa alguna agitó un trago hacia mí y gritó:

"Sabía que eras tú al teléfono. ¡Soy absolutamente telepático! ¡Bienvenido, Raimundo!"

Siempre me llamó Raimundo. Ray era pan simple y mantequilla. Raimundo me hizo don con una ganadería llena de toros. Dejo que sea Raimundo.

—¡Raimundo, siéntate! No... ponte en una posición interesante.

"Lo siento", dije en mi mejor manera de Dashiell Hammett, afilando mi barbilla y endureciendo mis ojos. "No hay tiempo."

Empecé a caminar por la habitación entre sus amigos Fester y Soft y Ripply y Mild Inocuous y algún actor que recuerdo que, cuando le preguntaron cómo haría un papel en una película, dijo: "Lo interpretaré como un ciervo". "

Apagué la radio. Eso hizo que mucha gente en la sala se agitara: saqué las raíces de la radio de la pared. Algunas personas se sentaron. Levanté una ventana. Tiré la radio. Todos gritaron como si hubiera tirado a sus madres por el hueco de un ascensor.

La radio hizo un sonido satisfactorio en la acera de cemento de abajo. Me volví, con una sonrisa beatífica en mi rostro. Varias personas estaban de pie, balanceándose hacia mí con una leve amenaza. Saqué un billete de veinte dólares de mi bolsillo, se lo di a alguien sin mirarlo y le dije: "Ve a comprar uno nuevo". Salió corriendo por la puerta lentamente. La puerta se cerró de golpe. Lo escuché caer por las escaleras como si fuera después de su inyección matutina en el brazo.

"Está bien, Shelley", le dije, "¿dónde está?"

"¿Dónde está qué, querido muchacho?" dijo, con los ojos muy abiertos con inocencia.

"Usted sabe lo que quiero decir." Observé la bebida en su diminuta mano.

Que era una bebida Papa, la mezcla especial de papaya, lima, limón y ron de Cuba Libre. Como para destruir la evidencia, se la bebió rápidamente.

Me acerqué a tres puertas en una pared y toqué una.

"Eso es un armario, querido muchacho". Puse mi mano en la segunda puerta.

"No entres. Te arrepentirás de lo que ves". no entré

Puse mi mano en la tercera puerta. "Oh, querido, bueno, adelante", dijo Shelley con petulancia. Abrí la puerta.

Más allá había una pequeña antesala con un simple catre y una mesa cerca de la ventana.

Sobre la mesa había una jaula para pájaros con un chal encima. Debajo del chal oía el susurro de las plumas y el roce de un pico en los alambres.

Shelley Capon vino a pararse pequeño a mi lado, mirando la jaula, una bebida fresca en sus pequeños dedos.

"Qué pena que no hayas llegado a las siete de la noche", dijo.

"¿Por qué siete?"

—Pues entonces, Raimundo, acabábamos de terminar nuestras aves al curry rellenas de arroz salvaje. Me pregunto, ¿hay mucha carne blanca, o alguna, debajo de las plumas de un loro?

"¿¡No lo harías!?" Lloré.

Lo miré.

"Lo harías", me respondí a mí mismo.

Me quedé un momento más en la puerta. Luego, lentamente, crucé la pequeña habitación y me detuve junto a la jaula con el chal encima. Vi una sola palabra bordada en la parte superior del chal: madre.

Miré a Shelley. Se encogió de hombros y miró tímidamente las puntas de sus botas. Cogí el chal. Shelley dijo: "No. Antes de levantarlo... pregunta algo".

"¿Cómo qué?"

"DiMaggio. Pregúntale a DiMaggio".

Una pequeña bombilla de diez vatios se encendió en mi cabeza. Asenti. Me incliné cerca de la jaula escondida y susurré: "DiMaggio. 1939".

Hubo una especie de pausa animal-computadora. Bajo la palabra madre se agitaron algunas plumas, un pico golpeó los barrotes de la jaula. Entonces una vocecita dijo:

"Jonrones, treinta. Promedio de bateo, .381".

Estaba aturdido. Pero luego susurré: "Babe Ruth. 1927".

Otra vez la pausa, las plumas, el pico y: "Home runs, sesenta. Promedio de bateo, .356. Awk".

"Dios mío", dije.

"Dios mío", repitió Shelley Capon.

"Ese es el loro que conoció a papá, de acuerdo".

"Ese es quien es".

Y levanté el mantón.

No sé qué esperaba encontrar debajo del bordado. Tal vez un cazador en miniatura con botas, chaqueta y sombrero de ala ancha. Tal vez un pescador pequeño y esbelto con barba y suéter de cuello alto posado sobre un listón de madera. Algo diminuto, algo literario, algo humano, algo fantástico, pero no realmente un loro.

Pero eso es todo lo que había.

Y tampoco un loro muy guapo. Parecía como si hubiera estado despierto toda la noche durante años; uno de esos pájaros de mala fama que nunca se acicalan las plumas ni les saca brillo al pico. Era una especie de verde oxidado y negro con un hocico de color ámbar opaco y anillos debajo de los ojos como si fuera un bebedor secreto. Puede que lo veas medio volando, medio saltando fuera de los cafés a las tres de la mañana. Era el vagabundo del mundo de los loros.

Shelley Capon leyó mi mente. "El efecto es mejor", dijo, "con el chal sobre la jaula".

Volví a poner el chal sobre los barrotes.

Estaba pensando muy rápido. Entonces pensé muy lentamente. Me incliné y susurré junto a la jaula:

"Norman Mailer".

"No podía recordar el alfabeto", dijo la voz debajo del chal.

—Gertrude Stein —dije—.

"Sufrió de testículos no descendidos", dijo la voz.

"Dios mío", jadeé.

Retrocedí. Observé la jaula cubierta. Parpadeé hacia Shelley Capon.

"¿Realmente sabes lo que tienes aquí, Capon?"

"¡Una mina de oro, querido Raimundo!" cantó.

"¡Una menta!" Yo corregí.

"¡Oportunidades infinitas para el chantaje!"

"Causas de asesinato", agregué.

"¡Pensar!" Shelley resopló en su bebida. ¡Piensa en lo que pagarían los editores de Mailer por silenciar a este pájaro!

Le hablé a la jaula:

"F. Scott Fitzgerald."

Silencio.

"Prueba con 'Scottie'", dijo Shelley.

"Ah", dijo la voz dentro de la jaula. "Buen jab de izquierda pero no pudo

continuar. Buen contendiente, pero—"

—Faulkner —dije—.

"Promedio de bateo justo, estrictamente un bateador de individuales".

—¡Steinbeck!

"Terminó último al final de la temporada".

"¡Ezra Pound!"

"Cambiado a las ligas menores en 1932".

"Creo... que necesito... una de esas bebidas". Alguien puso una bebida en mi mano. Me lo tragué y asentí. Cerré los ojos y sentí que el mundo daba un giro, luego abrí los ojos para mirar a Shelley Capon, el clásico hijo de puta de todos los tiempos.

"Hay algo aún más fantástico", dijo. "Has escuchado sólo la primera mitad".

"Estás mintiendo", le dije. "¿Qué podría haber?"

Me hizo hoyuelos, en todo el mundo, solo Shelley Capon puede hacerte hoyuelos de una manera completamente malvada. "Fue así", dijo. "¿Recuerdas que papá tuvo problemas para poner sus cosas en papel en los últimos años mientras vivía aquí? Bueno, había planeado otra novela después de Islands in the Stream, pero de alguna manera nunca pareció escribirse.

"Oh, lo tenía en mente, está bien, la historia estaba allí y mucha gente lo escuchó mencionarla, pero parecía que no podía escribirla. Así que iba al Cuba Libre y bebía muchos tragos y tengo largas conversaciones con el loro. Raimundo, lo que papá le estuvo contando a El Córdoba en esas largas noches de borrachera era la historia de su último libro. Y, con el tiempo, el pájaro la ha memorizado.

"¡Su último libro!" Yo dije. "¡La última novela de Hemingway de todos los tiempos! ¡Nunca escrita pero grabada en el cerebro de un loro! ¡Santo Jesús!"

Shelley me asentía con la sonrisa de un querubín depravado.

"¿Cuánto quieres por este pájaro?"

"Querido, querido Raimundo". Shelley Capon revolvió su bebida con el dedo meñique. "¿Qué te hace pensar que la criatura está a la venta?"

"Vendiste a tu madre una vez, luego la robaste y la vendiste de nuevo con otro nombre. Vamos, Shelley. Estás en algo grande". Medité sobre la jaula cubierta con un chal. "¿Cuántos telegramas ha enviado en las últimas cuatro o cinco horas?"

"¡De verdad! ¡Me horrorizas!"

"¿Cuántas llamadas telefónicas de larga distancia, cobro revertido, has hecho desde el desayuno?"

Shelley Capon soltó un gran suspiro y sacó un arrugado duplicado de un

telegrama de su bolsillo de terciopelo. Lo tomé y leí:

**AMIGOS DE PAPA REUNIDOS EN LA HABANA PARA REMEMORAR EL PAJARO Y LA BOTELLA. PUJA POR CABLE O TRAE TALONARIOS DE CHEQUES Y MENTES ABIERTAS. POR ORDEN DE LLEGADA. TODO CARNE BLANCA MENOS CAVIAR PRECIOS. PUBLICACIÓN INTERNACIONAL, LIBRO, REVISTA, TV, FTLM DERECHOS DISPONIBLES. AMOR. SHELLEY YA-SABES-QUIEN.**

Dios mío otra vez, pensé, y dejé que el telegrama cayera al suelo cuando Shelley me entregó una lista de nombres a los que se había enviado el telegrama:

Tiempo. Vida. semana de noticias. Scribner´s. Simón & Schuster. Los New York Times. El Monitor de la Ciencia Cristiana. El Times de Londres. Le Monde. París-Partido. Uno de los Rockefeller. Algunos de los Kennedy. CBS. NBC. MGM. Warner Bros. 20th Century-Fox. Y sigue y sigue y sigue. La lista era tan larga como mi creciente melancolía.

Shelley Capon arrojó un puñado de telegramas de respuesta sobre la mesa cerca de la jaula. Los hojeé rápidamente.

Todos, pero todos, estaban en el aire, ahora mismo. Jets llegaban de todas partes del mundo. Dentro de dos horas, cuatro, seis a lo sumo, Cuba estaría repleta de agentes, editores, tontos y tontos de remate, además de secuestradores de contraespionaje y aspirantes a rubias aspirantes a aparecer en las fotografías de primera plana con el pájaro al hombro.

Supuse que me quedaba tal vez una buena media hora para hacer algo, no sabía qué.

Shelley me dio un codazo en el brazo. "¿Quién te envió, querido muchacho? Eres el primero, ¿sabes? Haz una buena oferta y tal vez estés libre. Debo considerar otras ofertas, por supuesto. Pero podría ponerse difícil y desagradable aquí. Empiezo entrar en pánico por lo que he hecho. Tal vez desee vender barato y huir. Porque, bueno, piense, ahí está el problema de sacar este pájaro del país, ¿sí? Y, simultáneamente, Castro podría declarar el loro monumento nacional. o obra de arte, o, carajo, Raimundo, ¿quién te mandó?

"Alguien, pero ahora nadie", dije, cavilando. "Vine en nombre de otra persona. Me iré solo. De ahora en adelante, de todos modos, solo seremos el pájaro y yo. He leído a Papá toda mi vida. Ahora sé que vine solo porque tenía que hacerlo".

"¡Dios mío, un altruista!"

"Lamento ofenderte, Shelley".

El teléfono sonó. Shelley lo entendió. Charló alegremente por un

momento, le dijo a alguien que esperara abajo, colgó y me arqueó una ceja: "NBC está en el vestíbulo. Quieren una entrevista grabada de una hora con El Córdoba allí. Están hablando de seis cifras".

Mis hombros se hundieron. El teléfono sonó. Esta vez lo recogí, para mi propia sorpresa. Shelley gritó. Pero dije: "Hola. ¿Sí?"

—Señor —dijo una voz de hombre. Hay un señor Hob... bueno, aquí de la revista Time, dice. Pude ver la cara del loro en la portada de la próxima semana, con seis páginas de texto de seguimiento.

Dile que espere. Colgué.

"¿Newsweek?" supuso Shelley.

"El otro", le dije.

"La nieve estaba bien arriba en la sombra de las colinas", dijo la voz dentro de la jaula debajo del chal.

"Cállate", le dije en voz baja, con cansancio. "Oh, cállate, maldito seas".

Unas sombras aparecieron en la puerta detrás de nosotros. Los amigos de Shelley Capon comenzaban a reunirse y entrar en la habitación. Se juntaron y comencé a temblar y sudar.

Por alguna razón, comencé a ponerme de pie. Mi cuerpo iba a hacer algo, no sabía qué. Observé mis manos. De repente, la mano derecha se extendió. Derribó la jaula, abrió de par en par la puerta de alambre y se precipitó para atrapar al loro.

"¡No!"

Hubo un gran rugido jadeante, como si una sola ola atronadora hubiera llegado a la orilla. Todos en la habitación parecían golpeados en el estómago por mi acción. Todos exhalaron, dieron un paso, comenzaron a gritar, pero para entonces ya tenía el loro afuera. Lo tenía por la garganta.

"¡No no!" Shelley saltó hacia mí. Le di una patada en las espinillas. Se sentó, gritando.

"¡Que nadie se mueva!" dije y casi me reí, escuchándome a mí mismo usar el viejo cliché". "¿Alguna vez has visto matar a un pollo? Este loro tiene un cuello delgado. Un giro, la cabeza sale. Nadie se mueve un pelo." Nadie se movió.

"Hijo de puta", dijo Shelley Capon, en el suelo.

Por un momento, pensé que todos me iban a apurar. Me vi golpeado y perseguido por la playa, gritando, los caníbales tocándome y comiéndome, al estilo Tennessee Williams, con zapatos y todo. Sentí pena por mi esqueleto, que sería encontrado en la plaza principal de La Habana en la madrugada de mañana.

Pero no golpearon, aporrearon ni mataron. Mientras tuviera mis dedos alrededor del cuello del loro que conoció a papá, sabía que podía estar allí

para siempre.

Quería con todo mi corazón, alma y agallas retorcerle el pescuezo al pájaro y arrojar su cadáver desconectado a esos rostros pálidos y arenosos. Quería detener el pasado y destruir la memoria preservada de Papá para siempre, si niños débiles mentales como estos iban a jugar con ella.

Pero no pude, por dos razones. Un loro muerto significaría un pato muerto: yo. Y yo lloraba por dentro por papá. Simplemente no pude silenciar su voz transcrita aquí, sostenida en mis manos, aún viva, como un viejo disco de Edison. no pude matar

Si estos niños antiguos hubieran sabido eso, se habrían abalanzado sobre mí como langostas. Pero ellos no sabían. Y, supongo, no se notaba en mi cara.

"¡Un paso atrás!" Lloré.

Era esa hermosa última escena de El fantasma de la ópera en la que Loh Chaney, perseguido durante la medianoche de París, se vuelve contra la multitud, levanta el puño cerrado como si contuviera un explosivo y mantiene a raya a la multitud durante un terrible instante. Se ríe, abre la mano para mostrarla vacía y luego lo llevan a la muerte en el río.... Solo que no tenía intención de dejarles ver una mano vacía. Lo mantuve cerca del cuello flacucho de El Córdoba.

"¡Despejen el camino hacia la puerta!" Despejaron un camino.

Ni un movimiento, ni un respiro. Si alguien se desmaya, este pájaro está muerto para siempre y sin derechos, sin películas, sin fotos. Shelley, tráeme la jaula y el chal.

Shelley Capon se acercó y me trajo la jaula y su tapa. "¡Apartarse!" I grité.

Todos dieron un salto hacia atrás otro pie.

"Ahora, escucha esto", le dije. "Después de que me haya escapado y me haya escondido, uno por uno de ustedes será llamado para tener la oportunidad de encontrarse con el amigo de papá aquí nuevamente y sacar provecho de los titulares".

Estaba mintiendo. Podía oír la mentira. Esperaba que no pudieran. Hablé más rápido ahora, para tapar la mentira: "Voy a empezar a caminar ahora. Mira. ¿Ves? Tengo el loro por el cuello. Se mantendrá vivo mientras juegues 'Simón dice' a mi manera. Aquí vamos, ahora. Uno, dos. A medio camino de la puerta. Caminé entre ellos y no respiraban. "Uno, dos," dije, mi corazón latía en mi boca. "En la puerta. Estable. Sin movimientos bruscos. Jaula en una mano. Pájaro en la otra-"

"Los leones corrieron por la playa sobre la arena amarilla", dijo el loro, su garganta moviéndose bajo mis dedos.

"Oh, Dios mío", dijo Shelley, agachada junto a la mesa. Las lágrimas

comenzaron a rodar por su rostro. Tal vez no todo fue dinero. Tal vez algo de eso también era papá para él. Extendió las manos en un gesto de regreso hacia mí, el loro, la jaula. "Oh, Dios, oh, Dios". Él lloró.

"Solo estaba el cadáver del gran pez junto al muelle, sus huesos limpios a la luz de la mañana", dijo el loro.

"Oh", dijeron todos en voz baja.

No esperé a ver si alguno más estaba llorando. Salí. Cerré la puerta. Corrí hacia el ascensor. De milagro, estaba allí, el operador medio dormido adentro. Nadie trató de seguir. Supongo que sabían que era inútil.

En el camino hacia abajo, puse el loro dentro de la jaula y puse el chal marcado con la madre sobre la jaula. Y el ascensor descendió lentamente a través de los años. Pensé en los años venideros y en dónde podría esconder al loro y mantenerlo abrigado contra cualquier clima y alimentarlo adecuadamente y una vez al día entrar y hablar a través del chal, y nadie lo viera nunca, sin periódicos, sin revistas, sin camarógrafos, ni Shelley Capon, ni siquiera Antonio de la Cuba Libre. Pasaban los días o las semanas y me asaltaban temores repentinos de que el loro se había quedado mudo. Luego, en medio de la noche, podría despertarme y entrar arrastrando los pies y pararme junto a su jaula y decir:

"¿Italia, 1918...?"

Y debajo de la palabra madre, una vieja voz decía: "La nieve se deslizó de los bordes de la montaña en un fino polvo blanco ese invierno. . . ".

"África, 1932".

"Sacamos los rifles y los engrasamos y estaban azules y finos y estaban en nuestras manos y esperamos en la hierba alta y sonreímos..."

"Cuba. La Corriente del Golfo".

"Ese pez salió del agua y saltó tan alto como el sol. Todo lo que había pensado sobre un pez estaba en ese pez. Todo lo que había pensado sobre un solo salto estaba en ese salto. Toda mi vida estaba allí. Era un día de sol y agua y de estar vivo. Quería mantenerlo todo quieto en mis manos. No quería que se fuera nunca. Sin embargo, allí, mientras los peces caían y las aguas se movían sobre él blancas y negras, luego verde, ahí se fue..."

En ese momento, estábamos en el nivel del vestíbulo y las puertas del ascensor se abrieron y salí con la jaula etiquetada como madre y crucé rápidamente el vestíbulo y salí a un taxi.

Quedaba el asunto más complicado, y mi mayor peligro. Sabía que para cuando llegara al aeropuerto, los guardias y la milicia castrista habrían sido alertados. No me extrañaría que Shelley Capon les dijera que un tesoro nacional se estaba escapando. Incluso podría hacerle participar a Castro en algunos de los ingresos del Club del Libro del Mes y los derechos de la

película. Tuve que improvisar un plan para pasar la aduana.

Soy un literato, sin embargo, y la respuesta me llegó rápidamente. Tuve la parada del taxi el tiempo suficiente para comprar un poco de betún para zapatos. Empecé a aplicar el disfraz a El Córdoba. Lo pinté de negro por todas partes.

"Escucha", dije, inclinándome para susurrar en la jaula mientras atravesábamos La Habana. "Nunca más."

Lo repetí varias veces para darle la idea. El sonido sería nuevo para él porque, supuse, papá nunca habría citado a un contendiente de peso mediano al que había noqueado hace años. Hubo silencio bajo el chal mientras se grababa la palabra.

Entonces, por fin, volvió a mí. "Nunca más", en la vieja y familiar voz de tenor de Papá, "nunca más", decía.

# El hombre en llamas

El desvencijado Ford venía por un camino que levantaba polvo en penachos amarillos que tardó una hora en volver a acostarse y no moverse más en ese sueño especial que aturde al mundo a mediados de julio. A lo lejos, esperaba el lago, una joya de un azul frío en un lago de hierba verde y caliente, pero en realidad todavía estaba muy lejos, y Neva y Doug iban baldeando en su barril lleno de pernos al rojo vivo con limonada derramándose en un vaso. termo en el asiento trasero y sándwiches de jamón endiablado fermentando en el regazo de Doug. Tanto el niño como la tía aspiraron aire caliente y hablaron aún más acalorados.

"Tragafuegos", dijo Douglas. "Estoy comiendo fuego. Diablos, ¡apenas puedo esperar por ese lago!"

De repente, más adelante, había un hombre al costado del camino.

Camisa abierta para revelar su cuerpo bronceado hasta la cintura, su cabello madurado al color del trigo en julio, los ojos del hombre ardían de un azul ardiente en un nido de arrugas de sol. Saludó, muriendo de calor, pisó el freno. Feroces nubes de polvo se levantaron para hacer desaparecer al hombre. Cuando el polvo dorado se disipó, sus cálidos ojos amarillos brillaron siniestros, como los de un gato, desafiando el clima y el viento abrasador.

Miró a Douglas.

Douglas desvió la mirada, nervioso.

Porque se podía ver donde el hombre había llegado a través de un campo alto con hierba amarilla cocida y quemada por ocho semanas sin lluvia. Había un camino donde el hombre había roto la hierba y abierto un paso hacia la carretera. El camino llegaba hasta donde alcanzaba la vista hasta un pantano seco y el lecho de un arroyo vacío con nada más que piedras calientes cocidas, roca frita y arena derretida.

"¡Maldita sea, te detuviste!" gritó el hombre, enojado.

"Maldita sea, lo hice", gritó Neva. "¿A dónde vas?"

"Pensaré en algún lugar". El hombre saltó como un gato y se meció en el asiento rodante. "¡Vamos! ¡Nos persigue! ¡El sol, quiero decir, por supuesto!" Señaló hacia arriba. "¡Vamos! ¡O nos volveremos locos!"

Neva pisó el acelerador. El coche dejó la gravilla y se deslizó sobre polvo puro al rojo vivo, bajando sólo de vez en cuando para chocar contra un peñasco o golpear una piedra. Cortaron la tierra por la mitad con raqueta. Por encima de ella, el hombre gritó:

"Ponlo hasta setenta, ochenta, ¡diablos! ¡Por qué no noventa!"

Neva lanzó una mirada rápida y crítica al león, el intruso en el asiento trasero, para ver si podía cerrarle las fauces con una mirada. ellos cerraron

Y eso, por supuesto, es lo que Doug sentía por la bestia. No un extraño, no, no un autoestopista, sino un intruso. En solo dos minutos de subirse al auto al rojo vivo, con su cabello selvático y su olor selvático, había logrado des-congraciarse con el clima, el automóvil, Doug y la honorable y sudorosa tía. Ahora se inclinó sobre el volante y condujo el coche a través de nuevas tormentas de calor y golpes de grava.

Mientras tanto, la criatura de atrás, con su gran cabellera de león y sus ojos amarillos como la menta, se humedeció los labios y miró directamente a Doug por el espejo retrovisor. Le dio un guiño. Douglas trató de devolverle el guiño, pero de alguna manera la tapa nunca bajó.

"Alguna vez has tratado de figura-" gritó el hombre.

"¿Qué?" gritó Neva.

"Alguna vez tratas de imaginarte", gritó el hombre, inclinándose hacia adelante entre ellos, "si el clima te está volviendo loco o no, o si ya estás loco".

Fue una pregunta sorprendente, que de repente los enfrió en este día de alto horno.

"No entiendo muy bien-" dijo Neva.

"¡Tampoco nadie!" El hombre olía como una casa de leones. Sus delgados brazos colgaban entre ellos, atando y desatando nerviosamente una cuerda invisible. Se movía como si hubiera nidos de pelo quemado bajo cada axila. "Día como hoy, todo el infierno se desata dentro de tu cabeza. Lucifer nació en un día como este, en un desierto como este", dijo el hombre. "Con solo fuego, llamas y humo por todas partes", dijo el hombre. "Y todo tan caliente que no puedes tocarlo, y la gente no quiere que la toquen", dijo el hombre.

Él le dio un codazo a ella, un codazo al chico.

Saltaron una milla.

"¿Verás?" El hombre sonrió. "Día como hoy, te pones a pensar muchas cosas". Él sonrió. "¿No es este el verano en que se supone que las langostas de diecisiete años regresarán como un holocausto puro? ¿Plagas simples pero multitudinarias?"

"¡No sé!" Neva condujo rápido, mirando al frente.

"Este es el verano. El Holocausto está a la vuelta de la esquina. Pienso tan rápido que me duelen los ojos, me parte la cabeza. Es probable que explote en una bola de fuego con solo un pensamiento desconectado. ¿Por qué, por qué, por qué?"

Neva tragó saliva. Doug contuvo la respiración.

De repente, estaban aterrorizados. Porque el hombre simplemente holgazaneaba con su charla, mirando los resplandecientes árboles de fuego

verdes que ardían a ambos lados, olfateando el rico polvo caliente que se agitaba alrededor del vagón de hojalata, su voz ni alta ni baja, sino firme y tranquila ahora en describiendo su vida:

"Sí, señor, hay más en el mundo de lo que la gente aprecia. Si puede haber langostas de diecisiete años, ¿por qué no personas de diecisiete años? ¿Alguna vez pensó en eso?"

"Nunca lo hice", dijo alguien.

Probablemente yo, pensó Doug, porque su boca se había movido como un ratón.

"¿O qué hay de la gente de veinticuatro años, o de la gente de cincuenta y siete años? Quiero decir, todos estamos tan acostumbrados a que la gente crezca, se case, tenga hijos, nunca nos detenemos a pensar que tal vez haya otras formas de que la gente venga". en el mundo, tal vez como langostas, de vez en cuando, ¡quién sabe, un día caluroso, en pleno verano!"

"¿Quién puede decirlo?" Ahí estaba el ratón otra vez. Los labios de Doug temblaron.

"¿Y quién puede decir que no existe el mal genético en el mundo?" preguntó el hombre del sol, mirándolo fijamente sin pestañear.

"¿Qué tipo de maldad?" preguntó Neva.

"Genético, señora. En la sangre, es decir. Las personas nacieron malvadas, crecieron malvadas, malvadas, sin cambios en toda la línea".

"Uf", dijo Douglas. "¿Te refieres a las personas que comienzan siendo malas y se mantienen así?"

"Tienes la suma, muchacho. ¿Por qué no? Si hay personas que todos piensan que son angelicales desde su primer aliento dulce hasta su última declaración pura, ¿por qué no pura maldad desde el primero de enero hasta diciembre, trescientos sesenta y cinco días después?"

"Nunca pensé en eso", dijo el ratón.

"Piensa", dijo el hombre. "Pensar."

Pensaron por más de cinco segundos.

"Ahora", dijo el hombre, entrecerrando un ojo hacia el lago frío cinco millas más adelante, con el otro ojo cerrado en la oscuridad y reflexionando sobre los depósitos de carbón de hecho allí, "escucha. ¿Qué pasa si el calor intenso, me refiero al calor realmente caliente? El calor de un mes como este, una semana como esta, un día como hoy, acaba de sacar al Hombre Malhumorado del lodo del río. Ha estado allí enterrado en el lodo durante cuarenta y siete años, como una maldita larva, esperando nacer. Y se sacudió para despertarse y miró a su alrededor, adulto, y salió del barro caliente al mundo y dijo: 'Creo que me comeré algún verano'".

"¿Cómo es eso de nuevo?"

"Cómeme un poco de verano, chico, verano, señora. Devóralo entero. Mira esos árboles, ¿no son una cena completa? Mira ese campo de trigo, ¿no es un festín? Esos girasoles junto al camino, por Dios, hay desayuno. Papel alquitranado encima de esa casa, hay almuerzo. Y el lago, muy adelante, Josafat, eso es vino para la cena, ¡bébetelo todo!

"Tengo sed, está bien", dijo Doug.

"¡Sed, diablos, muchacho, la sed no comienza a describir el estado de un hombre, ven a pensar en él, ven a hablar, que ha estado esperando en el lodo caliente treinta años y nace pero para morir en un día! Sed ¡Dioses! Vuestra ignorancia es completa.

"Bueno", dijo Doug.

"Bueno", dijo el hombre. "No solo sed, sino hambre. Hambre. Mira a tu alrededor. No solo te comas los árboles y luego las flores que resplandecen junto a los caminos, sino también los perros candentes y jadeantes. Hay uno. ¡Hay otro! Y todos los gatos del país. Hay dos, ¡acaba de pasar las tres! Y luego simplemente glotón feliz comienza a por qué, por qué no, comienza a moverse para, déjame decirte, ¿qué te parece esto, comer gente? Quiero decir, ¡gente! Frito, cocido, hervido y sancochado gente. Bellezas bronceadas de la gente. Viejos, jóvenes. Sombreros de ancianas y luego ancianas debajo de sus sombreros y luego bufandas de señoritas y señoritas, y luego bañadores de muchachos jóvenes, por Dios, y muchachos jóvenes, codos, tobillos, orejas, dedos de los pies y ¡cejas! Cejas, por Dios, hombres, mujeres, niños, señoras, perros, llenad el menú, afilad los dientes, lameos los labios,

"¡Esperar!" alguien lloró.

Yo no, pensó Doug. No dije nada.

"¡Esperar!" alguien gritó.

Era Neva.

Vio su rodilla volar hacia arriba como por intuición y hacia abajo como por agallas finalizadas.

¡Pisar muy fuerte! fue su talón en el suelo.

El coche frenó. Neva tenía la puerta abierta, señalando, gritando, señalando, gritando, con la boca abierta, una mano agarrada para agarrar la camisa del hombre y rasgarla.

"¡Fuera! ¡Fuera!"

"¿Aquí, señora?" El hombre estaba asombrado.

"¡Aquí, aquí, aquí, fuera, fuera, fuera!"

"¡Pero, señora...!"

"¡Fuera, o estás acabado, a través!" gritó Neva, salvajemente. "Tengo un montón de Biblias en el maletero trasero, una pistola con una bala de plata aquí debajo del volante. ¡Una caja de crucifijos debajo del asiento! Una estaca

de madera pegada al eje, con un martillo. Tengo agua bendita en el carburador, bendecido antes de que hirviera temprano esta mañana en tres iglesias en el camino: St. Matthew's Catholic, Green Town Baptist y Zion City High Episcopal. El vapor de eso te dejará solo. Síguenos, una milla detrás, y debe llegar en un minuto, está el reverendo obispo Kelly de Chicago, arriba en el lago está el padre Rooney de Milwaukee, y Doug, bueno, Doug aquí tiene en su bolsillo trasero en este momento una ramita de acónito y dos trozos de raíz de mandrágora ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

"¿Por qué, señora?", Exclamó el hombre. "¿Soy?'

Y él fue.

Aterrizó y cayó rodando en el camino.

Neva golpeó el auto en pleno vuelo.

Detrás, el hombre se levantó y gritó: "Debes estar loco. Debes estar loco. Loco. Loco".

"¿Estoy loco? ¿Estoy loco?" dijo Neva, y ululó. "¡Chico!"

"...locas...locas..." La voz se desvaneció.

Douglas miró hacia atrás y vio que el hombre agitaba el puño, luego se rasgaba la camisa, la arrojaba a la grava y sacaba grandes bocanadas de polvo al rojo vivo con los pies descalzos.

El coche explotó, se precipitó, aceleró, aporreó atropelladamente, su tía pegada ferozmente a la rueda caliente, hasta que la figurita sudorosa del hombre parlante se perdió en la marisma bañada por el sol y el aire abrasador. Por fin Doug exhaló:

"Neva, nunca te escuché hablar así antes".

"Y nunca lo volveré a hacer, Doug".

"¿Era verdad lo que dijiste?"

"Ni una palabra."

"Mentiste, quiero decir, ¿mentiste?"

"Mentí." Neva parpadeó. "¿Crees que él también estaba mintiendo?"

"No sé."

"Todo lo que sé es que a veces se necesita una mentira para matar una mentira, Doug. Esta vez, de todos modos. No dejes que se convierta en una costumbre".

"No, señora." Empezó a reír. Di lo de la raíz de mandrágora de nuevo. Di lo de la perdición de lobo en mi bolsillo. Di lo de una pistola con una bala de plata, dilo.

ella lo dijo Ambos comenzaron a reír.

Aullando y gritando, se alejaron en su coche de chatarra de hojalata sobre los surcos de grava y los montículos, ella diciendo, él escuchando, con los ojos cerrados, rugiendo, riéndose, delirando.

No pararon de reírse hasta que se metieron al agua en sus trajes de baño y se levantaron todas sonrientes.

El sol ardía en medio del cielo y remaron felices como perros durante cinco minutos antes de empezar a nadar de verdad en las olas frescas de mentol.

Solo al anochecer, cuando el sol desapareció repentinamente y las sombras se alejaron de los árboles, recordaron que ahora tenían que regresar por ese camino solitario a través de todos los lugares oscuros y más allá de ese pantano vacío para llegar a la ciudad.

Se pararon junto al auto y miraron hacia el largo camino. Doug tragó saliva.

"No nos puede pasar nada yendo a casa".

"Nada."

"¡Saltar!"

Golpearon los asientos y Neva pateó el motor de arranque como si fuera un perro muerto y se fueron.

Condujeron bajo árboles de color ciruela y entre colinas de color púrpura aterciopelado.

Y no pasó nada.

Condujeron a lo largo de un ancho camino de grava que se estaba poniendo del color de las ciruelas y olieron el aire cálido y fresco que era como las lilas y se miraron, esperando.

Y no pasó nada.

Neva empezó por fin a tararear por lo bajo.

El camino estaba vacío.

Y entonces no estaba vacío.

Neva se rió. Douglas entrecerró los ojos y se rió con ella.

Porque había un niño pequeño, de nueve años tal vez, vestido con un traje de verano blanco vainilla, con zapatos blancos y una corbata blanca y la cara rosada y lavada, esperando al lado del camino. El me saludó.

Neva frenó el coche.

"¿Vas a la ciudad?" llamó el niño, alegremente. "Me perdí. Gente en un picnic, se fue sin mí. Seguro que me alegro de que vinieras. Es espeluznante aquí".

"¡Subir en!"

El niño subió y se fueron, el niño en el asiento trasero, y Doug y Neva en el frente mirándolo, riéndose y luego callándose.

El niño pequeño permaneció en silencio durante un largo rato detrás de ellos, sentado con la espalda recta y limpio y brillante y fresco y nuevo en su traje blanco.

Y condujeron por la carretera vacía bajo un cielo que ahora estaba oscuro con algunas estrellas y el viento refrescaba.

Y por fin el niño habló y dijo algo que Doug no escuchó, pero vio que Neva se tensaba y su rostro se ponía tan pálido como el helado del que se cortó el traje del niño pequeño.

"¿Qué?" preguntó Doug, mirando hacia atrás.

El niño pequeño lo miró fijamente, sin pestañear, y su boca se movió como si estuviera separada de su rostro.

El motor del auto no se encendió y se apagó.

Estaban reduciendo la velocidad hasta detenerse en seco.

Doug vio a Neva pateando y jugueteando con el acelerador y el motor de arranque. Pero sobre todo oyó decir al niño pequeño, en el nuevo y permanente silencio:

"¿Alguno de ustedes alguna vez se ha preguntado…?"

El chico tomó aire y terminó:

"-si existe tal cosa como el mal genético en el mundo?"

# El hombre en llamas

"Siéntate, joven", dijo el Oficial.

"Gracias." El joven se sentó.

"He estado escuchando rumores acerca de ti", dijo el Oficial amablemente. "Oh, no mucho. Tu nerviosismo. No te llevas muy bien. Hace varios meses que he oído hablar de ti, y pensé en llamarte. Pensé que tal vez te gustaría que cambiaras de trabajo. Te gustaría ir al extranjero". ¿Trabajar en alguna otra área de guerra? ¿Un trabajo de escritorio lo está matando, como para entrar directamente en la vieja pelea?

"No lo creo", dijo el joven sargento.

"¿Qué deseas?"

El sargento se encogió de hombros y se miró las manos. "Vivir en paz. Saber que durante la noche, de alguna manera, las armas del mundo se habían oxidado, las bacterias se habían vuelto estériles en los casquillos de las bombas, los tanques se habían hundido como monstruos prehistóricos en caminos que de repente se convirtieron en pozos de alquitrán. Eso es lo que yo quisiera".

"Eso es lo que nos gustaría a todos, por supuesto", dijo el Oficial. "Ahora deja toda esa charla idealista y dime a dónde te gustaría que te envíen. Tienes tu elección: la zona de guerra del oeste o del norte". El Oficial tocó un mapa rosa en su escritorio.

Pero el sargento se estaba hablando de las manos, dándoles la vuelta, mirando los dedos: "¿Qué harían ustedes, los oficiales, qué haríamos los hombres, qué haría el mundo si todos nos despertáramos mañana con las armas en ruinas?"

El Oficial vio que tendría que tratar con cuidado al sargento. Él sonrió en silencio. "Esa es una pregunta interesante. Me gusta hablar de esas teorías, y mi respuesta es que habría un pánico masivo. Cada nación pensaría que es la única nación desarmada del mundo y culparía a sus enemigos por el desastre. Serían oleadas de suicidio, acciones colapsando, un millón de tragedias".

"Pero después de eso", dijo el sargento. "Después de que se dieron cuenta de que era cierto, que todas las naciones estaban desarmadas y que no había nada más que temer, si todos estuviéramos limpios para comenzar de nuevo, ¿entonces qué?"

"Se rearmarían lo más rápido posible".

"¿Y si pudieran ser detenidos?"

"Luego se golpeaban con los puños. Si se reducía a eso. Enormes ejércitos de hombres con guantes de boxeo con púas de acero se reunían en las fronteras nacionales. Y si les quitabas los guantes, usaban las uñas y pies, y si

les cortas las piernas, se escupen unos a otros, y si les cortas la lengua y les tapas la boca con corchos, llenan el ambiente de tanto odio que los mosquitos caen al suelo y los pájaros vuelan. caer muerto de los cables telefónicos".

"¿Entonces no crees que serviría de nada?" dijo el sargento.

"Desde luego que no. Sería como arrancarle el caparazón a una tortuga. La civilización jadearía y moriría por la conmoción".

El joven negó con la cabeza. "¿O te estás mintiendo a ti mismo ya mí porque tienes un trabajo agradable y cómodo?"

"Llamémoslo noventa por ciento de cinismo, diez por ciento de racionalización de la situación. Ve a guardar tu Rust y olvídalo".

El sargento levantó la cabeza. "¿Cómo supiste que lo tenía?" él dijo.

"¿Tenía qué?"

"La Herrumbre, por supuesto".

"¿De qué estás hablando?"

"Puedo hacerlo, ¿sabes? Podría comenzar el Rust esta noche si quisiera".

El Oficial se rió. "No puedes hablar en serio."

"Lo estoy. Tenía la intención de venir a hablar contigo. Me alegro de que me hayas llamado. He trabajado en este invento durante mucho tiempo. Ha sido un sueño mío. Tiene que ver con la estructura. de ciertos átomos. Si los estudias, encuentras que la disposición de los átomos en una armadura de acero es tal o cual disposición. Estaba buscando un factor de desequilibrio. Me especialicé en física y metalurgia, ¿sabes? Se me ocurrió, hay un factor de óxido en el aire todo el tiempo. Vapor de agua. Tenía que encontrar una manera de darle al acero un 'ataque de nervios'. Entonces el vapor de agua en todo el mundo se haría cargo. No en todo el metal, por supuesto. Nuestra civilización está construida sobre acero, no me gustaría destruir la mayoría de los edificios. Simplemente eliminaría las armas y los proyectiles, los tanques, los aviones, acorazados Puedo configurar la máquina para trabajar en cobre, latón y aluminio, también, si es necesario. Simplemente caminaría junto a todas esas armas y solo estando cerca de ellas las haría caer".

El Oficial estaba inclinado sobre su escritorio, mirando al sargento. "¿Puedo hacerte una pregunta?"

"Sí."

"¿Alguna vez has pensado que eres Cristo?"

"No puedo decir que lo haya hecho. Pero he considerado que Dios fue bueno conmigo al dejarme encontrar lo que estaba buscando, si eso es lo que quieres decir".

El oficial metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó un costoso bolígrafo con tapa de rifle. Agitó la pluma y comenzó a llenar un formulario. "Quiero que le lleves esto al Dr. Mathews esta tarde, para un chequeo

completo. No es que espere algo realmente malo, entiéndelo. ¿Pero no crees que deberías ver a un médico?"

"Crees que estoy mintiendo sobre mi máquina", dijo el sargento. "No lo soy. Es tan pequeño que se puede ocultar en este paquete de cigarrillos. El efecto se extiende por novecientas millas. Podría recorrer este país en unos pocos días, con la máquina ajustada a un cierto tipo de acero. Las otras naciones no podrían aprovecharse de nosotros porque oxidaría sus armas cuando se acerquen a nosotros. Luego volaría a Europa. A esta altura del próximo mes, el mundo estaría libre de guerras para siempre. No sé cómo Encontré este invento. Es imposible. Tan imposible como la bomba atómica. He esperado un mes, tratando de pensarlo. Me preocupaba lo que sucedería si le arrancara el caparazón, como dices. Pero ahora "Acabo de decidir. Mi conversación con usted ha ayudado a aclarar las cosas. Nadie pensó que un avión volaría alguna vez,

"Llévale ese papel al Dr. Mathews, ¿quieres?" dijo el Oficial apresuradamente.

El sargento se levantó. "¿Entonces no me vas a asignar a ninguna Zona nueva?"

"No de inmediato, no. He cambiado de opinión. Dejaremos que Mathews decida".

"He decidido entonces", dijo el joven. "Dejo el Post en los próximos minutos. Tengo un pase. Muchas gracias por dedicarme su valioso tiempo, señor".

"Ahora mire, sargento, no se tome las cosas tan en serio. No tiene que irse. Nadie le va a hacer daño".

—Así es. Porque nadie me creería. Adiós, señor. El sargento abrió la puerta de la oficina y salió.

La puerta se cerró y el Oficial quedó solo. Se quedó un momento mirando la puerta. Él suspiró. Se pasó las manos por la cara. El teléfono sonó. Respondió abstraídamente.

"Oh, hola, doctor. Justo lo iba a llamar". Una pausa. "Sí, se lo iba a enviar. Mire, ¿está bien que ese joven ande vagando por ahí? ¿Está bien? Si usted lo dice, doctor. Probablemente necesite un descanso, un buen descanso. El pobre chico tiene un delirio de un tipo bastante interesante. Sí, sí. Es una pena. Pero eso es lo que una Guerra de los Dieciséis Años puede hacerte, supongo.

La voz del teléfono zumbó en respuesta.

El Oficial escuchó y asintió. "Tomaré una nota sobre eso. Solo un segundo". Cogió su bolígrafo. "Espera un momento. Siempre extraviando cosas". Palpó su bolsillo. "Tenía mi bolígrafo aquí hace un momento. Espera".

Colgó el teléfono y buscó en su escritorio, sacando cajones. Volvió a revisar el bolsillo de su blusa. Dejó de moverse. Entonces sus manos se movieron lentamente en su bolsillo y probaron hacia abajo. Metió el pulgar y el índice profundamente y sacó una pizca de algo.

Lo espolvoreó sobre el papel secante de su escritorio: un pequeño polvo filtrante de óxido amarillo rojizo.

Se quedó mirándolo por un momento. Luego cogió el teléfono. "Mathews", dijo, "sal de la línea, rápido". Hubo un clic de alguien colgando y luego marcó otra llamada. "Hola, estación de guardia, escuchen, hay un hombre que pasa junto a ustedes en cualquier momento, lo conocen, se llama sargento Hollis, deténganlo, dispárenlo, mátenlo si es necesario, no hagan preguntas, maten al hijo de una perra, me escuchaste, ¡este es el Oficial hablando! ¡Sí, mátalo, escuchaste!"

"Pero, señor", dijo una voz desconcertada al otro lado de la línea. "No puedo, simplemente no puedo..."

"¿Qué quieres decir con que no puedes, maldita sea?"

"Porque..." La voz se desvaneció. Se podía escuchar al guardia respirando en el teléfono a una milla de distancia.

El Oficial sacudió el teléfono. "¡Escúchame, escucha, prepara tu arma!"

"No puedo dispararle a nadie", dijo el guardia.

El Oficial se hundió en su silla. Permaneció sentado parpadeando durante medio minuto, jadeando.

Allí fuera, incluso ahora (no tenía que mirar, nadie tenía que decírselo), los hangares estaban cubiertos de un suave óxido rojo, y los aviones se alejaban en un viento de óxido marrón hacia la nada, y los tanques se hundían, hundiéndose lentamente en las calurosas carreteras asfaltadas, como los dinosaurios (¿no es eso lo que había dicho el hombre?) hundiéndose en los primitivos pozos de alquitrán. Los camiones se alejaban en bocanadas de humo ocre, sus conductores arrojados a la carretera, con solo las llantas funcionando en las carreteras.

"Señor . . ." dijo el guardia, que estaba viendo todo esto, a lo lejos. "Oh Dios ..."

"¡Escucha Escucha!" gritó el Oficial. “Ve tras él, atrápalo, con tus manos, estrangúlalo, con tus puños, golpéalo, usa tus pies, patéalo en las costillas, patéalo hasta matarlo, haz cualquier cosa, pero atrapa a ese hombre. " El colgó el teléfono.

Por instinto, abrió de un tirón el cajón inferior del escritorio para sacar su pistola reglamentaria. Un montón de óxido marrón llenó la funda de cuero nueva. Maldijo y saltó.

Al salir de la oficina agarró una silla. Es madera, pensó. Buena madera

antigua, buen arce antiguo. Lo tiró dos veces contra la pared y se rompió. Luego agarró una de las piernas, la apretó con fuerza en su puño, su cara estallando de rojo, el aliento resoplando en sus fosas nasales, su boca abierta. Golpeó la palma de su mano con la pata de la silla, probándola. "¡Está bien, maldita sea, vamos!" gritó.

Salió corriendo, gritando, y cerró la puerta.

# El Mesías

"Todos tenemos ese sueño especial cuando somos jóvenes", dijo el obispo Kelly.

Los demás en la mesa murmuraron, asintieron.

"No hay niño cristiano", continuó el obispo, "que no se pregunte alguna noche: ¿soy yo Él? ¿Es esta la Segunda Venida por fin, y lo soy yo? ¿Yo fuera Jesús? ¡Qué grandioso!"

Los sacerdotes, los ministros y el único rabino solitario se rieron suavemente, recordando cosas de su propia infancia, sus propios sueños salvajes y siendo grandes tontos.

"Supongo", dijo el joven sacerdote, el padre Niven, "que los niños judíos se imaginan a sí mismos como Moisés".

"No, no, mi querido amigo", dijo el rabino Niftier. "¡El Mesías! ¡El Mesías!"

Más risas tranquilas, de todos.

"Por supuesto", dijo el padre Niven con su cara fresca de color rosa y crema, "qué estúpido de mí. Cristo no era el Mesías, ¿verdad? Y tu gente todavía está esperando que llegue. Qué extraño. Oh, las ambigüedades".

Y nada más ambiguo que esto. El obispo Kelly se levantó para escoltarlos a todos a una terraza que tenía una vista de las colinas marcianas, las antiguas ciudades marcianas, las viejas carreteras, los ríos de polvo y la Tierra, a sesenta millones de millas de distancia, brillando con una luz clara en este alienígena. cielo.

"¿Alguna vez en nuestros sueños más locos", dijo el reverendo Smith, "imaginamos que un día cada uno de nosotros tendría una iglesia bautista, una capilla de Santa María, una sinagoga del Monte Sinaí aquí, aquí en Marte?"

La respuesta fue no, no, en voz baja, de todos ellos.

Su silencio fue interrumpido por otra voz que se movía entre ellos. El padre Niven, de pie junto a la balaustrada, había sintonizado su radio de transistores para comprobar la hora. Las noticias se transmitían desde la pequeña colonia salvaje estadounidense-marciana de abajo. Ellos escucharon:

"-se rumorea cerca de la ciudad. Este es el primer marciano reportado en nuestra comunidad este año. Se insta a los ciudadanos a respetar a cualquier visitante. Si-"

El padre Niven apagó las noticias.

"Nuestra escurridiza congregación", suspiró el reverendo Smith. "Debo confesar que vine a Marte no solo para trabajar con cristianos, sino también con la esperanza de invitar a un marciano a la cena del domingo, para aprender sobre sus teologías, sus necesidades".

"Todavía somos demasiado nuevos para ellos", dijo el padre Lips-comb. "Creo que dentro de un año más o menos entenderán que no somos cazadores de búfalos en busca de pieles. Aun así, es difícil mantener la curiosidad bajo control. Después de todo, nuestras fotografías de Mariner no indicaron vida alguna aquí. Sin embargo, hay vida allí". , muy misterioso y medio parecido al humano".

"¿La mitad, Su Eminencia?" El rabino reflexionó sobre su café. "Siento que son incluso más humanos que nosotros. Nos han dejado entrar. Se han escondido en las colinas, viniendo entre nosotros solo de vez en cuando, suponemos, disfrazados de terrícolas..."

"¿De verdad crees que tienen poderes telepáticos, entonces, y habilidades hipnóticas que les permiten caminar en nuestros pueblos, engañándonos con máscaras y visiones, y ninguno de nosotros más sabio?"

"Así lo creo".

—Entonces ésta —dijo el obispo, repartiendo aguardientes y cremas de menta— es una verdadera velada de frustraciones. Marcianos que no se revelarán para ser salvados por Nosotros los Iluminados...

Muchas sonrisas ante esto.

"—y la segunda venida de Cristo se retrasó por varios miles de años. ¿Cuánto tiempo debemos esperar, oh, Señor?"

"En cuanto a mí", dijo el joven padre Niven, "nunca deseé ser Cristo, la Segunda Venida. Siempre quise, con todo mi corazón, encontrarme con Él. Desde que tenía ocho años he pensado en eso. Podría será la primera razón por la que me convertí en sacerdote".

"¿Para tener la pista interna en caso de que Él llegara de nuevo?" sugirió el rabino, amablemente.

El joven sacerdote sonrió y asintió. Los otros sintieron el impulso de alcanzarlo y tocarlo, porque él había tocado algún pequeño nervio vago y dulce en cada uno. Se sentían inmensamente gentiles.

"Con su permiso, rabino, caballeros", dijo el obispo Kelly, levantando su copa. "A la Primera Venida del Mesías, o la Segunda Venida de Cristo. Que sean más que algunos sueños antiguos, algunos tontos".

Bebieron y se quedaron callados.

El obispo se sonó la nariz y se secó los ojos.

El resto de la velada fue como muchas otras para los sacerdotes, los reverendos y el rabino. Cayeron en jugar a las cartas y discutir sobre Santo Tomás de Aquino, pero fracasaron bajo el ataque de la lógica educada del rabino Nittler. Lo nombraron jesuita, bebieron copas y escucharon las últimas noticias de la radio:

"... se teme que este marciano se sienta atrapado en nuestra comunidad.

Cualquiera que se encuentre con él debe darse la vuelta para dejar pasar al marciano. La curiosidad parece ser su motivo. No hay motivo de alarma. Eso concluye nuestro..."

Mientras se dirigían a la puerta, los sacerdotes, los ministros y el rabino discutían las traducciones que habían hecho a varios idiomas del Antiguo y Nuevo Testamento. Fue entonces cuando el joven padre Niven los sorprendió:

"¿Sabías que una vez me pidieron que escribiera un guión sobre los Evangelios? ¡Necesitaban un final para su película!"

"Seguramente", protestó el obispo, "sólo hay un final para la vida de Cristo".

"Pero, Su Santidad, los Cuatro Evangelios lo cuentan con cuatro variaciones. Comparé. Me emocioné. ¿Por qué? Porque redescubrí algo que casi había olvidado. ¡La Última Cena no es realmente la Última Cena!"

"Dios mío, ¿qué es entonces?"

"Por qué, Su Santidad, el primero de varios, señor. ¡El primero de varios! Después de la Crucifixión y el Entierro de Cristo, ¿Simón llamado Pedro, con los Discípulos, no pescó en el Mar de Galilea?"

"Lo hicieron."

"¿Y sus redes se llenaron con un milagro de peces?"

"Ellos eran."

"Y viendo en la orilla de Galilea una pálida luz, ¿no desembarcaron y se acercaron a lo que parecía un lecho de brasas al rojo vivo sobre las cuales se asaba el pescado recién pescado?"

"Sí, ah, sí", dijo el reverendo Smith.

"Y allí, más allá del resplandor del suave fuego de carbón, ¿no sintieron una Presencia Espiritual y la llamaron?"

"Lo hicieron."

"Al no obtener respuesta, Simón el llamado Pedro no susurró de nuevo: '¿Quién está ahí?' Y el Fantasma no reconocido sobre la orilla de Galilea extendió su mano a la luz del fuego, y en la palma de esa mano, ¿no vieron la marca donde había entrado el clavo, los estigmas que nunca sanarían?

"Habrían huido, pero el Fantasma habló y dijo: Toma de estos peces y alimenta a tus hermanos". Y Simón, llamado Pedro, tomó el pez que se cocía sobre las brasas y alimentó a los Discípulos. Y el frágil Espíritu de Cristo dijo entonces: Tomad de mi palabra y díganla entre las naciones de todo el mundo y prediquen en ella el perdón de los pecados. '

"Y entonces Cristo los dejó. Y, en mi guion, lo hice caminar a lo largo de la orilla de Galilea hacia el horizonte. Y cuando alguien camina hacia el horizonte, parece ascender, ¿no? Porque toda la tierra se eleva a lo lejos. Y Siguió caminando a lo largo de la orilla hasta que fue solo una pequeña mota,

muy lejos, y entonces ya no pudieron verlo más.

"Y cuando el sol se elevó sobre el mundo antiguo, todas Sus mil huellas que yacían a lo largo de la orilla volaron con los vientos del amanecer y quedaron como nada.

"Y los Discípulos dejaron las cenizas de ese lecho de brasas para que se esparcieran en chispas, y con el sabor de la Última Cena Real, Final y Verdadera en sus bocas, se fueron. Y en mi guión, tenía mi cámara a la deriva en lo alto para mirar los Discípulos se mueven hacia el norte, hacia el sur, hacia el este, para contarle al mundo lo que había que decir acerca de Un Hombre. Y sus huellas, dando vueltas en todas direcciones, como los rayos de una rueda inmensa, volaron fuera de la arena. en los vientos de la mañana. Y era un nuevo día. el final ".

El joven Sacerdote estaba de pie en el centro de sus amigos, las mejillas encendidas con color, los ojos cerrados. De repente abrió los ojos, como si recordara dónde estaba:

"Lo siento."

"¿Para qué?" —exclamó el obispo, frotándose los párpados con el dorso de la mano, parpadeando rápidamente. "¿Por hacerme llorar dos veces en una noche? ¿Qué, timidez en la presencia de tu propio amor por Cristo? ¡Vaya, me has devuelto la Palabra, a mí! ¡Quién ha conocido la Palabra por lo que parece mil años! Has refrescado mi alma, oh buen joven con corazón de niño. El comer pescado en la orilla de Galilea es la Verdadera Última Cena. Bravo. Mereces encontrarte con Él. La Segunda Venida, es justa, debe ser para ti. "

"¡Soy indigno!" dijo el padre Niven.

"¡Todos nosotros también! Pero si fuera posible un intercambio de almas, prestaría la mía en este instante para tomar prestada la suya recién salida de la lavandería. ¿Otro brindis, caballeros? ¡Por el padre Niven! Y luego, buenas noches, es tarde, buenas noches."

Se bebió el brindis y todos partieron; el rabino y los ministros bajaron la colina hacia sus lugares sagrados, dejando a los Sacerdotes parados un último momento en su puerta mirando a Marte, este mundo extraño, y soplando un viento frío.

Llegó la medianoche y luego la una y las dos, ya las tres de la mañana fría y profunda de Marte, el padre Niven se movió. Las velas parpadearon en suaves susurros. Las hojas revoloteaban contra su ventana.

De repente se incorporó en la cama, medio sobresaltado por un sueño de gritos y persecuciones de la turba. El escuchó.

A lo lejos, abajo, oyó cerrarse una puerta exterior.

Poniéndose una bata, el padre Niven bajó las tenues escaleras de la rectoría y atravesó la iglesia donde una docena de velas aquí o allá mantenían

sus propios focos de luz.

Recorrió todas las puertas pensando: Tonto, ¿por qué cerrar las iglesias? ¿Qué hay para robar? Pero aún rondaba la noche dormida...

... y encontré la puerta principal de la iglesia abierta, y suavemente empujada por el viento.

Temblando, cerró la puerta.

Pasos suaves corriendo.

Se dio la vuelta.

La iglesia yacía vacía. Las llamas de las velas se inclinaban ahora hacia aquí, ahora en sus altares. Sólo quedaba el antiguo olor a cera e incienso quemado, restos de todos los mercados del tiempo y la historia; otros soles, y otros mediodías.

En medio de mirar el crucifijo sobre el altar mayor, se quedó helado.

Hubo un sonido de una sola gota de agua cayendo en la noche.

Lentamente se volvió para mirar el baptisterio en la parte trasera de la iglesia.

No había velas allí, todavía—

Una luz pálida brillaba desde ese pequeño hueco donde estaba la pila bautismal.

"¿El obispo Kelly?" llamó, suavemente.

Caminando lentamente por el pasillo, sintió mucho frío y se detuvo porque—

Otra gota de agua había caído, golpeado, disuelto.

Era como un grifo goteando en alguna parte. Pero no había grifos. Sólo la propia pila bautismal, en la que, gota a gota, caía un líquido lento, con tres latidos entre cada sonido.

En algún nivel secreto, el corazón del padre Niven se dijo algo a sí mismo y se aceleró, luego se desaceleró y casi se detuvo. Empezó a sudar salvajemente. Se encontró incapaz de moverse, pero debía moverse, un pie tras otro, hasta llegar a la puerta arqueada del baptisterio.

De hecho, había una luz pálida en la oscuridad del pequeño lugar.

No, no es una luz. Una forma. Una figura.

La figura estaba detrás y más allá de la pila bautismal. El sonido del agua cayendo se había detenido.

Con la lengua atrapada en la boca, los ojos muy abiertos en una especie de locura, el padre Niven se sintió cegado. Entonces volvió la visión y se atrevió a gritar:

"¡OMS!"

Una sola palabra, que resonó por toda la iglesia, que hizo aletear en reverberación las llamas de las velas, que agitó el polvo del incienso, que

asustó su propio corazón con su rápido retorno al decir: ¡Quién!

La única luz dentro del baptisterio provenía de las prendas pálidas de la figura que estaba de pie frente a él. Y esta luz fue suficiente para mostrarle algo increíble.

Mientras el padre Niven observaba, la figura se movió. Extendió una mano pálida sobre el aire del baptisterio.

La mano colgaba allí como si no quisiera, una cosa separada del Fantasma más allá, como si la mirada espantosa y fascinada del padre Niven la agarrara y la empujara hacia adelante, resistiéndose, para revelar lo que yacía en el centro de su palma blanca abierta.

Se arregló un agujero dentado, un cíngulo del cual, lentamente, uno por uno, la sangre goteaba, cayendo y cayendo lentamente hacia la pila bautismal.

Las gotas de sangre golpearon el agua bendita, la colorearon y se disolvieron en lentas ondas.

La mano permaneció por un momento de aturdimiento allí ante los ojos ahora ciegos, que ahora ven del Sacerdote.

Como si hubiera recibido un golpe terrible, el Sacerdote se derrumbó de rodillas con un grito ahogado, mitad de desesperación, mitad de revelación, una mano sobre sus ojos, la otra defendiéndose de la visión.

"¡No, no, no, no, no, no, no, no puede!"

Fue como si un terrible médico odontólogo lo hubiera encontrado sin narcóticos y con un ataque completo: le hubiera extraído el alma, ensangrentada, fuera de su cuerpo. Se sintió apreciado, su vida arrancada, y las raíces, oh, Dios, eran... ¡profundas!

"¡No no no no!"

Pero sí.

Entre los lazos de sus dedos volvió a mirar.

Y el Hombre estaba allí.

Y la espantosa palma sangrante tembló goteando sobre el aire del baptisterio.

"¡Suficiente!"

La palma se retiró, desapareció. El Fantasma se quedó esperando.

Y el rostro del Espíritu era bueno y familiar. Esos extraños, hermosos, profundos e incisivos ojos eran como él sabía que siempre debían ser. Estaba la dulzura de la boca y la palidez enmarcada por los mechones sueltos de cabello y barba. El Hombre estaba vestido con la sencillez de las prendas usadas en las costas y en el desierto cerca de Galilea.

El Sacerdote, con un gran esfuerzo de voluntad, impidió que sus lágrimas se derramaran, detuvo su agonía de sorpresa, duda, conmoción, esos torpes tejemanejes que se amotinaban por dentro y amenazaban con estallar. Él

tembló.

Y luego vio que la Figura, el Espíritu, el Hombre, el Fantasma, Lo que sea, también temblaba.

No, pensó el sacerdote, ¡no puede ser! ¿Asustado? ¿Miedo de mí?

Y ahora el Espíritu se sacudió con una inmensa agonía no muy diferente a la suya, como una imagen reflejada de su propia conmoción cerebral, abrió mucho la boca, cerró sus propios ojos y se lamentó:

"Oh, por favor, déjame ir".

Ante esto, el joven sacerdote abrió más los ojos y jadeó. Pensó: Pero eres libre. ¡Nadie te retiene aquí!

Y en ese instante: "¡Sí!" gritó la Visión. "¡Quédate conmigo! ¡Por favor! ¡Evita tu mirada! ¡Cuanto más miras, más me convierto en esto! ¡No soy lo que parezco!"

Pero, pensó el sacerdote, ¡yo no hablé! ¡Mis labios no se movieron! ¿Cómo sabe este Fantasma mi mente?

—Sé todo lo que piensas —dijo la Visión, temblando, pálida, retrocediendo en la penumbra del baptisterio—. "Cada frase, cada palabra. No era mi intención venir. Me aventuré en la ciudad. De repente, era muchas cosas para mucha gente. Corrí. Me siguieron. —oh, y luego quedó atrapado."

No, pensó el sacerdote.

"Sí", se lamentó el Fantasma. "Por ti."

Lentamente ahora, gimiendo bajo un peso aún más terrible de revelación, el Sacerdote se agarró al borde de la fuente y se puso en pie, tambaleándose. Por fin se atrevió a forzar la pregunta:

¿No eres... lo que pareces?

"No lo soy", dijo el otro. "Perdóname."

Yo, pensó el sacerdote, me volveré loco.

"No lo hagas", dijo el Fantasma, "o caeré en la locura contigo".

"No puedo renunciar a ti, oh, Dios mío, ahora que estás aquí, después de todos estos años, todos mis sueños, ¿no ves? Es pedir demasiado. Dos mil años, toda una raza de personas". ¡He esperado tu regreso! Y yo, yo soy el que te encuentra, te ve—"

"Solo encuentras tu propio sueño. Ves solo tu propia necesidad. Detrás de todo esto...", la figura se tocó la túnica y el pecho, "soy otra cosa".

"¡Que debo hacer!" —estalló el Sacerdote, mirando ya al cielo, ya al Fantasma que se estremeció con su grito. "¿Qué?"

Aparta la mirada. En ese momento saldré por la puerta y me iré.

"¿Solo-solo así?"

"Por favor", dijo el Hombre.

El Sacerdote tomó una serie de respiraciones, temblando.

"Oh, si este momento pudiera durar solo una hora".

"¿Me matarías?"

"¡No!"

"Si me retienes, me obligas a tener esta forma un poco más de tiempo, mi muerte estará en tus manos".

El Sacerdote se mordió los nudillos y sintió que una convulsión de dolor le estrujaba los huesos.

"¿Tú-tú eres un marciano, entonces?"

"Ni más ni menos."

"¿Y te he hecho esto con mis pensamientos?"

"No quisiste decir. Cuando bajaste las escaleras, tu viejo sueño se apoderó de mí y me transformó. Todavía me sangran las palmas de las manos por las heridas que me diste con tu mente secreta".

El Sacerdote negó con la cabeza, aturdido.

"Solo un momento más... espera..."

Miró fijamente, con avidez, la oscuridad donde el Fantasma se destacaba de la luz. Ese rostro era hermoso. Y, oh, esas manos eran amorosas y más allá de toda descripción.

El Sacerdote asintió, una tristeza en él ahora como si hubiera regresado en una hora del verdadero Calvario. Y la hora se fue. Y los carbones moribundos esparcidos en la arena cerca de Galilea.

"Si-si te dejo ir-"

"¡Debes, oh debes!"

"Si te dejo ir, ¿me prometes-"

"¿Qué?"

"¿Prometes volver?"

"¿Regresar?" gritó la figura en la oscuridad.

"Una vez al año, eso es todo lo que pido, vuelve una vez al año, aquí, a este lugar, a esta fuente, a la misma hora de la noche..."

"Regresar...?"

"¡Prométeme! Oh, debo conocer este momento otra vez. ¡No sabes lo importante que es! ¡Prométeme, o no te dejaré ir!"

"¡Dilo! ¡Júralo!"

"Lo prometo", dijo el fantasma pálido en la oscuridad. "Lo juro."

"Gracias, oh gracias".

"¿En qué día dentro de un año debo regresar?"

Las lágrimas habían comenzado a rodar por el rostro del joven sacerdote ahora. Apenas podía recordar lo que quería decir y cuando lo dijo apenas podía oír:

"¡Pascua, oh, Dios, sí, Pascua, dentro de un año!"

"Por favor, no llores", dijo la figura. "Iré. ¿Pascua, dices? Conozco tu calendario. Sí. Ahora-" La pálida mano herida se movió en el aire, suavemente suplicante. "¿Puedo irme?"

El Sacerdote rechinó los dientes para evitar que estallaran los gritos de dolor. Bendíceme y vete.

"¿Como esto?" dijo la voz.

Y la mano salió para tocarlo muy silenciosamente.

"¡Rápido!" —gritó el Sacerdote, con los ojos cerrados, apretando los puños con fuerza contra las costillas para evitar que extendiera la mano para agarrarlo. "Vete antes de que te guarde para siempre. ¡Corre, corre!"

La mano pálida lo tocó por última vez sobre su frente. Hubo un suave correr de pies descalzos.

Una puerta abierta a las estrellas; la puerta se cerró de golpe.

Hubo un largo momento en que el eco del portazo se abrió paso a través de la iglesia, a cada altar, a cada rincón y hacia arriba como el vuelo ciego de un pájaro solitario que busca y encuentra alivio en el ábside. La iglesia dejó de temblar por fin, y el Sacerdote se impuso las manos sobre sí mismo como para decirse cómo comportarse, cómo respirar de nuevo; quédate quieto, mantente en calma, mantente erguido....

Finalmente, tropezó con la puerta y se aferró a ella, queriendo abrirla de par en par, mirar hacia el camino que ahora debía estar vacío, con quizás una figura vestida de blanco, huyendo lejos. No abrió la puerta.

Recorrió la iglesia, contento de tener cosas que hacer, terminando el ritual del encierro. Fue un largo camino alrededor de todas las puertas. Faltaba mucho para la próxima Pascua.

Se detuvo en la fuente y vio el agua clara sin rastro de rojo. Mojó la mano y se enfrió la frente, las sienes, las mejillas y los párpados.

Luego recorrió lentamente el pasillo y se tendió ante el altar y se permitió estallar y llorar de verdad. Escuchó el sonido de su tristeza subir y regresar en agonía desde la torre donde la campana colgaba en silencio.

Y lloró por muchas razones.

Para el mismo.

Para el Hombre que había estado aquí hace un momento.

Por mucho tiempo hasta que la roca fue removida y el sepulcro fue hallado nuevamente vacío.

Hasta que Simón-Llamado-Pedro vio una vez más al Fantasma en la costa marciana, ya él mismo Simón-Pedro.

Y sobre todo lloró porque, oh, porque, porque. . . nunca en su vida pudo hablar de esta noche a nadie. ...

# EGB-Mark V

"¡Charlie! ¿A dónde vas?"

Los miembros de la tripulación del cohete, al pasar, llamaron.

Charles Willis no respondió.

Hizo descender el tubo de vacío a través de las simpáticas y zumbantes entrañas de la nave espacial. Cayó, pensando: Esta es la gran hora.

"¡Chuck! ¿Adónde viajas?" alguien llamó.

Conocer a alguien muerto pero vivo, frío pero cálido, siempre intocable pero que de alguna manera intenta tocar.

"¡Idiota! ¡Tonto!"

La voz resonó. Él sonrió.

Luego vio a Clive, su mejor amigo, flotando en el tobogán opuesto. Apartó la mirada, pero Clive cantó a través de su radio con auriculares de conchas marinas:

"¡Quiero verte!"

"¡Más tarde!" Willis dijo.

"Sé a dónde vas. ¡Estúpido!"

Y Clive se había ido mientras Willis caía suavemente, con las manos temblando.

Sus botas tocaron la superficie. En el instante experimentó un renovado deleite.

Caminó a través de las maquinarias ocultas del cohete. Señor, pensó, loco. Aquí estamos cien días fuera de la Tierra en el espacio y, en esta misma hora, la mayoría de la tripulación, con fiebre, marcando sus dispositivos animatrónicos afrodisíacos que los tocaban y zumbaban en sus camas cerradas. Mientras, ¿qué hago? pensó. Este.

Se movió para mirar dentro de un pequeño pozo de almacenamiento.

Allí, en un eterno crepúsculo, estaba sentado el anciano.

"Señor", dijo, y esperó.

"Shaw", susurró. "Oh, Sr. George Bernard Shaw".

Los ojos del anciano se abrieron de par en par como si se hubiera tragado una Idea.

Se agarró las rodillas huesudas y soltó una aguda carcajada.

"¡Por Dios, lo acepto todo!"

"¿Aceptar qué, Sr. Shaw?"

El Sr. Shaw dirigió su brillante mirada azul a Charles Willis.

"¡El Universo! ¡Piensa, luego existo! Así que será mejor que acepte, ¿eh? Siéntate".

Willis se sentó en la zona sombreada de distancia, juntando sus rodillas y

su propio cálido deleite por estar aquí de nuevo.

¿Quieres que te lea la mente, joven Willis, y te diga qué has estado haciendo desde la última vez que conversamos?

"¿Puede leer la mente, Sr. Shaw?".

"No, gracias a Dios. ¿No sería horrible si no solo fuera el robot de tablillas cuneiformes de George Bernard Shaw, sino que también pudiera escanear tus bultos en la cabeza y deletrear tus sueños? Insoportable".

"Ya lo está, Sr. Shaw".

"¡*Touche*! Bueno, ahora." El anciano se rascó la barba rojiza con sus dedos delgados y luego empujó suavemente a Willis en las costillas. "¿Cómo es que eres el único a bordo de esta nave espacial que alguna vez me visita?"

"Bueno, señor, ya ve-"

Las mejillas del joven se quemaron por completo.

"Ah, sí, ya veo", dijo Shaw. "A través del panal del barco, todas las abejas macho felices en sus colmenas con sus juguetes almibarados de cuerda suave que cantan suavemente y mordisquean, sus brillantes marionetas femeninas".

"Mayormente tonto".

"Ah, bueno. No siempre fue así. En mi último viaje, el Capitán deseaba jugar Scrabble usando solo nombres de personajes, conceptos e ideas de mis obras. Ahora, chico extraño, ¿por qué te acuclillas aquí con este viejo y horrible ego? ¿No necesitas esa compañía suave y apacible de arriba?

"Es un viaje largo, Sr. Shaw, dos años más allá de Plutón y de regreso. Mucho tiempo para la compañía de arriba. Nunca suficiente para esto. Tengo los sueños de una cabra pero la genética de un santo".

"¡Bien dicho!" El anciano se puso en pie de un salto y caminó de un lado a otro, señalando con la barba ahora hacia Alfa Centauro, ahora hacia la nebulosa de Orión.

"¿Cómo va nuestro menú de hoy, Willis? ¿Quieres que te prefacio a Santa Juana? ¿O...?"

"¿Chuck...?"

La cabeza de Willis se sacudió. Su radio de caracol susurró en su oído. "¡Willis! Llama Clive. Llegas tarde a la cena. Sé dónde estás. Voy a bajar. Chuck—"

Willis se golpeó la oreja. La voz se cortó.

—¡Rápido, señor Shaw! ¿Puede... bueno... correr?

"¿Puede Ícaro caer del sol? ¡Salta! ¡Te guiaré con estas piernas delgadas de grillo!"

Ellos corrieron.

Tomando la escalera en espiral en lugar del tubo de aire, miraron hacia

atrás desde la plataforma superior a tiempo para ver la sombra de Clive entrar como una flecha en la tumba donde Shaw había muerto, pero despertó de nuevo.

"¡Willis!" gritó su voz.

"Al diablo con él", dijo Willis.

Shaw sonrió. "¿Diablos? Lo conozco bien. Ven. ¡Te mostraré los alrededores!"

Riendo, saltaron al tubo de plumas y cayeron.

Este era el lugar de las estrellas.

Es decir, el único lugar en toda la nave donde, si uno lo desea, puede venir y mirar de verdad el Universo y los billones de billones de estrellas que se vierten sobre él y nunca dejan de verter crema de las locas lecherías de los dioses. Deliciosos sustos o afloramientos, en cambio, si así se pensaba, de la enfermedad del Señor Dios Jehová se volvió en su sueño, trastornado con la Creación, y pariendo mundos dinosaurios girados en torno a soles satánicos.

"Todo está en el pensamiento", observó el Sr. Shaw, mirando furtivamente a su joven consorte.

"¡Señor Shaw! ¿Puede leer la mente?"

"Poppycock. Simplemente leo rostros. El tuyo es un cristal transparente. Miré hace un momento y vi a Job afligido, Moisés y la Zarza Ardiente. Ven. Miremos las Profundidades y veamos lo que Dios ha estado haciendo en los diez mil millones de años desde entonces. Chocó consigo mismo y procreó la Inmensidad".

Estaban de pie ahora, inspeccionando el Universo, contando las estrellas hasta mil millones y más allá.

"Oh", gimió el joven, de repente, y las lágrimas cayeron de sus ojos. "Cómo desearía haber estado vivo cuando usted estaba vivo, señor. Cómo desearía haberlo conocido de verdad".

"Este Shaw es el mejor", replicó el anciano, "toda la carne picada y nada de lata. Los faldones son mejores que el hombre. Agárrate a ellos y sobrevive".

El espacio yacía por todas partes, tan vasto como el primer pensamiento de Dios, tan profundo como Su respiración primordial.

Estaban de pie, uno de ellos alto, el otro bajo, junto a la ventana de exploración, con una hermosa vista de la gran Nebulosa de Andrómeda cada vez que deseaban enfocarla cerca con solo tocar el botón que hacía que el Ojo magnificara y absorbiera las cosas.

Después de un largo momento de beber estrellas, el joven dejó escapar el aliento.

—¿Señor Shaw...? Dilo. Sabes lo que me gusta oír.

"¿Yo, mi muchacho?" Los ojos del Sr. Shaw brillaron.

Todo el Espacio estaba alrededor de ellos, todo el Universo, toda la noche del Ser celestial, todas las estrellas y todos los lugares entre las estrellas, y la nave avanzando en su rumbo silencioso, y la tripulación de la nave ocupada en el trabajo. o juegos o tocar sus juguetes amorosos, así estos dos estaban solos con su charla, estos dos estaban viendo el Misterio y diciendo lo que había que decir.

Dígalo, señor Shaw.

"Bien ahora..."

El Sr. Shaw fijó sus ojos en una estrella a unos veinte años luz de distancia.

"¿Que somos?" preguntó. "Por qué, somos el milagro de la fuerza y la materia convirtiéndose en imaginación y voluntad. Increíble. La Fuerza de la Vida experimentando con formas. Tú por uno. Yo por otro. El Universo se ha gritado a sí mismo vivo. Somos uno de los gritos. La creación gira en su abismo. La hemos molestado, soñando con formas. El vacío se llena de sueños, diez billones sobre un billón sobre un billón bombardeos de luz y materia que no se conocen, que duermen moviéndose y moviéndose pero finalmente para hacer un ojo y se despiertan en sí mismos. Entre tanto que es vuelo e ignorancia, somos la fuerza ciega que anda a tientas como Lázaro desde una tumba de mil millones de años luz. Nos invocamos a nosotros mismos. Decimos, oh, Lázaro, Fuerza Vital, ven de verdad Así el Universo, movimiento de muertes, busca a tientas cruzar el Tiempo para sentir su propia carne y saber que es nuestra. Nos tocamos en ambos sentidos y nos encontramos milagrosamente porque somos Uno".

El Sr. Shaw se volvió para mirar a su joven amigo.

"Ahí lo tienes. ¿Satisfecho?"

"¡Oh, sí! Yo-"

El joven se detuvo.

Detrás de ellos, en la puerta de la cabina de observación, estaba Clive. Más allá de él, podían escuchar la música que pulsaba desde los cubículos lejanos donde los tripulantes y sus enormes juguetes jugaban a juegos amorosos.

"Bueno", dijo Clive, "¿qué pasa-?"

"¿Aquí?" intervino Shaw, a la ligera. "Vaya, solo la confusión de dos energías que se las arreglan con perplejidades. Este artilugio-" se tocó el pecho, "habla de euforias computarizadas. Ese conglomerado genético-" asintió hacia su joven amigo, "responde con crudo, amado y emociones verdaderas. ¿La suma de nosotros? Pandemonium untado en galletas y devorado en el té".

Clive giró su mirada hacia Willis.

"Maldita sea, estás loco. ¡En la cena deberías haber oído las risas! Tú y este viejo, ¡y sólo hablad! decían. ¡Sólo hablar, hablar! Mira, idiota, es tu guardia en diez minutos. Estate allí. ¡Dios!

Y la puerta estaba vacía. Clive se había ido.

Silenciosamente, Willis y el Sr. Shaw descendieron flotando por el tubo de caída hasta el pozo de almacenamiento debajo de las enormes maquinarias.

El anciano volvió a sentarse en el suelo.

"Señor Shaw". Willis negó con la cabeza, resoplando suavemente. "Diablos. ¿Por qué me pareces más vivo que cualquier otra persona que haya conocido?"

—Bueno, mi querido joven amigo —replicó el anciano con dulzura—, lo que te calientas las manos son las Ideas, ¿eh? . Soy su receptáculo. Amas los sueños, en movimiento. Me muevo. Amas la palabrería y el parloteo. Soy el palabrero y parloteo consumado. Tú y yo, juntos, masticamos Alfa Centauro y escupimos mitos universales. Mordemos la cola del cometa Halley y preocupar a la nebulosa Cabeza de Caballo hasta que grite un Tío monstruoso y se entregue a nuestra creación. Te encantan las bibliotecas. Soy una biblioteca. Hazme cosquillas en las costillas y vomitaré la Ballena de Melville, Spirit Spout y todo. Toca mi oído y yo Construiré la República de Platón con mi lengua para que corras y vivas en ella. Te encantan los juguetes. Soy un juguete, un juguete fabuloso. Un computarizado…”

"-amigo", dijo Willis, en voz baja.

El señor Shaw le dirigió una mirada menos de fuego que de hogar.

"Amigo", dijo.

Willis se dio la vuelta para irse, luego se detuvo para mirar atrás a esa extraña figura anciana apoyada contra la pared oscura del almacén.

"Yo… tengo miedo de ir. Tengo miedo de que te pase algo".

"Sobreviviré", respondió Shaw con aspereza, "pero si advierte a su capitán que se acerca una gran lluvia de meteoritos, debe cambiar de rumbo unos cientos de miles de millas. ¿Hecho?"

"Hecho." Pero aún Willis no se fue.

-Señor Shaw -dijo por fin-. "¿Qué... qué haces mientras los demás dormimos?"

"¿Hacer? Bueno, Dios te bendiga. Escucho mi diapasón. Luego, escribo sinfonías entre mis oídos".

Willis se había ido.

En la oscuridad, solo, el anciano inclinó la cabeza. Una suave colmena de abejas oscuras comenzó a zumbar bajo su aliento dulce como la miel.

Cuatro horas más tarde, Willis, fuera de guardia, se deslizó en su

cubículo para dormir.

En la penumbra, la boca lo esperaba.

La boca de Clive. Se humedeció los labios y susurró:

"Todo el mundo está hablando. Acerca de que haces el ridículo visitando una reliquia intelectual de doscientos años de antigüedad, tú, tú, tú. ¡Jesús, el psicópata saldrá mañana para hacerte una radiografía de tu estúpido cráneo!"

"Mejor eso que lo que ustedes hombres hacen toda la noche todas las noches", dijo Willis.

"Lo que hacemos somos nosotros".

"Entonces, ¿por qué no me dejas ser yo?"

"Porque no es natural". La lengua lamió y se lanzó. "Todos te extrañamos. Esta noche apilamos todos los grandes juguetes en medio de la habitación salvaje y-"

"¡No quiero escucharlo!"

"Bueno, entonces", dijo la boca, "podría bajar y contarle todo esto a su viejo amigo caballero..."

"¡No te acerques a él!"

"Yo podría." Los labios se movieron en las sombras. "No puedes estar de guardia sobre él para siempre. Una noche próxima, cuando estés dormido, alguien podría... manipularlo, ¿eh? ¿Revolver sus huevos electrónicos para que hable de vodevil en lugar de Saint Joan? Ja, sí. Piensa. Largo viaje. La tripulación está aburrida. Una broma pesada como esa, vale un millón para verte echar espuma. Cuidado, Charlie. Será mejor que vengas a jugar con nosotros".

Willis, con los ojos cerrados, deja que el fuego salga de él.

"¡Quien se atreva a tocar al Sr. Shaw, que Dios me ayude, lo mataré!"

Se giró violentamente sobre su costado, mordiéndose el dorso de su puño.

En la penumbra, podía sentir que la boca de Clive aún se movía.

"¿Matar? Bueno, bueno. Lástima. Dulces sueños".

Una hora más tarde, Willis se tragó dos pastillas y se durmió aturdido.

En medio de la noche soñó que quemaban en la hoguera a la buena Santa Juana y, en medio de la quema, la doncella de la patata llana se volvió hacia un anciano estoicamente envuelto en cuerdas y enredaderas. La barba del anciano estaba roja como el fuego incluso antes de que las llamas la alcanzaran, y sus brillantes ojos azules estaban fijos ferozmente en la Eternidad, ignorando el fuego.

"¡Renunciar!" gritó una voz. "¡Confesar y retractarse! ¡Retractarse!"

"No hay nada que confesar, por lo tanto, no hay necesidad de retractarse", dijo el anciano en voz baja.

Las llamas treparon por su cuerpo como una turba de ratones enloquecidos y ardientes.

"¡Señor Shaw!" gritó Willis.

Se despertó de un salto.

*Sr. Shaw.*

La cabaña estaba en silencio. Clive yacía dormido.

En su rostro había una sonrisa.

La sonrisa hizo que Willis retrocediera con un grito. Se vistió. El corrió.

Como una hoja en otoño, cayó por el tubo de aire, haciéndose más viejo y más pesado con cada largo instante.

El pozo de almacenamiento donde el anciano "dormía" estaba mucho más silencioso de lo que tenía derecho a estar.

Willis se inclinó. Su mano tembló. Por fin, tocó al anciano.

"Señor-?"

No hubo movimiento. La barba no se erizó. Ni los ojos se encienden en llamas azules. Ni la boca tiembla con suaves blasfemias. . .

"Oh, Sr. Shaw", dijo. "¿Estás muerto, entonces, oh, Dios, estás realmente muerto?"

El viejo era lo que llamaban muerto cuando una máquina ya no hablaba ni sintonizaba un pensamiento eléctrico ni se movía. Sus sueños y filosofías eran nieve en su boca cerrada.

Willis giró el cuerpo de un lado a otro, buscando algún corte, herida o hematoma en la piel.

Pensó en los años venideros, los largos años de viaje y sin el Sr. Shaw con quien caminar, parlotear, reír. Mujeres en los estantes de almacenamiento, sí, mujeres en los catres a altas horas de la noche, riendo con sus extrañas risas grabadas y moviendo sus extraños movimientos maquinados, y diciendo las mismas tonterías que se dijeron en mil mundos en mil noches.

Estar solo. Caer.

"Oh, Sr. Shaw", murmuró al fin. "¿Quién le hizo esto?"

Muchacho tonto, susurró la voz de la memoria del Sr. Shaw. Sabes.

Lo sé, pensó Willis.

Susurró un nombre y salió corriendo.

"¡Maldito seas, lo mataste!"

Willis agarró las sábanas de Clive, en cuyo instante Clive, como un robot, abrió mucho los ojos. La sonrisa se mantuvo constante.

"No se puede matar lo que nunca estuvo vivo", dijo.

"¡Hijo de puta!"

Golpeó a Clive una vez en la boca, después de lo cual Clive se puso de pie, riendo de una manera extraña y salvaje, limpiándose la sangre de los

labios.

"¿Qué le hiciste?" gritó Willis.

"No mucho, solo—"

Pero ese fue el final de su conversación.

"¡En las publicaciones!" gritó una voz. "¡Curso de colisión!"

Sonaron las campanas. Las sirenas chillaron.

En medio de su ira compartida, Willis y Clive se volvieron maldiciendo para agarrar los trajes espaciales de emergencia y los cascos de las paredes de la cabina.

"Maldita sea, oh, maldita sea, oh-d-"

A la mitad de su último maldito, Clive jadeó. Desapareció por un agujero repentino en el costado del cohete.

El meteoro había ido y venido en una mil millonésima de segundo. Al salir, se había llevado todo el aire de la nave a través de un agujero del tamaño de un automóvil pequeño.

Dios mío, pensó Willis, se ha ido para siempre.

Lo que salvó a Willis fue una escalera que tenía cerca, contra la cual el veloz río de aire lo aplastó en su camino hacia el espacio. Por un momento no pudo moverse ni respirar. Entonces la succión terminó, todo el aire de la nave desapareció. Solo había tiempo para ajustar la presión de su traje y casco, y mirar con desenfreno a la nave que viraba y que ahora estaba siendo bombardeada como en una guerra espacial. Los hombres corrían, o más bien flotaban, gritando salvajemente, por todas partes.

Shaw, pensó Willis irracionalmente, y tuvo que reírse. Shaw.

Un meteoro final en una tribu de meteoros golpeó la sección del motor del cohete y voló toda la nave. Shaw, Shaw, oh, Shaw, pensó Willis.

Vio el cohete volar en pedazos como un globo hecho trizas, todos sus gases solo impulsándolo a una mayor desintegración. Con los fragmentos y piezas, multitudes salvajes de hombres fueron expulsados de la escuela, de la vida, de todo y de todo, para no volver a encontrarse cara a cara, ni siquiera para decir adiós, el despido fue tan abrupto y sus muertes y aislamiento tan rápidos. sorpresa.

Adiós, pensó Willis.

Pero no hubo un verdadero adiós. No podía oír llantos ni lamentos a través de su radio. De toda la tripulación, él era el último y último y único con vida, debido a su traje, su casco, su oxígeno, milagrosamente salvado. ¿Para qué? ¿Estar solo y caer?

Oh, señor Shaw, oh, señor, pensó.

"Tan pronto como se llama se entrega", susurró una voz.

Era imposible, pero. . .

A la deriva, girando, la antigua muñeca de salvaje barba roja y resplandecientes ojos azules cayó a través de la oscuridad como impulsada por el aliento de Dios, por un capricho.

Instintivamente, Willis abrió los brazos.

Y el viejo grupo aterrizó allí, sonriendo, respirando con dificultad, o fingiendo respirar con dificultad, como era su costumbre.

"¡Bueno, bueno, Willis! Todo un lujo, ¿eh?"

—¡Señor Shaw! ¿Estaba muerto?

"¡Poppycock! Alguien dobló algunos cables en mí. La colisión volvió a juntar las cosas. La desconexión está aquí debajo de mi barbilla. Un villano me cortó allí. Así que si vuelvo a caer muerto, muévete debajo de mi mandíbula y agárrame, ¿eh?"

"¡Sí, señor!"

"¿Cuánta comida llevas en este momento, Willis?"

"Suficiente para durar doscientos días en el espacio".

"¡Dios mío, eso está bien, bien! ¿Y las unidades de oxígeno autoreciclables, también, durante doscientos días?"

"Sí, señor. Ahora bien, ¿cuánto durarán sus pilas, señor Shaw?

"¡Diez mil años!" el anciano cantó alegremente. "¡Sí, lo juro, lo juro! Estoy equipado con células solares que recogerán la luz universal de Dios hasta que mis circuitos se agoten".

"Lo que significa que me hablará mejor, Sr. Shaw, mucho después de que haya dejado de comer y respirar".

"En ese momento, debe cenar en la conversación y respirar más allá de los participios en lugar de aire. Pero, debemos mantener la idea de rescate por encima de todo. ¿No son buenas las posibilidades?"

Los cohetes pasan. Y estoy equipado con señales de radio...

"Que incluso ahora gritan en la noche profunda: estoy aquí con el destartalado Shaw, ¿eh?"

Estoy aquí con el destartalado Shaw, pensó Willis, y de repente hacía calor en invierno.

"Bueno, entonces, mientras esperamos ser rescatados, Charles Willis, ¿qué sigue?"

"¿Siguiente? ¿Por qué-"

Cayeron por el Espacio solos pero no solos, temerosos pero eufóricos, y ahora de repente se quedaron quietos.

Dígalo, señor Shaw.

"¿Que qué?"

"Ya sabes. Dilo otra vez".

"Bien entonces." Giraron perezosamente, sosteniéndose el uno al otro.

¿No es milagrosa la vida? Materia y fuerza, sí, materia y fuerza transformándose en inteligencia y voluntad.

"¿Es eso lo que somos, señor?".

"Lo somos, apuesto diez mil silbatos de hojalata brillantes, lo somos. ¿Quieres decir más, joven Willis?"

"Por favor, señor", se rió Willis. "¡Quiero un poco más!"

Y el anciano habló y el joven escuchó y el joven habló y el anciano ululó y cayeron a una esquina del Universo fuera de la vista, comiendo y hablando, hablando y comiendo, el joven mordiendo chicles, el viejo hombre devorando la luz del sol con sus ojos de celda solar, y lo último que se vio de ellos fue gesticulando y balbuceando y conversando y agitando sus manos hasta que sus voces se desvanecieron en el tiempo y el sistema solar se dio la vuelta en su sueño y los cubrió con una manta de la oscuridad y la luz, y si un barco de rescate llamado Rachel, en busca de sus hijos perdidos, pasó alguna vez y los encontró, ¿quién puede decirlo, quién realmente querría saberlo?

# El asesinato absolutamente perfecto

Era una idea tan absolutamente perfecta, tan increíblemente deliciosa para el asesinato, que estaba medio loco en todo Estados Unidos.

La idea se me ocurrió por alguna razón en mi cuadragésimo octavo cumpleaños. No puedo decir por qué no se me ocurrió cuando tenía treinta o cuarenta años. Tal vez aquellos fueron buenos años y navegué a través de ellos sin darme cuenta del tiempo y los relojes y la acumulación de escarcha en mis sienes o la mirada del león alrededor de mis ojos. . . .

De todos modos, en mi cuadragésimo octavo cumpleaños, acostado en la cama esa noche junto a mi esposa, con mis hijos durmiendo en todas las otras tranquilas habitaciones de mi casa iluminadas por la luna, pensé:

Me levantaré e iré ahora y mataré a Ralph Underhill.

¡Ralph Underhill! Lloré, ¿quién demonios es él?

Treinta y seis años después, ¿matarlo? ¿Para qué?

Por qué, pensé, por lo que me hizo cuando tenía doce años.

Mi esposa se despertó una hora después al escuchar un ruido.

"¿Doug?" ella llamó. "¿Qué estás haciendo?" "Empacar", le dije. "Para un viaje". "Oh", murmuró, y se dio la vuelta y se fue a dormir.

"¡A bordo! ¡Todos a bordo!" los gritos del portero recorrieron el andén del tren.

El tren se estremeció y golpeó.

"¡Nos vemos!" grité, saltando los escalones.

"Algún día", dijo mi esposa, "desearía que cumplieras años".

¿Volar? Pensé, ¿y echar a perder pensando en asesinatos en todas las llanuras? ¿Echar a perder el aceite de la pistola y cargarla y pensar en la cara de Ralph Underhill cuando llego treinta y seis años tarde para saldar viejas cuentas? ¿Volar? Vaya, preferiría cruzar el campo a pie, deteniéndome por la noche para hacer fuego y freír mi bilis y mi saliva agria y comer de nuevo mis viejos antagonismos, momificados pero aún vivos, y tocar esos moretones que nunca han sanado. ¡¿Volar?!

El tren se movió. Mi esposa se había ido.

Cabalgué hacia el pasado

Cruzando Kansas la segunda noche, nos topamos con una hermosa tormenta eléctrica. Me quedé despierto hasta las cuatro de la mañana, escuchando el delirio de los vientos y los truenos. En el punto álgido de la tormenta, vi mi rostro, una impresión negativa de cuarto oscuro en el vidrio frío de la ventana, y pensé:

¿Adónde va ese tonto?

¡Para matar a Ralph Underhill!

¿Por qué? Porque sí.

¿Recuerdas cómo me golpeó el brazo? Estofados. Estaba cubierto de moretones, ambos brazos; azul oscuro, negro moteado, extraños hematomas amarillos. Golpea y huye, ese era Ralph, golpea y huye—

Y sin embargo... ¿lo amabas?

Sí, como los niños aman a los niños cuando los niños tienen ocho, diez, doce años, y el mundo es inocente y los niños son malvados más allá del mal porque no saben lo que hacen, pero lo hacen de todos modos. Entonces, en algún nivel secreto, tenía que estar herido.

Queridos buenos amigos nos necesitábamos unos a otros. yo para ser golpeado. Él para golpear. Mis cicatrices eran el emblema y símbolo de nuestro amor.

¿Qué más te hace querer asesinar a Ralph tan tarde?

El silbato del tren chilló. El país de la noche pasó.

Y recordé una primavera cuando llegué a la escuela con un traje de tweed nuevo y Ralph me derribó, haciéndome rodar sobre la nieve y el barro marrón fresco. Y Ralph riéndose y yo yendo a casa, avergonzado, cubierto de baba, temeroso de una paliza, para ponerme ropa limpia y seca.

¡Sí! ¿Y qué más?

¿Recuerdas esas estatuas de arcilla de juguete que anhelabas coleccionar del programa de radio Tarzán? ¡¿Estatuas de Tarzán y Kala el Mono y Numa el León, por sólo veinticinco centavos?! ¡Sí sí! ¡Hermoso! Incluso ahora, en la memoria, ¡oh, el sonido del hombre mono balanceándose a través de selvas verdes lejanas, ululando! Pero, ¿quién tenía veinticinco centavos en medio de la Gran Depresión? Nadie.

Excepto Ralph Underhill.

Y un día Ralph te preguntó si querías una de las estatuas.

¡Buscado! lloraste ¡Sí! Sí yo

Esa fue la misma semana en que tu hermano, en un extraño ataque de amor mezclado con desprecio, te dio su viejo pero caro guante de béisbol.

"Bueno", dijo Ralph, "te daré mi estatua extra de Tarzán si me das ese guante de receptor".

¡Tonto! Pensé. La estatua vale veinticinco centavos. ¡El guante costó dos dólares! ¡No es justo!

Pero volví corriendo a la casa de Ralph con el guante y se lo di y él, sonriendo con un desprecio peor que el de mi hermano, me entregó la estatua de Tarzán y, rebosante de alegría, corrí a casa.

Mi hermano no se enteró de su guante de catcher y de la estatua durante dos semanas, y cuando lo hizo, me abandonó cuando salimos de excursión al campo y me dejó perdido porque era un idiota. "¡Estatuas de Tarzán! ¡Guantes

de béisbol!" gritó. "¡Eso es lo último que te doy!"

Y en algún lugar de un camino rural me acosté y lloré y quise morirme pero no supe cómo dejar el último vómito que era mi miserable fantasma.

Murmuró el trueno.

La lluvia caía sobre las frías ventanillas de los coches Pullman.

¿Qué otra cosa? ¿Es esa la lista?

No. Una última cosa, más terrible que todo lo demás.

En todos los años que fuiste a la casa de Ralph para arrojar pequeños trozos de grava en su ventana recién cubierta de rocío a las seis de la mañana del 4 de julio o para llamarlo para la llegada de los circos del amanecer en las frías y frescas estaciones azules del ferrocarril en A finales de junio o finales de agosto, en todos esos años, nunca Ralph corrió a tu casa.

Ni una sola vez en todos los años él, o cualquier otra persona, demostró su amistad viniendo. La puerta nunca llamó. La ventana de tu dormitorio nunca repiqueteó débilmente y se llenó de un confeti de pequeños polvos y piedras que se lanzaba hacia arriba.

Y siempre supiste que el día que dejaras de ir a la casa de Ralph, llamando por la mañana, ese sería el día en que terminaría tu amistad.

Lo probaste una vez. Te ausentaste una semana entera. Ralph nunca llamó. Era como si te hubieras muerto y nadie hubiera ido a tu funeral.

Cuando viste a Ralph en la escuela, no hubo sorpresa, ni duda, ni siquiera la más mínima pelusa de curiosidad que te quitara el abrigo. ¿Dónde estabas, Doug? Necesito a alguien a quien vencer. ¡Donde has estado, Doug, no tengo a nadie a quien pellizcar!

Suma todos los pecados. Pero piensa especialmente en lo último:

Nunca vino a mi casa. Nunca cantó hasta mi cama temprano en la mañana ni arrojó un arroz nupcial de grava en los cristales transparentes para llamarme a la alegría y los días de verano.

Y por esto último, Ralph Underhill, pensé, sentado en el tren a las cuatro de la mañana, mientras la tormenta se desvanecía, y encontré lágrimas en mis ojos, por esto último y definitivo, por eso te mataré mañana por la noche. .

Asesinato, pensé, después de treinta y seis años. Dios, estás más loco que Acab.

El tren gemía. Corrimos a campo traviesa como un destino griego mecánico llevado por una furia romana de metal negro.

Dicen que no puedes volver a casa.

Eso es una mentira.

Si tienes suerte y lo haces bien, llegas al atardecer cuando el casco antiguo se llena de luz amarilla.

Me bajé del tren, caminé por Green Town y miré el palacio de justicia,

que ardía con la luz del atardecer. Cada árbol estaba colgado con doblones de oro de colores. Cada techo, cofia y trozo de pan de jengibre era de latón puro y oro antiguo.

Me senté en la plaza del juzgado con perros y ancianos hasta que se puso el sol y Green Town quedó a oscuras. Quería saborear la muerte de Ralph Underhill.

Nadie en la historia había cometido un crimen como este.

Me quedaría, mataría, partiría, un extraño entre extraños.

¿Cómo alguien se atrevería a decir, al encontrar el cuerpo de Ralph Underhill en el umbral de su puerta, que un niño de doce años, que llegó en una especie de tren de la Máquina del Tiempo, viajó por un espantoso desprecio por sí mismo, que había acribillado el Pasado? Estaba más allá de toda razón. Estaba a salvo en mi pura locura.

Finalmente, a las ocho y media de esta fresca noche de octubre, crucé la ciudad y pasé el barranco.

Nunca dudé de que Ralph todavía estaría allí.

La gente, después de todo, se aleja....

Doblé por Park Street y caminé doscientos metros hasta una sola farola y miré al otro lado. La casa blanca victoriana de dos pisos de Ralph Underhill me esperaba.

Y podía sentirlo en él.

Él estaba allí, cuarenta y ocho años, tal como yo me sentía aquí, cuarenta y ocho, y lleno de un espíritu viejo, cansado y devorador de sí mismo.

Salí de la luz, abrí mi maleta, puse la pistola en el bolsillo derecho de mi abrigo, cerré el estuche y la escondí entre los arbustos donde, más tarde, la agarraría y caminaría por el barranco y cruzaría la ciudad para el tren.

Crucé la calle y me paré frente a su casa y era la misma casa en la que había estado hace treinta y seis años. Estaban las ventanas sobre las que había arrojado esos ramos primaverales de roca en el amor y la entrega total. Allí estaban las aceras, salpicadas de marcas de quemaduras de petardos de los antiguos Cuatro de Julio, cuando Ralph y yo acabábamos de volar todo el maldito mundo, gritando celebraciones.

Caminé hasta el porche y vi en el buzón en letras pequeñas: bajo la colina.

¿Y si responde su esposa?

No, pensé, él mismo, con absoluta perfección trágica griega, abrirá la puerta y tomará la herida y morirá casi con gusto por viejos crímenes y pecados menores que de alguna manera se convirtieron en crímenes.

Llamé al timbre.

¿Me reconocerá, me pregunté, después de todo este tiempo? En el

instante previo al primer disparo, dile tu nombre. Él debe saber quién es.

Silencio.

Volví a tocar el timbre.

El pomo de la puerta sonó.

Toqué la pistola en mi bolsillo, mi corazón latía con fuerza, pero no la saqué.

La puerta se abrió.

Ralph Underhill estaba allí.

Parpadeó, mirándome.

"¿Ralph?" Yo dije.

"Sí-?" él dijo.

Nos quedamos allí, desgarrados, por lo que no pudieron haber sido más de cinco segundos. Pero, oh, Cristo, muchas cosas sucedieron en esos cinco rápidos segundos.

Vi a Ralph Underhill.

Lo vi claramente.

Y no lo había visto desde que tenía doce años.

Luego, se había elevado sobre mí para golpear, golpear y gritar.

Ahora era un viejecito.

Mido cinco pies once.

Pero Ralph Underhill no había crecido mucho desde los doce años.

El hombre que estaba delante de mí no medía más de cinco pies y dos pulgadas de alto.

Me elevé sobre él.

Jadeé. Yo empecé. vi más

Yo tenía cuarenta y ocho años.

Pero Ralph Underhill, de cuarenta y ocho años, había perdido la mayor parte de su cabello, y lo que quedaba era un gris raído, negro y blanco. Aparentaba sesenta o sesenta y cinco.

Yo estaba en buen estado de salud.

Ralph Underhill estaba pálido como la cera. Había un conocimiento de la enfermedad en su rostro. Había viajado por alguna tierra sin sol. Tenía un aspecto devastado y hundido. Su aliento olía a flores funerarias.

Todo esto, percibido, era como la tormenta de la noche anterior, reuniendo todos sus relámpagos y truenos en una brillante conmoción cerebral. Nos paramos en la explosión.

Entonces, ¿esto es a lo que vine? Pensé. Esta, entonces, es la verdad. Este terrible instante en el tiempo. No sacar el arma. No matar. No no. Pero simplemente—

Ver a Ralph Underhill tal como es en este momento.

Eso es todo.

Sólo para estar aquí, pararse aquí, y mirarlo como se ha convertido.

Ralph Underhill levantó una mano en una especie de gesto de asombro. Sus labios temblaron. Sus ojos volaron arriba y abajo de mi cuerpo, su mente midió a este gigante que ensombrecía su puerta. Por fin su voz, tan pequeña, tan frágil, soltó:

"¿Doug…?"

Retrocedí.

"¿Doug?" jadeó, "¿eres tú?"

No esperaba eso. ¡La gente no recuerda! ¡No pueden! ¿A través de los años? ¿Por qué iba a saber, molestar, convocar, reconocer, llamar?

Tuve la loca idea de que lo que le había pasado a Ralph Underhill era que después de que me fui de la ciudad, la mitad de su vida se había derrumbado. Yo había sido el centro de su mundo, alguien a quien atacar, golpear, aporrear, magullar. Toda su vida se había resquebrajado por mi simple acto de alejarme hace treinta y seis años.

¡Disparates! Sin embargo, algún pequeño ratón enloquecido de la sabiduría corría por mi cerebro y chillaba lo que sabía: ¡Necesitabas a Ralph, pero, además, él te necesitaba a ti! ¡Y tú hiciste lo único imperdonable, lo hiriente! Desapareciste.

"¿Doug?" —repitió, porque yo estaba en silencio en el porche con las manos a los costados. "¿Eres tú?"

Este era el momento por el que había venido.

En algún nivel de sangre secreto, siempre supe que no usaría el arma. Lo había traído conmigo, sí, pero el Tiempo había llegado antes que yo, y la edad, y muertes más pequeñas, más terribles...

Estallido.

Seis tiros en el corazón.

Pero no usé la pistola. Solo susurré el sonido de los disparos con mi boca. Con cada susurro, el rostro de Ralph Underhill envejecía otros diez años. Cuando llegué al último tiro, tenía ciento diez años.

"Bang", susurré. "Bang. Bang. Bang. Bang. Bang".

Su cuerpo tembló con el impacto.

Estás muerto. Oh, Dios, Ralph, estás muerto.

Di media vuelta, bajé los escalones y llegué a la calle antes de que me llamara:

"Doug, ¿eres tú?"

No respondí, caminando.

"¿Respóndeme?" gritó, débilmente. "¡Doug! Doug Spaulding, ¿eres tú? ¿Quién es ese? ¿Quién eres tú?"

Tomé mi maleta y bajé a la noche de cricket y la oscuridad del barranco y crucé el puente y subí las escaleras, y me fui.

"¿Quién es ese?" Escuché su voz gemir por última vez.

Muy lejos, miré hacia atrás.

Todas las luces estaban encendidas en toda la casa de Ralph Underhill. Era como si hubiera dado la vuelta y se los hubiera puesto todos después de que me fui.

Al otro lado del barranco me detuve en el césped frente a la casa donde había nacido.

Luego recogí algunos pedazos de grava e hice lo que nunca se había hecho, nunca en mi vida.

Lancé los pocos trozos de grava para que golpearan esa ventana donde me había acostado todas las mañanas de mis primeros doce años. Llamé a mi propio nombre. Me llamé abajo en amistad para jugar en algún largo verano que ya no estaba.

Me quedé esperando el tiempo suficiente para que mi otro yo joven bajara para unirse a mí.

Luego, rápidamente, huyendo antes del amanecer, salimos corriendo de Green Town y regresamos, gracias, querido Cristo, de regreso hacia Ahora y Hoy por el resto de mi vida.

# Castigo sin crimen

"¿Quieres matar a tu esposa?" dijo el hombre moreno en el escritorio.

"Sí. No... no exactamente. Quiero decir..."

"¿Nombre?"

"¿El suyo o el mío?"

'Excursiones."

"George Colina".

"¿DIRECCIÓN?"

"Once South St. James, Glenview".

El hombre escribió esto, sin emociones. "¿El nombre de tu esposa?"

"Katherine".

"¿Edad?"

'Treinta y uno."

Luego vino una rápida serie de preguntas. Color de cabello, ojos, piel, perfume favorito, textura e índice de tamaño. "¿Tienes una foto dimensional de ella? ¿Una grabación de su voz? Ah, veo que sí. Bien. Ahora—"

Una hora más tarde, George Hill estaba sudando.

"Eso es todo." El hombre oscuro se levantó y frunció el ceño. "Todavía quieres seguir adelante con eso".

"Sí."

"Firma aquí."

El firmó.

"¿Sabes que esto es ilegal?"

"Sí."

"¿Y que de ninguna manera somos responsables de lo que te suceda como resultado de tu solicitud?"

"¡Por el amor de Dios!" gritó Jorge. "Me has retenido lo suficiente. ¡Sigamos adelante!"

El hombre sonrió levemente. "Tomará nueve horas preparar la marioneta de tu esposa. Duerme un rato, eso te ayudará con los nervios. El tercer cuarto de espejos a tu izquierda está desocupado".

George se movió en un lento entumecimiento a la habitación de los espejos. Yacía en el catre de terciopelo azul, la presión de su cuerpo hacía que los espejos del techo giraran. Una voz suave cantó: "Duerme... duerme... duerme...".

George murmuró: "Katherine, no quería venir aquí. Me obligaste a hacerlo. Me obligaste a hacerlo. Dios, ojalá no estuviera aquí. Desearía poder volver. No quiero matarte."

Los espejos brillaban mientras giraban suavemente.

Durmió.

Soñó que volvía a tener cuarenta y un años, él y Katie corrían por una colina verde en algún lugar con un almuerzo campestre, con el helicóptero a su lado. El viento agitó el cabello de Katie en mechones dorados y ella se estaba riendo. Se besaron y se tomaron de las manos, sin comer. Leen poemas; parecía que siempre estaban leyendo poemas.

Otras escenas. Rápidos cambios de color, en vuelo. ¡Él y Katie sobrevolando Grecia, Italia y Suiza, en aquel claro y largo otoño de 1997! ¡Volar y nunca parar!

Y luego, pesadilla. Katie y Leonard Phelps. George gritó en sueños. ¿Cómo había sucedido? ¿De dónde había surgido Phelps? ¿Por qué había interferido? ¿Por qué la vida no podía ser simple y buena? ¿Fue la diferencia de edad? George rozando los cincuenta y Katie tan joven, tan joven. ¿Por qué, por qué?

La escena fue inolvidablemente vívida. Leonard Phelps y Katherine en un parque verde más allá de la ciudad. El propio George apareció en un camino solo a tiempo para ver el beso de sus bocas.

La furia. La lucha. El intento de matar a Leonard Phelps.

Más días, más pesadillas.

George Hill se despertó llorando.

"Sr. Hill, estamos listos para usted ahora".

Hill se levantó torpemente. Se vio a sí mismo en los altos y ahora silenciosos espejos, y miró cada uno de sus años. Había sido un error lamentable. Hombres mejores que él habían tomado esposas jóvenes solo para que se disolvieran en sus manos como cristales de azúcar bajo el agua. Se miró a sí mismo, monstruosamente. Un poco demasiado estómago. Mentón un poco demasiado. Algo de exceso de pimienta en el pelo y no lo suficiente en las extremidades. . .

El hombre oscuro lo condujo a una habitación.

George Hill jadeó. "¡Esta es la habitación de Katie!"

“Tratamos de tener todo perfecto”.

"¡Lo es, hasta el último detalle!"

George Hill sacó un cheque firmado por diez mil dólares. El hombre partió con él.

La habitación estaba en silencio y cálida.

George se sentó y buscó la pistola en su bolsillo. Mucho dinero. Pero los hombres ricos pueden permitirse el lujo del asesinato catártico. La noviolencia violenta. La muerte sin muerte. El asesinato sin asesinar. Se sintió mejor. De repente estaba tranquilo. Observó la puerta. Esto era algo que había anticipado durante seis meses y ahora iba a terminar. En un momento aparecería el

hermoso robot, la marioneta sin hilos, y....

"Hola George."

"¡Katie!"

Se dio la vuelta.

"Katie". Dejó salir el aliento

Ella estaba de pie en la puerta detrás de él. Estaba vestida con un vestido verde suave como una pluma. En sus pies calzaba sandalias tejidas con hilo de oro. Su cabello era brillante alrededor de su garganta y sus ojos eran azules y claros.

No habló durante un largo rato. "Eres hermosa", dijo al fin, sorprendido.

"¿De qué otra manera podría ser?"

Su voz era lenta e irreal. "Déjame mirarte."

Extendió sus vagas manos como un sonámbulo. Su corazón latía lentamente. Avanzó como si caminara bajo una profunda presión de agua. Caminó alrededor y alrededor de ella, tocándola.

"¿No has visto lo suficiente de mí en todos estos años?"

"Nunca es suficiente", dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

"¿De qué querías hablar conmigo?"

"Dame tiempo, por favor, un poco de tiempo". Se sentó débilmente y puso sus manos temblorosas sobre su pecho. Parpadeó. "Es increíble. Otra pesadilla. ¿Cómo te hicieron?"

"No se nos permite hablar de eso, estropea la ilusión".

"¡Es magia!"

"Ciencia."

Su toque era cálido. Sus uñas eran perfectas como conchas marinas. No había costura, ningún defecto. Él la miró. Volvió a recordar las palabras que habían leído tantas veces en los días buenos. *Eres hermosa, mi amor. He aquí, eres hermoso; tienes ojos de paloma dentro de tus cabellos. Tus labios son como un hilo de grana. Y tu discurso es hermoso. Tus dos pechos, como dos corzos mellizos, que paciendo entre lirios. No hay mancha en ti.*

"¿Jorge?"

"¿Qué?" Sus ojos eran vidrio frío.

Quería besar sus labios.

*Miel y leche hay debajo de tu lengua.*

*Y el olor de tus vestidos es como el olor del Líbano.*

"Jorge."

Un gran zumbido. La habitación comenzó a dar vueltas.

"Sí, sí, un momento, un momento". Sacudió su cabeza zumbante.

*¡Cuán hermosos son tus pies calzados, oh, hija de príncipe! Las coyunturas de tus muslos son como joyas, obra de manos de hábil artífice. ...*

"¿Cómo lo hicieron?" gritó. En tan poco tiempo. Nueve horas, mientras dormía. ¿Habían fundido oro, arreglado delicados resortes de reloj, diamantes, purpurina, confeti, ricos rubíes, plata líquida, hilo de cobre? ¿Le habían hecho girar el pelo insectos metálicos? ¿Habían vertido fuego amarillo en moldes y lo habían puesto a congelar?

"No", dijo ella. "Si hablas así, me iré".

"¡No!"

—Vamos al grano, entonces —dijo ella— con frialdad. —Quieres hablarme sobre Leonard.

"Dame tiempo, lo haré".

"Ahora", insistió ella.

No conocía la ira. Se había borrado de él con su aparición. Se sentía infantilmente sucio.

"¿Por qué viniste a verme?" Ella no estaba sonriendo.

"Por favor."

"Insisto. ¿No fue por Leonard? Sabes que lo amo, ¿no?"

"¡Para!" Se lleva las manos a los oídos.

Ella se mantuvo en él. "Sabes, paso todo mi tiempo con él ahora. Donde tú y yo solíamos ir, ahora Leonard y yo nos quedamos. ¿Recuerdas el picnic verde en Mount Verde? Estuvimos allí la semana pasada. Volamos a Atenas hace un mes, con una caja de champán".

Se lamió los labios. "No eres culpable, no lo eres" Él se levantó y tomó sus muñecas. "Eres fresco, no eres ella. Ella es la culpable, no tú. ¡Eres diferente!"

"Al contrario", dijo la mujer. "Yo soy ella. Solo puedo actuar como ella actúa. Ninguna parte de mí es ajena a ella. A todos los efectos, somos uno".

"¡Pero no hiciste lo que ella ha hecho!"

"Hice todas esas cosas. Lo besé".

"¡No puedes tener, acabas de nacer!"

"Fuera de su pasado y de tu mente".

"Mira", suplicó, sacudiéndola para llamar su atención. "¿No hay alguna manera, no puedo pagar más dinero? ¿Llevarte conmigo? ¡Iremos a París o Estocolmo o cualquier lugar que quieras!"

Ella rió. "Las marionetas solo se alquilan. Nunca se venden".

"¡Pero tengo dinero!"

"Se intentó, hace mucho tiempo. Conduce a la locura. Si no es posible. Incluso esto es ilegal, lo sabes. Existimos solo a través de la tolerancia del gobierno".

"Todo lo que quiero es vivir contigo, Katie".

"Eso nunca puede ser, porque soy Katie, cada parte de mí es ella. No

queremos competencia. Las marionetas no pueden salir de las instalaciones; la disección podría revelar nuestros secretos. Basta de esto. Te lo advertí, no debemos Habla de estas cosas. Estropearás la ilusión. Te sentirás frustrado cuando te vayas. Pagaste tu dinero, ahora haz lo que viniste a hacer.

"No quiero matarte".

"Una parte de ti lo hace. Lo estás encerrando, estás tratando de no dejarlo salir".

Sacó el arma de su bolsillo. "Soy un viejo tonto, nunca debí haber venido. Eres tan hermosa".

"Voy a ver a Leonard esta noche".

"No hables".

Volaremos a París por la mañana.

"¡Escuchaste lo que dije!"

Y luego a Estocolmo. Ella rió dulcemente y le acarició la barbilla. "Mi pequeño gordo".

Algo comenzó a moverse en él. Su rostro se puso pálido. Sabía lo que estaba pasando. La ira, la repugnancia y el odio ocultos en él estaban enviando débiles impulsos de pensamiento. Y la delicada telaraña telepática en su maravillosa cabeza estaba recibiendo el impulso de muerte. la marioneta Las cuerdas invisibles. Él mismo manipulando su cuerpo.

"Pequeño hombre regordete y extraño, que una vez fue tan hermoso".

"No", dijo.

"Viejo mientras que yo solo tengo treinta y un años, ah, George, estuviste ciego, trabajaste años para darme tiempo para enamorarme de nuevo. ¿No crees que Leonard es encantador?"

Levantó el arma a ciegas.

"Katie".

*"Su cabeza es como el oro más fino..." susurró.*

"¡Katie, no lo hagas!" Él gritó.

*"¡Sus cabellos son tupidos y negros como un cuervo, sus manos son como anillos de oro engastados con berilo!"*

¡Cómo podía decir esas palabras! Estaba en su mente, ¡cómo podía ella decirlo!

"¡Katie, no me hagas hacer esto!"

*"Sus mejillas son como un lecho de especias" murmuró, con los ojos cerrados, moviéndose suavemente por la habitación. "Su vientre es como un marfil brillante cubierto de zafiros; sus piernas, como columnas de mármol..."*

"¡Katie!" gritó.

*"Su boca es muy dulce…"*

Un trago.

*"-este es mi amado-"*

Otra oportunidad.

Ella se cayó.

"¡Katie, Katie, Katie!"

Cuatro veces más bombeó balas en su cuerpo.

Ella yacía temblando. Su boca sin sentido se abrió de par en par y algún mecanismo increíblemente retorcido la había hecho repetir una y otra vez: "Amado, amado, amado, amado, amado...".

George Hill se desmayó.

Se despertó con un paño frío en la frente. "Todo ha terminado", dijo el hombre oscuro. "¿Encima?" susurró George Hill.

El hombre oscuro asintió.

George Hill se miró las manos con debilidad. Estaban cubiertos de sangre. Cuando se desmayó, se había caído al suelo. Lo último que recordaba era la sensación de la sangre real derramándose sobre sus manos en una corriente de agua.

Sus manos ahora estaban limpias y lavadas.

"Tengo que irme", dijo George Hill.

"Si te sientes capaz".

"Estoy bien." Él se levantó. "Iré a París ahora, empezaré de nuevo. No intentaré llamar a Katie ni nada, ¿verdad?"

"Katie está muerta".

"Sí. Yo la maté, ¿no? ¡Dios, la sangre, era real!:

"Estamos orgullosos de ese toque".

Bajó en el ascensor a la calle. Estaba lloviendo y quería caminar durante horas. La ira y la destrucción fueron purgadas. El recuerdo era tan terrible que nunca desearía volver a matar. Incluso si la verdadera Katie apareciera ante él ahora, solo agradecería a Dios y caería de rodillas sin sentido. Ella estaba muerta ahora. Él se había salido con la suya. Había violado la ley y nadie lo sabría.

La lluvia caía fría sobre su rostro. Debía irse de inmediato, mientras la purga estaba en efecto. Después de todo, ¿de qué servían tales purgas si uno retomaba los viejos hilos? La función de las marionetas era principalmente prevenir el crimen real. Si querías matar, golpear o torturar a alguien, te desquitabas con uno de esos autómatas sin cuerdas. No estaría bien volver al apartamento ahora. Katie podría estar allí. Sólo quería pensar en ella como muerta, una cosa atendida de manera merecida.

Se detuvo en la acera y vio pasar el tráfico. Respiró hondo el buen aire y comenzó a relajarse.

"¿Señor Hill?" dijo una voz a su lado.

"¿Sí?"

Se colocó una esposa en la muñeca de Hill. "Estás bajo arresto."

"Pero-"

¡Vamos, Smith, lleva a los otros hombres arriba, haz los arrestos!

"No puedes hacerme esto", dijo George Hill.

"Por asesinato, sí, podemos".

Trueno sonó en el cielo.

Eran las ocho y cuarto de la noche. Había estado lloviendo durante diez días. Ahora llovía sobre los muros de la prisión. Extendió las manos para sentir cómo las gotas se acumulaban en charcos en sus palmas temblorosas.

Sonó una puerta y él no se movió sino que permaneció de pie con las manos bajo la lluvia. Su abogado lo miró desde su silla y dijo: "Todo ha terminado. Serás ejecutado esta noche".

George Hill escuchó la lluvia.

"Ella no era real. Yo no la maté".

"Es la ley, de todos modos. Recuerda. Los otros también están sentenciados. El presidente de Marionettes, Incorporated, morirá a medianoche. Sus tres asistentes morirán a la una. Irás hacia la una y media".

"Gracias", dijo Jorge. "Hiciste todo lo que pudiste. Supongo que fue un asesinato, no importa cómo lo mires, imagen o no. La idea estaba ahí, la trama y el plan estaban ahí. Solo faltaba la verdadera Katie".

"Es una cuestión de tiempo, también", dijo el abogado. "Hace diez años no te habrían impuesto la pena de muerte. Dentro de diez años tampoco. Pero tenían que tener un caso objetivo, un chivo expiatorio. El uso de marionetas ha crecido tanto en el último año que es Fantástico. El público debe estar asustado, y muy asustado. Dios sabe dónde terminaría todo si continuara. También está el lado espiritual, ¿dónde comienza o termina la vida? ¿Están vivos o muertos los robots? ? Más de una iglesia ha estado dividida por la pregunta. Si no están vivos, son lo siguiente; reaccionan, incluso piensan. Ya conoces la ley del 'robot vivo' que se aprobó hace dos Hace meses; te encuentras bajo eso. Solo mal momento, eso es todo, mal momento ".

"El gobierno tiene razón. Ahora lo veo", dijo George Hill.

"Me alegra que entiendas la actitud de la ley".

"Sí. Después de todo, no pueden permitir que el asesinato sea legal. Incluso si se hace con máquinas, telepatía y cera. Serían hipócritas si me dejaran salir impune de mi crimen. Porque fue un crimen. He sentido culpable por eso desde entonces. He sentido la necesidad de un castigo. ¿No es extraño? Así es como la sociedad te afecta. Te hace sentir culpable incluso cuando no ves ninguna razón para estarlo..."

"Me tengo que ir ahora. ¿Hay algo que quieras?"

"Nada, gracias."

Entonces, adiós, señor Hill.

La puerta se cerró.

George Hill se puso de pie en la silla, con las manos entrelazadas, mojadas, fuera de los barrotes de la ventana. Una luz roja se encendió en la pared de repente. Se oyó una voz en el audio: "Sr. Hill, su esposa está aquí para verlo".

Se agarró a los barrotes.

Está muerta, pensó.

"¿Señor Hill?" preguntó la voz.

Está muerta. Yo la maté.

"Tu esposa está esperando en la antesala, ¿la verás?"

"¡La vi caer, le disparé, la vi caer muerta!"

"Sr. Hill, ¿me escucha?"

"¡Sí!" gritó, golpeando la pared con los puños. "Te escucho. ¡Te escucho! ¡Está muerta, está muerta, no puede dejarme en paz! ¡La maté, no la veré, está muerta!"

Una pausa. "Muy bien, Sr. Hill", murmuró la voz.

La luz roja se apagó.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó su rostro. Presionó sus mejillas calientes contra los barrotes fríos y esperó, mientras caía la lluvia. Después de mucho tiempo, una puerta se abrió en algún lugar a la calle y vio dos figuras con capa emerger de la oficina de la prisión de abajo. Se detuvieron bajo una luz de arco y miraron hacia arriba.

Fue Katie Y a su lado, Leonard Phelps.

"¡Katie!"

Su rostro se apartó. El hombre la tomó del brazo. Cruzaron apresuradamente la avenida bajo la lluvia negra y se subieron a un coche bajo.

"¡Katie!" Tiró de los barrotes. Gritó, golpeó y tiró del saliente de hormigón. "¡Está viva! ¡Guardia! ¡Guardia! ¡La vi! ¡No está muerta, no la maté, ahora pueden dejarme salir! No maté a nadie, todo es una broma, un error, la vi, yo ¡La vi! ¡Katie, vuelve, diles, Katie, di que estás viva! ¡Katie!

Los guardias llegaron corriendo.

"¡No puedes matarme! ¡Yo no hice nada! ¡Katie está viva, la vi!"

—Nosotros también la vimos, señor.

"¡Pero déjame libre, entonces! ¡Déjame libre!" fue una locura Se atragantó y casi se cae.

—Ya hemos pasado por todo eso, señor, en el juicio.

"¡No es justo!" Dio un salto y arañó la ventana, bramando.

El auto se alejó, Katie y Leonard adentro. Me fui a París, Atenas,

Venecia y Londres la próxima primavera, Estocolmo el próximo verano y Viena en otoño.

"¡Katie, vuelve, no puedes hacerme esto!"

La luz trasera roja del coche se apagó bajo la lluvia fría. Detrás de él, los guardias avanzaron para agarrarlo mientras gritaba.

# Pasar el domingo de alguna manera

Domingo en Dublín.

Las palabras son el mismo Doom.

Domingo en Dublín.

Tira tales palabras desde un precipicio y nunca tocarán fondo. Simplemente caen por el vacío hacia las cinco de la tarde gris.

Domingo en Dublín. Cómo superarlo. De alguna manera.

Suenan las campanas fúnebres. Tire de las cobijas sobre sus oídos. Escuche el silbido de la corona de plumas negras mientras susurra, colgada en su puerta silenciosa. Escuche esas calles vacías debajo de su habitación de hotel esperando para engullirlo si se aventura antes del mediodía. Siente la niebla deslizando su lengua de franela mojada bajo los alféizares de las ventanas, lamiendo los techos de los hoteles, su gran bulto goteando hastío.

Domingo, pensé. Dublín. Los pubs cierran a cal y canto salvo por una hora fugaz. Los cines se agotaron con dos o tres semanas de antelación. Nada que hacer excepto tal vez ir a mirar a los leones orinados en el zoológico de Phoenix Park, a los buitres que parecían haber caído, cubiertos con pegamento, en el contenedor de los traperos. Pasee por el río Liffey, vea las aguas color niebla. Pasee por los callejones, vea los cielos de color Liffey.

No, pensé salvajemente, quédate en la cama, despiértame al atardecer, tráeme un té, arrópame de nuevo, ¡buenas noches a todos!

Pero me levanté tambaleándome, un héroe, bajo el golpe demoledor del domingo, afeitado, y en un leve pánico al mediodía consideré el día por delante con el rabillo del ojo. Allí estaba, un pasillo desierto de horas, coloreado como la parte superior de mi lengua en una mañana oscura. Hasta Dios debe estar aburrido de días como este, en tierras del norte. No pude resistirme a pensar en Sicilia, donde cualquier domingo es una fiesta de gala, un desfile de fuegos artificiales de celebración mientras bandadas primaverales de pollos y humanos se pavonean y pululan por los cálidos callejones de masa para panqueques, agitando sus peines, sus manos, sus pies, inclinando sus ojos resplandecientes por el sol, mientras la música en obsequios salta o es arrojada desde cada ventana nunca cerrada.

¡Pero Dublín! ¡Dublín! ¡Ah, gran bruto muerto de ciudad! Pensé, mirando desde mi ventana el cadáver cubierto de nieve y hollín. ¡Aquí hay dos monedas para tus ojos!

Entonces abrí la puerta y salí a todo ese domingo criminal que sólo me esperaba a mí.

Cerré otra puerta. Me quedé en el profundo silencio de un pub Sabbath. Me moví sin hacer ruido para susurrar la mejor bebida y me quedé un largo

rato alimentando mi alma. Cerca de allí, un anciano estaba igualmente ocupado en encontrar el patrón de su vida en las profundidades de su vaso. Deben haber pasado diez minutos cuando, muy lentamente, el anciano levantó la cabeza para mirar más allá de las motas de mosca en el espejo, más allá de mí, más allá de sí mismo.

"¿Qué he hecho", se lamentó, "por una sola alma mortal este día? ¡Nada! Y es por eso que me siento tan terriblemente destruido".

Esperé.

"Cuanto más viejo me hago", dijo el hombre, "menos hago por la gente. Cuanto menos hago, más me siento prisionero en el bar. ¡Aplasta y agarra, ese soy yo!"

"Bueno-" dije yo.

"¡No!" gritó el anciano. "Es una responsabilidad increíble cuando el mundo corre para entregarte cosas. Por ejemplo: puestas de sol. Todo rosa y dorado, luciendo como esos melones que envían desde España. Eso es un regalo, ¿no?"

"Es."

"Bueno, ¿a quién le agradeces por las puestas de sol? ¡Y no arrastres al Señor al bar, ahora! Cualquier comentario hacia Él es demasiado bajo. Me refiero a alguien para agarrar y palmear su espalda y decir gracias por la hermosa luz de esta mañana. , boyo, o, muy agradecido por el aspecto de esas malditas flores pequeñas en el camino este día, y la hierba tirada en el viento. Esos son regalos también, ¿quién lo negará?

"Yo no", dije.

"¿Alguna vez te has despertado en mitad de la noche y has sentido el verano acercándose por primera vez, a través de la ventana, después del largo frío? ¿Sacudiste a tu esposa y le dijiste tu gratitud? tú solo, ¡tú y el nuevo clima! ¿Ves el patrón en el que estoy, ahora?

"Claramente", dije.

"Entonces, ¿no eres terriblemente culpable tú mismo? ¿La carga no te vuelve jorobado? ¿Todas las cosas hermosas que obtuviste de la vida y sin un centavo por adelantado? ¿No están escondidas en alguna parte de tu carne oscura, iluminando tu alma, ellas?" hermosos veranos y otoños fáciles, o tal vez solo el sabor limpio de la cerveza negra aquí, todos regalos, y te sientes como un tonto al ir a agradecer a cualquier hombre mortal por tu fortuna. toda una vida, y no gastamos nada de ella, ¿avaros que somos? Un día, ¿no rompemos la viga y mostramos la podredumbre seca? ¿Alguna noche, no nos asfixiamos?

"Nunca pensé..."

"¡Piensa, hombre!" gritó. "Antes de que sea demasiado tarde. Eres

estadounidense, ¿no es así, y joven? ¿Tienes los mismos dones naturales que yo? Pero por no agradecer humildemente a alguien en algún lugar, de alguna manera te estás volviendo loco y sin aliento. ¡Actúa, hombre, antes de que seas un muerto viviente!"

Dicho esto, entró silenciosamente en la mitad final de su ensoñación, con la Guinness lamiendo un suave bigote de encaje a lo largo de su labio superior.

Caminé desde el pub hacia el clima dominical.

Me quedé mirando las calles de piedra gris y las nubes de piedra gris, mirando a la gente congelada que caminaba penosamente exhalando penachos funerarios grises de sus bocas invernales, vestidos con sus trajes color humo y abrigos negros como el hollín, y sentí que el blanco crecía en mi pelo.

Días como este, pensé, todas las cosas que nunca hiciste te alcanzan, te deshacen los cordones, te pican la barba. Dios ayude a cualquier hombre que no haya pagado sus deudas este día.

Tristemente, giré como una veleta en un viento lento, Empecé mis pies remotos hacia el hotel.

En ese momento, sucedió.

Me detuve. Me quedé muy quieto. Escuché.

Porque parecía que el viento había cambiado y ahora soplaba desde el oeste y traía consigo un cosquilleo y un cosquilleo: el rasgueo de un arpa.

"Bueno," susurré.

Como si hubieran sacado un corcho, todas las aguas grises y pesadas del mar se desvanecieron rugiendo por un agujero en mi zapato; Sentí que mi tristeza se iba.

Y a la vuelta de la esquina fui.

Y allí estaba sentada una mujercita, no la mitad del tamaño de su arpa, con las manos extendidas en las cuerdas temblorosas como un niño que siente una lluvia fina y clara.

Los hilos del arpa se agitaron; los sonidos se disolvieron como estremecimientos de agua agitada empujando la orilla. "Danny Boy" saltó del arpa. "Wearin' of the Green" saltó después, con la ropa completa. Luego, "Limerick es mi ciudad, Sean Liam es mi nombre" y "La estela más ruidosa que jamás existió". El sonido del arpa era el tipo de cosa que sientes cuando el champán, vertido en un vaso grande lleno, te pica los párpados, te rocía suavemente las mejillas.

Mi boca estaba tapada en alto en ambas esquinas. Las naranjas españolas florecieron en mis mejillas. Mi aliento llenó mis fosas nasales. Mis pies picados, escondidos, un baile secreto en mis zapatos inmóviles.

El arpa tocó "Yankee Doodle".

¿Me había visto la señora parado cerca con mi fiebre de idiota? No, pensé, coincidencia.

Y luego me puse triste de nuevo.

Porque mira, pensé, ella no ve su arpa. ¡Ella no escucha su música!

Verdadero. Sus manos, completamente solas, saltaban y retozaban en el aire, recogían y pinchaban las cuerdas, dos viejas arañas ocupadas en telas construidas rápidamente, luego, rotas por el viento, reconstruidas. Dejó que sus dedos jugaran abandonados, solos, mientras su rostro se volvía de un lado a otro, como si viviera en una casa cercana y solo necesitara mirar de vez en cuando para ver que sus manos no habían sufrido ningún daño. —"Ah…" Mi alma suspiró en mí.

Entonces:

¡Aquí está tu oportunidad! Casi grité. ¡Dios mío, por supuesto!

Pero me contuve y la dejé cosechar las últimas gavillas que caían de "Yankee Doodle".

Entonces, con un latido en la garganta, dije:

"Tocas muy bien".

Cien libras se derritieron de mi cuerpo.

La mujer asintió y comenzó "Verano en la orilla", sus dedos tejían mantillas con el mero aliento.

"Tocas muy bien, de hecho", le dije.

Otras setenta libras cayeron de mis extremidades.

"Cuando juegas cuarenta años", dijo, "no te das cuenta".

Tocas lo suficientemente bien como para estar en un teatro.

"¡Estar fuera contigo!" Dos gorriones picotearon en el telar móvil. "¿Por qué debería pensar en orquestas y bandas?" -

"Es un trabajo en el interior", le dije.

"Mi padre", dijo ella, mientras sus manos se iban y volvían, "hizo esta arpa, la tocaba bien, me enseñó cómo. Por el amor de Dios, dijo, ¡no te metas bajo los tejados!"

La anciana parpadeó, recordando. "Toca en la parte de atrás, en el frente, alrededor de los costados de los cines, dijo papá, pero no toques donde la música se apaga. ¡También podría tocar el arpa en un ataúd!"

"¿Esta lluvia no daña tu instrumento?"

"Si los lugares interiores hieren a las arpas con el calor y el vapor, dijo papá. Mantenlo afuera, déjalo respirar, quita los tonos y timbres finos del aire. Además, dijo papá, cuando la gente compra boletos, cada uno piensa que está en su derecho de gritar si no juegues arriba, abajo, de lado, solo para él. Aléjate de eso, dijo papá; te llamarán guapo un año, bruto el siguiente. Ve por donde pasarán; si les gusta tu canción— ¡Hurra! Aquellos que no lo hagan

huirán de tu vida. De esa manera, niña, te encontrarás con aquellos que se inclinan por su inclinación natural hacia ti. ¿Por qué encerrarte con demonios cuando puedes vivir en el viento fresco de las calles con ¿ángeles permanentes? Pero sigo adelante. Ah, ahora, ¿por qué?

Me miró por primera vez, como alguien que viene de un cuarto oscuro, entrecerrando los ojos.

"¿Quién eres?" ella preguntó. "¡Me soltaste la lengua! ¿Qué estás haciendo?"

"Hasta nada bueno hasta hace un minuto, cuando doblé esta esquina", le dije. "Listos para derribar el pilar de Nelson. Listos para elegir una cola de teatro y pelear a lo largo de ella, medio llorando y medio blasfemando...".

"No te veo haciéndolo". Sus manos tejieron otra yarda de canción. "¿Qué te hizo cambiar de opinión?"

"Tú", le dije.

Podría haber disparado un cañón en su cara.

"¿A mí?" ella dijo.

"Recogiste el día de las piedras, le diste un golpe, lo pusiste en marcha con un grito de nuevo".

"¿Yo lo hice?"

Por primera vez, escuché que faltaban algunas notas en la melodía.

O, si quieres, esas manos tuyas que hacen su trabajo sin que tú lo sepas.

"La ropa debe lavarse, así que tú la lavas".

Sentí las pesas de hierro acumularse en mis miembros.

"¡No!" Yo dije. "¿Por qué nosotros, al pasar, deberíamos estar contentos con esta cosa, y no tú?"

Ella ladeó la cabeza; sus manos se movían aún más lentamente.

"¿Y por qué deberías molestarte con personas como yo?"

Me paré frente a ella, y ¿podría decir lo que el hombre me dijo en el arrullador silencio de Doole/s Pub? ¿Podría mencionar la colina de belleza que se había alzado para llenar mi alma durante toda una vida, y yo mismo con una pala de arena de juguete devolviéndola al mundo a cuentagotas? ¿Debería enumerar todas mis deudas con las personas en los escenarios y las pantallas plateadas que me hicieron reír o llorar o simplemente cobrar vida, pero nadie en el teatro oscuro a quien acudir y atreverse a gritar: "¡Si alguna vez necesitas ayuda, soy tu amigo!" ¿Debería recordarle al hombre en un autobús diez años antes que se rió tan fácil y ligero desde el último asiento que el sonido de él derritió a todos los demás a reír cálido y retozando por las puertas, pero sin nadie lo suficientemente valiente como para hacer una pausa y toca el brazo del hombre y di: "¡Oh, hombre, nos has favorecido esta noche, el Señor te bendiga!" ¿Podría decir cómo ella era solo una parte de una gran

cuenta adeudada y vencida desde hace mucho tiempo? No, nada de esto podría contar. Así que lo pongo de esta manera:

"Imagina algo".

"Estoy lista", dijo.

"Imagínate que eres un escritor de artículos estadounidense que busca material, lejos de casa, esposa, hijos, amigos, en un invierno duro, en un hotel triste, en un mal día gris con nada más que vidrios rotos, tabaco mascado y hollín. nieve en tu alma Imagina que estás caminando en las malditas calles de invierno y doblas una esquina, y ahí está esta mujercita con un arpa dorada y todo lo que toca es otra estación, otoño, primavera, verano, llegando, yéndose en un libre- Y el hielo se derrite, la niebla se levanta, el viento quema con junio, y diez años se deshacen de tu vida. Imagínate, por favor.

Ella detuvo su melodía.

Ella se sorprendió por el repentino silencio.

"Eres un tonto", dijo ella.

"Imagina que eres yo", le dije. "Vuelvo a mi hotel ahora. Y en el camino me gustaría escuchar cualquier cosa, cualquier cosa. Toca. Y cuando toques, da la vuelta a la esquina y escucha".

Puso las manos en las cuerdas y se detuvo, moviendo la boca. Esperé. Por fin suspiró, gimió. Entonces, de repente, gritó:

"¡Seguir!"

"Qué...?"

"¡Me has hecho todo pulgares! ¡Mira! ¡Lo has estropeado!"

"Solo quería agradecer—"

"—¡yo detrás!" ella lloró. "¡Qué zoquete, qué bruto! ¡Ocúpate de tus asuntos! ¡Haz tu trabajo! ¡Déjalo, hombre! ¡Ah, estos pobres dedos, menta, menta!"

Ella los miró a ellos ya mí con una terrible fijeza deslumbrante.

"¡Conseguir!" ella gritó.

Corrí a la vuelta de la esquina desesperada.

¡Allá! Pensé, ¡lo has hecho! ¡realmente lo hice! Por gracias destruido, esa es su historia. ¡Y la tuya también, debes vivir con ella! ¡Tonto! ¿Por qué no te callaste la boca?

Me hundí, me apoyé contra un edificio. Debe haber pasado un minuto.

Por favor, mujer, pensé, vamos. Jugar. No para mí. Juega por ti mismo. ¡Olvida lo que dije! Por favor.

Escuché algunos susurros de arpa débiles y vacilantes.

Otra pausa.

Luego, cuando el viento volvió a soplar, trajo el sonido de su juego muy lento.

La canción era antigua y yo sabía la letra. Me los dije a mí mismo.

*Camina ligero con la música,*
*Ni magullar la hierba tierna,*
*La vida pasa en el clima*
*Como la arena cae por el cristal.*

Sí, pensé, sigue.

*Deriva fácil en las sombras,*
*Tomar el sol perezoso,*
*Da gracias por la sed y la saciedad,*
*Para cenas y vinos y mozas,*
*Piensa en la vida pronto,*
*Pisa suavemente el trébol,*
*Así que no magulles a ningún amante.*
*Así que existe de los vivos,*
*Saludad y dad gracias,*
*Entonces duerme cuando todo esté hecho,*
*Que el sueño ganó tan caro.*

Vaya, pensé, qué sabia es la anciana.

*Pisar ligeramente al ritmo de la música.*

Y casi la aplasté con elogios.

*Así que no magulles a ningún amante.*

Y estaba cubierta de moretones por mi amable desconsideración.

Pero ahora, con una canción que enseñaba más de lo que podía decir, se estaba calmando a sí misma.

Esperé hasta que estuvo bien avanzada el tercer estribillo antes de pasar de nuevo, quitándome el sombrero.

Pero tenía los ojos cerrados y escuchaba lo que hacían sus manos, moviéndose en las cuerdas como las manos frescas de una muchachita que ha conocido la lluvia por primera vez y se lava las palmas en sus claras cascadas.

Había pasado por no preocuparse en absoluto, y luego preocuparse demasiado, y ahora estaba ocupada cuidando de la manera correcta.

Las comisuras de su boca estaban sujetas, suavemente.

Una llamada cercana, pensé. Muy cerca.

Los dejé como dos amigos que se encuentran en la calle, el arpa y ella misma.

Corrí hacia el hotel para darle las gracias de la única forma que sabía: hacer mi propio trabajo y hacerlo bien.

Pero en el camino me detuve en Doole/s.

La música todavía se pisaba suavemente y el trébol todavía se pisaba suavemente, y ningún amante estaba siendo lastimado cuando dejé que la

puerta del pub se silenciara y miré alrededor en busca del hombre cuya mano más quería estrechar.

# Bebe esto: contra la locura de las multitudes

Era una de esas noches en las que hace tanto calor que te quedas tirado perdido hasta las dos de la madrugada, luego te balanceas, te untas con tu propia salmuera agria y bajas tambaleándote al gran horno subterráneo donde los trenes perdidos rechinan.

"Diablos", susurró Will Morgan.

Y era un infierno, con un ejército perdido de bestias vagando por la noche desde el Bronx hasta Coney y de regreso, hora tras hora, en busca de inhalaciones repentinas de viento salado del océano que podrían hacerte jadear con el Día de Acción de Gracias.

En algún lugar, Dios, en algún lugar de Manhattan o más allá había un viento fresco. Al amanecer, debe ser encontrado....

"¡Maldición!"

Aturdido, vio mareas maníacas de anuncios que pasaban a chorros con sonrisas de pasta de dientes, sus propias ideas publicitarias persiguiéndolo a lo largo de toda la isla de la noche caliente.

El tren gimió y se detuvo.

Otro tren se detuvo en la vía opuesta.

Increíble. Allí, en la ventanilla abierta del tren de enfrente, estaba sentado el viejo Ned Amminger. ¿Viejo? Tenían la misma edad, cuarenta, pero...

Will Morgan abrió su ventana.

—¡Ned, hijo de puta!

"Will, bastardo. ¿Viajas así de tarde a menudo?"

"Cada maldita noche calurosa desde 1946I"

"¡Yo también! ¡Me alegro de verte!"

"¡Mentiroso!"

Cada uno se desvaneció en un chillido de acero.

Dios, pensó Will Morgan, dos hombres que se odian, que trabajan a menos de diez pies de distancia rechinando los dientes en el siguiente escalón de la escalera, chocan juntos en el Infierno de Dante aquí bajo una ciudad que se derrite a las 3:00 a.m. Escucha el eco de nuestras voces, desvanecimiento:

"¡Mentiroso...!"

Media hora después, en Washington Square, un viento fresco le tocó la frente. Lo siguió hasta un callejón donde. . .

La temperatura bajó diez grados.

"Espera", susurró.

El viento olía a la Casa de Hielo cuando era niño y robaba cristales fríos para frotar sus mejillas y apuñalar dentro de su camisa con chillidos para matar el calor.

El viento fresco lo llevó por el callejón hasta una pequeña tienda donde un letrero decía:

MELISSA TOAD, BRUJA

SERVICIO DE LAVANDERÍA:

CONSULTA TUS PROBLEMAS AQUÍ A LAS NUEVE AM RECÓGELOS, RECIÉN LAVADOS, AL ANOCHECER

Había un cartel más pequeño:

**HECHIZOS, FILTROS CONTRA CLIMAS TERRIBLES, CALIENTES O FRÍOS. POCIONES PARA INSPIRAR EMPLEADORES Y ASEGURAR ASCENSO. UNGÜENTOS, UNGÜENTOS Y POLVO DE MOMIA PROCEDENTES DE LAS ANTIGUAS CORPORACIONES. REMEDD2S POR RUIDO. EMOLIENTES PARA AIRE GASEOSO O CONTAMINADO. LOCIONES PARA CONDUCTORES DE CAMIONES PARANOICOS. MEDICAMENTOS QUE DEBEN TOMARSE ANTES DE TRATAR DE NADAR EN LOS MUELLES DE NUEVA YORK.**

Algunas botellas estaban esparcidas en la ventana de exhibición, etiquetadas:

**MEMORIA PERFECTA.**
**ALIENTO DE VIENTO DULCE DE ABRIL.**
**EL SILENCIO Y EL TREMOR DE LA FINA BDiDSONG.**

Se rió y se detuvo.

Porque el viento sopló fresco y crujió una puerta. Y de nuevo estaba el recuerdo de la escarcha de las grutas blancas de la Casa de Hielo de la infancia, un mundo cortado de los sueños invernales y salvado hasta agosto.

"Adelante", susurró una voz.

La puerta se deslizó hacia atrás.

En el interior le esperaba un frío funeral.

Un bloque de seis pies de largo de hielo transparente y goteante descansaba como un recuerdo gigante de febrero sobre tres caballetes.

"Sí", murmuró. En el escaparate de la ferretería de su ciudad natal, la esposa de un mago, la señorita i. hoz, había sido escondida en un inmenso rectángulo de hielo derretido para adaptarse a su caligrafía. Allí dormía toda la noche, una Princesa de la Nieve. Medianoche, él y otros chicos se escabulleron para verla sonreír en su frío sueño cristalino. Se quedaron mirando la mitad de las noches de verano, cuatro o cinco muchachos de unos catorce años, esperando que su mirada al rojo vivo pudiera derretir el hielo. ...

El hielo nunca se había derretido.

"Espera", susurró. "Mirar . . ."

Dio un paso más dentro de esta tienda de noche oscura.

Señor, sí. ¡Allí, en este hielo! ¿No eran esos los contornos donde, hace sólo unos momentos, una mujer de nieve dormía la siesta en sueños frescos de la noche? Sí. El hielo era hueco, curvo y hermoso. Pero... la mujer se había ido. ¿Dónde?

"Aquí", susurró la voz.

Más allá del brillante y frío funeral, las sombras se movían en un rincón lejano.

"Bienvenido. Cierra la puerta".

Sintió que ella estaba de pie no muy lejos en las sombras. Su carne, si pudieras tocarla, estaría fría, aún fresca de su tiempo dentro de la tumba goteante de nieve. Si tan solo extendiera su mano—

"¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó su voz, suavemente.

"Noche calurosa. Caminar. Montar a caballo. Buscando un viento fresco. Creo que necesito ayuda".

"Has venido al lugar correcto."

"Pero esto es correo. No creo en los psiquiatras. Mis amigos me odian porque digo que Tinkerbell y Freud murieron hace veinte años, con el circo. No creo en los astrólogos, los numerólogos o los curanderos de quiromancia..."

"Yo no leo las palmas. Pero... dame tu mano".

Extendió la mano hacia la suave oscuridad.

Sus dedos tocaron los de él. Se sentía como la mano de una niña pequeña que acababa de revolver una nevera. Él dijo:

"Tu letrero dice Melissa Toad, bruja. ¿Qué estaría haciendo una bruja en Nueva York en el verano de 1974?"

"¿Alguna vez supiste que una ciudad necesitaba una bruja más que Nueva York este año?"

"Sí. Nos hemos vuelto locos. Pero, ¿tú?"

"Una bruja nace de las verdaderas ansias de su tiempo", dijo. "Nací en Nueva York. Las cosas que están más mal aquí me convocaron. Ahora vienes, sin saberlo, a buscarme. Dame tu otra mano".

Aunque su rostro era solo un fantasma de carne fría en las sombras, sintió que sus ojos se movían sobre su mano temblorosa.

"Oh, ¿por qué esperaste tanto?" ella se lamentó. "Es casi demasiado tarde".

"¿Demasiado tarde para qué?"

"Para ser salvo. Para tomar el regalo que puedo dar".

Su corazón latía con fuerza. "¿Qué me puedes dar?"

"Paz", dijo ella. "Serenidad. Tranquilidad en medio del caos. Soy un hijo del viento venenoso que copuló con el East River en una medianoche infestada de basura y manchada de aceite. Me vuelvo sobre mi propia ascendencia. Inoculo contra esas mismas bilis que me trajo a la luz. Soy un suero nacido de venenos. Soy el anticuerpo de todos los Tiempos. Soy la Cura. Mueres de la Ciudad, ¿no? Manhattan es tu castigador. Déjame ser tu escudo.

"¿Cómo?"

"Serías mi alumno. Mi protección podría rodearte, como una jauría invisible de sabuesos. El tren subterráneo nunca violaría tu oído. El smog nunca dañaría tu pulmón o tu nariz o te enfebrecería la vista. Podría enseñarte la lengua, en el almuerzo. , para saborear los ricos campos del Edén en la simple salchicha de Frankfurt demasiado madura. El agua, bebido a sorbos de la hielera de tu oficina, sería un vino raro de una buena familia. Los policías, cuando llamaras, responderían. Taxis, off- el deber que no va a ninguna parte, se detendría si tan solo pestañearas. Las entradas para el teatro aparecerían si te acercaras a la ventana del teatro. Las señales de tráfico cambiarían, al mediodía, eso sí, si te atrevieras a conducir tu coche desde la Cincuenta y ocho. hasta la plaza, y ni uno rojo claro, verde todo el camino, si me acompañas.

"Si vienes conmigo, nuestro apartamento será un claro sombrío de la jungla lleno de cantos de pájaros y llamadas de amor desde el primer día cálido y amargo de junio hasta la última hora después del Día del Trabajo cuando los muertos vivientes, golpeados por el calor, enloquecidos se detuvieron. trenes que regresan del mar. Nuestras habitaciones estarán llenas de campanas de cristal. Nuestra cocina, una choza esquimal en julio, donde podríamos compartir un surtido de paletas heladas hechas de Mumm's y Chateau Lafite Rothschild. ¿Nuestra despensa...? albaricoques frescos en agosto o en febrero. Zumo de naranja fresco cada mañana, leche fría en el desayuno, besos fríos a las cuatro de la tarde, mi boca siempre con el sabor de los melocotones helados, mi cuerpo con el sabor de las ciruelas ribeteadas. El sabor empieza en el codo, como decía Edith Wharton.

"Cada vez que quieras volver a casa de la oficina en medio de un día terrible, llamaré a tu jefe y así será. Poco después, serás el jefe y volverás a casa, de todos modos, por pollo frío, ponche de vino de frutas, y yo. Verano en las Islas Vírgenes. Otoños tan llenos de promesas que de hecho te volverás loco de la manera correcta. Los inviernos, por supuesto, serán al revés. Seré tu hogar. Dulce perro, acuéstate allí. Me caeré sobre ti como copos de nieve.

"En suma, todo te será dado. Poco pido a cambio. Sólo tu alma".

Él se puso rígido y casi soltó su mano.

"Bueno, ¿no es eso lo que esperabas que te exigiera?" Ella rió. "Pero las almas no se pueden vender. Solo se pueden perder y nunca volver a encontrar. ¿Quieres que te diga lo que realmente quiero de ti?"

"Decir."

"Cásate conmigo", dijo ella.

Véndeme tu alma, pensó, y no lo dijo.

Pero ella leyó sus ojos. "Oh, querido", dijo ella. "¿Es mucho pedir? ¿Por todo lo que doy?"

"¡Tengo que pensarlo!"

Sin darse cuenta, había retrocedido un paso.

Su voz era muy triste. "Si tienes que pensar una cosa, nunca lo será. Cuando terminas un libro sabes si te gusta, ¿sí? Al final de una obra estás despierto o dormido, ¿sí? Bueno, una mujer hermosa es una hermosa mujer, ¿no es así, y una buena vida, una buena vida?

"¿Por qué no sales a la luz? ¿Cómo sé que eres hermosa?"

"No puedes saberlo a menos que entres en la oscuridad. ¿No puedes saberlo por mi voz? ¿No? Pobre hombre. Si no confías en mí ahora, no podrás tenerme, nunca".

"¡Necesito tiempo para pensar! ¡Volveré mañana por la noche! ¿Qué significan veinticuatro horas?"

"Para alguien de tu edad, todo".

"¡Solo tengo cuarenta!"

"Hablo de tu alma, y eso es tarde".

"¡Dame una noche más!"

"Lo tomarás, de todos modos, bajo tu propio riesgo".

"Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios, Dios", dijo, cerrando los ojos.

"Desearía que Él pudiera ayudarte ahora mismo. Será mejor que te vayas. Eres un niño anciano. Lástima. Lástima. ¿Está viva tu madre?"

"Muerto diez años".

"No, vivo", dijo. Retrocedió hacia la puerta y se detuvo, tratando de calmar su corazón confundido, tratando de mover su lengua de plomo:

"¿Cuánto tiempo has estado en este lugar?"

Ella se rió, con un leve toque de amargura.

"Tres veranos ahora. Y, en esos tres años, solo seis hombres han entrado en mi tienda. Dos corrieron inmediatamente. Dos se quedaron un rato pero se fueron. Uno regresó por segunda vez y desapareció. El sexto hombre finalmente tuvo que admitir, después de tres visitas, no creyó. Verás, nadie cree en un amor realmente abarcador y protector cuando lo ve claro. Un muchacho de campo podría haberse quedado para siempre, en su sencillez,

que es lluvia y viento y semilla. Una nueva Yorker, sospecha de todo.

"Quienquiera que sea, oh, buen señor, quédese y ordeñe la vaca y ponga la leche fresca en el oscuro cobertizo bajo la sombra del roble que crece en mi desván. Quédese y recoja los berros para lavarse los dientes. Quédate en la Despensa Norte con el aroma de caquis y kumquats y uvas. Quédate y detén mi lengua para que pueda dejar de hablar de esta manera. Quédate y detén mi boca para que no pueda respirar. Quédate, porque estoy cansado de hablar y debo Necesito amor. Quédate. Quédate".

Tan ardiente era su voz, tan trémula, tan suave, tan dulce, que supo que estaba perdido si no corría.

"¡Mañana por la noche!" gritó.

Su zapato golpeó algo. Allí, en el suelo, yacía un carámbano afilado caído del largo bloque de hielo.

Se inclinó, agarró el carámbano y echó a correr.

La puerta se cerró de golpe. Las luces parpadearon. Apresurándose, no pudo ver el cartel: MELISSA sapo, bruja.

Feo, pensó, corriendo. Una bestia, pensó, debe ser una bestia y fea. ¡Si eso es! ¡Mentiras! ¡Todo eso, mentiras! Ella-Él chocó con alguien.

En medio de la calle, agarraron, agarraron, miraron.

¡Ned Amminger! ¡Dios mío, era el viejo Ned!

Eran las cuatro de la mañana, el aire aún estaba al rojo vivo. Y aquí estaba Ned Amminger, sonámbulo tras vientos frescos, con la ropa enrollada en rosetas sobre la carne caliente, la cara goteando sudor, los ojos muertos, los pies crujiendo en los zapatos de cuero horneados al rojo vivo.

Se balancearon en el momento de la colisión.

Un espasmo de malicia sacudió a Will Morgan. Agarró al viejo Ned Amminger, lo hizo girar y lo señaló hacia el callejón oscuro. Allá en lo más profundo, ¿había vuelto a parpadear la luz del escaparate? ¡Sí!

"¡Ned! ¡Por ahí! ¡Ve allí!"

El viejo Ned Amminger, cegado por el calor y muerto de cansancio, se alejó dando tumbos por el callejón.

"¡Esperar!" —exclamó Will Morgan, lamentando su malicia—.

Pero Amminger se había ido.

En el metro, Will Morgan probó el carámbano.

Fue amor. fue Delicia. Era Mujer.

Cuando llegó el tren, tenía las manos vacías y el cuerpo oxidado por el sudor. ¿Y el sabor dulce en su boca? Polvo.

Siete de la mañana y sin dormir.

En algún lugar, un enorme alto horno abrió su puerta y quemó Nueva York hasta las ruinas.

Levántate, pensó Will Morgan. ¡Rápido! ¡Corre al pueblo!

Porque se acordó de aquella señal:

**SERVICIO DE LAVANDERÍA: CONSULTA TUS PROBLEMAS AQUÍ A LAS NUEVE DE LA MAÑANA RECÓJALOS, RECIÉN LAVADOS, POR LA NOCHE**

No fue al Village. Se levantó, se duchó y se fue al horno para perder su trabajo para siempre.

Lo supo mientras subía en el ascensor con el calor delirante con el señor Binns, el director de personal, quemado por el sol y furioso. Las cejas de Binns saltaban, su boca se movía sobre los dientes con maldiciones no pronunciadas. Debajo de su traje, podías sentir puercoespines de pelo hervido que atravesaban la superficie. Cuando llegaron al piso cuarenta, Binns era un antropoide.

A su alrededor, los empleados deambulaban como un ejército italiano que llega para asistir a una guerra perdida.

¿Dónde está el viejo Amminger? preguntó Will Morgan, mirando un escritorio vacío.

"Me reportaron enfermos. Postración por calor. Estar aquí al mediodía", dijo alguien.

Mucho antes del mediodía el enfriador de agua estaba vacío, ¿y el sistema de aire acondicionado? — se suicidó a las 11:32. Doscientas personas se convirtieron en bestias crudas encadenadas a escritorios por ventanas que habían sido inventadas para no abrirse.

A las doce menos un minuto, el Sr. Binns, por el intercomunicador, les dijo que se alinearan junto a sus escritorios. Se alinearon. Esperaron, tambaleándose. La temperatura estaba en noventa y siete. Lentamente, Binns comenzó a avanzar por la larga fila. Un chisporroteo al rojo vivo de moscas invisibles flotaba a su alrededor.

"Está bien, damas y caballeros", dijo. "Todos ustedes saben que hay una recesión, no importa qué tan feliz lo haya dicho el presidente de los Estados Unidos. Preferiría apuñalarlos en el estómago que apuñalarlos en la espalda. Ahora, a medida que avance en la línea, asentiré y susurro, 'Tú'. Para aquellos de ustedes que escuchen esta sola palabra, giren, limpien sus escritorios y váyanse. Cuatro semanas de indemnización les espera al salir. ¡Espere! ¡Alguien está perdido!

"El viejo Ned Amminger", dijo Will Morgan, y se mordió la lengua.

"¿Viejo Ned?" dijo el Sr. Binns, deslumbrante. "¿Viejo viejo?"

El Sr. Binns y Ned Amminger tenían exactamente la misma edad.

El Sr. Binns esperó, haciendo tictac.

"Ned", dijo Will Morgan, estrangulándose con automaldiciones, "debería estar aquí-"

"Ahora", dijo una voz.

Todos se volvieron.

Al final de la fila, en la puerta, estaba el Viejo Ned o Ned Amminger. Miró a la asamblea de almas perdidas, leyó destrucción en el rostro de Binns, se estremeció, pero luego se escabulló en la fila junto a Will Morgan.

"Está bien", dijo Binns. "Aquí va."

Empezó a moverse, susurrar, moverse, susurrar. Dos personas, cuatro, luego seis se volvieron para limpiar sus escritorios.

Will Morgan respiró hondo, lo contuvo y esperó.

Binns se detuvo por completo frente a él.

¿No lo digas? pensó Morgana. no lo hagas

"Tú", susurró Binns.

Morgan se dio la vuelta y se agarró a su escritorio que se agitaba. Tú, la palabra se rompió en su cabeza, tú

Binns dio un paso para enfrentarse a Ned Amminger.

"Bueno, viejo Ned", dijo.

Morgan, con los ojos cerrados, pensó: Dilo, díselo, estás despedido, Ned, ¡despedido!

"Viejo Ned", dijo Binns, cariñosamente.

Morgan se encogió ante el sonido extraño, amistoso y dulce de la voz de Binns.

Un viento ocioso de los Mares del Sur pasaba suavemente en el aire. Morgan parpadeó y se levantó, olfateando. La habitación bañada por el sol estaba llena de olor a surf y arena blanca y fresca.

"Ned, querido viejo Ned", dijo el Sr. Binns, suavemente.

Atónito, Will Morgan esperó. Estoy loco, pensó.

"Ned", dijo el Sr. Binns, suavemente. "Quédate con nosotros. Quédate".

Luego, rápidamente: "Eso es todo, todos. ¡Almuerzo!"

Y Binns se había ido y los heridos y moribundos abandonaban el campo. Y Will Morgan se volvió por fin para mirar de lleno al viejo Ned Amminger, pensando: ¿Por qué, Dios, por qué?

Y obtuve su respuesta. . .

Ned Amminger estaba allí, no viejo, no joven, pero de alguna manera en el medio. Y no era el Ned Amminger que se había asomado como un loco por la ventanilla de un tren caliente la pasada medianoche o se había arrastrado en Washington Square a las cuatro de la mañana.

Este Ned Amminger permaneció en silencio, como si escuchara los sonidos del campo verde lejano, el viento y las hojas y un tiempo amable que

vagaba en la brisa fresca del lago.

El sudor se había secado en su cara fresca y rosada. Sus ojos no estaban inyectados en sangre sino firmes, azules y tranquilos. Era un oasis isleño en este mar muerto e inmóvil de escritorios y máquinas de escribir que podían ponerse en marcha y chillar como insectos eléctricos. Se quedó de pie viendo partir a los muertos vivientes. Y no le importaba. Lo mantuvieron en un aislamiento espléndido y hermoso dentro de su propia piel tranquila, fresca y hermosa.

"¡No!" gritó Will Morgan, y huyó.

No supo a dónde iba hasta que se encontró en el baño de hombres rebuscando frenéticamente en la papelera.

Encontró lo que sabía que encontraría, una pequeña botella con la etiqueta:

**BEBIDA ENTERA: CONTRA LA LOCURA DE LAS MULTITUDES.**

Temblando, lo descorchó. Quedaba una mínima gota azul fría en el interior. Balanceándose junto a la ventana caliente cerrada, se la dio unos golpecitos en la lengua.

En el instante, su cuerpo se sintió como si hubiera saltado a un maremoto de frescura. Su aliento brotó en una fuente de trébol machacado y saboreado.

Agarró la botella con tanta fuerza que se rompió. Jadeó, mirando la sangre.

La puerta se abrió. Ned Amminger se quedó allí, mirando hacia adentro. Se quedó solo un momento, luego se dio la vuelta y salió. La puerta se cerró.

Unos momentos después, Morgan, con los trastos de su escritorio repiqueteando en su maletín, bajó en el ascensor.

Al salir, se volvió para agradecer al operador.

Su aliento debe haber tocado la cara del operador.

El operador sonrió.

¡Una sonrisa salvaje, incomprensible, amorosa, hermosa!

Las luces se apagaron a medianoche en el callejón, en la tiendita. No había ningún letrero en la ventana que dijera Melissa Toad, bruja. No había botellas.

Golpeó la puerta durante cinco minutos completos, sin obtener respuesta. Pateó la puerta durante otros dos minutos.

Y por fin, con un suspiro, no queriendo, la puerta se abrió.

Una voz muy cansada dijo: "Adelante".

En el interior encontró el aire sólo ligeramente fresco. La enorme losa de

hielo, en la que había visto la forma fantasmal de una hermosa mujer, se había empequeñecido, había perdido casi la mitad de su peso y ahora goteaba sin cesar hasta arruinarse.

En algún lugar de la oscuridad, la mujer lo esperaba. Pero sintió que ahora estaba vestida, vestida y empacada, lista para partir. Abrió la boca para gritar, para alcanzar, pero la voz de ella lo detuvo:

"Te lo advertí. Llegas demasiado tarde".

"¡Nunca es demasiado tarde!" él dijo.

"Anoche no lo hubiera sido. Pero en las últimas veinte horas, el último hilo se rompió en ti. Lo siento. Lo sé. Lo digo. Se ha ido, se ha ido, se ha ido".

"¿Qué se ha ido, maldita sea?"

"Vaya, tu alma, por supuesto. Desaparecida. Comida. Digerida. Desaparecida. Estás vacía. No hay nada".

Vio su mano salir de la oscuridad. Le tocó el pecho. Tal vez imaginó que los dedos de ella pasaban por sus costillas para sondear sus luces, sus pulmones, su corazón palpitante y lastimero.

"Oh, sí, se ha ido", se lamentó. "Qué triste. La ciudad te desenvolvió como una barra de chocolate y te comió todo. No eres más que una botella de leche polvorienta dejada en el porche de una vivienda, una araña construyendo un nido en la parte superior. El estruendo del tráfico golpeó tu médula hasta convertirla en polvo. El metro te absorbió el aliento como un gato chupa el alma de un bebé. Las aspiradoras se apoderaron de tu cerebro. El alcohol disolvió el resto. Las máquinas de escribir y las computadoras tomaron y sacaron tus restos finales dentro y fuera de sus tripas, te imprimieron en papel, te golpearon en confeti, te arrojaron por un respiradero de alcantarillado. La televisión te garabateó con tics nerviosos en viejas pantallas fantasma. Tus últimos huesos serán llevados por un gran autobús bulldog enojado que cruza la ciudad y te mantendrá masticado en su gran boca con labios de goma".

"¡No!" gritó. "¡Cambié de opinión! ¡Cásate conmigo! Cásate-"

Su voz agrietó la tumba de hielo. Se hizo añicos en el suelo detrás de él. La forma de la hermosa mujer se fundió en el suelo. Girando, se sumergió en la oscuridad.

Cayó contra la pared justo cuando un panel se cerró de golpe y se bloqueó.

De nada servía gritar. Él estaba solo.

Al anochecer de julio, un año después, en el metro, vio a Ned Amminger por primera vez en 365 días.

En medio de todo el rechinar, rebotar y derramar lava ardiente mientras los trenes pasaban, llevándose mil millones de almas al infierno, Amminger se

mantuvo tan fresco como hojas de menta en una lluvia verde. A su alrededor, la gente de cera se derretía. Vadeó su propio arroyo de truchas privado.

"¡Ned!" gritó Will Morgan, corriendo para tomar su mano y agitarla. "¡Ned, Ned! ¡El mejor amigo que he tenido!"

"Sí, eso es cierto, ¿no?" dijo el joven Ned, sonriendo.

¡Y, oh, Dios, qué cierto era! Querido Ned, bien Ned, ¡amigo de toda la vida! ¡Respira sobre mí, Ned! ¡Dame el aliento de tu vida!

"¡Eres el presidente de la compañía, Ned! ¡Escuché!"

"Sí. ¿Venir a casa a tomar una copa?"

En el calor abrasador, un vapor de limonada helada se elevó de su traje fresco y cremoso mientras buscaban un taxi. En todas las maldiciones, gritos, cuernos, Ned levantó la mano.

Un taxi se detuvo. Condujeron en serenidad.

En la casa de apartamentos, en la oscuridad, un hombre con una pistola salió de las sombras.

"Dame todo", dijo.

"Más tarde", dijo Ned, sonriendo, respirando un aroma de manzanas frescas de verano sobre el hombre.

"Más tarde." El hombre retrocedió para dejarlos pasar. "Más tarde."

Mientras subían en el ascensor, Ned dijo: "¿Sabías que estoy casado? Casi un año. Buena esposa".

"¿Es ella", dijo Will Morgan, y se detuvo, "... hermosa?"

"Oh, sí. La amarás. Te encantará el apartamento".

Sí, pensó Morgan; un claro verde, campanillas de cristal, hierba fresca como alfombra. Sé que sé.

Salieron a un apartamento que en verdad era una isla tropical. El joven Ned sirvió enormes copas de champán helado.

"¿Por qué bebemos?"

"A ti, Ned. A tu esposa. A mí. Hasta la medianoche, esta noche".

"¿Por qué medianoche?"

"Cuando baje con ese hombre que está esperando abajo con su arma. Ese hombre al que le dijiste 'yater'. Y él accedió 'más tarde/ estaré allí a solas con él. Gracioso, ridículo, gracioso. Y mi aliento solo un aliento normal, sin olor a melones o peras. Y él esperando todas esas largas horas con su pistola sudorosa, irritable por el calor. Qué gran broma. Bueno... ¿un brindis?

"¡Un brindis!"

Ellos tomaron.

En ese momento, entró la esposa. Escuchó a cada uno de ellos reírse de una manera diferente y se unió a su risa.

Pero sus ojos, cuando miró a Will Morgan, de repente se llenaron de

lágrimas.

Y él sabía por quién estaba llorando.

# Intervalo en la luz del sol

Se mudaron al Hotel de Las Flores en una calurosa tarde verde de fines de octubre. El patio interior ardía de flores rojas, amarillas y blancas, como llamas, que iluminaban su pequeña habitación. El marido era alto, de pelo negro y pálido, y parecía como si hubiera conducido diez mil millas dormido; caminó por el patio de baldosas, cargando unas frazadas, se tiró en la camita del cuartito con un suspiro de cansancio y se quedó ahí. Mientras él cerraba los ojos, su esposa, de unos veinticuatro años, de pelo amarillo y anteojos de aro rojo, sonriéndole al gerente, el señor Gonzales, entraba y salía apresuradamente de la habitación al auto. Primero cargó dos maletas, luego una máquina de escribir, agradeciendo al Sr. Gonzales, pero negándose constantemente a su ayuda. Y luego trajo un enorme paquete de máscaras mexicanas que habían recogido en la ciudad lacustre de Pátzcuaro, y luego al automóvil una y otra vez en busca de más cajas y paquetes pequeños, e incluso una llanta extra que temían que algún nativo pudiera rodar por la calle adoquinada durante la noche. Con el rostro sonrojado por el esfuerzo, tarareaba mientras cerraba el auto, revisaba las ventanas y corría de regreso a la habitación donde yacía su esposo, con los ojos cerrados, en una de las camas gemelas.

"Dios mío", dijo, sin abrir los ojos, "esta es una cama increíble. Tócala. Te dije que eligieras una con un colchón Simmons". Le dio a la cama una palmada cansada. "Es tan duro como una roca".

"Yo no hablo español", dijo la esposa, parada allí, comenzando a verse desconcertada. Deberías haber venido y hablar tú mismo con el casero.

"Mira", dijo, abriendo un poco sus ojos grises y girando la cabeza, "Yo he manejado todo en este viaje. Solo siéntate ahí y mira el paisaje. Se supone que debes manejar el dinero, los alojamientos, el gas y el petróleo, y todo eso. Este es el segundo lugar que visitamos donde tienes camas duras.

"Lo siento", dijo, todavía de pie, comenzando a inquietarse.

"Me gusta al menos dormir por las noches, eso es todo lo que pido".

"Yo dije que lo sentía."

"¿Ni siquiera sentiste las camas?"

Se veían bien.

"Tienes que sentirlos". Golpeó la cama y le dio un puñetazo a su costado.

La mujer se volvió hacia su propia cama y se sentó en ella, experimentalmente. "Se siente bien para mí".

"Bueno, no lo es."

"Tal vez mi cama es más suave".

Se dio la vuelta con cansancio y extendió la mano para golpear la otra

cama. "Puedes quedarte con este si quieres", dijo, tratando de sonreír.

"Eso también es difícil", dijo, suspirando, y se echó hacia atrás y cerró los ojos de nuevo.

Nadie habló, pero la habitación se estaba volviendo fría, mientras afuera las flores ardían en los arbustos verdes y el cielo era inmensamente azul. Finalmente, se levantó y agarró la máquina de escribir y la maleta y se volvió hacia la puerta.

"¿A dónde vas?" él dijo.

"Vuelve al coche", dijo. "Vamos a buscar otro lugar".

"Déjalo", dijo el hombre. "Estoy cansado."

"Buscaremos otro lugar".

"Siéntate, nos quedaremos aquí esta noche, Dios mío, y nos mudaremos mañana".

Miró todas las cajas, los cajones y el equipaje, la ropa y el neumático, sus ojos parpadearon. Dejó la máquina de escribir.

"¡Maldita sea!" ella gritó, de repente. Puedes sacar el colchón de mi cama. Dormiré en los resortes.

Él no dijo nada.

"Puedes sacar el colchón de mi cama", dijo. "Solo que no hables de eso. ¡Toma!" Sacó la manta y tiró del colchón.

"Eso podría ser mejor", dijo, abriendo los ojos, con seriedad.

"¡Puedes tener los dos colchones, Dios mío, puedo dormir en una cama de clavos!" ella lloró. "Solo deja de ladrar".

"Yo me encargaré." Volvió la cabeza. "No sería justo para ti".

"Sería muy justo que te quedaras callado sobre la cama; no es tan difícil, Dios mío, dormirás si estás cansado. ¡Dios mío, Joseph!"

"Baja la voz", dijo Joseph. "¿Por qué no vas a averiguar sobre el volcán Paricutín?"

"Me iré en un minuto". Ella se quedó allí, con la cara roja.

“Averigua cuáles son las tarifas de un taxi allá y un caballo para subir a la montaña para verlo, y mira el cielo; si el cielo es azul, eso significa que el volcán no está en erupción hoy, y no dejes que te engañen”. ."

"Supongo que puedo hacer eso".

Abrió la puerta y salió y cerró la puerta y el señor Gonzales estaba allí. ¿Estaba todo bien? deseaba saber.

Pasó junto a las ventanas de la ciudad y olió el suave aire a carbón. Más allá de la ciudad, todo el cielo era azul excepto el norte (o el este o el oeste, no podía estar segura) donde la enorme nube negra y abrasadora se elevaba desde el terrible volcán. Ella lo miró con un pequeño temblor en su interior. Luego buscó a un taxista grande y gordo y comenzaron las discusiones. El precio

comenzaba en sesenta pesos y descendía rápidamente, con expresiones de triste derrota en el rostro del gordo de dientes salientes, a treinta y siete pesos. ¡Entonces! Debía venir a las tres de la tarde de mañana, ¿lo entendió? Eso les daría tiempo para conducir a través de las nieves grises de la tierra donde la ceniza de lava en escamas había caído para hacer un gran invierno polvoriento por milla tras milla, y llegar al volcán cuando el sol se estaba poniendo. ¿Fue esto muy claro?

*", señora, esta es muy garra, sil"*

"Bueno". Ella le dio el número de la habitación del hotel y se despidió de él.

Ella holgazaneaba en pequeñas tiendas de laca, sola; abrió las cajitas lacadas y olió el intenso aroma de la madera de alcanfor, el cedro y la canela. Observó a los artesanos, encantados, las hojas de afeitar brillando al sol, cortando los pergaminos floreados y llenando estos patrones con color rojo y azul. El pueblo fluía a su alrededor como un río lento y silencioso y ella se sumergía en él, sonriendo todo el tiempo, y sin siquiera darse cuenta de que sonreía.

De repente miró su reloj. Hacía media hora que se había ido. Una mirada de pánico cruzó su rostro. Corrió unos pasos y luego redujo la velocidad para volver a caminar, encogiéndose de hombros.

Mientras caminaba por los frescos corredores embaldosados, bajo los candelabros de hojalata plateados en las paredes de adobe, un pájaro enjaulado cantaba alto y dulce, y una niña con cabello largo y suave y oscuro estaba sentada en un piano pintado de azul cielo y tocaba un nocturno de Chopin.

Miró las ventanas de su habitación, las persianas bajadas. Las tres de una tarde fresca. Vio una caja de refrescos al final del patio y compró cuatro botellas de Coca-Cola. Sonriendo, abrió la puerta de su habitación.

"Ciertamente te tomó bastante tiempo," dijo, volteándose de lado hacia la pared.

"Salimos mañana por la tarde a las tres", dijo.

"¿Cuánto cuesta?"

Ella sonrió a su espalda, las botellas frías en sus brazos. Sólo treinta y siete pesos.

"Con veinte pesos hubiera sido suficiente. No puedes permitir que estos mexicanos se aprovechen de ti".

"Soy más rico que ellos; si alguien merece que se aprovechen de él, somos nosotros".

"Esa no es la idea. Les gusta regatear".

"Me siento como una perra, haciéndolo".

"La guía dice que duplican su precio y esperan que lo reduzcas a la mitad".

"No discutamos sobre un dólar".

"Un dólar es un dólar".

"Pagaré el dólar con mi propio dinero", dijo. "Traje algunas bebidas frías, ¿quieres una?"

"¿Qué tienes?" Se sentó en la cama.

"Cocas".

"Bueno, sabes que no me gustan mucho las Coca-Colas; llévate dos de esas, ¿quieres, y pide un poco de Orange Crush?"

"¿Por favor?" dijo, de pie allí.

"Por favor", dijo, mirándola. "¿Está activo el volcán?"

"Sí."

"¿Preguntaste?"

"No, miré al cielo. Mucho humo".

"Deberías haber preguntado".

"El maldito cielo está explotando con él".

"Pero, ¿cómo sabemos que es bueno mañana?"

"No lo sabemos. Si no es así, lo posponemos".

"Supongo que es correcto". Se acostó de nuevo.

Ella trajo dos botellas de Orange Crush.

"Si no está muy frío", dijo, bebiéndolo.

Cenaron en el patio: churrasco bistec, guisantes, un plato de arroz español, un poco de vino y duraznos especiados de postre.

Mientras se cubría la boca con una servilleta, dijo con indiferencia: "Oh, quería decírtelo. Revisé tus cifras de lo que te debo durante los últimos seis días, desde la Ciudad de México hasta aquí. Dices que te debo cien". veinticinco pesos, o unos veinticinco dólares americanos, ¿no?

"Sí."

"Lo hago. Te debo sólo veintidós".

"No creo que eso sea posible", dijo, todavía trabajando en sus duraznos especiados con una cuchara.

"Sumé las cifras dos veces".

"Yo también."

"Creo que los agregaste mal".

"Tal vez lo hice." Ella sacudió la silla hacia atrás de repente. "Vamos a comprobar".

En la habitación, el cuaderno estaba abierto bajo la lámpara encendida. Comprobaron las cifras juntos. "Ya ves", dijo él, en voz baja. "Tienes tres dólares de descuento. ¿Cómo sucedió eso?"

"Simplemente sucedió. Lo siento".

Eres un gran tenedor de libros".

"Hago mi mejor."

"Lo cual no es muy bueno. Pensé que podrías asumir un poco de responsabilidad".

"Me esfuerzo muchísimo".

“Olvidaste revisar el aire de las llantas, tienes camas duras, pierdes cosas, perdiste una llave en Acapulco, en la cajuela del auto, perdiste el medidor de presión de aire y no puedes llevar libros. conducir-"

"Lo sé, lo sé, tienes que conducir todo el día y estás cansado y acabas de superar una infección por estreptococo en la Ciudad de México y tienes miedo de que vuelva y quieres tomártelo con calma". tu corazón, y lo menos que puedo hacer es mantener mi nariz limpia y la aritmética ordenada. Lo sé todo de memoria. Solo soy un escritor, y admito que tengo pies grandes.

"No serás un muy buen escritor de esta manera", dijo. "Es algo tan simple, además".

"¡No lo hice a propósito!" exclamó, tirando el lápiz al suelo. "¡Diablos! Desearía haberte engañado ahora. Desearía haber hecho muchas cosas ahora. Desearía haber perdido ese indicador de presión de aire a propósito, tendría un poco de placer al pensar en ello y saber que Lo hice para fastidiarte, de todos modos. Desearía haber elegido estas camas por sus colchones duros, entonces podría reírme en sueños esta noche, pensando en lo difícil que es para ti dormir en ellas, ojalá lo hubiera hecho a propósito. Y ahora desearía haber pensado en arreglar los libros. También podría disfrutar riéndome de eso".

"Baja la voz", dijo, como a un niño.

"Estaré maldito si mantengo mi voz baja".

"Todo lo que quiero saber ahora es cuánto dinero tienes en el gatito".

Metió sus manos temblorosas en su bolso y sacó todo el dinero. Cuando lo contó, faltaban cinco dólares.

"No solo lleva libros pobres, cobrándome de más por un artículo u otro, sino que ahora se han ido cinco dólares del gatito", dijo. "¿A dónde fue?"

"No lo sé. Debo haber olvidado ponerlo, o si lo hice, no dije para qué. Dios mío, no quiero volver a agregar esta maldita lista. Pagaré lo que falta". de mi propia mesada para mantener a todos contentos. ¡Aquí hay cinco dólares! Ahora, salgamos a tomar un poco de aire, hace calor aquí".

Abrió la puerta de par en par y tembló con una rabia desproporcionada con los hechos. Estaba acalorada, temblando y rígida y sabía que tenía la cara muy roja y los ojos brillantes, y cuando el señor Gonzales se inclinó ante ellos y les deseó buenas noches, tuvo que devolverle una sonrisa rígida.

"Toma", dijo su esposo, entregándole la llave de la habitación. Y no lo

pierdas, por el amor de Dios.

La banda tocaba en el zócalo verde. Silbaba, resonaba, pitaba y gritaba en el quiosco de música con pergaminos de bronce. La plaza se llenó de gente y color, hombres y niños caminando en un sentido alrededor de la manzana, sobre los azulejos rosas y azules, mujeres y niñas caminando en el otro sentido, coqueteando con sus oscuros ojos verde oliva, los hombres tomándose del codo y mirándose. hablando seriamente entre reuniones, mujeres y niñas enroscadas como cuerdas de flores, dulcemente perfumadas, soplando en una noche de verano el viento sobre los refrescantes diseños de azulejos, susurrando, más allá de los vendedores de bebidas frías y tamales y enchiladas. La banda precipitó una vez "Yankee Doodle", para regocijo de la mujer rubia de las gafas de montura de carey, que sonrió desenfrenadamente y se volvió hacia su marido. Luego la banda aulló "La Cumparsita" y "La Paloma Azul",

"No actúes como un turista", dijo su esposo.

"Solo me estoy divirtiendo".

"No seas un maldito tonto, es todo lo que pido".

Un vendedor de baratijas de plata pasó arrastrando los pies. "¿Señor?"

Joseph los miró, mientras la banda tocaba, y levantó un brazalete, muy intrincado, muy exquisito. "¿Cuánto cuesta?"

*"Veinte pesos, señor".*

"Jo, jo", dijo el marido, sonriendo. "Te doy cinco por eso", en español.

"Cinco", respondió el hombre en español. "Me moriría de hambre".

"No negocies con él", dijo la esposa.

"No te metas en esto", dijo el marido, sonriendo. Al vendedor: "Cinco pesos, señor".

"No, no, perdería dinero. Mi último precio son diez pesos".

"Tal vez podría darle seis", dijo el marido. "No más que eso."

El vendedor vaciló en una especie de pánico entumecido cuando el marido arrojó el brazalete en la bandeja de terciopelo rojo y se dio la vuelta. "Ya no me interesa. Buenas noches".

—¡Señor! ¡Seis pesos, es suyo!

El marido se rió. "Dale seis pesos, cariño".

Sacó rígidamente su billetera y le dio al vendedor unos billetes de peso. El hombre se fue. "Espero que estés satisfecho", dijo.

"¿Satisfecho?" Sonriendo, volteó el brazalete en la palma de su pálida mano. "¡Por un dólar y veinticinco centavos compro un brazalete que se vende por treinta dólares en los Estados Unidos!"

"Tengo algo que confesarte", dijo. "Le di diez pesos a ese hombre".

"¡Qué!" El marido dejó de reír.

“Con esos billetes de un peso puse un billete de cinco pesos. No te preocupes, lo sacaré de mi propio dinero. No irá en el billete que te presento al final de la semana. "

No dijo nada, pero dejó caer el brazalete en su bolsillo. Miró a la banda que atronaba los últimos compases de "Ay, Jalisco". Luego dijo: "Eres un tonto. Dejarías que esta gente se llevara todo tu dinero".

Era su turno de alejarse un poco y no responder. Se sentía bastante bien. Ella escuchó la música.

"Voy a volver a la habitación", dijo. "Estoy cansado."

"Solo manejamos cien millas desde Pátzcuaro".

"Mi garganta está un poco áspera otra vez. Vamos".

Se alejaron de la música y de la gente que caminaba, susurraba y reía. La banda tocó la "Canción del Toreador". Los tambores latían como grandes corazones embotados en la noche veraniega. Había olor a papaya en el aire, y espesuras verdes de selva y aguas.

"Te acompañaré de regreso a la habitación y volveré yo misma", dijo. "Quiero escuchar la música".

"No seas ingenuo".

"Me gusta, carajo, me gusta", es buena música. Si no es falso, es real, o tan real como cualquier cosa en este mundo, por eso me gusta”.

"Cuando no me siento bien, no espero tenerte corriendo solo por la ciudad. No es justo que veas cosas que yo no veo".

Se acostaron en el hotel y la música seguía bastante alta. "Si quieres caminar solo, haz un viaje solo y regresa a los Estados Unidos solo", dijo. "¿Dónde está la llave?"

"Tal vez lo perdí".

Entraron en la habitación y se desvistieron. Se sentó en el borde de la cama mirando hacia el patio de noche. Por fin sacudió la cabeza, se frotó los ojos y suspiró. "Estoy cansada. He estado terrible hoy". La miró donde estaba sentada, junto a él, y alargó la mano para tomarla del brazo. "Lo siento. Me pongo nervioso al manejar y luego no hablamos muy bien el idioma. Al anochecer estoy hecho un lío de nervios".

"Sí", dijo ella.

De repente, él se colocó a su lado. Él la agarró y la abrazó con fuerza, con la cabeza sobre su hombro, los ojos cerrados, hablándole al oído con un fervor silencioso y susurrante. "Sabes, debemos permanecer juntos. Solo estamos nosotros, de verdad, sin importar lo que pase, sin importar los problemas que tengamos. Te quiero mucho, lo sabes. Perdóname si soy difícil. Tenemos para hacerlo funcionar".

Miró por encima de su hombro a la pared en blanco y la pared era como

su vida en este momento, una amplia extensión de nada sin apenas un bulto, un contorno o una sensación. Ella no sabía qué decir o hacer. En otro momento, se habría derretido. Pero existía tal cosa como encender metal con demasiada frecuencia, hacerlo brillar, darle forma. Por fin, el metal se niega a brillar oa tomar forma; no es más que un peso. Ahora era un peso, moviéndose mecánicamente en sus brazos, escuchando pero sin escuchar, comprendiendo pero sin comprender, respondiendo pero sin responder. "Sí, nos quedaremos juntos". Ella sintió que sus labios se movían. "Nos amamos." Los labios dijeron lo que debían decir, mientras su mente estaba en sus ojos y sus ojos perforaban profundamente el vacío de la pared. "Sí." Sosteniéndolo pero no sosteniéndolo. "Sí."

La habitación estaba oscura. Afuera, alguien caminó por un corredor, tal vez mirando hacia esta puerta cerrada, tal vez escuchando su susurro vital como algo que cae gota a gota de un grifo suelto, tal vez un desagüe abierto, o una hoja de libro vuelta bajo una bombilla solitaria. Deja que las puertas susurren, la gente del mundo caminó por pasillos de baldosas y no escuchó.

"Solo tú y yo sabemos las cosas". Su aliento era fresco. Sintió mucha pena por él, por ella misma y por el mundo, de repente. Todos estaban infernalmente solos. Era como un hombre arañando una estatua. No se sintió moverse. Sólo su mente, que era un tenue vapor fluorescente sin luz, cambió. "Solo tú y yo recordamos", dijo, "y si uno de nosotros se va, entonces la mitad de los recuerdos se han ido. Así que debemos permanecer juntos porque si uno olvida, el otro recuerda".

¿Recuerdas qué? se preguntó a sí misma. Pero ella recordó al instante, en una serie enlazada, aquellas partes de los incidentes de su vida en común que tal vez él no recordaría; la noche en la playa, hace cinco años, una de las primeras buenas noches bajo la lona con los toques secretos, los días en Sunland se extendían juntos, tomando el sol hasta el crepúsculo. Vagando en una mina de plata abandonada, ¡oh, un millón de cosas, una tocó y reveló otra en un instante!

Él la abrazó con fuerza contra la cama ahora. "¿Sabes lo solo que estoy? ¿Sabes lo solo que me siento con estas discusiones y peleas y todo eso, cuando estoy cansado?" Esperó a que ella respondiera, pero ella no dijo nada. Ella sintió su párpado revolotear en su cuello. Débilmente, recordó la primera vez que él había movido su párpado cerca de su oreja. "Ojo de araña", había dicho ella, riéndose entonces. "Se siente como una pequeña araña en mi oído". Y ahora esta pequeña araña perdida trepó con loco humor sobre su cuello. Había algo en su voz que le hizo sentir que era una mujer en un tren que se alejaba y él estaba parado en la estación diciendo: "No te vayas". Y su voz horrorizada gritó en silencio: "¡Pero tú eres el que está en un tren! ¡No voy a

ir a ninguna parte!"

Ella se recostó, desconcertada. Era la primera vez en dos semanas que la tocaba. Y el toque tuvo tal inmediatez que supo que la palabra equivocada lo enviaría muy lejos otra vez.

Ella se tumbó y no dijo nada.

Finalmente, después de un largo rato, lo escuchó levantarse, suspirar y alejarse. Se metió en su propia cama y tiró de las mantas, en silencio. Por fin se movió, se arregló en la cama y se quedó tendida escuchando el tictac de su reloj en la pequeña y calurosa oscuridad. "Dios mío", susurró, finalmente, "si son sólo las ocho y media".

"Vete a dormir", dijo.

Yacía en la oscuridad, sudando, desnuda, en su propia cama, y en la distancia, dulcemente, débilmente, de modo que le dolía el alma y el corazón al escucharlo, oyó a la banda golpeando y tocando sus melodías. Quería caminar entre la gente oscura que se movía y cantar con ellos y oler el suave aire carbón de octubre en un pequeño pueblo veraniego en lo profundo de los trópicos de México, un millón de millas perdidas de la civilización, escuchando buena música, golpeando su pie y zumbador. Pero ahora yacía con los ojos muy abiertos, en la cama. En la hora siguiente, la banda tocó "*La Golondrina*", "*Marimba*", "*Los Viejitos*", "*Michoacán la Verde*", "*Barcarolle*" y "*Luna Lunera*".

A las tres de la mañana se despertó sin razón y se acostó, hecho y terminado su sueño, sintiendo el frescor que venía con la noche profunda. Escuchó su respiración y se sintió alejada y separada del mundo. Pensó en el largo viaje de Los Ángeles a Laredo, Texas, como una pesadilla hirviente de color blanco plateado. Y luego el verde tecnicolor, el rojo y el amarillo y el azul y el morado, el sueño de México que surge como una inundación a su alrededor para engullir su automóvil con el color y el olor de la selva tropical y la ciudad desierta. Pensó en todos los pueblos pequeños, las tiendas, la gente que camina, los burros y todas las discusiones y casi peleas. Pensó en los cinco años que había estado casada. Mucho, mucho tiempo. No había habido día en todo ese tiempo que no se hubieran visto; no había habido ningún día en que ella hubiera visto amigos, por separado; siempre estaba ahí para ver y criticar. No había habido ningún día en el que se le permitiera ausentarse durante más de una hora sin una explicación completa. A veces, sintiéndose infinitamente malvada, se colaba en un espectáculo de medianoche, sin decírselo a nadie, y se sentaba, sintiéndose libre, respirando profundamente el aire de la libertad, observando a la gente, mucho más real que ella, en la pantalla, moviéndose y moviéndose.

Y ahora aquí estaban, después de cinco años. Miró a su forma durmiente.

Mil ochocientos veinticinco días contigo, pensó, esposo mío. Unas pocas horas cada día en mi máquina de escribir, y luego todo el resto de cada día y noche contigo. Me siento como ese hombre encerrado en una bóveda en El barril de amontillado. Grito, pero nadie me escucha.

Hubo un cambio de pasos afuera, un golpe en su puerta. "Señora", llamó una voz suave, en español. "Son las tres en punto."

Oh, Dios mío, pensó la esposa. "¡Shh!" siseó, saltando hacia la puerta. Pero su marido estaba despierto. "¿Qué es?" gritó.

Ella abrió la puerta la más mínima grieta. "Has venido en el momento equivocado", le dijo al hombre en la oscuridad.

—A las tres, señora.

"No, no," siseó ella, su rostro desgarrado por la agonía del momento. "Me refiero a mañana por la tarde."

"¿Qué es?" exigió su marido, encendiendo una luz. "Cristo, son solo las tres de la mañana. ¿Qué quiere el tonto?"

Ella se giró, cerrando los ojos. "Está aquí para llevarnos a Paricutín".

"¡Dios mío, no puedes hablar español en absoluto!"

"Vete", le dijo al guía.

"Pero me levanté para esta hora", dijo el guía.

El marido maldijo y se levantó. "De todos modos, ahora no podré dormir. ¡Dile al idiota que estaremos vestidos en diez minutos y ve con él y acabemos con esto, Dios mío!"

Hizo esto y el guía se deslizó en la oscuridad y salió a la calle donde la fría luna pulía los guardabarros de su taxi.

"Eres un incompetente", espetó el marido, poniéndose dos pantalones, dos camisetas, una camisa deportiva y encima una camisa de lana. "Jesús, esto arreglará mi garganta, muy bien. Si me da otra infección estreptocócica-"

Vuelve a la cama, maldito seas.

"No podía dormir ahora, de todos modos".

"Bueno, ya hemos dormido seis horas, y tuviste al menos tres horas esta tarde; eso debería ser suficiente".

"Echando a perder nuestro viaje", dijo, poniéndose dos suéteres y dos pares de calcetines. "Hace frío allá arriba en la montaña; vístete abrigado, date prisa". Se puso una chaqueta y una bufanda y se veía enorme en el montón de ropa que llevaba. "Tráeme mis pastillas. ¿Dónde hay un poco de agua?"

"Vuelve a la cama", dijo ella. "No quiero que estés enfermo y lloriqueando". Encontró su medicina y vertió un poco de agua.

"Lo mínimo que podías hacer era acertar la hora".

"¡Callarse la boca!" Ella sostuvo el vaso.

"Solo otro de tus errores estúpidos".

Le tiró el agua a la cara. "Déjame en paz, maldita sea, déjame en paz. ¡No fue mi intención hacer eso!"

"¡Tú!" gritó, la cara goteando. Se quitó la chaqueta. "¡Me enfriarás, me resfriaré!"

"¡Me importa un carajo, déjame en paz!" Levantó las manos en puños, y su rostro era terrible y rojo, y parecía un animal en un laberinto que ha buscado constantemente la salida de un caos imposible y ha sido constantemente engañado, devuelto, desviado, guiado, tentado, susurrado. a, mintió, condujo más lejos, y finalmente llegó a una pared en blanco.

"¡Baja tus manos!" él gritó.

"¡Te voy a matar, por Dios, te voy a matar!" ella gritó, su cara contorsionada y fea. "¡Déjame en paz! He hecho todo lo posible: camas, idioma, tiempo, Dios mío, los errores, ¿crees que no lo sé? ¿Crees que no lo siento?"

"Me resfriaré, me resfriaré". Estaba mirando el suelo mojado. Se sentó con agua en la cara.

"Toma. ¡Límpiate la cara!" Ella le arrojó una toalla.

Empezó a temblar violentamente. "¡Tengo frío!"

"¡Resfriarte, maldita sea, y morir, pero déjame en paz!"

"Tengo frío, tengo frío". Le castañetearon los dientes, se secó la cara con manos temblorosas. "Tendré otra infección".

"¡Quítate ese abrigo! Está mojado".

Dejó de temblar después de un minuto y se levantó para quitarse el abrigo empapado. Ella le entregó una chaqueta de cuero. "Vamos, nos está esperando".

Empezó a temblar de nuevo. "No me voy a ningún lado, al diablo contigo", dijo, sentándose. Ahora me debes cincuenta dólares.

"¿Para qué?"

"Recuerdas, lo prometiste".

Y ella recordó. Se habían peleado por una tontería, en California, el primer día de viaje, sí, por Dios, el primer día de viaje. Y ella por primera vez en su vida había levantado la mano para abofetearlo. Luego, horrorizada, dejó caer la mano y se miró los dedos traidores. "¡Me ibas a abofetear!" él había llorado. "Sí", respondió ella. "Bueno", dijo en voz baja, "la próxima vez que haga algo así, entregará cincuenta dólares de su dinero". Así era la vida, llena de pequeños tributos y rescates y chantajes. Ella pagó por todos sus errores, desmotivados o no. Un dólar aquí, un dólar allá. Si echaba a perder una velada, pagaba la cuenta de la cena con el dinero de su ropa. Si ella criticaba una obra que acababan de ver y a él le había gustado, se enfurecía y, para calmarlo, ella pagó las entradas del teatro. Se había ido una y otra vez, más y

más rápido a lo largo de los años. Si compraban un libro juntos y a ella no le gustaba pero a él sí y ella se atrevía a hablar, había una pelea, a veces una pequeña cosa que crecía durante días, y terminaba con ella comprando el libro más otro y tal vez un juego de gemelos o alguna otra tontería para calmar la tormenta. ¡Jesús!

"Cincuenta dólares. Lo prometiste si volvías a actuar con estas rabietas y bofetadas".

"Era solo agua. No te golpeé. Está bien, cállate, pagaré el dinero, pagaré lo que sea solo para que me dejen en paz; vale la pena, y quinientos dólares más, más que vale la pena". yo lo pagaré.

Ella se alejó. Cuando estás enfermo durante varios años, cuando eres hijo único, el único varón, toda tu vida, te vuelves como él, pensó. Entonces te encuentras con treinta y cinco años y todavía indeciso sobre lo que vas a ser: ceramista, trabajador social, hombre de negocios. Y su esposa siempre supo lo que sería: una escritora. Y debe ser enloquecedor vivir con una mujer con un solo conocimiento de sí misma, tan segura de lo que haría con su escritura. Y vendiendo historias, por fin, no muchas, no, pero las suficientes para hacer que se rompan las costuras del matrimonio. Y qué natural que él deba convencerla de que ella estaba equivocada y él tenía razón, que ella era una niña incontrolable y debía perder dinero. El dinero iba a ser el arma que sostendría sobre ella.

"¿Sabes?", dijo de repente, en voz alta, "desde que hice esa gran venta a la revista, parece que buscas más peleas y parece que pago más dinero".

"¿Qué quieres decir con eso?" él dijo.

A ella le pareció que era cierto. Desde la gran venta, él había puesto su lógica especial a trabajar en las situaciones, una lógica de tal clase que ella no tenía manera de combatirla. Razonar con él era imposible. Finalmente fuiste acorralado, tus explicaciones agotadas, tus coartadas agotadas, tu orgullo hecho jirones. Así que te ponchaste. Lo abofeteaste o rompiste algo, y luego, allí estabas otra vez, pagando, y él había ganado. Y te estaba quitando tu éxito, tu único propósito, o al menos eso creía. Pero curiosamente, aunque nunca se lo había dicho, no le importaba perder el dinero. Si hacía las paces, si lo hacía feliz, si le hacía pensar que la estaba haciendo sufrir, estaba bien. Tenía ideas exageradas sobre el valor del dinero; le dolía perderlo o gastarlo, por lo que pensó que le dolería tanto a ella.

Estaba callado ahora. "¿Pagarás?"

"Sí." Ahora se estaba vistiendo rápidamente, con pantalones y chaqueta. "De hecho, he tenido la intención de mencionar esto durante algún tiempo. Te daré todo el dinero de ahora en adelante. No hay necesidad de que mantenga mis ganancias separadas de las tuyas, como ha sido. te lo entrego mañana".

"Yo no pregunto eso", dijo, rápidamente.

"Insisto. Todo va para ti".

Lo que estoy haciendo, por supuesto, es descargar tu arma, pensó. Quitándote el arma. Ahora no podrás sacarme el dinero, pedazo a pedazo, pedazo a pedazo doloroso. Tendrás que encontrar otra manera de molestarme.

"Yo-" dijo.

"No, no hablemos de eso. Es tuyo".

"Es solo para darte una lección. Tienes mal genio", dijo. "Pensé que lo controlarías si tuvieras que renunciar a algo".

"Oh, solo vivo por dinero", dijo.

"No lo quiero todo".

"Ven ahora." Estaba cansada. Abrió la puerta y escuchó. Los vecinos no habían oído, o si lo habían hecho, no prestaron atención. Las luces del taxi que esperaba iluminaban el patio delantero.

Salieron a través de la fresca noche iluminada por la luna. Caminó delante de él por primera vez en años.

Paricutín era un río de oro esa noche. Un lejano río murmurante de mineral fundido que bajaba a algún mar de lava muerta, a alguna orilla negra volcánica. Una y otra vez, si contuvieras la respiración, calmaras tu corazón dentro de ti, podrías escuchar la lava empujando rocas montaña abajo en retumbos y rugidos, débilmente, débilmente. Sobre el cráter había vapores rojos y luz roja. Suaves nubes marrones y grises surgieron repentinamente como coronas, halos o bocanadas desde el interior, con la parte inferior teñida de rosa, la parte superior oscura y ominosa, sin un sonido.

El esposo y la esposa estaban parados en la montaña opuesta, en el frío agudo, los caballos detrás de ellos. En una choza de madera cercana, los observadores científicos encendían lámparas de aceite, preparaban la cena, hirvían rico café, hablaban en susurros debido al aire claro y explosivo de la noche. Estaba muy lejos de todo lo demás en el mundo.

En el camino hacia la montaña, después del largo viaje en taxi desde Uruapan, sobre colinas de nieve cenicienta que sueñan con la luna, a través de pueblos de palos secos, bajo las estrellas frías y claras, rebotaron en el taxi como dados en un juego de azar, ambos habían tratado de hacer una mejor cosa de ella. Habían llegado a una fogata en una especie de fondo marino. Alrededor de la fogata había hombres solemnes y niños pequeños y morenos, y una compañía de otros siete estadounidenses, todos hombres, con pantalones de montar, hablando en voz alta bajo el cielo silencioso. Los caballos fueron traídos y montados. Cruzaron el río de lava. Habló con los otros yanquis y respondieron. Bromearon juntos. Después de un rato de esto, el esposo se adelantó.

Ahora, estaban juntos, observando cómo la lava bajaba por la cumbre del cono oscuro.

Él no hablaría.

"¿Qué está mal ahora?" ella preguntó.

Miró al frente, el brillo de lava reflejado en sus ojos. "Podrías haber venido conmigo. Pensé que vinimos a México para ver cosas juntos. Y ahora hablas con esos malditos tejanos".

"Me sentí solo. No hemos visto a nadie de los Estados Unidos durante ocho semanas. Me gustan los días en México, pero no me gustan las noches. Solo quería alguien con quien hablar".

Querías decirles que eres escritor.

"Eso es injusto".

“Siempre le dices a la gente que eres escritor y lo bueno que eres, y acabas de vender una historia a una revista de gran circulación y así es como obtuviste el dinero para venir aquí a México.

"Uno de ellos me preguntó a qué me dedicaba y le dije. Cierto, estoy orgulloso de mi trabajo. Esperé diez años para vender una maldita cosa".

La estudió a la luz de la montaña de fuego y finalmente dijo: "Sabes, antes de venir aquí esta noche, pensé en esa maldita máquina de escribir tuya y casi la tiro al río".

"¡No lo hiciste!"

"No, pero lo encerré en el auto. Estoy cansado de eso y de la forma en que arruinaste todo el viaje. No estás conmigo, estás contigo mismo, eres el que cuenta, tú". y esa maldita máquina, tú y México, tú y tus reacciones, tú y tu inspiración, tú y tu sensibilidad nerviosa, y tú y tu soledad. Sabía que actuarías así esta noche, tan seguro como que había un First Coming Estoy cansado de que vuelvas corriendo de cada excursión que hacemos para sentarte en esa máquina y golpear a todas horas. Esto es unas vacaciones.

"No he tocado la máquina de escribir en una semana, porque te molestaba".

"Bueno, no lo toques por otra semana de un mes, no lo toques hasta que lleguemos a casa. ¡Tu maldita inspiración puede esperar!"

Nunca debí haber dicho que le daría todo el dinero, pensó. Nunca debí quitarle esa arma, lo mantuvo alejado de mi vida real, la escritura y la máquina. Y ahora me he quitado el manto protector del dinero y él ha buscado una nueva arma y ha llegado a lo verdadero: ¡a la máquina! ¡Oh Cristo!

De repente, sin pensar, con la rabia de nuevo en ella, lo empujó delante de ella. No lo hizo con violencia. Ella solo le dio un empujón. Una vez, dos veces, tres veces. Ella no lo lastimó. Fue solo un gesto de alejarse. Quería golpearlo, tirarlo por un precipicio, tal vez, pero en cambio le dio estos tres

empujones, para indicar su hostilidad y el final de la conversación. Luego se pararon por separado, mientras detrás de ellos los caballos movían sus cascos suavemente, y el aire de la noche se volvió más frío y su aliento silbaba en penachos blancos en el aire, y en la cabina de los científicos el café burbujeaba en el chorro de gas azul y los ricos vapores impregnaba las alturas iluminadas por la luna.

Después de una hora, cuando los primeros rayos del sol penetraron en el frío este, montaron sus caballos para el viaje hacia abajo a través de la luz creciente, hacia la ciudad enterrada y la iglesia enterrada bajo el flujo de lava. Cruzando la corriente, pensó, ¿Por qué su caballo no se cae, por qué no lo arrojan sobre esas rocas de lava dentadas, por qué? Pero nada pasó. Siguieron cabalgando. El sol salió rojo.

Durmieron hasta la una de la tarde. Estaba vestida y sentada en la cama esperando a que él se despertara durante media hora antes de que él se moviera y rodara, necesitando un afeitado, muy pálido por el cansancio. "Me duele la garganta", fue lo primero que dijo.

Ella no habló.

"No debiste tirarme agua", dijo.

Se levantó y caminó hacia la puerta y puso su mano en el pomo.

"Quiero que te quedes aquí", dijo. “Nos vamos a quedar aquí en Uruapan tres o cuatro días más”.

Por fin dijo: "Pensé que íbamos a Guadalajara".

"No seas un turista. Arruinaste ese viaje al volcán para nosotros. Quiero volver a subir mañana o pasado. Ve a mirar el cielo".

Salió a mirar el cielo. Era claro y azul. Ella informó esto. "El volcán se apaga, a veces durante una semana. No podemos darnos el lujo de esperar una semana para que vuelva a crecer".

"Sí, podemos. Lo haremos. Y pagarás el taxi para que nos lleve allí y hacer el viaje y hacerlo bien y disfrutarlo".

"¿Crees que alguna vez podamos disfrutarlo ahora?" ella preguntó.

"Si es lo último que hacemos, lo disfrutaremos".

"Insistes, ¿verdad?"

"Esperaremos hasta que el cielo esté lleno de humo y volveremos a subir".

"Voy a salir a comprar un periódico". Cerró la puerta y entró en la ciudad.

Caminó por las calles recién lavadas y miró por las ventanas brillantes y olió ese aire asombrosamente limpio y se sintió muy bien, excepto por el temblor, el continuo temblor en su estómago. Por fin, con un vacío rugiendo en su pecho, se acercó a un hombre que estaba parado al lado de un taxi.

"Señor", dijo ella.

"¿Sí?" dijo el hombre.

Sintió que su corazón dejaba de latir. Luego comenzó a latir de nuevo y ella continuó: "¿Cuánto me cobraría por llevarme a Morelia?"

"Noventa pesos, señora".

"¿Y puedo tomar el tren en Morelia?"

"Hay un tren aquí, señora".

"Sí, pero hay razones por las que no quiero esperar aquí".

Entonces te llevaré a Morelia.

"Vamos, hay algunas cosas que debo hacer".

El taxi lo dejaron frente al Hotel de Las Flores. Entró, sola, y una vez más miró el hermoso jardín con sus muchas flores, y escuchó a la niña tocar el extraño piano de color azul, y esta vez la canción era la "Sonata Claro de Luna". aire y sacudió la cabeza, los ojos cerrados, las manos a los costados, puso su mano en la puerta, la abrió suavemente.

¿Por qué hoy? Ella se preguntó. ¿Por qué no algún otro día en los últimos cinco años? ¿Por qué he esperado, por qué me he quedado? Porque. Mil porques. Porque siempre esperabas que las cosas empezaran de nuevo como el primer año. Porque había momentos, ahora menos frecuentes, en los que él estaba espléndido durante días, incluso semanas, en los que ambos os sentíais bien y el mundo era verde y azul brillante. Hubo momentos, como ayer, por un momento, cuando abrió la coraza y le mostró el miedo debajo de ella y la pequeña soledad de sí mismo y dijo: "Te necesito y te amo, no te vayas nunca, yo". Tengo miedo sin ti". Porque a veces les había parecido bien llorar juntos, reconciliarse, y la inevitable bondad de la noche y el día siguiente a su reconciliación. Porque era guapo. Porque ella había estado sola todo el año todos los años hasta que lo conoció. Porque no quería volver a estar sola, pero ahora sabía que sería mejor estar sola que estar así porque recién anoche destruyó la máquina de escribir; no físicamente, no, sino con pensamientos y palabras. Y bien podría haberla levantado y tirado desde el puente del río.

No podía sentir su mano en la puerta. Era como si diez mil voltios de electricidad hubieran entumecido todo su cuerpo. No podía sentir sus pies sobre el suelo de baldosas. Su cara se había ido, su mente se había ido.

Yacía dormido, de espaldas. La habitación estaba verdemente oscura. Rápidamente, en silencio, se puso el abrigo y revisó su bolso. La ropa y la máquina de escribir ya no tenían importancia. Todo era un rugido ahuecado. Todo era como una cascada saltando hacia el claro vacío. No hubo golpe, ningún impacto, solo un agua clara cayendo en un hueco y luego otro hueco, seguido por un vacío.

. Se paró junto a la cama y miró al hombre allí, el cabello negro familiar

en la nuca, el perfil dormido. La forma se agitó. "¿Qué?" preguntó, todavía dormido.

"Nada", dijo ella. "Nada. Y nada".

Ella salió y cerró la puerta.

El taxi salió de la ciudad a una velocidad increíble, haciendo un gran ruido, y todas las paredes rosadas y las paredes azules pasaron volando y la gente saltó fuera del camino y hubo algunos autos que casi explotan sobre ellos, y allí pasó la mayor parte del pueblo y allí se fue el hotel y ese hombre durmiendo en el hotel y allí se fue…

Nada.

El motor del taxi murió.

No, no, pensó Marie, oh, Dios, no, no, no.

El coche debe arrancar de nuevo.

El taxista saltó, mirando a Dios en su Cielo, y abrió el capó de un tirón y parecía que iba a estrangular las tripas de hierro del auto con sus manos que arañaban, su rostro sonreía con una dulce y pura sonrisa de odio increíble, y entonces él se volvió hacia Marie y se obligó a encogerse de hombros, apartando su odio y aceptando la Voluntad de Dios.

"Te acompañaré a la estación de autobuses", dijo.

No, dijeron sus ojos. No, casi dijo su boca. Joseph se despertará y correrá y me encontrará todavía aquí y me arrastrará de vuelta. No.

"Yo le llevo sus maletas, señora" dijo el taxista, y se fue con ellos, y tuvo que volver y encontrarla todavía allí, inmóvil, diciendo no, no, a nadie, y la ayudó a salir y le indicó dónde. andar.

El autobús estaba en la plaza y los indios subían, unos en silencio y con cierta dignidad y lentitud, y otros parloteando como pájaros y empujando bultos, niños, cestas de gallinas y puercos. El conductor vestía un uniforme que no había sido planchado ni lavado en veinte años, y estaba asomado a la ventana gritando y riendo con la gente afuera, mientras Marie entraba en el interior de humo caliente y grasa quemada del motor, el olor a gasolina y aceite, olor a gallinas mojadas, niños mojados, hombres sudorosos y mujeres mojadas, tapicería vieja hasta el esqueleto y cuero aceitoso. Encontró un asiento en la parte de atrás y sintió que los ojos la seguían a ella y a su maleta, y pensaba: me voy, por fin me voy, soy libre, no lo volveré a ver en mi vida, soy libre, yo'

Ella casi se rió.

El autobús arrancó y toda la gente en él se estremeció y se tambaleó y gritó y sonrió, y la tierra de México parecía arremolinarse fuera de la ventana, como un sueño indeciso entre quedarse o irse, y luego el verdor pasó, y el pueblo, y allí estaba el Hotel de Las Flores con su patio abierto, y allí,

increíblemente, con las manos en los bolsillos, parado en la puerta abierta pero mirando el cielo y el humo del volcán, estaba Joseph, sin prestar atención al autobús o ella y ella se alejaban de él, él ya se alejaba, su figura se encogía como quien cae por el pozo de una mina, en silencio, sin un grito. Ahora, antes de que ella tuviera siquiera la decencia o la inclinación de saludar, él no era más grande que un niño, luego un niño, luego un bebé, en distancia, en tamaño, luego dobló una esquina, con el motor tronando,

Por fin, con el cuello cansado, se dio la vuelta, juntó las manos y examinó lo que había ganado para sí misma. Toda una vida se avecinaba de pronto, con la misma rapidez con que las curvas y remolinos de la carretera la llevaban repentinamente al borde de los acantilados, y cada recodo del camino, al igual que los años, no se podía ver por delante. Por un momento, fue simplemente bueno recostarse aquí, descansar la cabeza sobre el asiento y contemplar la tranquilidad. No saber nada, no pensar nada, no sentir nada, estar tan cerca de la muerte por un momento como uno podría estarlo, con los ojos cerrados, el corazón sin escuchar, sin una temperatura especial en el cuerpo, esperar a que la vida venga a buscarla. que buscar, al menos durante una hora. Que el autobús la lleve al tren, el tren al avión, el avión a la ciudad, y la ciudad a sus amigos, y luego, como una piedra que cae en una mezcladora de cemento,

El autobús avanzaba con un desplome y un viraje en el dulce aire verde de la tarde, entre montañas cocidas como pieles de león, ríos dulces como el vino y claros como el vermú, puentes de piedra, bajo acueductos donde el agua corría como viento claro. en los antiguos canales, más allá de las iglesias, a través del polvo, y de repente, muy de repente, el velocímetro en la mente de Marie dijo: Un millón de millas, Joseph ha regresado un millón de millas y nunca lo volveré a ver. El pensamiento se levantó en su mente y cubrió el cielo con una oscuridad borrosa. Nunca, nunca más hasta el día de mi muerte o después de eso lo volveré a ver, ni por una hora o un minuto o un segundo, nunca lo volveré a ver.

El entumecimiento comenzó en la punta de sus dedos. Sintió que fluía a través de sus manos, a sus muñecas ya lo largo de los brazos hasta los hombros y a través de los hombros hasta el corazón y desde el cuello hasta la cabeza. Era un entumecimiento, una cosa de ortigas y hielo y espinas y una nada hueca y atronadora. Sus labios eran pétalos secos, sus párpados pesaban mil libras más que el hierro, y cada parte de su cuerpo era ahora hierro y plomo y cobre y platino. Su cuerpo pesaba diez toneladas, cada parte de él era increíblemente pesada y, en esa pesadez, aplastada y latiendo para sobrevivir, estaba su corazón lisiado, latiendo y desgarrando como un pollo sin cabeza. Y enterrado en la piedra caliza y el acero de su cuerpo robótico estaba su terror y

sus gritos, tapiada, con alguien golpeando la pared exterior con la paleta, el trabajo terminado e, irónicamente,

Su boca era algodón. Sus ojos ardían con una llama oscura del color de las alas de un cuervo, el sonido de las alas de un buitre, y su cabeza estaba tan pesada por el terror, tan llena de un peso de hierro, mientras que su boca estaba llena de invisible algodón caliente, que sintió su cabeza se hundió en su inmensamente gorda, pero no podía ver las manos gordas. Sus manos eran almohadas de plomo sobre las que acostarse, sus manos eran sacos de cemento que se aplastaban sobre su regazo sin sentido, sus orejas, grifos por los que corría un viento frío, y todo a su alrededor, sin mirarla, sin darse cuenta, estaba el autobús en marcha. su camino a través de pueblos y campos, sobre colinas y valles de comunicación a gran velocidad, llevándola cada instante a un millón de millas y diez millones de años lejos de lo familiar.

No debo gritar, pensó. ¡No! ¡No!

El mareo fue tan completo, y los colores del autobús y sus manos y falda estaban ahora tan azulados y llenos de hollín por la falta de sangre que en un momento ella. se derrumbaría en el suelo, oiría la sorpresa y la conmoción de los jinetes que se inclinaban sobre ella. Pero agachó la cabeza y aspiró el aire de gallina, el aire sudoroso, el aire de cuero, el aire de monóxido de carbono, el aire de incienso, el aire de la muerte solitaria, y lo aspiró a través de las fosas nasales de cobre, por la garganta dolorida. en sus pulmones que ardieron como si se hubiera tragado una luz de neón. José, José, José, José.

Fue algo sencillo. Todo terror es una simpleza.

No puedo vivir sin él, pensó. Me he estado mintiendo a mí mismo. Lo necesito, oh, Cristo, yo, yo...

"¡Detén el autobús! ¡Detente!"

El autobús se detuvo ante su grito, todos fueron lanzados hacia adelante. De alguna manera estaba tropezando con los niños, los perros ladrando, sus manos agitándose pesadamente, cayendo; oyó que se rasgaba el vestido, gritó de nuevo, la puerta se estaba abriendo, el conductor se quedó horrorizado ante la mujer que venía hacia él dando tumbos salvajes, y ella cayó sobre la grava, se rasgó las medias y quedó tendida mientras alguien se inclinaba hacia ella; luego estuvo vomitando en el suelo, una enfermedad constante; le estaban sacando las maletas del bus, ella les decía entre sollozos y atragantamientos que quería ir por ahí; señaló la ciudad de hace un millón de años, hace un millón de millas, y el conductor del autobús sacudía la cabeza. Estaba medio sentada, medio tendida allí, con los brazos alrededor de la maleta, sollozando, y el autobús estaba parado bajo la cálida luz del sol sobre ella y ella le hizo señas para que siguiera; sigue, sigue; ellos' todos me miran fijamente, tomaré un aventón de regreso, no se preocupen, déjenme aquí, sigan, y por fin, como

un acordeón, la puerta se cerró, los rostros indios con máscaras de cobre fueron transportados lejos, y el autobús perdió el conocimiento. Se tumbó en la maleta y lloró durante varios minutos, y no estaba tan pesada ni enferma, pero su corazón latía salvajemente y tenía frío como alguien recién salido de un lago en invierno. Se levantó y arrastró la maleta con pequeños movimientos por la carretera y se tambaleó allí, esperando, mientras seis autos pasaban zumbando, y por fin un séptimo auto se detuvo con un caballero mexicano en el asiento delantero, un auto rico de la Ciudad de México. y el autobús perdió el conocimiento. Se tumbó en la maleta y lloró durante varios minutos, y no estaba tan pesada ni enferma, pero su corazón latía salvajemente y tenía frío como alguien recién salido de un lago en invierno. Se levantó y arrastró la maleta con pequeños movimientos por la carretera y se tambaleó allí, esperando, mientras seis autos pasaban zumbando, y por fin un séptimo auto se detuvo con un caballero mexicano en el asiento delantero, un auto rico de la Ciudad de México. y el autobús perdió el conocimiento. Se tumbó en la maleta y lloró durante varios minutos, y no estaba tan pesada ni enferma, pero su corazón latía salvajemente y tenía frío como alguien recién salido de un lago en invierno. Se levantó y arrastró la maleta con pequeños movimientos por la carretera y se tambaleó allí, esperando, mientras seis autos pasaban zumbando, y por fin un séptimo auto se detuvo con un caballero mexicano en el asiento delantero, un auto rico de la Ciudad de México.

"¿Vas a Uruapan?" preguntó cortésmente, mirándola solo a los ojos.

—Sí —dijo por fin—, me voy a Uruapan.

Y mientras viajaba en este automóvil, su mente comenzó un diálogo privado:

"¿Qué es estar loco?"

"No sé."

"¿Sabes lo que es la locura?"

"No sé."

"¿Se puede decir? La frialdad, ¿fue ese el comienzo?"

"No."

"La pesadez, ¿no era eso una parte?"

"Callarse la boca."

"¿La locura está gritando?"

"No fue mi intención".

"Pero eso vino después. Primero fue la pesadez, y el silencio, y el vacío. Ese vacío terrible, ese espacio, ese silencio, esa soledad, ese alejamiento de la vida, ese estar en uno mismo y no querer mirar. o hablarle al mundo. No me digas que ese no fue el comienzo de la locura".

"Sí."

"Estabas listo para caer por el borde".

"Detuve el autobús justo antes del acantilado".

"¿Y si no hubieran parado el autobús? ¿Habrían llegado a un pueblecito o a Ciudad de México y el conductor se habría girado y te habría dicho a través del autobús vacío: 'Muy bien, señora, todos fuera'? Silencio. 'Muy bien, señora, todo fuera'. Una mirada rígida al cielo de la vida, vacío, vacío, oh, vacío 'Señora' Sin moverse 'Señora' Apenas un respiro.

Te sientas ahí, te sientas ahí, te sientas ahí, te sientas ahí, te sientas ahí.

"Ni siquiera lo escucharía. 'Señora', gritaría y tiraría de usted, pero no sentiría su mano. Y llamaría a la policía más allá de su círculo de comprensión, más allá de sus ojos, oídos o cuerpo. Usted Ni siquiera podía escuchar las pesadas botas en el auto. 'Señora, debe bajarse del autobús'. No se oye. 'Señora, ¿cómo se llama?' Su boca está cerrada. 'Señora, debe venir con nosotros.' Te sientas como un ídolo de piedra. 'Veamos su pasaporte'. Buscan a tientas en su bolso que yace desatendido en su regazo de piedra. 'Señora Marie Elliott, de California. ¿Señora Elliott?' Miras el cielo vacío. '¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu esposo?' Nunca estuviste casado. '¿Adónde vas?' En ninguna parte. —Dice que nació en Illinois. Tú nunca naciste.' Señora, señora' La tienen que sacar como a una piedra del autobús. No hablarás con nadie. No, no, nadie. 'Marie, este soy yo, Joseph.' No, demasiado tarde. —¡María! Demasiado tarde. ¿No me reconoces? Demasiado tarde. Joseph. No, Joseph, nada de nada, demasiado tarde, demasiado tarde".

"Eso es lo que habría pasado, ¿no es así?"

"Sí." Ella tembló.

"Si no hubieras parado el autobús, habrías sido cada vez más pesado, ¿verdad? Y cada vez más silencioso y más hecho de nada y nada y nada".

"Sí."

"Señora", dijo el caballero español que conducía, interrumpiendo sus pensamientos. "Es un buen día, ¿no?"

"Sí", dijo ella, tanto a él como a los pensamientos en su mente.

El anciano caballero español la llevó directamente a su hotel, la dejó salir, se quitó el sombrero y le hizo una reverencia.

Ella asintió y sintió que su boca se movía en señal de agradecimiento, pero no lo vio. Entró al hotel y se encontró con su maleta en su habitación, esa habitación que había dejado hace mil años. Su marido estaba allí.

Yacía en la tenue luz de la tarde, de espaldas, como si no se hubiera movido en las horas desde que ella se fue. Él ni siquiera sabía que ella se había ido, y había estado en los confines de la tierra y había regresado. Ni siquiera lo sabía.

Se quedó mirando su cuello y los cabellos oscuros que se rizaban allí

como cenizas caídas del cielo.

Se encontró en el patio embaldosado bajo la cálida luz. Un pájaro crujió en una jaula de bambú. En la fresca oscuridad de algún lugar, la chica estaba tocando un vals en el piano.

Vio, pero no vio, dos mariposas que se precipitaron y saltaron y se posaron en un arbusto cerca de su mano, para sellarse juntas. Sintió que su mirada se movía para ver las dos cosas brillantes, todas doradas y amarillas sobre la hoja verde, sus alas batiendo lentamente mientras se unían. Su boca se movió y su mano se balanceó como un péndulo, sin sentido.

Observó cómo sus dedos caían en el aire y se cerraban sobre las dos mariposas, apretados, más apretados, más apretados. Un grito salía de su boca. Ella lo apretó hacia atrás. Apretado, más apretado, más apretado.

Sintió que su mano se abría completamente para sí misma. Dos terrones de polvo brillante cayeron sobre las relucientes baldosas del patio. Miró las pequeñas ruinas y luego levantó la mirada.

La chica que tocaba el piano estaba de pie en medio del jardín, mirándola con ojos horrorizados y sobresaltados.

La esposa alargó la mano, para tocar la distancia, para decir algo, para explicar, para disculparse con la niña, este lugar, el mundo, todos. Pero la niña se fue.

El cielo estaba lleno de humo que se fue directamente hacia arriba y se desvió hacia el sur hacia la Ciudad de México.

Se limpió el polen de las alas de los dedos entumecidos y habló por encima del hombro, sin saber si el hombre que había dentro la había oído, con los ojos fijos en el humo y el cielo.

"Sabes... podríamos probar el volcán esta noche. Se ve bien. Apuesto a que habrá mucho fuego".

Sí, pensó, y llenará el aire y caerá a nuestro alrededor, y nos agarrará fuerte, más fuerte, más fuerte, y luego nos soltará y nos dejará caer y seremos cenizas volando hacia el sur, todo fuego.

"¿Me has oído?"

Se paró sobre la cama y levantó un puño en alto, pero nunca lo bajó para golpearlo en la cara.

# Una historia de amor

Esa fue la semana que Ann Taylor vino a enseñar en la escuela de verano en Green Town Central. Era el verano de su vigésimo cuarto cumpleaños, y era el verano en que Bob Spaulding tenía catorce años.

Todos recordaban a Ann Taylor, porque era esa maestra a la que todos los niños querían llevar naranjas o flores rosadas enormes, y para la que enrollaban los mapas verdes y amarillos del mundo sin que se lo pidieran. Era esa mujer que siempre parecía pasar los días en que la sombra era verde bajo los túneles de robles y olmos en el casco antiguo, su rostro se movía con las sombras brillantes mientras caminaba, hasta que todo era para todos. Era los hermosos melocotones del verano en la nieve del invierno, y era la leche fresca como cereal en una calurosa mañana de principios de junio. Siempre que necesitabas un opuesto, Ann Taylor estaba allí. Y esos pocos días raros en el mundo cuando el clima estaba tan bien equilibrado como una hoja de arce entre vientos que soplaban perfectamente, esos eran los días como Ann Taylor, y deberían haber sido llamados así en el calendario.

En cuanto a Bob Spaulding, era el primo que caminaba solo por la ciudad cualquier tarde de octubre con un paquete de hojas detrás de él como una horda de ratones de Halloween, o lo verías, como un pez blanco lento en primavera en la tarta. las aguas de Fox Hill Creek, cociéndose de color marrón con el brillo de una castaña en su rostro por el otoño. O tal vez escuches su voz en aquellas copas de los árboles donde el viento entretiene; Dejándose caer de la mano, llegaba Bob Spaulding para sentarse solo y mirar el mundo, y más tarde se lo podía ver en el césped con las hormigas arrastrándose sobre sus libros mientras leía a solas durante las largas tardes o jugaba un juego. de ajedrez en el porche de la abuela, o escogió una melodía solitaria en el piano negro en la ventana salediza. Nunca lo viste con ningún otro niño.

Esa primera mañana, la señorita Ann Taylor entró por la puerta lateral del salón de clases y todos los niños se quedaron quietos en sus asientos mientras la veían escribir su nombre en la pizarra con unas bonitas letras redondas.

"Mi nombre es Ann Taylor", dijo en voz baja. "Y yo soy tu nuevo maestro".

La habitación pareció inundarse repentinamente de luz, como si el techo se hubiera movido hacia atrás; y los árboles estaban llenos de pájaros cantores. Bob Spaulding se sentó con una bola de saliva que acababa de hacer, escondida en su mano. Después de media hora de escuchar a la señorita Taylor, en silencio dejó caer la bola de saliva al suelo.

Ese día, después de clase, trajo un balde de agua y un trapo y comenzó a

lavar las tablas.

"¿Qué es esto?" Se volvió hacia él desde su escritorio, donde había estado corrigiendo trabajos de ortografía.

"Las tablas están un poco sucias", dijo Bob, en el trabajo.

"Sí, lo sé. ¿Estás seguro de que quieres limpiarlos?"

"Supongo que debería haber pedido permiso", dijo, deteniéndose con inquietud.

"Creo que podemos fingir que lo hiciste", respondió ella, sonriendo, y ante esta sonrisa, él terminó las tablas en un asombroso estallido de velocidad y golpeó las gomas de borrar con tanta furia que el aire estaba lleno de nieve, al parecer, fuera de la ventana abierta. .

—Veamos —dijo la señorita Taylor. "Eres Bob Spaulding, ¿verdad?"

"Si m."

"Bueno, gracias, Bob".

"¿Podría hacerlos todos los días?" preguntó.

"¿No crees que deberías dejar que los demás lo intenten?"

"Me gustaría hacerlas", dijo. "Cada día."

"Lo intentaremos por un tiempo y veremos", dijo.

Se demoró.

"Creo que será mejor que te vayas a casa", dijo finalmente.

"Buenas noches." Caminó lentamente y se fue.

A la mañana siguiente pasó por el lugar donde ella tomó alojamiento y comida justo cuando ella salía para caminar a la escuela.

"Bueno, aquí estoy", dijo.

"¿Y sabes?", dijo ella, "no estoy sorprendida".

Caminaron juntos.

"¿Puedo llevar sus libros?" preguntó.

"Bueno, gracias, Bob".

"No es nada", dijo, tomándolos.

Caminaron durante unos minutos y él no dijo una palabra. Miró por encima y ligeramente hacia abajo y vio lo tranquilo que estaba y lo feliz que parecía, y decidió dejarlo romper el silencio, pero nunca lo hizo. Cuando llegaron al borde del terreno de la escuela, él le devolvió los libros. "Creo que será mejor que te deje aquí", dijo. "Los otros niños no lo entenderían".

"Yo tampoco estoy segura, Bob", dijo la señorita Taylor.

"Por qué somos amigos", dijo Bob con seriedad y con una gran honestidad natural.

"Bob—" ella comenzó a decir.

"¿Si m?"

"No importa." Ella se alejó.

"Estaré en clase", dijo.

Y él estaba en clase, y estuvo allí después de la escuela todas las noches durante las próximas dos semanas, sin decir una palabra, lavando las pizarras en silencio y limpiando los borradores y enrollando los mapas mientras ella trabajaba en sus papeles, y ahí estaba el reloj. silencio de las cuatro en punto, el silencio del sol poniéndose en el cielo lento, el silencio con el sonido felino de las gomas de borrar golpeando juntas, y el goteo de agua de una esponja en movimiento, y el susurro y giro de los papeles y el rasguño de un bolígrafo, y tal vez el zumbido de una mosca golpeando con una ira diminuta y alta contra el cristal transparente más alto de la habitación. A veces el silencio se prolongaba así hasta casi las cinco, cuando la señorita Taylor encontraba a Bob Spaulding en el último asiento de la sala, sentado y mirándola en silencio, esperando nuevas órdenes.

"Bueno, es hora de ir a casa", decía la señorita Taylor, levantándose.

"Si m."

Y él corría a buscar su sombrero y su abrigo. También cerraría la puerta del salón de clases para ella a menos que el conserje entrara más tarde. Luego salían de la escuela y cruzaban el patio, que estaba vacío, el conserje bajaba lentamente los columpios de cadena en su escalera de tijera, el sol detrás de las sombrillas. Hablaron de todo tipo de cosas diversas.

"¿Y qué vas a ser, Bob, cuando seas grande?"

"Un escritor", dijo.

"Oh, esa es una gran ambición; requiere mucho trabajo".

"Lo sé, pero voy a intentarlo", dijo. He leído mucho.

"Bob, ¿no tienes nada que hacer después de la escuela?"

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, odio verte encerrado tanto, lavando las tablas".

"Me gusta", dijo. "Nunca hago lo que no me gusta".

"Pero sin embargo."

"No, tengo que hacer eso", dijo. Pensó un momento y dijo: "¿Me hace un favor, señorita Taylor?".

"Todo depende."

"Camino todos los sábados desde la calle Buetrick a lo largo del arroyo hasta el lago Michigan. Hay muchas mariposas, cangrejos de río y pájaros. Tal vez a usted también le gustaría caminar".

"Gracias", dijo ella.

"¿Entonces vendrás?"

"Me temo que no."

"¿No crees que sería divertido?"

"Sí, estoy seguro de eso, pero voy a estar ocupado".

Empezó a preguntar haciendo qué, pero se detuvo.

"Llevo bocadillos", dijo. "Los de jamón y pepinillos. Y refresco de naranja y simplemente camino, tomándome mi tiempo. Llego al lago alrededor del mediodía y camino de regreso y llego a casa alrededor de las tres en punto. Hace un día realmente hermoso, y deseo vendrías. ¿Coleccionas mariposas? Tengo una gran colección. Podríamos empezar una para ti.

"Gracias, Bob, pero no, tal vez en otro momento".

Él la miró y dijo: "No debería haberte preguntado, ¿verdad?".

"Tienes todo el derecho de preguntar lo que quieras", dijo.

Unos días después, encontró una copia antigua de Great Expectations, que ya no quería, y se la dio a Bob. Estaba muy agradecido y se lo llevó a casa y se quedó despierto esa noche y lo leyó y habló de ello a la mañana siguiente. Cada día él la encontraba más allá de la vista de su casa de huéspedes y muchos días ella empezaba a decir, "Bob-" y le decía que no viniera más a verla, pero nunca terminaba de decirlo, y él hablaba con ella sobre Dickens y Kipling y Poe y otros, yendo y viniendo a la escuela. Encontró una mariposa en su escritorio el viernes por la mañana. Casi lo apartó antes de descubrir que estaba muerto y que lo habían colocado allí mientras ella estaba fuera de la habitación. Miró a Bob por encima de la cabeza de sus otros estudiantes, pero él estaba mirando su libro, no leyendo, solo mirándolo.

Fue entonces cuando le resultó imposible pedirle a Bob que recitara en clase. Pasaría el lápiz sobre su nombre y luego llamaría a la siguiente persona de la lista. Tampoco lo miraría mientras caminaban hacia o desde la escuela. Pero varias veces al final de la tarde, mientras movía el brazo hacia arriba en la pizarra, limpiando los símbolos aritméticos, ella se encontró mirándolo durante segundos antes de volver a sus papeles.

Y luego, el sábado por la mañana, estaba de pie en medio del arroyo con el mono enrollado hasta las rodillas, arrodillándose para atrapar un cangrejo de río debajo de una roca, cuando miró hacia arriba y allí, al borde del arroyo, estaba la señorita Ann Taylor. .

"Bueno, aquí estoy", dijo, riendo.

"¿Y sabes?", dijo, "no estoy sorprendido".

"Muéstrame los cangrejos de río y las mariposas", dijo.

Caminaron hasta el lago y se sentaron en la arena con un viento cálido que soplaba suavemente a su alrededor, agitando su cabello y el volante de su blusa, y él se sentó a unos metros de ella y comieron los sándwiches de jamón y pepinillos y bebió el refresco de naranja solemnemente.

"Vaya, esto es genial", dijo. "Este es el mejor momento de mi vida".

"No pensé que alguna vez vendría a un picnic como este", dijo.

"Con un niño", dijo.

"Estoy cómoda, sin embargo", dijo.

"Esas son buenas noticias."

Poco más dijeron durante la tarde.

"Todo esto está mal", dijo, más tarde. "Y no puedo entender por qué debería ser. Simplemente caminar y atrapar mariposas viejas y cangrejos de río y comer sándwiches. Pero mamá y papá me sacarían una broma si supieran, y los niños también lo harían. Y osl otros profesores, supongo, se reirían de ti, ¿no?

"Me temo que sí."

"Supongo que será mejor que no hagamos más capturas de mariposas, entonces".

"No entiendo exactamente cómo llegué aquí", dijo.

Y el día había terminado.

Eso fue todo lo que hubo en la reunión de Ann Taylor y Bob Spaulding, dos o tres mariposas monarca, una copia de Dickens, una docena de cangrejos de río, cuatro sándwiches y dos botellas de Orange Crush. El lunes siguiente, inesperadamente, aunque esperó mucho tiempo, Bob no vio a la señorita Taylor salir a caminar a la escuela. Pero luego descubrió que se había ido antes y ya estaba en la escuela. Además, el lunes por la noche salió temprano, con dolor de cabeza, y otra maestra terminó su última clase. Pasó por su casa de huéspedes pero no la vio por ninguna parte, y tenía miedo de tocar el timbre y preguntar.

El martes por la noche, después de la escuela, ambos estaban de nuevo en la sala silenciosa, él limpiando la pizarra con satisfacción, como si esta vez fuera a durar para siempre, y ella sentada, trabajando en sus papeles como si ella también fuera a estar en esta sala y este lugar. paz particular y felicidad para siempre, cuando de repente sonó el reloj del juzgado. Estaba a una cuadra de distancia y su gran estruendo de bronce estremecía el cuerpo y hacía que la ceniza del tiempo se sacudiera de los huesos y se deslizara por la sangre, haciéndote parecer cada vez más viejo. Aturdido por ese reloj, no podía dejar de sentir el paso del tiempo, y cuando el reloj marcaba las cinco, la señorita Taylor de repente lo miró durante mucho tiempo, y luego dejó la pluma.

"Bob", dijo ella.

Se volvió, sobresaltado. Ninguno de los dos había hablado en la pacífica y buena hora anterior.

"¿Vendrás aquí?" ella preguntó.

Dejó la esponja lentamente.

"Sí", dijo.

"Bob, quiero que te sientes".

"Si m."

Ella lo miró intensamente por un momento hasta que él apartó la mirada. "Bob, me pregunto si sabes de qué te voy a hablar. ¿Lo sabes?"

"Sí."

"Tal vez sería una buena idea si me lo dijeras primero".

"Sobre nosotros", dijo, por fin.

"¿Cuántos años tienes, Bob?"

"Voy a los catorce".

"Tienes trece años".

Hizo una mueca. "Si m."

"¿Y sabes cuántos años tengo?"

"Sí, lo escuché. Veinticuatro".

"Veinticuatro."

"Tendré veinticuatro en diez años, casi", dijo.

"Pero desafortunadamente no tienes veinticuatro años ahora".

"No, pero a veces me siento veinticuatro".

"Sí, ya veces casi lo actúas".

"¡De verdad!"

"Ahora siéntate ahí quieto; no andes dando vueltas, tenemos mucho que discutir. Es muy importante que entendamos lo que está pasando, ¿no estás de acuerdo?"

"Sí, creo que sí."

"Primero, admitamos que somos los mejores y más grandes amigos del mundo. Admitamos que nunca he tenido un estudiante como tú, ni he tenido tanto afecto por ningún chico que haya conocido". Se sonrojó ante esto. Ella continuó. "Y déjame hablar por ti, me has encontrado como el mejor maestro de todos los maestros que has conocido".

"Oh, más que eso", dijo.

"Quizás más que eso, pero hay hechos que enfrentar y toda una forma de vida que examinar, y un pueblo y su gente, y tú y yo que considerar. He pensado en esto durante muchos días, Bob. No creas que me he perdido nada, o que no he sido consciente de mis propios sentimientos al respecto. Bajo algunas circunstancias, nuestra amistad sería realmente extraña. Pero entonces no eres un chico común. Me conozco bastante bien, creo. y sé que no estoy enfermo, ni mental ni físicamente, y que todo lo que ha evolucionado aquí ha sido un verdadero respeto por tu carácter y bondad, Bob; pero esas no son las cosas que consideramos en este mundo, Bob, a menos que ocurran. en un hombre de cierta edad. No sé si estoy diciendo esto bien".

"Está bien", dijo. "Es solo que si tuviera diez años más y unas quince pulgadas más alto, marcaría la diferencia, y eso es una tontería", dijo, "a

juzgar por la altura de una persona".

"El mundo no lo ha encontrado así".

"Yo no soy el mundo", protestó.

"Sé que parece una tontería", dijo. "Cuando te sientas muy adulto y correcto y no tengas nada de qué avergonzarte. No tienes nada de qué avergonzarte, Bob, recuerda eso. Has sido muy honesto y bueno, y espero que yo también lo haya sido".

"Tienes", dijo.

"En un clima ideal, Bob, tal vez algún día puedan juzgar la vejez de la mente de una persona con tanta precisión que puedan decir: Este es un hombre, aunque su cuerpo solo tiene trece años; por algún milagro de las circunstancias y la fortuna, este es un hombre, con el reconocimiento de responsabilidad, posición y deber de un hombre; pero hasta ese día, Bob, me temo que vamos a tener que pasar años y alturas de la manera ordinaria en un mundo ordinario".

"No me gusta eso", dijo.

"Tal vez a mí tampoco me guste, pero ¿quieres terminar mucho más infeliz de lo que eres ahora? ¿Quieres que ambos seamos infelices? Lo que ciertamente seríamos. Realmente no hay forma de hacer nada al respecto". nosotros, es tan extraño incluso tratar de hablar de nosotros".

"Si m."

"Pero al menos sabemos todo sobre nosotros y el hecho de que hemos sido correctos, justos y buenos y no hay nada de malo en que nos conozcamos, y nunca tuvimos la intención de que así fuera, porque ambos entendemos lo imposible que es". , ¿no es así?"

"Sí, lo sé. Pero no puedo evitarlo".

"Ahora debemos decidir qué hacer al respecto", dijo. "Ahora solo tú y yo sabemos sobre esto. Más tarde, otros podrían saberlo. Puedo asegurar una transferencia de esta escuela a otra—"

"¡No!"

"O puedo transferirte a otra escuela".

"No tienes que hacer eso", dijo.

"¿Por qué?"

"Nos mudamos. Mis padres y yo nos vamos a vivir a Madison. Nos vamos la próxima semana".

"No tiene nada que ver con todo esto, ¿verdad?"

"No, no, todo está bien. Es solo que mi padre tiene un nuevo trabajo allí. Está a solo cincuenta millas de distancia. Puedo verte, ¿verdad, cuando vengo a la ciudad?"

"¿Crees que sería una buena idea?"

"No supongo que no."

Se sentaron un rato en el aula silenciosa.

"¿Cuándo sucedió todo esto?" dijo, impotente.

"No lo sé", dijo ella. "Nadie lo sabe nunca. No lo han sabido durante miles de años, y no creo que lo hagan nunca. Las personas se gustan o no, y a veces dos personas se gustan y no deberían. No puedo explicarme a mí mismo, y ciertamente tú no puedes explicarte a ti".

"Creo que será mejor que me vaya a casa". él dijo.

"No estás enojado conmigo, ¿verdad?"

"Oh, Dios mío, no, nunca podría estar enojado contigo".

"Hay una cosa más. Quiero que recuerdes, hay compensaciones en la vida. Siempre las hay, o no seguiríamos viviendo. No te sientes bien, ahora; yo tampoco. Pero algo sucederá para arreglarlo". eso. ¿Crees eso?"

"Me gustaría."

"Bueno, es verdad."

"Si tan sólo", dijo.

"¿Qué?"

"Si tan solo me esperaras", espetó.

"¿Diez años?"

Entonces tendría veinticuatro años.

Pero tendría treinta y cuatro años y tal vez sería otra persona por completo. No, no creo que se pueda hacer.

"¿No te gustaría que se hiciera?" gritó.

"Sí", dijo en voz baja. "Es una tontería y no funcionaría, pero me gustaría mucho".

Se sentó allí durante mucho tiempo.

"Nunca te olvidaré", dijo.

"Es bueno que digas eso, aunque no puede ser verdad, porque la vida no es así. Lo olvidarás".

"Nunca te olvidaré. Encontraré la manera de nunca olvidarte", dijo.

Se levantó y fue a borrar las pizarras.

"Te ayudaré", dijo.

"No, no", dijo ella apresuradamente. Vete ahora, vuelve a casa y deja de ocuparte de los tableros después de la escuela. Asignaré a Helen Stevens para que lo haga.

Dejó la escuela. Mirando hacia atrás, afuera, vio a la señorita Ann Taylor, por última vez, en la pizarra, borrando lentamente las palabras escritas con tiza, su mano moviéndose hacia arriba y hacia abajo.

Se mudó de la ciudad la semana siguiente y estuvo fuera durante dieciséis años. Aunque sólo estaba a cincuenta millas de distancia, no volvió a

bajar a Green Town hasta que tuvo casi treinta años y se casó, y entonces, una primavera, estaban conduciendo de camino a Chicago y se detuvieron por un día.

Bob dejó a su esposa en el hotel, caminó por la ciudad y finalmente preguntó por la señorita Ann Taylor, pero al principio nadie se acordó, y luego uno de ellos se acordó.

"Oh, sí, la hermosa maestra. Murió en 1936, poco después de que te fueras".

¿Se había casado alguna vez? No, ahora que lo pienso, nunca lo había hecho.

Caminó hacia el cementerio por la tarde y encontró su piedra, que decía: "Ann Taylor, nacida en 1910, muerta en 1936". Y pensó: Veintiséis años. Vaya, soy tres años mayor que usted ahora, señorita Taylor.

Más tarde ese día, la gente del pueblo vio a la esposa de Bob Spaulding paseando para encontrarse con él bajo los olmos y los robles, y todos se volvieron para verla pasar, porque su rostro cambiaba con sombras brillantes mientras caminaba; ella era los hermosos melocotones del verano en la nieve del invierno, y era leche fresca como cereal en una calurosa mañana de principios de verano. Y éste era uno de esos raros días en el tiempo en que el clima estaba equilibrado como una hoja de arce entre vientos que soplan a la perfección, uno de esos días que deberían haber sido nombrados, según todos estaban de acuerdo, en honor a la esposa de Robert Spaulding.

# El deseo

Un susurro de nieve tocó la ventana fría.

La enorme casa crujió con un viento de la nada.

"¿Qué?" Yo dije.

"No dije nada". Charlie Simmons, detrás de mí en la chimenea, agitaba las palomitas de maíz en silencio en un gran colador de metal. "Ni una palabra."

"Maldita sea, Charlie, te escuché..."

Aturdido, vi caer la nieve en las calles lejanas y los campos vacíos. Era una noche adecuada para que los fantasmas de la blancura visitaran las ventanas y se alejaran.

"Estás imaginando cosas", dijo Charlie.

¿Soy yo? Pensé. ¿El clima tiene voces? ¿Existe un lenguaje de la noche y el tiempo y la nieve? ¿Qué pasa entre esa oscuridad allá afuera y mi alma aquí adentro?

Porque allí, en las sombras, toda una civilización de palomas parecía estar aterrizando sin ser vista, sin el beneficio de la luna o la lámpara.

¿Y era la nieve susurrando suavemente allí afuera, o era el pasado, acumulaciones de antaño y necesidad, desesperanzas que se amontonaban en pánico y finalmente encontraban la lengua?

"Dios, Charles. Justo ahora, podría haber jurado que te escuché decir-"

"¿Que qué?"

"Dijiste: 'Pide un deseo'"

"¿Hice?"

Su risa detrás de mí no me hizo volverme; Seguí viendo caer la nieve y le dije lo que debo decirle—

"Dijiste: 'Es una noche especial, hermosa y extraña. Así que pide el mejor, el más querido y el más extraño deseo de tu vida, desde lo más profundo de tu corazón. Será tuyo'". Eso es lo que te escuché decir".

"No." Vi su imagen en el espejo sacudir la cabeza. Pero, Tom, te has quedado hipnotizado por la nevada durante media hora. El fuego de la chimenea habló. Los deseos no se hacen realidad, Tom. Dios, escuchaste algo, ¿no? Bueno, toma. Bebe.

Las palomitas de maíz terminaron de estallar. Me sirvió vino que no toqué. La nieve caía constantemente a lo largo de la ventana oscura en ráfagas pálidas.

"¿Por qué?" Yo pregunté. "¿Por qué este deseo salta a mi cabeza? Si no lo dijiste, ¿qué fue?"

Qué en efecto, pensé; ¿Qué hay ahí fuera y quiénes somos? Dos

escritores retrasados, solos, mi amigo invitado a pasar la noche, dos viejos compañeros acostumbrados a hablar mucho y cotillear sobre fantasmas, que han probado suerte con todos los materiales psíquicos habituales, tableros Ouija, cartas del tarot, telepatías, la basura de amable. amistad durante años, pero siempre llena de burlas y bromas y tonterías ociosas.

Pero esto de esta noche, pensé, acaba con las bromas, borra las sonrisas. La nieve... ¡vaya, mira! Es enterrar nuestra risa....

"¿Por qué?" dijo Charlie a mi lado, bebiendo vino, mirando las luces rojas, verdes y azules del árbol de Navidad y ahora en la nuca. "¿Por qué un deseo en una noche como esta? Bueno, es la noche antes de Navidad, ¿verdad? Dentro de cinco minutos, nacerá Cristo. Cristo y el solsticio de invierno, todo en una semana. Esta semana, esta noche, prueba que la Tierra ganó No morirás. El invierno ha tocado fondo y ahora comienza a ascender hacia la luz. Eso es especial. Eso es increíble".

—Sí —murmuré, y pensé en los viejos tiempos en que los hombres de las cavernas morían en sus corazones cuando llegaba el otoño y el sol se ocultaba y los hombres-mono lloraban hasta que el mundo se movía en su sueño blanco y el sol salía antes una hermosa mañana y el universo se salvó una vez más, por un rato. "Sí."

"Así que—" Charlie leyó mis pensamientos y bebió su vino. "Cristo siempre fue la promesa de la primavera, ¿no? En medio de la noche más larga del año, el Tiempo tembló, la Tierra se estremeció y parió un mito. ¿Y qué gritó el mito? ¡Feliz Año Nuevo! Dios, sí, El primero de enero no es el día de Año Nuevo. El cumpleaños de Cristo sí lo es. Su aliento, dulce como el trébol, toca nuestras fosas nasales, promete la primavera, en este mismo momento antes de la medianoche. Respira hondo, Thomas.

"¡Callarse la boca!"

"¿Por qué? ¿Oyes voces otra vez?"

¡Sí! Me volví hacia la ventana. En sesenta segundos, sería la mañana de Su nacimiento. Qué hora más pura, más rara había allí, pensé salvajemente, para los deseos.

"Tom-" Charlie agarró mi codo. Pero me había vuelto profundo y muy salvaje de hecho. ¿Es este un momento especial? Pensé. ¿Los espíritus santos vagan en las noches de nieve para hacernos favores en esta hora extraña? Si pido un deseo en secreto, ¿aquella noche deambulante, los sueños extraños, las viejas ventiscas, me lo devolverán multiplicado por diez?

Cerré los ojos. Mi garganta se convulsionó.

"No lo hagas", dijo Charlie.

Pero tembló en mis labios. No podía esperar Ahora, ahora, pensé, una extraña estrella arde en Belén.

"Tom", jadeó Charlie, "¡por el amor de Dios!"

Cristo, sí, pensé, y dije:

"Mi deseo es, por una hora esta noche—"

"¡No!" Charlie me golpeó, una vez, para cerrarme la boca.

"-por favor, haz que mi padre viva de nuevo."

El reloj de la repisa dio las doce veces para la medianoche.

"Ay, Tomás..." Charlie se afligió. Su mano se apartó de mi brazo. "Ay, Tom".

Una ráfaga de nieve sacudió la ventana, se aferró como un sudario y se deshizo.

La puerta principal estalló de par en par.

La nieve nos cubrió en forma de chubasco.

"Qué triste deseo. Y... acaba de hacerse realidad".

"¿Verdadero?" Me giré para mirar la puerta abierta que me llamaba como una tumba.

"No te vayas, Tom", dijo Charlie.

La puerta se cerró de golpe. Afuera, corrí; Oh, Dios, cómo corrí.

—¡Tom, vuelve! La voz se desvaneció lejos detrás de mí en el torbellino de blanco. "¡Oh, Dios, no lo hagas!"

Pero en este minuto después de la medianoche corrí y corrí, sin sentido, balbuceando, gritando mi corazón a latir, la sangre a moverse, las piernas a correr y seguir corriendo, y pensé: ¡Él! ¡A él! ¡Sé dónde está! ¡Si el regalo es mío! ¡Si el deseo se hace realidad! ¡Conozco su lugar! Y por todas partes en el pueblo que nevaba por la noche, las campanas de Navidad comenzaron a repicar, cantar y clamar. Dieron vueltas, pasearon y me arrastraron mientras gritaba y murmuraba nieve y conocía el deseo maníaco.

¡Tonto! Pensé. ¡Él está muerto! ¡Regresa!

Pero, ¿y si está vivo, una hora esta noche, y no fui a buscarlo?

Estaba fuera de la ciudad, sin sombrero ni abrigo, pero con tanto calor por haber corrido que una máscara salada me congeló la cara y se descascaró con la sacudida de cada paso por el medio de un camino vacío, con el sonido de alegres campanas voladas y desaparecidas. .

Un viento me llevó a un último rincón del desierto donde me esperaba una pared oscura.

El cementerio.

Me paré junto a las pesadas puertas de hierro, mirando aturdido.

El cementerio se parecía a las ruinas dispersas de un antiguo fuerte, volado hace siglos, sus monumentos enterrados profundamente en una nueva Edad de Hielo.

De repente, los milagros no eran posibles.

De repente, la noche se convirtió en mucho vino, conversaciones y encantamientos tontos, y yo corrí sin ninguna razón, excepto que creía, creía de verdad, que había sentido que algo sucedía aquí, en este mundo muerto de nieve.

Ahora estaba tan agobiado por la visión ciega de esas tumbas intactas y la nieve sin huellas, que gustosamente me habría hundido y muerto allí mismo. No podía volver a la ciudad para enfrentar a Charlie. Empecé a pensar que todo esto era un humor brutal y un truco horrible suyo, su loca habilidad para adivinar la terrible necesidad de alguien y jugar con ella. ¿Había susurrado a mis espaldas, hecho promesas, empujado hacia este deseo? ¡Cristo!

Toqué la puerta cerrada con candado.

¿Qué había aquí? Sólo una piedra plana con nombre y nacida en 1888, muerta en 1957, una inscripción que incluso en los días de verano era difícil de encontrar, porque la hierba crecía espesa y las hojas se juntaban en montones.

Solté la puerta de hierro y me volví. Entonces, en un instante, jadeé. Un grito incrédulo salió de mi garganta.

Porque había sentido algo más allá de la pared, cerca de la pequeña cabaña del portero tapiada con tablas^

¿Había alguna respiración débil allí? ¿Un grito apagado?

¿O simplemente un toque de calor en el viento?

Apreté la puerta de hierro y miré más allá.

¡Si ahí! La huella más tenue, como si un pájaro se hubiera posado para correr entre las piedras enterradas. ¡Otro momento, y me lo habría perdido para siempre!

Grité, corrí, salté.

Nunca, oh, Dios, en toda mi vida, salté tan alto. Pasé la pared y caí al otro lado, un último grito me hizo sangre en la boca. Me arrastré hasta el otro lado de la puerta de entrada.

Allí, en las sombras, escondido del viento, apoyado contra una pared, estaba un hombre, con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho.

Lo miré fijamente, salvajemente. Me incliné locamente cerca para mirar, para encontrar.

Yo no conocía a este hombre.

Era viejo, viejo, muy viejo.

Debo haber gemido con nueva desesperación.

Por ahora el anciano abrió sus ojos temblorosos.

Fueron sus ojos, mirándome, los que me hicieron gritar:

"¡Papá!"

Me tambaleé para agarrarlo a la tenue luz de la lámpara y la nieve que caía después de la medianoche.

La voz de Charlie, muy lejos en la ciudad nevada, resonó y suplicó: No, no, vete, corre. Pesadilla. Detener.

El hombre que estaba delante de mí no me conocía.

Como un espantapájaros sostenido contra el viento, esta forma extraña pero familiar trató de distinguirme con sus ojos ciegos y llenos de telarañas. ¿OMS? parecía estar pensando.

Entonces un grito de respuesta brotó de su boca:

"_om! -om!"

No podía pronunciar la T.

Pero era mi nombre.

Como un hombre al borde de un precipicio, aterrorizado de que la tierra se derrumbe y lo devuelva a la noche y al suelo, se estremeció y me agarró.

"¡-om!"

Lo sostuve fuerte. No podía caer.

Atrapados en un abrazo feroz, sin poder soltarnos, nos pusimos de pie y nos mecimos suavemente, extrañamente, dos hombres eran uno, en un desierto de nieve triturada.

Tom, oh Tom, se afligió quebrantadamente, una y otra vez.

Padre, oh querido papá, papá, pensé, dije.

El anciano se puso rígido, porque por encima de mi hombro debió haber visto verdaderamente por primera vez las piedras, los campos vacíos de la muerte. Jadeó como si fuera a llorar: ¿Qué es este lugar?

Viejo como era su rostro, en el instante del reconocimiento y el recuerdo, sus ojos, sus mejillas, su boca se marchitaron y envejecieron aún más, diciendo No.

Se volvió hacia mí como buscando respuestas, algún guardián de sus derechos, algún protector que pudiera decir No con él. Pero la fría verdad estaba en mis ojos.

Los dos estábamos mirando ahora el oscuro camino que sus pies habían hecho al cruzar la tierra desde el lugar donde había estado enterrado durante muchos años.

¡No no no no no NO NO!

Las palabras salieron disparadas de su boca.

Pero no pudo pronunciar la n.

Así que fue una explosión salvaje de: "... o .,. o ... o ..; o ... o ...!"

Un grito desesperado, consternado, como un silbido infantil.

Entonces, otra pregunta ensombreció su rostro.

Conozco este lugar. Pero ¿por qué estoy aquí?

Se arañó los brazos. Se miró el pecho marchito.

Dios nos da regalos terribles. Lo más terrible de todo es la memoria.

Él recordó.

Y empezó a derretirse. Recordó su cuerpo encogiéndose, su débil corazón ido a la quietud; el portazo de alguna puerta eterna de la noche

Se quedó muy quieto en mis brazos, sus párpados revoloteaban sobre las telas que movían muebles grotescos dentro de su cabeza. Debe haberse hecho la pregunta más terrible de todas:

¿Quién me ha hecho esto?

Abrió los ojos. Su mirada me golpeó.

¿Tú? decía.

Sí, pensé. Te deseé vivo esta noche.

Tú / su cara y su cuerpo lloraban.

Y luego, a media voz, la inquisición final:

"Por qué ... ?"

Ahora era mi turno de ser destruido y desgarrado.

¿Por qué, de hecho, le había hecho esto?

¿Cómo me había atrevido a desear esta terrible, esta angustiosa confrontación?

¿Qué iba a hacer ahora con este hombre, este extraño, este niño viejo, desconcertado y asustado? ¿Por qué lo había convocado, solo para enviarlo de regreso a suelos y tumbas y sueños espantosos?

¿Me había molestado siquiera en pensar en las consecuencias? No. Un impulso crudo me había disparado de casa a este campo funerario como una piedra sin sentido a una meta sin sentido. ¿Por qué? ¿Por qué?

Mi padre, este anciano, estaba ahora de pie en la nieve, temblando, esperando mi lastimosa respuesta.

Un niño otra vez, no podía hablar. Una parte de mí sabía una verdad que no podía decir. Inarticulado con él en vida, me encontré aún más mudo en su muerte de vigilia.

La verdad deliraba dentro de mi cabeza, lloraba a lo largo de las fibras de mi espíritu y ser, pero no podía brotar de mi lengua. Sentí mis propios gritos encerrados dentro.

El momento estaba pasando. Esta hora pronto desaparecería. Perdería la oportunidad de decir lo que se debe decir, lo que se debería haber dicho cuando él estaba tibio y sobre la tierra hace tantos años.

En algún lugar lejano al otro lado del país, las campanas sonaron las doce y media en esta mañana de Navidad. Cristo hizo tictac en el viento. La nieve se desprendió de mi cara con el tiempo y el frío, el frío y el tiempo.

¿Por qué? los ojos de mi padre me preguntaron; ¿Por qué me has traído

aquí?

"Yo-" y luego me detuve.

Porque su mano se había apretado en mi brazo. Su rostro había encontrado su propia razón.

Ésta era también su oportunidad, su última hora para decir lo que debería haber dicho cuando yo tenía doce, catorce o veintiséis años. No importa si me quedé mudo. Aquí, en la nieve que caía, podía hacer las paces y seguir su camino.

Su boca se abrió. Fue difícil, terriblemente difícil para él forzar las viejas palabras. Solo el fantasma dentro del caparazón marchito podría atreverse a agonizar y jadear. Susurró tres palabras, perdidas en el viento.

"¿Sí?" insté.

Me abrazó con fuerza y trató de mantener los ojos abiertos en la noche de ventisca. Quería dormir, pero primero su boca se abrió y silbaba una y otra vez:

"... Yo uw yuuuuuuuu!"

Se detuvo, tembló, se sacudió el cuerpo y trató de gritarlo de nuevo, sin éxito:

".. . yo wv yyy tú... yo"

"¡Ay, papá!" Lloré. "¡Déjame decirlo por ti!"

Se quedó muy quieto y esperó.

"¿Estabas tratando de decir que... te amo?"

"¡Essss!" gritó. Y estalló, muy claramente, por fin: "¡Oh, sí!"

"Oh, papá", dije, loco de felicidad miserable, todo ganancia y pérdida. "Ah, y papá, querido papá, te amo".

Caímos juntos. Sostuvimos.

Lloré.

Y de algún extraño pozo seco dentro de su terrible carne vi a mi padre derramar lágrimas que temblaban y relampagueaban en sus párpados.

Y así se planteó y respondió la pregunta final.

¿Por qué me has traído aquí?

¿Por qué el deseo, por qué los regalos y por qué esta noche nevando?

Porque habíamos tenido que decir, antes de que las puertas fueran cerradas y selladas para siempre, lo que nunca habíamos dicho en la vida.

Y ahora que se había dicho y nos quedamos abrazados en el desierto, padre e hijo, hijo y padre, las partes del todo repentinamente intercambiables con alegría. Las lágrimas se convirtieron en hielo sobre mis mejillas.

Estuvimos de pie bajo el viento frío y la nieve que caía durante un largo rato hasta que oímos el sonido de las campanas a las doce cuarenta y cinco, y aun así seguimos de pie en la noche que nevaba diciendo no más, no hace

falta decir nada más, hasta que por fin nuestro se hizo la hora.

En todo el mundo blanco, los relojes de la una de la madrugada de la mañana de Navidad, con Cristo nuevo en la paja fresca, sonaron el final de ese regalo que había pasado tan brevemente y ahora fuera de nuestras manos entumecidas.

Mi padre me sostuvo en sus brazos.

El último sonido de las campanas de la una se desvaneció.

Sentí a mi padre retroceder, tranquilo ahora.

Sus dedos tocaron mi mejilla.

Lo escuché caminar en la nieve.

El sonido de su caminar se desvaneció incluso cuando el último llanto se desvaneció dentro de mí.

Abrí los ojos justo a tiempo de verlo, a cien metros de distancia, caminando. Se volvió y me saludó, una vez, hacia mí.

La nieve cayó en una cortina.

Qué valiente, pensé, ir a donde vas ahora, viejo, y no quejarte.

Caminé de regreso a la ciudad.

Tomé una copa con Charles junto al fuego. Miró adentro. mi cara y brindó en silencio por lo que vio allí.

Arriba, mi cama me esperaba como un gran pliegue de nieve blanca.

La nieve caía más allá de mi ventana por mil millas al norte, quinientas millas al este, doscientas millas al oeste, cien millas al sur. La nieve caía por todas partes. Cayó sobre dos juegos de huellas más allá del pueblo: uno saliendo y el otro volviendo para perderse entre las tumbas.

Me acosté en mi lecho de nieve. Recordé el rostro de mi padre cuando saludó, se dio la vuelta y se fue.

Era el rostro del hombre más joven y feliz que jamás había visto.

Con eso me dormí y dejé de llorar.

# Para siempre y la tierra

Después de setenta años de escribir cuentos que nunca se vendieron, el Sr. Henry William Field se levantó una noche a las once y media y quemó diez millones de palabras. Bajó los manuscritos a través de su vieja y oscura mansión y los arrojó al horno.

—Eso es todo —dijo, y pensando en su arte perdido y en su vida malgastada, se acostó, entre sus ricas antigüedades. "Mi error fue intentar imaginar este mundo salvaje del año 2257 dC. Los cohetes, las maravillas atómicas, los viajes a los planetas y los soles dobles. Nadie puede hacerlo. Todos lo han intentado. Todos nuestros autores modernos han fracasado".

El espacio era demasiado grande para ellos, los cohetes demasiado rápidos y la ciencia atómica demasiado instantánea, pensó. Pero al menos los otros escritores, aunque fracasaron, habían sido publicados, mientras que él, en su riqueza ociosa, había usado los años de su vida para nada.

Después de una hora sintiéndose así, recorrió a tientas las salas de noche hasta su biblioteca y encendió una lámpara verde de huracán. Al azar, de una colección intacta en cincuenta años, seleccionó un libro. Era un libro tres siglos amarillo y tres siglos quebradizo, pero se acomodó y leyó con avidez hasta el amanecer....

A las nueve de la mañana siguiente, Henry William Field salió tambaleándose de su biblioteca, llamó a sus sirvientes, abogados televisados, científicos, literatos.

"¡Ven de inmediato!" gritó.

Al mediodía, una docena de personas habían entrado en el estudio donde estaba sentado Henry William Field, muy de mala reputación e histérico con una extraña alegría, sin afeitar y febril. Sostenía un libro grueso en sus brazos quebradizos y se reía si alguien le daba los buenos días.

"Aquí ven un libro", dijo por fin, tendiéndolo, "escrito por un gigante, un hombre nacido en Asheville, Carolina del Norte, en el año 1900. Se convirtió en polvo hace mucho tiempo, publicó cuatro novelas enormes. Fue un torbellino. Levantó montañas y recolectó vientos. Dejó un baúl de manuscritos escritos a lápiz cuando yacía en cama en el Hospital Johns Hopkins en Baltimore en el año 1938, el quince de septiembre, y murió de neumonía, una enfermedad antigua y terrible. "

Miraron el libro.

*Mira hacia casa, ángel.*

Sacó tres más.*Del tiempo y del río. La Web y la Roca. No puedes volver a casa otra vez.*

"Por Thomas Wolfe", dijo el anciano. "Tres siglos de frío en la tierra de

Carolina del Norte".

—¿Quiere decir que ha llamado simplemente para ver cuatro libros de un hombre muerto? sus amigos protestaron.

"¡Más que eso! Te he llamado porque siento que Tom Wolfe es el hombre, el hombre necesario, para escribir sobre el espacio, el tiempo, las cosas enormes como las nebulosas y la guerra galáctica, los meteoros y los planetas, todas las cosas oscuras que amaba y ponía. en el papel eran así. Nació fuera de su tiempo. Necesitaba cosas realmente grandes con las que jugar y nunca las encontró en la Tierra. Debería haber nacido esta tarde en lugar de hace cien mil mañanas.

"Me temo que llegas un poco tarde", dijo el profesor Bolton.

"¡No tengo la intención de llegar tarde!" espetó el anciano. "No me sentiré frustrado por la realidad. Usted, profesor, ha experimentado con el viaje en el tiempo. Espero que termine su máquina del tiempo lo antes posible. Aquí tiene un cheque, un cheque en blanco, llénelo. Si necesita más dinero, pídelo. Ya has viajado un poco, ¿no?

"Algunos años, sí, pero nada como siglos—"

¡Haremos que sean siglos! Los demás —los barrió con una mirada feroz y brillante— trabajarán con Bolton. Necesito a Thomas Wolfe.

"¡Qué!" Retrocedieron ante él.

"Sí", dijo. "Ese es el plan. Me traerán a Wolfe. ¡Colaboraremos en la tarea de describir el vuelo de la Tierra a Marte, como solo él podría describirlo!"

Lo dejaron en su biblioteca con sus libros, pasando las páginas secas, asintiendo para sí mismo. "Sí. Oh, Dios mío, sí, Tom es el chico, Tom es el chico perfecto para esto".

Los meses pasaron lentamente. Los días mostraban una enloquecedora reticencia a abandonar el calendario, y las semanas se prolongaban hasta que el señor Henry William Field empezó a gritar en silencio.

Al final de cuatro meses, el Sr. Field se despertó una medianoche. El teléfono estaba sonando. Extendió la mano en la oscuridad.

"¿Sí?"

"Habla el profesor Bolton".

"¿Sí, Bolton?"

"Me iré en una hora", dijo la voz.

"¿Dejar? ¿De dónde? ¿Vas a renunciar? ¡No puedes hacer eso!"

"Por favor, Sr. Field, irse significa irse".

"¿Quieres decir que en realidad vas a ir?"

"Dentro de una hora".

"¿Hacia 1938? ¿Hacia el quince de septiembre?"

"¡Sí!"

"¿Estás seguro de que has fijado la fecha correctamente? ¿Llegarás antes de que muera? ¡Asegúrate de eso! Dios mío, será mejor que llegues una buena hora antes de su muerte, ¿no crees?"

"Dos horas. En el camino de regreso, marcaremos el tiempo en las Bermudas, tomaremos prestados diez días de continuo flotante libre, lo inyectaremos, lo broncearemos, lo bañaremos, lo vitaminaremos, lo curaremos".

"Estoy tan emocionado que no puedo sostener el teléfono. Buena suerte, Bolton. ¡Tráelo a salvo!".

"Gracias, señor. Adiós".

El teléfono hizo clic.

El Sr. Henry William Field permaneció tendido durante la noche. Pensó en Tom Wolfe como un hermano perdido que había que sacar intacto de debajo de una piedra fría y cincelada, para devolverle la sangre, el fuego y el habla. Temblaba cada vez que pensaba en Bolton girando en el viento del tiempo de regreso a otros calendarios y otros días, trayendo medicinas para cambiar la carne y salvar almas.

Tom, pensó débilmente, con la calidez medio despierta de un anciano que llama a su hijo favorito y desaparecido, Tom, ¿dónde estás esta noche, Tom? Ven ahora, te ayudaremos, tienes que venir, te necesitamos. No pude hacerlo, Tom, ninguno de nosotros aquí puede. Así que lo mejor después de hacerlo yo mismo, Tom, es ayudarte a hacerlo. Puedes jugar con cohetes como pajas, Tom, y puedes tener las estrellas, como un puñado de cristales. Todo lo que tu corazón te pida, está aquí. Te gustaría el fuego y el viaje, Tom, fue hecho para ti. Oh, hoy tenemos un puñado de escritores, los he leído a todos, Tom, y no son como tú. He vadeado bibliotecas de sus cosas y nunca han tocado el espacio, Tom; ¡te necesitamos para eso! Entonces dale a un anciano su deseo, porque Dios sabe que yo He esperado toda mi vida a que yo o algún otro escribiera el gran libro sobre las estrellas, y he esperado en vano. Así que, estés donde estés esta noche, Tom Wolfe, ponte alto. Es ese libro que ibas a escribir. Es ese buen libro que los críticos decían que estaba en ti cuando dejaste de respirar.

Esta es tu oportunidad, ¿lo harás, Tom? ¿Escuchará y se comunicará con nosotros, lo hará esta noche y estará aquí en la mañana cuando me despierte? ¿Lo harás, Tom?

Sus párpados se cerraron por la fiebre y la demanda. Su lengua dejó de temblar en su boca dormida.

El reloj dio las cuatro.

Al despertar a la blanca frescura de la mañana, sintió que la excitación

crecía y brotaba de su interior. No quería pestañear, por temor a que la cosa que lo esperaba en algún lugar de la casa pudiera salir corriendo y cerrar una puerta de un portazo, desapareciendo para siempre. Sus manos se estiraron para agarrar su delgado pecho.

A lo lejos... pasos...

Una serie de puertas se abrieron y cerraron. Dos hombres entraron en el dormitorio.

Field podía oírlos respirar. Sus pasos adquirieron identidades. Los primeros pasos fueron los de una araña, pequeña y precisa: Bolton. Los segundos pasos eran los de un hombre grande, un hombre grande, un hombre pesado.

"¿Tomás?" gritó el anciano. No abrió los ojos.

"Sí", dijo una voz, por fin

Tom Wolfe reventó las costuras de la imaginación de Field, como un niño enorme revienta el forro de un abrigo demasiado pequeño.

"¡Tom Wolfe, déjame mirarte!" Si Field lo dijo una vez, lo dijo una docena de veces mientras salía de la cama, temblando violentamente. "¡Sube las persianas, por el amor de Dios, quiero ver esto! Tom Wolfe, ¿eres tú?"

Tom Wolfe miró hacia abajo desde su cuerpo alto y grueso, con grandes manos para mantener el equilibrio en un mundo que era extraño. Miró al anciano y la habitación y su boca temblaba.

"¡Eres tal como dijeron que eras, Tom!"

Thomas Wolfe se echó a reír y la risa fue enorme, porque debió pensar que estaba loco o en una pesadilla, y se acercó al anciano y lo tocó y miró al profesor Bolton y se sintió a sí mismo, sus brazos y piernas, él mismo. tosió experimentalmente y se tocó la frente. "Se me ha ido la fiebre", dijo. "Ya no estoy enfermo".

"Por supuesto que no, Tomás".

"Qué noche", dijo Tom Wolfe. "No ha sido fácil. Pensé que estaba más enfermo que cualquier otro hombre. Me sentí flotando y pensé: Esto es fiebre. Me sentí viajando y pensé: Me estoy muriendo rápido. Un hombre vino a mí. . Pensé, este es el mensajero del Señor. Me tomó las manos. Olí electricidad. Volé hacia arriba y vi una ciudad de bronce. Pensé, he llegado. ¡Esta es la ciudad del cielo, allí está el Gate! Estoy entumecido de pies a cabeza, como alguien dejado en la nieve para que se congele. Tengo que reír y hacer cosas o podría pensar que estoy loco. No eres Dios, ¿verdad? como él."

El anciano se rió. "No, no, Tom, no Dios, sino jugar a eso. Soy Field". Se rió de nuevo. "Señor, escúchame. Lo dije como si supieras quién es Field. Field, el financiero, Tom, inclínate, bésame el dedo anular. Soy Henry Field. Me gusta tu trabajo, te traje aquí. Venir también."

El anciano lo atrajo hacia una inmensa ventana de cristal.

"¿Ves esas luces en el cielo, Tom?"

"Sí, señor."

"¿Esos fuegos artificiales?"

"Sí."

"No son lo que piensas, hijo. No es el 4 de julio, Tom. No de la manera habitual. Ahora todos los días son el Día de la Independencia. El hombre ha declarado su libertad de la Tierra. La gravitación sin representación ha sido derrocada. La revuelta hace mucho tiempo". tenido éxito. Esa vela romana verde va a Marte. Ese fuego rojo, ese es el cohete Venus. Y los otros, ¿ves el amarillo y el azul? Cohetes, todos ellos.

Thomas Wolfe miró hacia arriba como un niño inmenso atrapado en medio de las glorias coloreadas de una tarde de julio cuando los decorados son un torbellino de fósforo y brillo y una explosión de ladridos.

"¿Qué años es esto?"

"El año del cohete. Mira aquí". Y el anciano tocó unas flores que florecieron a su toque. Las flores eran como fuego azul y blanco. Ardían y centelleaban sus fríos y largos pétalos. Las flores medían sesenta centímetros de ancho y tenían el color de una luna de otoño. "Flores de luna", dijo el anciano. "Desde el otro lado de la luna". Los cepilló y gotearon en una lluvia plateada, una lluvia de chispas blancas en el aire. "El año del cohete. Ese es un título para ti, Tom. Es por eso que te trajimos aquí, te necesitamos. Eres el único hombre que podría manejar el sol sin quemarse hasta convertirse en una ridícula ceniza. Te queremos para hacer malabarismos con el sol, Tom, las estrellas y cualquier otra cosa que veas en tu viaje a Marte".

"¿Marte?" Thomas Wolfe se giró para agarrar el brazo del anciano, inclinándose hacia él, escudriñando su rostro con incredulidad.

"Esta noche. Te vas a las seis".

El anciano sostenía en el aire un billete rosa que revoloteaba, esperando a que a Tom se le ocurriera cogerlo.

Eran las cinco de la tarde. "Por supuesto, por supuesto que aprecio lo que has hecho", exclamó Thomas Wolfe.

"Siéntate, Tom. Deja de caminar".

"Déjeme terminar, Sr. Field, déjeme terminar con esto, tengo que decirlo".

"Hemos estado discutiendo durante horas", suplicó el Sr. Field, exhausto.

Hablaron desde el desayuno hasta el almuerzo y el té, deambularon por una docena de habitaciones y diez docenas de discusiones, sudaron, se enfriaron y volvieron a sudar.

"Todo se reduce a esto", dijo Thomas Wolfe, por fin. "No puedo

quedarme aquí, Sr. Field. tengo que volver Este no es mi momento. No tienes derecho a interferir—"

"Pero yo-"

"Estaba inmerso en mi trabajo, mi mejor momento por venir, y ahora me echas tres siglos. Sr. Field, quiero que llame al Sr. Bolton de vuelta. Quiero que haga que me ponga en su máquina, lo que sea". lo es, y devuélveme a 1938, el lugar y el año que me corresponde. Eso es todo lo que te pido.

"Pero, ¿no quieres ver Marte?"

"Con todo mi corazón. Pero sé que no es para mí. Me arruinaría la escritura. Tendría un puñado enorme de experiencia que no podría encajar en mis otros escritos cuando volviera a casa".

"No entiendes, Tom, no entiendes nada".

"Entiendo que seas egoísta".

"¿Egoísta? Sí", dijo el anciano. "Para mí, y para los demás, muy egoísta".

"Quiero ir a casa."

"Escúchame, Tomás".

"Llama al Sr. Bolton".

"Tom, no quiero tener que decirte esto. Pensé que no tendría que hacerlo, que no sería necesario. Ahora, déjame solo esta alternativa". La mano derecha del anciano se agarró a una pared con cortinas, descorrió las cortinas, revelando una gran pantalla blanca, y marcó un número, una serie de números. La pantalla parpadeó en colores vivos, las luces de la habitación se oscurecieron, se oscurecieron y un cementerio se alineó ante sus ojos.

"¿Qué estás haciendo?" exigió Wolfe, caminando hacia adelante, mirando la pantalla.

"Esto no me gusta nada", dijo el anciano. "Mira allí."

El cementerio estaba a la luz de la tarde, la luz del verano. De la pantalla flotaba el olor a tierra de verano, granito y el olor de un arroyo cercano. Desde los árboles, un pájaro cantó. Flores rojas y amarillas cabecearon entre las piedras, y la pantalla se movió, el cielo giró, el anciano giró un dial para enfatizar, y en el centro de la pantalla, creciendo, acercándose, aún más grande, y ahora llenando sus sentidos, era una masa de granito oscuro; y Thomas Wolfe, alzando la vista hacia la habitación en penumbra, recorrió con la mirada las palabras cinceladas, una, dos, tres veces, jadeó y leyó de nuevo, porque ahí estaba su nombre:

**TOMÁS LOBO.**

Y la fecha de su nacimiento y la fecha de su muerte, y las flores y los helechos verdes que huelen dulcemente en el aire de la habitación fría.

"Apágalo", dijo.

"Lo siento, Tomás".

"¡Apágalo, apágalo! No lo creo".

"Está allá."

La pantalla se volvió negra y ahora toda la habitación era una bóveda de medianoche, una tumba, con el último y tenue olor a flores.

"No volví a despertarme", dijo Thomas Wolfe.

"No. Moriste en septiembre de 1938. Entonces, ya ves. Oh Dios, las ironías, es como el título de tu libro. Tom, no puedes volver a casa".

"Nunca terminé mi libro".

"Fue editado para usted, por otros que lo revisaron, cuidadosamente".

"No terminé mi trabajo, no terminé mi trabajo".

"No te lo tomes tan mal, Tom".

"¿De qué otra manera puedo tomarlo?"

El viejo no encendió las luces. No quería ver a Tom allí. "Siéntate, muchacho". Ninguna respuesta. "¿Tomás?" Sin respuesta. "Siéntate, hijo, ¿quieres algo de beber?" Por respuesta sólo hubo un suspiro y una especie de gemido brutal.

"Dios mío", dijo Tom, "no es justo. Me quedaba mucho por hacer, no es justo". Empezó a llorar en silencio.

"No hagas eso", dijo el anciano. "Escucha. Escúchame. Todavía estás vivo, ¿no? ¿Aquí? ¿Ahora? Todavía sientes, ¿no?"

Thomas Wolfe esperó un minuto y luego dijo: "Sí".

"De acuerdo entonces." El anciano avanzó en el aire oscuro. "Te he traído aquí, te he dado otra oportunidad, Tom. Un mes extra más o menos. ¿Crees que no me he apenado por ti? Cuando leí tus libros y vi tu lápida allí, tres siglos gastada por lluvias y viento, muchacho, ¿no te imaginas cómo me mató pensar que tu talento se había ido? ¡Bueno, lo hizo! Me mató, Tom. Y gasté mi dinero para encontrar un camino hacia ti. respiro, no mucho, no mucho tiempo. El profesor Bolton dice que, con suerte, puede mantener los canales abiertos a través del tiempo durante ocho semanas. Él puede mantenerte aquí ese tiempo, y solo ese tiempo. En ese intervalo, Tom, tú Debes escribir el libro que has querido escribir, no, no el libro en el que estabas trabajando para ellos, hijo, no, porque están muertos y desaparecidos y no se puede cambiar. esta vez es un libro para nosotros, Tom, para nosotros los vivos, ese es el libro que queremos. Un libro que puedes dejarnos, para ti, un libro más grande y mejor en todos los sentidos que cualquier cosa que hayas escrito; di que lo harás, Tom, di que te olvidarás de esa piedra y de ese hospital durante ocho semanas y empezarás a trabajar para nosotros, ¿lo harás, Tom, lo harás?

Las luces se encendieron lentamente. Tom Wolfe estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera, con la cara enorme, cansada y pálida. Observó

los cohetes en el cielo de la tarde. "Me imagino que no me doy cuenta de lo que has hecho por mí", dijo. "Me diste un poco más de tiempo, y el tiempo es lo que más amo y necesito, lo que siempre odié y contra lo que luché, y la única forma en que puedo mostrarte mi aprecio es haciendo lo que dices". Él dudó. "Y cuando haya terminado, ¿entonces qué?"

"De vuelta a tu hospital en 1938, Tom".

"¿Debo?"

"No podemos cambiar el tiempo. Te tomamos prestado por cinco minutos. Te devolveremos a tu camilla del hospital cinco minutos después de que la hayas dejado. De esa manera, no alteraremos nada. Está todo escrito. No puedes lastimarnos en el futuro viviendo aquí ahora con nosotros, pero, si te niegas a regresar, podrías lastimar el pasado y, en consecuencia, el futuro, convertirlo en una especie de caos".

"Ocho semanas", dijo Thomas Wolfe.

"Ocho semanas".

"¿Y el cohete a Marte sale en una hora?"

"Sí."

Necesitaré lápices y papel.

"Aquí están."

Será mejor que vaya a prepararme. Adiós, señor Field.

"Buena suerte, Tomás".

Seis en punto. La puesta de sol. El cielo convirtiéndose en vino. La casa grande tranquila. El anciano temblando de calor hasta que entró el profesor Bolton. "Bolton, ¿cómo le va, cómo estuvo en el puerto, cuéntame?"

Bolton sonrió. "¡Qué monstruo es, tan grande que tuvieron que hacerle un uniforme especial! Deberías haberlo visto, caminando, levantando todo, olfateando como un gran sabueso, hablando, sus ojos mirando a todos, emocionado como un ¡diez años!".

"¡Dios lo bendiga, oh, Dios lo bendiga! Bolton, ¿puedes mantenerlo aquí todo el tiempo que dices?"

Bolton frunció el ceño. "Él no pertenece aquí, ya sabes. Si nuestro poder flaqueara, sería devuelto a su propio tiempo, como una marioneta en una banda elástica. Trataremos de mantenerlo, te lo aseguro".

"Tienes que, entiendes, no puedes dejarlo volver hasta que haya terminado con su libro. Tú has—"

"Mira", dijo Bolton. Señaló el cielo. En él había un cohete plateado.

"¿Es él?" preguntó el anciano.

"Ese es Tom Wolfe", respondió Bolton. "Ir a Marte".

"¡Dales el infierno, Tom, dales el infierno!" gritó el anciano, levantando ambos puños.

Vieron el lanzamiento del cohete al espacio.

A medianoche, la historia estaba llegando.

Henry William Field se sentó en su biblioteca. En su escritorio había una máquina que zumbaba. Repitió palabras que estaban siendo escritas más allá de la luna. Los garabateó con lápiz negro, en un facsímil de la mano febril de Tom Wolfe a un millón de kilómetros de distancia. El anciano esperó a que se juntara un montón de ellos y luego los agarró y los leyó en voz alta en la habitación donde Bolton y los sirvientes estaban escuchando. Leyó las palabras sobre el espacio y el tiempo y los viajes, sobre un hombre grande y un gran viaje y cómo era en la larga medianoche y la frialdad del espacio, y cómo un hombre podía estar lo suficientemente hambriento como para tomarlo todo y pedir más. Leyó las palabras que estaban llenas de fuego, truenos y misterio. "El espacio era como octubre, escribió Thomas Wolfe. Dijo cosas sobre su oscuridad y su soledad y un hombre tan pequeño en él El eterno y atemporal octubre, fue una de las cosas que dijo. Y luego habló del cohete en sí, el olor y la sensación del metal del cohete, y la sensación de destino y júbilo salvaje de finalmente dejar atrás la Tierra, todos los problemas y todas las tristezas, e ir en busca de un problema mayor y una solución. mayor tristeza. Oh, estaba muy bien escrito, y decía lo que había que decir sobre el espacio y el hombre y sus pequeños cohetes ahí fuera solos.

El anciano leyó hasta enronquecer, y luego Bolton leyó, y luego los demás, bien entrada la noche, cuando la máquina dejó de transcribir palabras y supieron que Tom Wolfe estaba en la cama, luego, en el cohete, volando a Marte, probablemente no dormiría, no, no dormiría hasta dentro de horas, no, yaciendo despierto, como un niño la noche antes de un circo, sin creer que la gran carpa negra enjoyada está levantada y el circo está en marcha, con diez mil millones de artistas en llamas. los cables altos y los trapecios invisibles del espacio.

"Listo", susurró el anciano, apartando suavemente las últimas páginas del primer capítulo. "¿Qué piensas de eso, Bolton?"

"Es bueno."

"¡Buen infierno!" gritó Campo. "¡Es maravilloso! Léelo de nuevo, siéntate, léelo de nuevo, ¡maldito seas!"

Siguió llegando, un día tras otro, durante diez horas seguidas. La pila de papeles amarillos en el suelo, garabateados, se hizo inmensa en una semana, increíble en dos semanas, absolutamente imposible en un mes.

"¡Escucha esto!" -exclamó el anciano, y leyó.

"¡Y esto!" él dijo.

"Y este capítulo aquí, y esta pequeña novela aquí, acaba de llegar, Bolton, titulada 'La guerra espacial', una novela completa sobre cómo se

siente pelear una guerra espacial. Tom ha estado hablando con personas, soldados, oficiales, hombres, veteranos del espacio. Lo tiene todo aquí. Y aquí hay un capítulo llamado 'The Long Midnight', y aquí hay uno sobre la colonización negra de Marte, y aquí hay un boceto del personaje de un marciano, ¡absolutamente invaluable!

Bolton se aclaró la garganta. "¿Señor Field?"

"Sí, sí, no me molestes".

"Tengo malas noticias, señor".

Field sacudió su cabeza gris hacia arriba. "¿Qué? ¿El elemento del tiempo?"

"Será mejor que le digas a Wolfe que acelere su trabajo. La conexión puede romperse en algún momento de esta semana", dijo Bolton, en voz baja.

"¡Te daré cualquier cosa, cualquier cosa si sigues así!"

"No es dinero, Sr. Field. Es simplemente física en este momento. Haré todo lo que pueda. Pero será mejor que le advierta".

El anciano se encogía en su silla y era pequeño. "Pero no puedes quitármelo ahora, no cuando lo está haciendo tan bien. Deberías ver el esquema que envió hace una hora, las historias, los bocetos. Aquí, aquí hay uno sobre mareas espaciales, otro sobre meteoritos. He aquí una novela corta que se titula Thistledown and Fire...

"Lo lamento."

"Si lo perdemos ahora, ¿podemos recuperarlo?"

"Tendría miedo de manipular demasiado".

El anciano estaba helado. "Solo una cosa que hacer entonces. Haga arreglos para que Wolfe mecanografíe su trabajo, si es posible, o lo dicte, para ahorrar tiempo; en lugar de que use lápiz y papel, tiene que usar una máquina de algún tipo. ¡Ocúpese de eso! "

La máquina avanzaba hora a hora en la noche y en el amanecer y durante el día. El anciano dormía sólo en ligeros sueños, despertándose parpadeando cuando la máquina cobró vida tartamudeando, y todo el espacio, los viajes y la existencia llegaron a él a través de la mente de otro:

"*...las grandes praderas estrelladas del espacio..."*

La máquina saltó.

"¡Sigue así, Tom muéstrales!" El anciano esperó.

El teléfono sonó.

Era Bolton.

"No podemos seguir así, Sr. Field. El dispositivo continuo se apagará en una hora".

"¡Hacer algo!"

"No puedo."

El teletipo parloteó. En una fría fascinación, en un horror, el anciano vio cómo se formaban las líneas negras.

"*...las ciudades marcianas, inmensas e increíbles, tan numerosas como piedras arrojadas desde alguna gran montaña en una avalancha impetuosa e increíble, reposando al fin en montículos resplandecientes. . .*"

"¡Tomás!" gritó el anciano.

"Ahora", dijo Bolton, por teléfono.

El teletipo vaciló, escribió una palabra y se quedó en silencio.

"¡Tomás!" gritó el anciano.

Sacudió el teletipo.

"No sirve de nada", dijo la voz del teléfono. "Se ha ido. Estoy apagando la máquina del tiempo".

"¡No! ¡Déjalo!"

"Pero-"

"Ya me escuchaste, ¡déjalo! No estamos seguros de que se haya ido".

"Lo es. No sirve de nada, estamos desperdiciando energía".

"¡Desperdícialo, entonces!"

Colgó el teléfono de golpe.

Se volvió hacia el teletipo, hacia la frase inconclusa.

"Vamos, Tom, no pueden deshacerse de ti de esa manera, no los dejarás, ¿quieres, chico, vamos. Tom, demuéstrales que eres grande, eres más grande que el tiempo o el espacio o sus malditas máquinas, eres fuerte y tienes una voluntad de hierro, Tom, demuéstrales, ¡no dejes que te envíen de vuelta!

El teletipo chasqueó una tecla.

Baló el anciano. "¡Tom! Estás ahí, ¿no? ¿Aún puedes escribir? Escribe, Tom, sigue así, mientras sigas rodando, Tom, ¡no te pueden enviar de vuelta!"

"El", escribió la máquina.

"¡Más, Tom, más!"

Olores de, golpeteó la máquina.

"¿Sí?"

Mars, tecleó la máquina y se detuvo. Un minuto de silencio. La máquina espació, saltó un párrafo y comenzó:

*Los olores de Marte, las canelas y los vientos de especias frías, los vientos de polvo turbio y los vientos de hueso poderoso y polen antiguo—*

"¡Tom, todavía estás vivo!"

Por contestar, la máquina, en las siguientes diez horas, lanzó seis capítulos de "Flight Before Fury" en una serie de febriles explosiones.

"Hoy hace seis semanas, Bolton, seis semanas enteras, Tom se fue, a Marte, a través de los asteroides. Mira aquí, los manuscritos. Diez mil palabras al día, se conduce solo, no sé cuándo duerme, o si come, no me

importa, a él tampoco, solo quiere hacerlo, porque sabe que el tiempo es corto".

"No puedo entenderlo", dijo Bolton. "La energía falló porque nuestros relés se desgastaron. Nos tomó tres días fabricar y reemplazar los relés de canal en particular necesarios para mantener estable el elemento de tiempo y, sin embargo, Wolfe aguantó. Hay un factor personal aquí, Dios sabe qué, no lo hicimos". "No tener en cuenta. Wolfe vive aquí, en este tiempo, cuando está aquí, y después de todo no se puede volver atrás. El tiempo no es tan flexible como imaginamos. Usamos el símil equivocado. No es como una goma banda. Más como ósmosis, la penetración de membranas por líquidos, del Pasado al Presente, pero tenemos que enviarlo de regreso, no podemos retenerlo aquí, habría un vacío allí, un trastorno. La única cosa que lo que realmente lo mantiene aquí ahora es él mismo, su impulso, su deseo, su trabajo.

en el que se refiere a los marcianos como Cherokees, Iroquois y Blackfoots, las naciones indias del espacio, destruidas y rechazadas. ¡Tómate un trago, Bolton, tómate un trago!".

Tom Wolfe regresó a la Tierra al cabo de ocho semanas.

Llegó en el fuego como se había ido en el fuego, y sus enormes pasos se quemaron a través del espacio, y en la biblioteca de la casa de Henry William Field había torres de papel amarillo, con líneas de garabatos negros y tipos en ellos, y estos iban a ser se separó en las seis secciones de una obra maestra que, a través de la resistencia y sabiendo que las arenas estaban disminuyendo del vidrio, se había multiplicado día tras día.

Tom Wolfe regresó a la Tierra y se paró en la biblioteca de la casa de Henry William Field y miró las enormes efusiones de su corazón y su mano y cuando el anciano dijo: "¿Quieres leerlo, Tom?" Sacudió su gran cabeza y respondió, echándose hacia atrás su espesa melena de cabello oscuro con su gran mano pálida: "No. No me atrevo a empezar. Si lo hiciera, me lo llevaría a casa conmigo. Y No puedo hacer eso, ¿verdad?"

"No, Tom, no puedes".

"¿No importa cuánto quisiera?"

"No, así son las cosas. Nunca escribiste otra novela en ese año, Tom. Lo que se escribió aquí debe quedarse aquí, lo que se escribió allí debe quedarse allí. No se puede tocar".

"Veo." Tom se hundió en una silla con un gran suspiro. "Estoy cansada. Estoy muy cansada. Ha sido difícil, pero ha sido bueno. ¿Qué día es?"

"Este es el día quincuagésimo sexto".

"¿El último día?"

El anciano asintió y ambos se quedaron en silencio un rato.

"Volvamos a 1938 en el cementerio de piedra", dijo Tom Wolfe, con los ojos cerrados. "No me gusta eso. Desearía no haberlo sabido, es algo horrible de saber". Su voz se desvaneció y puso sus grandes manos sobre su rostro y las mantuvo allí con fuerza.

La puerta se abrió. Bolton entró y se paró detrás de la silla de Tom Wolfe, con una pequeña ampolla en la mano.

"¿Qué es eso?" preguntó el anciano.

"Un virus extinto. Neumonía. Muy antiguo y muy maligno", dijo Bolton. "Cuando apareció el Sr. Wolfe, tuve que curarlo de su enfermedad, por supuesto, lo cual fue inmensamente fácil con las técnicas que conocemos hoy, para ponerlo en condiciones de trabajar para su trabajo, Sr. Field. Guardé este cultivo de neumonía. Ahora que va a regresar, habrá que reinocularlo con la enfermedad".

"¿De lo contrario?"

"De lo contrario, se pondría bien, en 1938".

Tom Wolfe se levantó de su silla. "¿Quiere decir, recuperarse, caminar, volver allí, estar bien y engañar al empresario de pompas fúnebres?"

"Eso es lo que quiero decir."

Tom Wolfe se quedó mirando el frasco y una de sus manos se crispó. "¿Qué pasa si destruyo el virus y me niego a dejar que me inoculen?"

"¡No puedes hacer eso!"

"Pero... ¿suponiendo?"

Arruinarías las cosas.

"¿Qué cosas?"

"El patrón, la vida, la forma en que son y eran las cosas, las cosas que no se pueden cambiar. No puedes interrumpirlo. Solo hay una cosa segura, vas a morir, y yo me encargaré de eso".

Wolfe miró hacia la puerta. "Podría salir corriendo".

"Nosotros controlamos la máquina. No saldrías de la casa. Te haría volver aquí, a la fuerza, e inoculado. Anticipé un problema así cuando llegó el momento; hay cinco hombres esperando abajo. Un grito de mí, ya ves, es inútil. Ahí, eso es mejor. Aquí ahora ".

Wolfe había retrocedido y ahora se había vuelto para mirar al anciano y la ventana y esta enorme casa. "Me temo que debo disculparme. No quiero morir. Tanto que no quiero morir".

El anciano se acercó a él y le tomó la mano. "Piénselo de esta manera: ha tenido dos meses más de lo que nadie podría esperar de la vida, y ha producido otro libro, un último libro, un buen libro, piense en eso".

"Quiero darle las gracias por esto", dijo Thomas Wolfe, gravemente. "Quiero agradecerles a los dos. Estoy listo". Se subió la manga. "La

inoculación".

Y mientras Bolton se dedicaba a su tarea, con su mano libre, Thomas Wolfe dibujó a lápiz dos líneas negras en la parte superior del primer manuscrito y siguió hablando:

"Hay un pasaje de uno de mis viejos libros", dijo, frunciendo el ceño al recordarlo. "*...de vagar por siempre y la tierra. . . ¿Quién es el dueño de la Tierra? ¿Queríamos la Tierra? ¿Que deberíamos vagar por él? ¿Necesitábamos la Tierra que nunca estuvimos quietos sobre ella? Quien necesite la Tierra tendrá la Tierra; él estará sobre ella, descansará en un lugar pequeño, en una habitación pequeña habitará para siempre. . .*"

Wolfe había terminado con el recuerdo.

"Aquí está mi último libro", dijo, y en el papel amarillo vacío frente al manuscrito, bloqueó vigorosas letras negras enormes con presiones del lápiz:

PARA SIEMPRE Y LA TIERRA, de Thomas Wolfe.

Cogió una resma y la sostuvo con fuerza en sus manos, contra su pecho, por un momento. "Desearía poder llevármelo conmigo. Es como separarme de mi hijo". Le dio una palmada y la dejó a un lado e inmediatamente después entrelazó su rápida mano con la de su patrón y atravesó la habitación, Bolton detrás de él, hasta que llegó a la puerta donde se encontraba enmarcado en la luz del atardecer, enorme y magnífico. "¡Adiós, adiós!" gritó.

La puerta se cerró de golpe. Tom Wolfe se había ido.

Lo encontraron deambulando por el pasillo del hospital.

"¡Señor Wolfe!"

"¿Qué?"

"Señor Wolfe, nos dio un susto, ¡pensamos que se había ido!"

"¿Desaparecido?"

"¿A dónde fuiste?"

"¿Dónde dónde?" Se dejó conducir por los pasillos de medianoche. "¿Dónde? Oh, si te dijera dónde, nunca lo creerías".

"Aquí está tu cama, no debiste dejarla".

En lo profundo del blanco lecho de muerte, que olía a una mortalidad pálida y limpia que lo esperaba, una mortalidad que tenía el olor del hospital; la cama que, al tocarla, lo envolvía en humos y frialdad blanca almidonada.

"Marte, Mars", susurró el hombre enorme, tarde en la noche. "Mi mejor, mi mejor, mi libro realmente bueno, aún por escribir, aún por imprimir, en otro año, dentro de tres siglos...".

"Estás cansado."

"¿De verdad piensas eso?" murmuró Thomas Wolfe. "¿Fue un sueño? Tal vez. Un buen sueño". Su respiración vaciló. Thomas Wolfe estaba muerto.

Con el paso de los años, se encuentran flores en la tumba de Tom Wolfe.

Y esto no es inusual, ya que muchas personas viajan allí. Pero estas flores aparecen cada noche. Parecen caer del cielo. Son del color de una luna de otoño, sus capullos son inmensos, y sus fríos y largos pétalos arden y centellean en un fuego azul y blanco. Y cuando sopla el viento del amanecer, gotean en una lluvia plateada, una lluvia de chispas blancas en el aire. Tom Wolfe murió hace muchos, muchos años, pero estas flores nunca cesan. . ..

# La mejor parte de la sabiduría

La habitación era como una gran chimenea cálida, iluminada por un fuego invisible, que se volvió cómoda. La chimenea en sí luchó por mantener un pequeño fuego en unos pocos leños húmedos y algo de césped, que no era más que humo y varios ojos perezosos de carbón anaranjado. El lugar se estaba llenando, vaciando y volviendo a llenar lentamente con música. Una sola lámpara de limón estaba encendida en una esquina lejana, iluminando las paredes pintadas de un color amarillo veraniego. El piso de madera dura estaba pulido con tanta severidad que brillaba como un río oscuro sobre el cual flotaban alfombras cuyo plumaje se asemejaba a las aves silvestres de América del Sur, destellando azules eléctricos, blancos y verdes de la jungla. Jarrones de porcelana blanca, rebosantes de flores de invernadero recién cortadas, mantenían sus serenos fuegos encendidos en cuatro pequeñas mesas alrededor de la habitación. Sobre la chimenea, un retrato serio de un joven miraba con ojos del mismo color que la cerámica,

Al entrar en la habitación en silencio, uno podría no haber notado a los dos hombres, estaban tan quietos.

Uno estaba reclinado en el sofá blanco puro, con los ojos cerrados. El segundo yacía en el sofá de modo que su cabeza estaba apoyada en el regazo del otro. Sus ojos también estaban cerrados, escuchando. La lluvia tocó las ventanas. La música terminó.

Instantáneamente hubo un suave arañazo en la puerta.

Ambos hombres parpadearon como diciendo: la gente no rasca, llama.

El hombre que había estado acostado saltó hacia la puerta y llamó: "¿Alguien ahí?"

—Por Dios que lo hay —dijo una voz anciana con un leve acento brogue.

"¡Abuelo!"

Con la puerta abierta de par en par, el joven empujó a un anciano pequeño y redondo hacia la habitación cálidamente iluminada.

"Tom, muchacho, ah, Tom, ¡y me alegro de verte!"

Cayeron juntos en abrazos de oso, pateando. Entonces el anciano sintió a la otra persona en la habitación y retrocedió.

Tom se dio la vuelta, señalando. "Abuelo, este es Frank. Frank, este es el abuelo, quiero decir, oh, diablos..." El anciano salvó el momento trotando hacia adelante para agarrar y poner a Frank en pie, donde se elevó por encima de este pequeño intruso de la noche.

"Frank, ¿verdad?" el anciano gritó a las alturas.

"Sí, señor", respondió Frank.

"Yo—", dijo el abuelo, "he estado parado afuera de esa puerta durante cinco minutos—"

"¿Cinco minutos?" gritaron ambos jóvenes, alarmados.

"...debatiéndome si llamar a la puerta. Escuché la música, ya ves, y finalmente dije, maldita sea, si hay una chica con él, puede empujarla por la ventana bajo la lluvia o mostrarle al anciano a los hermosos como ella. ¡Diablos!, dije, y llamé, y... —arrojó su vieja maleta maltratada—, no hay ninguna jovencita aquí, por lo que veo... o, por Dios, la has asfixiado en el armario, ¡eh!

"No hay ninguna niña, abuelo". Tom dio vueltas en círculo, con las manos extendidas para mostrar.

"Pero-" El abuelo miró el piso pulido, las alfombras blancas, las flores brillantes, los retratos vigilantes en las paredes. "¿Tomaste prestada su casa, entonces?"

"¿Prestado?"

"Quiero decir, por el aspecto de la habitación, hay un toque de mujer. Se parece a esos carteles de barcos de vapor que vi en las ventanas de viajes la mitad de mi vida".

"Bueno", dijo Frank. "Nosotros-"

"El hecho es, abuelo", dijo Tom, aclarándose la garganta, "renovamos este lugar. Redecoramos".

"¿Redecorado?" Las mandíbulas del anciano cayeron. Sus ojos recorrieron las cuatro paredes, atónitos. "¿Ustedes dos son responsables? ¡Jesús!"

El anciano tocó un cenicero de cerámica azul y blanca y se inclinó para acariciar una alfombra de color cacatúa.

"¿Quién de ustedes hizo qué?" preguntó, de repente, entrecerrando un ojo hacia ellos.

Tom se sonrojó y tartamudeó: "Bueno, nosotros..."

"¡Ah, Dios, no, no, detente!" -exclamó el anciano, levantando una mano. "Aquí estoy, fresco en el lugar, y husmeando como un sabueso loco y no un zorro. Cierra esa maldita puerta. Pregúntame adónde voy, qué estoy haciendo, ¿eh, eh? Y, mientras estás en eso, ¿tienes un toque de la Bestia en esta galería de arte?"

"¡La Bestia es!" Tom dio un portazo, empujó a su abuelo para quitarse el abrigo y sacó tres vasos y una botella de whisky irlandés, que el anciano tocó como si fuera un bebé recién nacido.

"Bueno, eso es más bien. ¿Por qué bebemos?"

"¡Por qué, tú, abuelo!"

"No no." El anciano miró a Tom y luego a su amigo, Frank. "Cristo", suspiró, "eres tan jodidamente joven que me rompe los huesos con el dolor. Vamos, brindemos por corazones frescos y mejillas de manzana y toda la vida

por delante y la felicidad en algún lugar para tomar. ¿Sí?"

"¡Sí!" dijeron ambos, y bebieron.

Y bebiendo se miraban alegremente o con recelo, mitad uno, mitad otro. Y el joven vio en el viejo rostro sonrosado, arrugado como estaba, abofeteado como estaba por la vida circunstancial, el eco del propio rostro de Tom asomándose a través de los años. En los viejos ojos azules, especialmente, estaba la aguda y brillante inteligencia que brotaba del viejo retrato en la pared, que sería joven hasta que las monedas los cerraran con el peso. Y alrededor de los bordes de la boca del anciano estaba la sonrisa que parpadeó y se dibujó en el rostro de Tom, y en las manos del anciano estaba la acción rápida y sorprendente de las de Tom, como si tanto el anciano como tú tuvierais manos que vivían para sí mismas y hacían astutas. cosas por impulso.

Así que bebieron y se inclinaron y sonrieron y bebieron de nuevo, cada uno como un espejo para el otro, cada uno encantado por el hecho de que un hombre anciano y un joven crudo con los mismos ojos, manos y sangre se encontraron en esta noche lluviosa, y el whisky fue bien.

"¡Ah, Tom, Tom, eres un espectáculo encantador!" dijo el abuelo. "Dublín ha estado dolorido sin ti estos cuatro años. Pero, demonios, me estoy muriendo. No, no me preguntes cómo o por qué. El doctor tiene la noticia, maldito sea, y me disparó entre los ojos con ella. Así que yo dijo que en lugar de que los parientes desembolsen su dinero para venir a despedirse del viejo caballo, ¿por qué no hacer la gira de despedida usted mismo y darse la mano y beber bebidas? Así que aquí estoy esta noche y mañana más allá de Londres para ver a Lucie y luego a Glasgow para ver a Dick. No me quedaré más de un día en cada lugar, para no sobrecargar a nadie. Ahora cierra esa boca, que está abierta. No estoy recolectando simpatías. Tengo ochenta años, y es hora de una maldita multa. velatorio, para el que he ahorrado dinero, así que ni una palabra. He venido a ver a todos y asegurarme de que estén en un estado adecuado de alegría medio graciosa para poder levantarme y caer muerto con un buen corazón, si eso es posible. I-"

"¡Abuelo!" —gritó Tom de repente, y agarró las manos del anciano y luego sus hombros—.

"Vaya, Dios te bendiga, muchacho, gracias", dijo el anciano, al ver las lágrimas en los ojos del joven. "Pero solo lo que encuentro en tu mirada es suficiente". Volvió a colocar al niño suavemente. "Cuéntame sobre Londres, tu trabajo, este lugar. ¡Tú también, Frank, un amigo de Tom es tan bueno como el hijo de mi hijo! ¡Cuéntalo todo, Tom!"

"Disculpe." Frank se lanzó hacia la puerta. "Ambos tienen mucho de qué hablar. Hay compras que debo hacer—"

"¡Esperar!"

Franco se detuvo.

Porque el anciano había visto realmente el retrato sobre la chimenea ahora y caminó hacia él para extender la mano, entrecerrar los ojos y leer el nombre firmado en la parte inferior.

"Frank Davis. ¿Eres tú, chico? ¿Tú hiciste esta foto?"

"Sí, señor", dijo Frank, en la puerta.

"¿Cuánto tiempo hace?"

"Hace tres años, creo. Sí, tres".

El anciano asintió lentamente, como si esta información se sumara al gran rompecabezas, un desconcierto continuo.

"Tom, ¿sabes a quién se parece?"

"Sí, abuelo. Tú. Hace mucho tiempo".

"Entonces tú también lo ves, ¿eh? Cristo en el cielo, sí. Ese soy yo en mi decimoctavo cumpleaños y toda Irlanda y sus pastos y tiernas doncellas buenas para masticar adelante y no detrás de mí. Ese soy yo, ese soy yo. Jesús, yo era guapo, y Jesús, Tom, tú también lo eres. Y Jesús, Frank, eres asombroso. Eres un gran artista, muchacho.

"Haces lo que puedes hacer". Frank había regresado al centro de la habitación, en silencio. "Haces lo que sabes".

"Y ya conoces a Tom, en el cabello y las pestañas". El anciano se volvió y sonrió. "¿Cómo se siente, Tom, mirar a través de esa cara prestada? ¿Te sientes genial, es el mundo tu gamba y ostra de Dublín?"

Tom se rió. El abuelo se rió. Frank se unió a ellos.

"Una bebida más." El anciano sirvió. Y te dejaremos escapar diplomáticamente, Frank. Pero regresa. Debo hablar contigo.

"¿Qué pasa?" dijo franco.

"Ah, los Misterios. De la Vida, del Tiempo, de la Existencia. ¿Qué más tenías en mente, Frank?"

"Esos servirán, abuelo—" dijo Frank, y se detuvo, asombrado por la palabra que salió de su boca. "Quiero decir, Sr. Kelly-"

"El abuelo servirá".

Debo correr. Frank roció su bebida. "Llamarte más tarde, Tom".

La puerta se cerró. franco se había ido.

"¿Por supuesto que dormirás aquí esta noche, abuelo?" Tom agarró la única maleta. "Frank no volverá. Tendrás su cama". Tom estaba ocupado arreglando las sábanas en uno de los dos sofás contra la pared del fondo. "Ahora, es temprano. Bebamos un poco más, abuelo, y hablemos".

Pero el anciano, atónito, guardó silencio, mirando sucesivamente cada cuadro en la pared. "Gran pintura, esa".

"Frank los hizo".

"Esa es una buena lámpara allí".

"Franco lo logró".

"¿La alfombra en el piso aquí ahora-?"

"Franco."

"Jesús", susurró el anciano, "es un maníaco por el trabajo, ¿no es así?"

Silenciosamente, se movió por la habitación como quien visita una galería.

"Parece", dijo, "el lugar está absolutamente reventado con un excelente talento artístico. No le diste la mano a nada como esto, en Dublín".

"Se aprende mucho, lejos de casa", dijo Tom, desconcertado.

El anciano cerró los ojos y bebió su bebida.

"¿Pasa algo, abuelo?"

"Me golpeará en medio de la noche", dijo el anciano. "Probablemente me levantaré de la cama con un grito infernal. Pero en este momento es solo una cosa en la boca del estómago y la parte posterior de mi cabeza. Hablemos, muchacho, hablemos".

Y hablaron y bebieron hasta la medianoche y luego el anciano se acostó y Tom se acostó él mismo y después de un largo rato ambos se durmieron.

Alrededor de las dos de la mañana, el anciano se despertó de repente.

Miró a su alrededor en la oscuridad, preguntándose dónde estaba, luego vio los cuadros, las sillas tapizadas, la lámpara y las alfombras que había hecho Frank, y se sentó. Apretó los puños. Luego, levantándose, se vistió y se tambaleó hacia la puerta como si temiera no llegar antes de que sucediera algo terrible.

Cuando la puerta se cerró de golpe, Tom abrió los ojos como platos.

En algún lugar, en la oscuridad, se oyó el sonido de alguien llamando, gritando, desafiando a los elementos, alguien gritando blasfemias a todo pulmón, diciendo Dios y Jesús y Jesús y Dios, y finalmente se dieron golpes, golpes salvajes, como si alguien estuviera golpear una pared o una persona.

Después de un largo rato, su abuelo volvió a entrar arrastrando los pies en la habitación, empapado hasta los huesos.

Tejiendo, murmurando, susurrando, el anciano se quitó la ropa mojada ante el fuego sin fuego, luego arrojó un periódico sobre las brasas, que ardieron brevemente para mostrar una cara relajándose de la furia al entumecimiento. El anciano encontró y se puso la túnica desechada de Tom. Tom mantuvo los ojos apretados mientras el anciano extendía las manos hacia las llamas menguantes, surcadas de sangre.

"Maldita sea, maldita sea. ¡Ahí!" Se sirvió whisky y se lo bebió de un trago. Parpadeó a Tom y las pinturas en la pared y miró a Tom y las flores en

los jarrones y luego bebió de nuevo. Después de un largo rato, Tom fingió despertarse.

"Son más de las dos. Necesitas descansar, abuelo".

"Descansaré cuando termine de beber. ¡Y de pensar!"

"¿Pensando en qué, abuelo?"

"Ahora mismo", dijo el anciano, sentado en la habitación en penumbra con el vaso en las dos manos y el fuego apagado en el hogar, "recordando a tu querida abuela en junio del año 1902. Y está el pensamiento de tu padre nacido, lo cual está bien, y tú naciste después de él, lo cual está bien. Y está el pensamiento de tu padre muriendo cuando eras joven y la dura vida de tu madre y ella abrazándote demasiado cerca, tal vez, en el La fría vida de mendigo del pedernal Dublín. Y yo en los prados con mi vida laboral, y nosotros juntos solo una vez al mes. El nacer de la gente y la marcha de la gente. Todo esto da la vuelta en la noche de un anciano. Pienso en naciste, Tom, un día feliz. Entonces te veo aquí ahora. Eso es todo".

El anciano guardó silencio y bebió su bebida.

"Abuelo", dijo Tom, por fin, casi como un niño que se acerca sigilosamente para recibir castigos y el perdón de un pecado aún sin nombre, "¿te preocupo?"

"No." Luego el anciano agregó: "Pero qué hará la vida contigo, cómo puedes ser tratado, bueno o malo, me quedo despierto hasta tarde con eso".

El anciano se sentó El joven se quedó con los ojos muy abiertos mirándolo y luego dijo, como si leyera pensamientos:

"Abuelo, estoy feliz".

El anciano se inclinó hacia adelante.

"¿Eres niño?"

"Nunca he sido tan feliz en mi vida, señor".

"¿Sí?" El anciano miró a través del aire sombrío de la habitación, al rostro joven. "Ya veo. Pero, ¿seguirás siendo feliz, Tom?"

"¿Alguien es feliz alguna vez, abuelo? Nada dura, ¿verdad?"

"¡Cállate! ¡Tu abuela y yo, eso duró!"

"No. No fue todo igual, ¿verdad? Los primeros años fueron una cosa, los últimos años otra".

El anciano puso su mano sobre su propia boca y luego se masajeó la cara, cerrando los ojos.

"Dios, sí, tienes razón. Hay dos, no, tres, no, cuatro vidas, para cada uno de nosotros. Ninguna de ellas dura, es seguro. Pero el pensar en ellas sí. Y de las cuatro o cinco o una docena de vidas vives, una es especial. Recuerdo, una vez... ".

La voz del anciano vaciló.

El joven dijo: "¿Una vez, abuelo?" Los ojos del anciano se fijaron en algún lugar en un horizonte del Pasado. No le habló a la habitación ni a Tom ni a nadie. Ni siquiera parecía estar hablando consigo mismo.

"Oh, fue hace mucho tiempo. Cuando entré por primera vez en esta habitación esta noche, sin ninguna razón, extraño, el recuerdo estaba allí. Corrí por la costa de Galway hasta esa semana...". "¿Qué semana, cuándo?"

"Mi duodécimo cumpleaños cayó esa semana en verano, ¡piensa en ello! Victoria todavía reina y yo en una choza de césped cerca de Galway paseando por la orilla en busca de comida para recoger de las mareas, y el clima tan dulce que casi te pones triste con el sabor, porque sabías que pronto desaparecería.

Y en medio de la gran bonanza, por el camino de la orilla, un mediodía llegó esta caravana de caldereros con sus gitanos morenos para acampar junto al mar.

"Había una madre, un padre y una niña en esa caravana, y este niño que vino corriendo solo por el mar, tal vez necesitado de compañía, porque allí estaba yo sin nada que hacer y necesitado de extraños yo mismo.

"Aquí vino corriendo. Y no olvidaré la primera vez que lo vi desde ese día hasta que me arrojaron a la tierra. Él-

"¡Ay, Dios, soy un fracaso con las palabras! Detén todo. Debo ir más atrás.

"Llegó un circo a Dublín. Visité los espectáculos secundarios de cabezas de alfiler y enanos y terribles enanos pequeños y mujeres gordas y hombres esqueléticos. Al ver una multitud en una última exhibición, pensé que esta debía ser la más horrible de todas. Me acerqué para mirar ¡En este terror final! ¿Y qué vi? La multitud se sintió atraída por nada más ni menos que: una niña de unos seis años, tan blanca, tan hermosa, tan blanca como la crema de mejillas, tan azul de ojos, tan dorada. de pelo, tan callada en sus modales que en medio de este holocausto carnoso llamaba la atención. Sin decir nada su grito de belleza detuvo el espectáculo. Todo tenía que venir a ella para recuperarse. Porque era una casa de fieras enfermiza y ella el único dulce y encantador Doc a punto de devolvernos la vida.

"Bueno, esa chica en el espectáculo secundario fue una sorpresa tan maravillosa como este chico que vino corriendo por la playa como un caballo joven.

"No era moreno como sus padres.

"Su cabello era todo rizos dorados y pedazos de sol. Estaba tallado en bronce por la luz, y lo que no era bronce era cobre. Imposible, pero parecía que este niño de doce años, como yo, había nacido en ese Cada día, se veía tan nuevo y fresco, y en su rostro estaban estos ojos marrones brillantes, los

ojos de un animal que ha corrido un largo camino, perseguido, a lo largo de las costas del mundo.

"Él se detuvo y lo primero que me dijo fue una risa. Estaba contento de estar vivo, y lo anunció por el sonido que hizo. Debo haberme reído a mi vez, porque su espíritu se estaba contagiando. Empujó su mano morena. Dudé, hizo un gesto de impaciencia y me agarró la mano.

"Dios mío, después de todos estos años recordé lo que dijimos: '¿No es gracioso?' él dijo.

"No pregunté qué era divertido. Lo sabía. Dijo que su nombre era Jo. Dije que mi nombre era Tim, y allí estábamos, dos niños en la playa y el universo, una buena broma rara entre nosotros".

"Me miró con sus grandes ojos redondos, llenos de cobre, y soltó una carcajada y pensé: ¡Ha masticado heno! Su aliento huele a hierba; y de repente me mareé. El olor me aturdió. Dios mío, pensé, tambaleándome, estoy borracho, ¿y por qué? Le he dado un mordisco a la bebida de papá, pero Dios, ¿qué es esto? ¿Ebrio al mediodía, golpeado por el sol, mareado por qué? ¿El puré dulce atrapado en los dientes de un chico extraño? ¡No, no!

"Entonces Jo me miró directamente y dijo: 'No hay mucho tiempo'.

"'¿Cuánto tiempo?'", pregunté.

"'Por qué', dijo Jo, 'para que seamos amigos. Lo somos, ¿no?'

"Él respiró el olor de los campos segados sobre mí.

"¡Dios mío, quise llorar, sí! Y casi me caigo, pero retrocedo tambaleándome como si me hubiera pegado el golpe de un amigo Y mi boca se abrió y se cerró y dije: '¿Por qué hay tan poco tiempo?'

" 'Porque', dijo Jo, 'solo estaremos aquí seis días, siete como máximo, luego bajaremos y rodearemos Eire. Nunca te volveré a ver en mi vida. Así que tendremos que empacar muchas cosas en unos pocos días, ¿verdad, Tim?

"'¿Seis días? ¡Eso no es tiempo en absoluto!' Protesté y me pregunté por qué me encontraba repentinamente destruido, abandonado en la orilla sin nada. Una cosa no había comenzado, pero ya me apenaba después de su muerte.

"'Un día aquí, una semana allí, un mes en otro lugar', dijo Jo. 'Debo vivir muy rápido, Tim. No tengo amigos que me duren. Solo lo que recuerdo. Así que, donde quiera que vaya, le digo a mis amigos nuevos, rápido, haz esto, haz aquello, hagamos muchos acontecimientos, una larga lista, para que cuando me haya ido te acuerdes de mí, y yo de ti, y digas: eso fue un amigo. '

"Y Jo me marcó y corrió.

"Corrí tras él, riéndome, porque ¿no fue una tontería ir detrás de un chico extraño desconocido cinco minutos antes? Debimos haber corrido una milla por esa larga playa de verano antes de que me dejara atraparlo. Pensé que

podría golpearlo". ¡Por haberme hecho correr tan lejos por nada, por algo, por Dios sabía qué! Pero cuando caímos al suelo y lo inmovilicé, todo lo que hizo fue lanzar su aliento de una sola vez hacia mí, una respiración, y salté. y sacudí la cabeza y me quedé sentado mirándolo, como si hubiera metido las manos mojadas en un enchufe abierto Se rió al verme caer, al verme correr y sentarme maravillado. 'Oh, Tim', dijo, seremos amigos.

Luego, rugimos de nuevo hasta que la tierra se levantó y nos golpeó la espalda. Nos encontramos tendidos con dulce hilaridad, los ojos apretados, aferrados al temblor del otro, y la risa saltó libre como una trucha plateada tras otra. Dios, me bañé en su risa como él se bañó en la mía, hasta quedarnos débiles como si el amor nos hubiera puesto al degüello y al agotamiento. Jadeamos entonces como cachorros en un caluroso verano, vacíos de risa y adormecidos por la amistad. Y el clima de esa semana fue azul y dorado, sin nubes, sin lluvia y un viento que olía a manzanas, pero no, solo el aliento salvaje de ese niño. Me bañé en su risa como él se bañó en la mía, hasta debilitarnos como si el amor nos hubiera puesto a la matanza y al agotamiento. Jadeamos entonces como cachorros en un caluroso verano, vacíos de risa y adormecidos por la amistad. Y el clima de esa semana fue azul y dorado, sin nubes, sin lluvia y un viento que olía a manzanas, pero no, solo el aliento salvaje de ese niño. Me bañé en su risa como él se bañó en la mía, hasta debilitarnos como si el amor nos hubiera puesto a la matanza y al agotamiento. Jadeamos entonces como cachorros en un caluroso verano, vacíos de risa y adormecidos por la amistad. Y el clima de esa semana fue azul y dorado, sin nubes, sin lluvia y un viento que olía a manzanas, pero no, solo el aliento salvaje de ese niño.

"Pasó por mi mente, mucho después, si alguna vez un anciano pudiera bañarse de nuevo en esa fuente de verano, el salvaje chorro de aire que brotaba de sus fosas nasales y jadeaba de su boca, bueno, uno podría pelar una veintena de años, uno siendo joven, ¿cómo podría resistir la carne?

"Pero la risa se ha ido y el niño se ha convertido en un hombre perdido en algún lugar del mundo, y aquí estoy dos vidas después, hablando de eso por primera vez. Porque ¿quién estaba allí para decirlo? Desde la semana de mi duodécimo cumpleaños, y el regalo de amistad, a este, a quien le hablo de esa orilla y de ese verano y los dos caminando enredados en nuestros brazos y vidas y vida tan perfecta como la letra o, un maldito gran circulo de clima raro, linda charla, y nosotros seguros de que viviríamos para siempre, nunca moriríamos y seríamos buenos amigos.

"Y al final de la semana, se fue. "Era sabio para sus años. No dijo adiós. De repente, el carro del calderero se había ido.

"Grité a lo largo de la orilla. A lo lejos, vi la caravana pasar por una

colina. Pero entonces su sabiduría me habló. No atrapes. Suéltalo. Llora ahora, dijo mi propia sabiduría. Y lloré.

¿Por qué vuelve su rostro a la orilla junto al mar? ¿Por qué nos veo caer de nuevo y la tierra se eleva para llevarse a los jóvenes caballos salvajes enloquecidos por demasiada hierba dulce en una línea de días que nunca terminan?

El anciano guardó silencio. Después de un momento, agregó: "La mejor parte de la sabiduría, dicen, es lo que no se dice. No diré más. Ni siquiera sé por qué he dicho todo esto".

Tom yacía en la oscuridad. "Lo sé."

"¿Tú, muchacho?" preguntó el anciano. "Bueno, dime. Algún día".

"Algún día", dijo Tom. "Lo haré."

Escucharon el toque de la lluvia en las ventanas.

"¿Eres feliz, Tom?"

"Usted preguntó eso antes, señor."

"Pregunto de nuevo. ¿Eres feliz?"

"Sí."

Silencio.

"¿Es verano en la orilla, Tom? ¿Son los siete días mágicos? ¿Estás borracho?"

Tom no respondió durante un largo rato, y luego no dijo nada más que "abuelo", y luego movió la cabeza una vez en un gesto de asentimiento.

El anciano yacía en la silla. Podría haber dicho, esto pasará. Podría haber dicho, no durará. Podría haber dicho muchas cosas. En su lugar, dijo: "¿Tom?"

"¿Señor?"

"¡Ay, Jesús!" gritó el anciano de repente. "¡Cristo, Dios Todopoderoso! ¡Maldita sea!" Entonces el anciano se detuvo y su respiración se calmó. "Listo. Si es una noche maníaca. Tuve que dejar escapar un último grito, solo tenía que hacerlo, chico".

Y por fin se durmieron, con la lluvia cayendo rápidamente.

Con las primeras luces del alba, el anciano se vistió con cuidadosa tranquilidad, recogió su maleta y se inclinó para tocar la mejilla del joven dormido con la palma de una mano.

"Tom, adiós", susurró.

Bajando por la oscura escalera hacia la lluvia que golpeaba constantemente, encontró al amigo de Tom esperando al pie de la escalera.

"¡Frank! ¿No has estado aquí toda la noche?"

"No, no, Sr. Kelly", dijo Frank, rápidamente. "Me quedé en casa de un amigo".

El anciano se volvió para mirar hacia la oscura escalera como si pudiera ver la habitación y a Tom durmiendo en ella.

"¡Gah. . . !" Algo casi un gruñido se agitó en su garganta y se calmó. Se movió con inquietud y volvió a mirar hacia abajo, hacia el amanecer que se encendía en el rostro de este joven, este que había pintado un cuadro que colgaba sobre la chimenea en la habitación de arriba.

"La maldita noche ha terminado", dijo el anciano. "Así que si te haces a un lado—"

"Señor."

El anciano dio un paso hacia abajo y estalló:

"¡Escucha! Si lastimas a Tom, de alguna manera, ¡Dios mío, te romperé la rodilla! ¿Oyes?"

Frank le tendió la mano. "No te preocupes."

El anciano miró la mano como si nunca antes hubiera visto una. Él suspiró. •

"Ah, maldita sea, Frank, el amigo de Tom, tan joven eres destrucción a los ojos. ¡Fuera!"

Se dieron la mano.

"Jesús, eso es un agarre fuerte", dijo el anciano, sorprendido.

Luego desapareció, como si la lluvia lo hubiera empujado en su propia carrera multitudinaria.

El joven cerró la puerta de arriba y se quedó un momento mirando la figura sobre la cama y finalmente se acercó y, como por instinto, puso su mano en el mismo lugar exacto donde el anciano había impreso su mano para decir adiós, no cinco. minutos antes Tocó la mejilla de verano.

En su sueño, Tom sonrió con la sonrisa del padre de su padre y llamó al anciano, sumido en un sueño, por su nombre.

Lo llamó dos veces.

Y luego se durmió tranquilamente.

# Querido Adolf

Estaban esperando a que saliera. Estaba sentado dentro del pequeño café bávaro con vista a las montañas, bebiendo cerveza, y había estado allí desde el mediodía y ahora eran las dos y media, un almuerzo largo y mucha cerveza, y podían ver por la forma en que él se sostuvo la cabeza y se rió y levantó una jarra más con la espuma ondeando en la brisa primaveral que ahora estaba de muy buen humor, y en la mesa con él los otros dos hombres estaban haciendo todo lo posible para mantenerse al día, pero se habían quedado atrás. .

En ocasiones, sus voces flotaban en el viento, y luego la pequeña multitud que esperaba en el estacionamiento se inclinó para escuchar. ¿Qué estaba diciendo? ¿Y ahora qué?

"Simplemente dijo que el tiroteo iba bien".

"¡¿Que donde?!"

"Tonto. La película, la película está rodando bien".

"¿Es el director sentado con él?"

"Sí. Y el otro infeliz es el productor".

"No parece un productor".

"¡Con razón! Le han cambiado la nariz".

"Y él, ¿no parece real?"

"Al pelo ya los dientes".

Y de nuevo todos se inclinaron para mirar a los tres hombres, al hombre que no parecía un productor, al tímido director que seguía mirando a la multitud y encorvado con la cabeza entre los hombros, cerrando los ojos, y el hombre entre ellos, el hombre del uniforme con la esvástica en el brazo, y la fina gorra militar puesta sobre la mesa junto a la comida casi intacta, porque estaba hablando, no, dando un discurso.

"¡Ese es el Führer, de acuerdo!"

"Dios del cielo, es como si no hubiera pasado el tiempo. No creo que esto sea 1973. De repente es 1934 otra vez, cuando lo vi por primera vez".

"¿Dónde?"

"El Rally de Nuremberg, el estadio, eso fue el otoño, sí, y yo tenía trece años y formaba parte de la Juventud y cien mil soldados y jóvenes en ese gran lugar esa tarde antes de que se encendieran las antorchas. Tantas bandas, tantos tantas banderas, tantos latidos, sí, te digo, podía oír cien mil corazones latiendo, todos estábamos tan enamorados, había bajado de las nubes, los dioses lo habían enviado, lo sabíamos, y el el tiempo de espera había terminado, de aquí en adelante podíamos actuar, no había nada que él no pudiera ayudarnos a hacer".

"Me pregunto cómo se siente ese actor allí, interpretándolo".

"Sh, él te escucha. Mira, te saluda. Saluda de vuelta".

"Cállate", dijo alguien más. Están hablando de nuevo. Quiero oír...

La multitud se calló. Los hombres y mujeres se inclinaron hacia el suave viento primaveral. Las voces se alejaron de la mesa del café.

Una camarera doncella con las mejillas sonrojadas y los ojos tan brillantes como el fuego estaba sirviendo cerveza.

"¡Más cerveza!" —dijo el hombre del bigote de cepillo de dientes y el cabello peinado hacia adelante en el lado izquierdo de la frente.

"No, gracias", dijo el director.

"No, no", dijo el productor.

"¡Más cerveza! Es un día espléndido", dijo Adolf. "Un brindis por la película, por nosotros, por mí. ¡Bebe!"

Los otros dos hombres pusieron sus manos sobre sus vasos de cerveza.

"A la película", dijo el productor.

"Para mi querido Adolf". La voz del director era plana.

El hombre del uniforme se puso rígido.

—No me considero a mí mismo... —vaciló—, a él como amado.

"Era un encanto, de acuerdo, y tú eres una muñeca". El director bebió su bebida. "¿A alguien le importa si me emborracho?"

"Estar borracho no está permitido", dijo Der Führer.

"¿Dónde dice eso en el guion?"

El productor pateó al director debajo de la mesa.

"¿Cuántas semanas más de trabajo crees que tenemos?" preguntó el productor, con gran cortesía.

"Supongo que deberíamos terminar la película", dijo el director, tomando grandes tragos, "sobre la muerte de Hindenburg, o la bolsa de gas de Hindenburg que se incendia en Lakehurst, Nueva Jersey, lo que ocurra primero".

Adolf Hitler se inclinó sobre su plato y empezó a comer rápidamente, mordiendo la carne y las patatas en silencio.

El productor suspiró pesadamente. El director, empujado por esto, calmó las aguas. "Otras tres semanas deberíamos ver la obra maestra en la lata, y nosotros navegando a casa en el Titanic, allí para chocar con los críticos judíos y bajar valientemente cantando 'Deutschland Uber Mies'".

De repente, los tres se pusieron voraces y mordieron, mordieron y masticaron su comida, y la brisa primaveral sopló suavemente, y la multitud esperaba afuera.

Por fin, Der Fuhrer se detuvo, tomó otro sorbo de cerveza y se recostó en su silla, tocándose el bigote con el dedo meñique.

"Nada puede provocarme en un día como este. Las prisas de anoche

fueron tan hermosas. El casting para esta película, ¡ah! Encuentro a Goring increíble. ¿Goebbels? ¡Perfección!" La luz del sol deslumbró el rostro de Der Fuhrer. "Entonces. Entonces, estaba pensando anoche, aquí estoy en Bavaria, yo, un ario puro-"

Ambos hombres se estremecieron levemente y esperaron.

—… hacer una película —prosiguió Hitler, riendo suavemente— con un judío de Nueva York y un judío de Hollywood. Muy divertido.

"No me divierte", dijo el director, a la ligera.

El productor le lanzó una mirada que decía: la película aún no está terminada. Cuidadoso.

"Y estaba pensando, ¿no sería divertido...". Aquí Der Fuhrer se detuvo para tomar un gran trago, "... para tomar otro... ah... ¿Rally de Nuremberg?"

"¿Te refieres a la película, por supuesto?"

El director miró a Hitler. Hitler examinó la textura de la espuma de su cerveza.

"Dios mío", dijo el productor, "¿sabes cuánto costaría reproducir el Rally de Nuremberg? ¿Cuánto le costó a Hitler el original, Marc?"

Parpadeó a su director, quien dijo: "Un paquete. Pero tenía muchos extras gratis, por supuesto".

"¡Por supuesto! El Ejército, las Juventudes Hitlerianas".

"Sí, sí", dijo Hitler. "Pero piensa en la publicidad, ¿en todo el mundo? Vayamos a Nuremberg, ¿eh, y filmemos mi avión, eh, y yo bajando de las nubes? Antorchas. Ellos recuerdan. Yo recuerdo. Sostuve una antorcha en ese estadio. Dios mío, fue hermoso. Y ahora, ahora tengo exactamente la edad que tenía Hitler cuando estaba en su mejor momento".

"Él nunca estuvo en su mejor momento", dijo el director. A menos que te refieras a carne colgada.

Hitler dejó su vaso. Sus mejillas se pusieron muy rojas. Luego forzó una sonrisa para ensanchar sus labios y cambiar el color de su rostro. "Eso es una broma, por supuesto".

"Una broma", dijo el productor, jugando al ventrílocuo de su amigo.

"Estaba pensando", continuó Hitler, sus ojos en las nubes de nuevo, viéndolo todo, en otro año. "Si lo rodáramos el mes que viene, con buen tiempo. ¡Piensa en todos los turistas que vendrían a ver el rodaje!".

"Sí. Bormann podría incluso regresar de Argentina".

El productor lanzó otra mirada a su director.

Hitler se aclaró la garganta y forzó las palabras: "En cuanto a los gastos, si tomas un pequeño anuncio, ¡cuidado! En los periódicos de Nuremberg una semana antes, tendrías un ejército de personas allí como extras a cincuenta centavos al día". día, no, un cuarto, no, gratis!

Der Fuhrer vació su jarra y pidió otra. La camarera se apresuró a rellenar. Hitler estudió a sus dos amigos.

"Sabes", dijo el director, sentándose, sus propios ojos tomando una especie de fuego vicioso, enseñando los dientes mientras se inclinaba hacia adelante, "hay una especie de gracia idiota en ti, una especie de ingenio asesino, una especie de estilo medio idiota. De vez en cuando vienes goteando una baba sensacional que brilla y apesta al sol, buster. Archie, escúchalo. Der Fuhrer acaba de tener una gran evacuación intestinal. ¡Arrastra a los astrólogos! palomas y robarles las entrañas. Léame las hojas de lanzamiento.

El director se puso en pie de un salto y empezó a caminar.

"¡Ese anuncio en el periódico, y todos los baúles en Nuremberg se abren de par en par! ¡Viejos uniformes salen para cubrir vientres gordos! ¡Viejos brazaletes salen para adaptarse a brazos flácidos! cabezas gordas!"

"No me sentaré aquí" gritó Hitler.

Empezó a levantarse pero el productor tiraba de su brazo y el director tenía un cuchillo en el corazón: el dedo índice, apuñalando con fuerza.

"Sentarse."

La cara del director flotaba a cinco centímetros de la nariz de Hitler. Hitler se hundió lentamente hacia atrás, con las mejillas sudorosas.

"Dios, eres un genio", dijo el director. "Jesús, tu gente aparecía. No los jóvenes, no, sino los viejos. Toda la juventud de Hitler, tu edad ahora, esas bolsas de tripas seniles gritando 'Sieg Heil', saludando, encendiendo antorchas al atardecer, marchando alrededor del estadio llorando a ciegas".

El director se desvió hacia su productor.

"Te digo, Arch, este Hitler aquí tiene cerebros de pantoque, ¡pero esta vez está en el blanco! Si no empujamos el Rally de Nuremberg en esta película, renuncio. Lo digo en serio. Simplemente me iré y dejaré que Adolf aquí se haga cargo". y dirigir la maldita cosa él mismo! Se acabó el discurso.

Él se sentó.

Tanto el productor como Der Fuhrer parecían estar en estado de shock.

"Pídeme otra maldita cerveza", espetó el director.

Hitler respiró hondo, arrojó el cuchillo y el tenedor y empujó la silla hacia atrás.

¡Yo no parto el pan con gente como tú!

"Vaya, perro faldero lamebotas hijo de puta", dijo el director. "Sostendré la taza y tú lamerás. Toma". El director agarró la cerveza y la empujó debajo de la nariz de Der Fuhrer. La multitud, más allá, jadeó y casi se levantó. Hitler puso los ojos en blanco, porque el director lo había agarrado por la parte delantera de su túnica y lo estaba tirando hacia adelante.

"¡Lame! ¡Bebe la inmundicia de Qerman! ¡Bebe, escoria!"

"Chicos, chicos", dijo el productor.

"¡Muchachos, porquería! ¿Saben lo que este canalla, este orinal nazi, ha estado pensando, sentado aquí, Archibald, y bebiendo su cerveza? ¡Hoy Europa, mañana el mundo!"

—¡No, no, Marc!

"No, no", dijo Hitler, mirando fijamente el puño que apretaba la tela de su uniforme. "Los botones, los botones—"

“Están sueltos en tu túnica y dentro de tu cabeza, gusano. ¡Mundo! Prepara esta película, él será el protagonista principal. Bájalo de las nubes, dentro de un mes. Bandas de música. Luz de antorchas. Trae de vuelta a Leni Reifenstahl para que nos muestre cómo filmó el Rally en el '34. La dama de Hitler - amigo director. Cincuenta cámaras usó, cincuenta usó, por Dios, para poner en fila a todas las migajas alemanas y vomitar mentiras, y Hitler en su cuero crujiente y Corneando inundado en su grasa, y Goebbels haciendo su caminata de mono herido, los tres supermaricones de la historia se masturban en el estadio al anochecer, hacen que todo vuelva a suceder, con este cabrón al frente, y ¿sabes qué? ¿Está pasando por su pequeña mente de cementerio detrás de sus ojos hinchados en este mismo momento?

"Marc, Marc", susurró el productor, con los ojos cerrados, rechinando los dientes. "Siéntate. Todo el mundo ve".

"¡Déjalos ver! ¡Despierta, tú! ¡No me cierres los ojos a mí también! He cerrado los ojos sobre ti durante días, inmundicia. Ahora quiero un poco de atención. Toma".

Derramó cerveza en la cara de Hitler, lo que hizo que sus ojos se abrieran de par en par y sus ojos rodaran una vez más, mientras la apoplejía le quemaba las mejillas.

La multitud, más allá, siseó en su aliento.

El director, al oírlos, los miró con lascivia.

"Vaya, esto es divertido. No saben si entrar o no, no saben si eres real o no, y yo tampoco. Mañana, bastardo bilgy, realmente sueñas con convertirte en Der Fuhrer. "

Lavó la cara del hombre con más cerveza.

El productor se había dado la vuelta en su silla ahora y estaba limpiando frenéticamente algunas migas de pan imaginarias en su corbata. -Marc, por el amor de Dios...

"No, no, en serio, Archibald. Este tipo piensa que, porque se pone un uniforme de diez centavos y hace de Hitler durante cuatro semanas con un buen sueldo, que si en realidad organizamos el Rally, ¿por qué Cristo? La historia retrocedería, oh, retrocedería". "Tiempo, tiempo en tu huida, conviérteme en un estúpido nazi asador de judíos otra vez por esta noche.

¿Puedes verlo, Arch, estos piojos caminando hacia los micrófonos y gritando y la multitud gritando de vuelta, y él realmente tratando de tomar el control?" como si Roosevelt aún viviera y Churchill no tuviera seis pies de profundidad, y todo se podía perder o ganar de nuevo, pero principalmente ganar, porque esta vez no se detendrían en el Canal sino que simplemente cruzarían, más o menos. millones de niños alemanes muertos, y pisotear Inglaterra y pisotear América, ¿no es eso lo que está pasando dentro de tu pequeño cráneo ario, Adolf? ¿No es así?

Hitler se amordazó y siseó. Su lengua sobresalió. Por fin se liberó de un tirón y explotó:

"¡Sí! ¡Sí, maldito seas! ¡Maldito, hornee y queme! ¡Te atreves a poner las manos sobre Der Fuhrerl The Rally! ¡Sí! ¡Debe estar en la película! ¡Debemos hacerlo de nuevo! ¡El avión! ¡El aterrizaje! ¡El largo viaje en coche!" por las calles. Las chicas rubias. Los adorables chicos rubios. El estadio. ¡Leni Reifenstahl! Y de todos los baúles, en todos los desvanes, una plaga negra de brazaletes volando en el crepúsculo, volando para asaltar, golpeando para llevarse la victoria. Sí, sí, yo, Der Fuhrer, ¡estaré presente en ese mitin y dictaré los términos! Yo—yo—"

Estaba de pie ahora.

La multitud, más allá en el estacionamiento, gritó.

Hitler se volvió y les dio un saludo.

El director apuntó con cuidado y asestó un puñetazo en la nariz del alemán.

Después de eso llegó la multitud, chillando, gritando, empujando, empujando, cayendo.

Condujeron al hospital a las cuatro de la tarde siguiente.

Desplomado, el viejo productor suspiró, con las manos sobre los ojos. "¿Por qué, por qué, por qué vamos al hospital? ¿Para visitar a ese—monstruo?"

El director asintió.

El anciano gimió. "Mundo loco. Gente loca. Nunca vi tanto morder, patear, morder. Esa mafia casi te mata".

El director se humedeció los labios hinchados y se tocó el ojo izquierdo medio cerrado con un dedo sondeador. "Estoy bien. Lo importante es que golpeé a Adolf, oh, cómo lo golpeé. Y ahora—" Miró tranquilamente al frente. "Creo que voy al hospital a terminar el trabajo".

"¿Terminar, terminar?" El anciano lo miró fijamente.

"Finalizar." El director hizo girar lentamente el coche en una esquina. "Recuerda los años veinte, Arch, cuando a Hitler le disparaban en la calle y no le pegaban, o lo golpeaban en la calle, y nadie lo golpeaba para siempre, o

salía de una cervecería diez minutos antes de que estallara una bomba, o estaba en esa La cabaña de los oficiales en 1944 y la bomba del maletín explotó y eso no lo atrapó. Siempre la vida encantada. Siempre salía de debajo de la roca. Bueno, Archie, no más encantamientos, no más escapes. Estoy caminando en eso. hospital para asegurarse de que cuando salga ese extra medio idiota y haya una multitud de krauts para saludarlo, esté caminando herido, un soprano permanente. No trates de detenerme, Arch.

"¿Quién se detiene? Dale uno por mí".

Se detuvieron frente al hospital justo a tiempo para ver a uno de los asistentes de producción del estudio bajar corriendo las escaleras, con el pelo alborotado, los ojos aún más salvajes, gritando.

"Cristo", dijo el director. "Te apuesto cuarenta a uno, nuestra suerte se ha acabado de nuevo. Te apuesto que ese tipo que corre hacia nosotros dice-"

"¡Secuestrado! ¡Desaparecido!" el hombre gritó. ¡Se han llevado a Adolf!

"Hijo de puta."

Rodearon la cama de hospital vacía; lo tocaron.

Una enfermera estaba de pie en un rincón retorciéndose las manos. El asistente de producción balbuceó.

Eran tres hombres, tres hombres, tres hombres.

"Callarse la boca." El director estaba cegado por la simple mirada de las sábanas blancas. "¿Lo obligaron o se fue callado?"

“No sé, no puedo decir, sí, estaba haciendo discursos, haciendo discursos mientras lo sacaban”.

"¿Haciendo discursos?" —exclamó el viejo productor, golpeándose la cabeza calva—. Cristo, con el restaurante demandándonos por mesas rotas, y Hitler tal vez demandándonos por…

"Esperar." El director se acercó y fijó la mirada fija en el asistente de producción. —¿Tres hombres, dices?

"Tres, sí, tres, tres, tres, oh, tres hombres".

Una pequeña bombilla de cuarenta vatios se encendió en la cabeza del director.

"¿Tenía, ah, un hombre tenía una cara cuadrada, una buena mandíbula, cejas pobladas?"

"¡Por qué?, si!"

"¿Era un hombre bajo y flaco como un chimpancé?"

"¡Sí!"

"¿Era un hombre grande, quiero decir, gordo y descuidado?"

"¿Como supiste?"

El productor parpadeó hacia ambos. "¿Qué pasa? ¿Qué—"

"Lo estúpido atrae a lo estúpido. La astucia animal llama a la astucia del

burro risueño. ¡Vamos, Arch!"

"¿Dónde?" El anciano se quedó mirando la cama vacía como si Adolf pudiera materializarse allí en cualquier momento.

"¡La parte trasera de mi auto, rápido!"

De la parte trasera del coche, en la calle, el director sacó una guía de cine alemán. Hojeó a los actores de carácter. "Aquí."

El anciano miró. Una bombilla de cuarenta vatios se encendió en su cabeza.

El director hojeó más páginas. Y aquí. Y, finalmente, aquí.

Ahora estaban parados en el viento frío fuera del hospital y dejaron que la brisa pasara las páginas mientras leían los pies de foto debajo de las fotografías.

"Goebbels", susurró el anciano.

"Un actor llamado Rudy Steihl".

"Corneador."

"Un hambone llamado Grof e."

"Hess".

"Fritz Dingle".

El anciano cerró el libro y lloró a los ecos.

"¡Hijo de puta!"

"Más fuerte y más divertido, Arch. Más divertido y más fuerte".

"¿Quieres decir que en este momento, en algún lugar de la ciudad, tres tontos actores sin trabajo tienen a Adolf escondido, tal vez retenido para pedir rescate? ¿Y lo pagamos?"

"¿Queremos terminar la película, Arch?"

"Dios, no sé, ya hay tanto dinero, tiempo y…" El anciano se estremeció y puso los ojos en blanco. ¿Y si... quiero decir... y si no quieren rescate?

El director asintió y sonrió. "¿Quieres decir, qué pasa si este es el verdadero comienzo del Cuarto Reich?"

Todo el cacahuete quebradizo de Alemania podría meterse en sacos y aparecer si supieran que...

"Steihl, Grofe y Dingle, es decir, Goebbels, Goring y Hess, ¿volvieron a montar con el idiota de Adolf?"

"¡Loco, horrible, loco! ¡No podía pasar!"

"Nadie iba a obstruir el Canal de Suez. Nadie iba a aterrizar en la Luna. Nadie".

"¿Qué hacemos? Esta espera es horrible. ¡Piensa en algo, Marc, piensa, piensa!"

"Estoy pensando."

"Y-"

Esta vez, una bombilla de cien vatios se encendió en la cara del director. Aspiró aire y dejó escapar una gran carcajada.

"¡Voy a ayudarlos a organizarse y hablar, Arch! Soy un genio. ¡Dame la mano!"

Agarró la mano del anciano y la apretó, llorando de hilaridad, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

"¿Tú, Marc, de su lado, ayudando desde el Cuarto Reich?"

El anciano retrocedió.

"No me pegues, ayúdame. Piensa, Arch, piensa. ¿Qué fue lo que dijo Darling Adolf en el almuerzo, y al diablo con el gasto! ¿Qué, qué?"

El anciano tomó aliento, lo contuvo, lo expulsó, con una última luz resplandeciendo en su rostro.

"¿Núremberg?" preguntó.

"¡Nuremberg! ¿Qué mes es este, Arch?"

"¡Octubre!"

"¡Octubre! Octubre, hace cuarenta años, octubre, el gran, gran Rally de Nuremberg. Y este próximo viernes, Arco, un Rally de Aniversario. Ponemos un anuncio en la edición internacional de Variety: rally en Nuremberg, antorchas, bandas, banderas. Cristo, no podrá mantenerse alejado. ¡Le dispararía a sus secuestradores para estar allí y desempeñar el papel más importante en su vida!

"Marc, no podemos permitirnos..."

"¿Quinientos cuarenta y ocho dólares? ¿Por el anuncio más las antorchas más una banda militar completa en un disco fonográfico? Demonios, Arch, pásame ese teléfono".

El anciano sacó un teléfono del asiento delantero de su limusina.

"Hijo de puta", susurró.

"Sí." El director sonrió y marcó el teléfono. "Hijo de puta."

El sol se estaba poniendo más allá del borde del estadio de Nuremberg. El cielo estaba ensangrentado en todo el horizonte occidental. En otra media hora At estaría completamente oscuro y no serías capaz de ver la pequeña plataforma en el centro de la arena, o las pocas banderas oscuras con las esvásticas colocadas en postes temporales aquí o allá haciendo un camino desde un lado del estadio al otro. Se escuchó el sonido de una multitud reunida, pero el lugar estaba vacío. Había un débil tambor de música de banda, pero no había banda.

Sentado en la primera fila en el lado este del estadio, el director esperaba, con las manos en los controles de una unidad de sonido. Llevaba dos horas esperando y se estaba cansando y sintiendo como un tonto. Podía escuchar al anciano decir:

"Vámonos a casa. Idiota. No vendrá".

Y él mismo diciendo: "Él lo hará. Él debe hacerlo", pero no creyéndolo.

Tenía los registros esperando en su regazo. De vez en cuando probó uno, en silencio, en el tocadiscos, y luego los ruidos de la multitud provenían de los cuernos de lirio que se alzaban en ambos extremos de la arena, murmurando, o la banda tocaba, no en voz alta, no, eso sería más tarde, pero muy suavemente. . Luego esperó de nuevo.

El sol se hundió más. La sangre corría carmesí en las nubes. El director trató de no darse cuenta. Odiaba las flagrantes ironías de la naturaleza.

El anciano se movió débilmente por fin y miró a su alrededor.

"Así que este era el lugar. Realmente lo era, allá por 1934".

"Esto fue todo. Sí".

"Recuerdo las películas. Sí, sí. Hitler estaba... ¿qué? ¿Allí?"

"Eso fue todo."

"Y todos los niños y hombres allí abajo y las niñas allí, y cincuenta cámaras".

"Cincuenta, cuéntalos, cincuenta. Jesús, me hubiera gustado estar aquí con las antorchas y las banderas y la gente y las cámaras".

"Marc, Marc, ¿no lo dices en serio?"

"¡Sí, Arch, claro! Así que podría haber corrido hacia Darling Adolf y haberle hecho lo que le hice a ese cerdo-puerco actor medio culo. Golpearlo en la nariz, luego golpearlo en los dientes, luego golpearlo en los blinis"! ¿Lo entendiste, Leni? ¡Acción! ¡Cámara Swotl! ¡Bam! Aquí hay una para Izzie. Aquí hay una para Ike. ¿Las cámaras funcionan, Leni? Bien. ¡Zotl Print!"

Se quedaron mirando hacia abajo, hacia el estadio vacío, donde el viento arrastraba unos cuantos periódicos como fantasmas sobre el vasto suelo de hormigón.

Entonces, de repente, jadearon.

Muy arriba, en lo más alto del estadio, había aparecido una pequeña figura.

El director se aceleró, se incorporó a medias y luego se obligó a volver a sentarse.

La pequeña figura, contra las últimas luces del día, parecía tener dificultades para caminar. Se inclinó hacia un lado y sostuvo un brazo contra su costado, como un pájaro herido.

La figura vaciló, esperó.

"Vamos", susurró el director.

La figura se volvió y estaba a punto de huir.

—¡Adolf, no! siseó el director.

Instintivamente, movió una de sus manos a la platina de efectos de

sonido, su otra mano a la música.

La banda militar comenzó a tocar suavemente.

La "multitud" comenzó a murmurar y agitarse.

Adolf, muy arriba, se congeló.

La música sonaba más alta. El director tocó una perilla de control. La multitud murmuró más fuerte.

Adolf se volvió para escudriñar el estadio medio visto. Ahora debe estar viendo las banderas. Y ahora las pocas antorchas. Y ahora la plataforma de espera con los micrófonos, ¡dos docenas de ellos! uno de ellos real.

La banda se presentó con los metales completos.

Adolf dio un paso adelante.

La multitud rugió.

Cristo, pensó el director, mirándose las manos, que ahora eran de repente puños duros y ahora de nuevo solo dedos saltando sobre los controles, todo para sí mismos. Cristo, ¿qué hago con él cuando lo baje aquí? ¿Que qué?

Y entonces, igual de locamente, vino el pensamiento. Crudo. Eres un director. Y ese es él. Y esto es Núremberg.

¿Entonces ...?

Adolf bajó un segundo escalón. Lentamente su mano se levantó en un rígido saludo.

La multitud se volvió loca.

Adolf nunca se detuvo después de eso. Cojeaba, intentaba marchar con pompa, pero el caso era que bajaba cojeando los cientos de escalones hasta llegar al suelo del estadio. Allí se enderezó la gorra, se cepilló la túnica, volvió a saludar al rugiente vacío y atravesó cojeando doscientos metros de terreno vacío hacia la plataforma de espera.

La multitud mantuvo su tumulto. La banda respondió con un gran latido de metales y tambores.

Darling Adolf pasó a seis metros de las gradas inferiores donde el director estaba sentado jugueteando con los diales de la grabadora. El director se agachó. Pero no había necesidad. Convocado por los "Sieg Heils" y la fanfarria de trompetas y metales, Der Führer fue inevitablemente atraído hacia ese estrado donde lo esperaba el destino. Ahora caminaba más alto y aunque su uniforme estaba arrugado y el emblema de la esvástica roto, y su bigote apolillado y su cabello revuelto, era el viejo Líder, era él.

El viejo productor se enderezó y observó. Él susurró. El Señaló.

Muy por encima, en lo alto del estadio, habían aparecido tres hombres más.

Dios mío, pensó el director, ese es el equipo. Los hombres que agarraron a Adolf.

Un hombre con cejas pobladas, un hombre gordo y un hombre como un chimpancé herido.

Jesús. El director parpadeó. Goebbels. Corneador. Hess. Tres actores en libertad. Tres mediocres secuestradores mirando fijamente...

Adolf Hitler trepando al pequeño podio junto a los micrófonos falsos y el real bajo las antorchas que florecían y florecían y chisporroteaban y humeaban en el viento frío de octubre bajo la ramita de cuernos de lirio que se elevaba en cuatro direcciones.

Adolf levantó la barbilla. Eso lo hizo. La multitud se volvió completamente loca. Es decir, la mano del director, al sentir el hambre, enloqueció, subió el volumen al máximo para que el aire se partiera, rasgara y destrozara una y otra y otra vez con "Sieg Heil, Sieg Heil, Sieg Heill".

Arriba, en lo alto del borde del estadio, las tres figuras observantes levantaron los brazos en saludo a su Führer.

Adolf bajó la barbilla. Los sonidos de la multitud se desvanecieron. Sólo susurraban las llamas de las antorchas.

Adolf pronunció su discurso.

Debe haber gritado y cantado y rebuznado y farfullado y susurrado con voz ronca y se retorció las manos y golpeó el podio con el puño y lanzó el puño al cielo y cerró los ojos y chilló como una trompeta destripada durante diez minutos, veinte minutos, medio minuto. hora cuando el sol se desvanecía más allá de la tierra y los otros tres hombres en el borde del estadio miraban y escuchaban y el productor y el director esperaban y miraban. Gritó cosas sobre el mundo entero y gritó cosas sobre Alemania y chilló cosas sobre sí mismo y maldijo esto y culpó a aquello y elogió aún a un tercero, hasta que por fin comenzó a repetir, y repetir las mismas palabras una y otra vez como si había llegado al final de un disco dentro de sí mismo y la aguja estaba sujeta a una pista circular que silbaba e hipaba, hipaba y silbaba, y luego se desvaneció por fin en un silencio en el que solo se podía escuchar su respiración pesada, que finalmente se convirtió en un sollozo y él se quedó con la cabeza inclinada mientras los demás ahora no podían mirarlo, solo miraban sus zapatos o el cielo. o la forma en que el viento soplaba polvo por el campo. Las banderas ondearon. La única antorcha se dobló, se levantó y se retorció de nuevo y habló por lo bajo.

Por fin, Adolf levantó la cabeza para terminar su discurso.

Ahora debo hablar de ellos.

Señaló con la cabeza hacia la parte superior del estadio donde los tres hombres estaban de pie contra el cielo.

"Están locos. Yo también estoy loco. Pero al menos sé que estoy loco. Les dije: locos, estáis locos. Locos, estáis locos. Y ahora, mi propia locura, mi

propia locura, bueno, es se ha agotado. Estoy cansado.

"Y ahora, ¿qué? Les devuelvo el mundo. Lo tuve por un rato aquí hoy. Pero ahora deben conservarlo y conservarlo mejor de lo que lo haría yo. A cada uno de ustedes les devuelvo el mundo, pero deben prometan, cada uno de ustedes, mantener su propia parte y trabajar con ella. Así que ahí.

Hizo un movimiento con la mano libre hacia los asientos vacíos, como si todo el mundo estuviera en sus dedos y por fin lo estuviera soltando.

La multitud murmuró, se agitó, pero no dijo nada en voz alta.

Las banderas ondeaban suavemente el aire. Las llamas se agazaparon sobre sí mismas y humearon.

Adolf se presionó los ojos con los dedos como si de repente le diera un cegador dolor de cabeza. Sin mirar al director ni al productor, dijo en voz baja:

"¿Hora de irse?"

El director asintió.

Adolf bajó cojeando del podio y se detuvo debajo de donde estaban sentados el anciano y el director más joven.

"Adelante, si quieres, otra vez, pégame".

El director se sentó y lo miró. Por fin negó con la cabeza.

"¿Terminamos la película?" preguntó Adolfo.

El director miró al productor. El anciano se encogió de hombros y no pudo encontrar nada que decir.

"Ah, bueno", dijo el actor. "De todos modos, la locura ha terminado, la fiebre ha bajado. He pronunciado mi discurso en Nuremberg. Dios, mira a esos idiotas ahí arriba. ¡Idiotas!" llamó de repente a las gradas. Luego, de vuelta al director, "¿Puedes pensar? Querían retenerme para pedir un rescate. Les dije lo tontos que eran. Ahora iré a decírselo de nuevo. Tenía que alejarme de ellos. No podía soportar su charla estúpida. Tuve que venir aquí y ser mi propio tonto a mi manera por última vez. Bueno ... "

Se alejó cojeando por el campo vacío, llamando en voz baja:

"Estaré afuera en tu auto, esperándote. Si quieres, soy tuyo para las escenas finales. Si no, no, y eso termina".

El director y el productor esperaron a que Adolf subiera a lo alto del estadio. Podían oír su voz bajando, maldiciendo a los otros tres, el hombre de las cejas pobladas, el gordo y el feo chimpancé, llamándolos de muchas cosas, agitando las manos. Los tres retrocedieron y se fueron, se fueron.

Adolf estaba solo en lo alto del aire frío de octubre.

El director le dio un último empujón al volumen del sonido. La multitud, obediente, aporreó un último "Sieg Heil"

Adolf levantó la mano que tenía libre, no en un saludo, sino en una

especie de saludo antiguo, fácil, medio colapsado del Atlántico medio. Luego él también se fue.

La luz del sol se fue con él. El cielo ya no era de color sangre. El viento arrastró polvo y anuncios de búsqueda de un periódico alemán por el suelo del estadio.

"Hijo de puta", murmuró el anciano. "Vamos a salir de aquí."

Dejaron las antorchas encendidas y las banderas ondeando, pero apagaron el equipo de sonido.

"Ojalá hubiera traído un disco de Yankee Doodle para sacarnos de aquí", dijo el director.

"¿Quién necesita discos? Silbaremos. ¿Por qué no?"

"¡Por qué no!"

Sostuvo el codo del anciano que subía las escaleras en la penumbra, pero solo estaba a la mitad, tuvieron las agallas de intentar silbar.

Y luego, de repente, fue tan divertido que no pudieron terminar la melodía.

# Los milagros de Jamie

Jamie Winters obró su primer milagro por la mañana. El segundo, el tercero y varios otros milagros ocurrieron más tarde en el día. Pero el primer milagro era siempre el más importante.

Siempre era lo mismo: "Haz que mamá se mejore. Ponle color en las mejillas. No dejes que mamá esté enferma por mucho más tiempo".

Fue la enfermedad de mamá lo que primero le hizo pensar en sí mismo y en los milagros. Y gracias a ella siguió adelante, aprendiendo a ser bueno con ellos para poder mantenerla bien y hacer que la vida saltara por un aro.

No era el primer día que hacía milagros. Las había hecho en el pasado, pero siempre con titubeos, ya que a veces no las decía bien, o mamá y papá interrumpían, o los otros niños de séptimo grado de la escuela hacían ruido. Estropearon las cosas.

Pero en el último mes había sentido que su poder fluía sobre él como agua fría y segura; se bañó en él, se deleitó en él, había salido de la ducha perlado con agua de gloria y con un halo de asombro en torno a su cabeza de pelo oscuro.

Cinco días antes había tomado la Biblia de la familia, con imágenes en colores reales de Jesús cuando era niño, y las había comparado con su propia cara en el espejo del baño, jadeando. Tembló por todas partes. Allí estaba.

¿Y mamá no estaba mejorando cada día ahora? ¡Bien allí!

Ahora, el lunes por la mañana, después del primer milagro en casa, hizo un segundo en la escuela. Quería encabezar el desfile del Día del Estado de Arizona como jefe de su batallón de clase. Y el director, naturalmente, seleccionó a Jamie para dirigir. Jaime se sentía bien. Las chicas lo miraron, golpeándolo con sus suaves y delgados coditos, especialmente una llamada Ingrid, cuyo cabello dorado susurraba en la cara de Jamie mientras todas salían apresuradamente del guardarropa.

Jamie Winters tenía la cabeza muy alta, y cuando bebía de la fuente de cromo se inclinaba con tanto cuidado y giraba el mango brillante con tanta exactitud, con tanta precisión, tan divino e indomable.

Jamie sabía que sería inútil decírselo a sus amigos. Se reirían. Después de todo, Jesús fue clavado con clavos en la palma de la mano y el tobillo en una cruz del Calvary Hill porque se delató a sí mismo. Esta vez, sería prudente esperar. ¡Al menos hasta que cumplió dieciséis años y se dejó crecer la barba, estableciendo así de una vez por todas la increíble prueba de su identidad!

Dieciséis años era algo joven para una barba, pero Jamie sintió que podía hacer el esfuerzo de forzar una si llegaba el momento y la necesidad lo exigía.

Los niños salieron de la escuela a la luz de las aguas termales. A lo lejos

se veían las montañas, las laderas sembradas de verde con cactus, y sobre sus cabezas se veía un vasto cielo de Arizona de un azul muy fino. Los niños se pusieron sombreros de papel y cinturones Sam Browne de papel crepé en azul y rojo. Las banderas se abrieron al viento; todos gritaron y se formaron en grupos, contentos de escapar de las aulas por un día.

Jamie estaba al frente de la fila, muy tranquilo y silencioso. Alguien dijo algo y Jamie se dio cuenta de que era el joven Huff quien estaba hablando.

"Espero que ganemos el premio del desfile", dijo Huff preocupado.

Jaime lo miró. "Oh, ganaremos bien. Sé que ganaremos. ¡Te lo garantizo! ¡Diablos, sí!"

Huff se iluminó con una fe tan firme. "¿Tú crees?"

"¡Lo sé! ¡Déjamelo a mí!"

"¿Qué quieres decir, Jaime?"

"Nada. Solo mira y mira, eso es todo. ¡Solo mira!"

"¡Ahora, niños!" El Sr. Palmborg, el director, aplaudió; el sol brillaba en sus gafas. El silencio vino rápidamente. "Ahora, niños", dijo, asintiendo con la cabeza, "recuerden lo que les enseñamos ayer sobre marchar. Recuerden cómo giran para girar en una esquina y recuerden esas rutinas especiales que practicamos, ¿quieren?"

"¡Seguro!" dijeron todos a la vez.

El director concluyó su breve discurso y comenzó el desfile, encabezado por Jamie con sus cientos de seguidores.

Los pies se doblaron hacia arriba y se enderezaron, y la calle quedó debajo de ellos. El sol amarillo calentaba a Jamie y él, a su vez, le pedía que brillara todo el día para que las cosas quedaran perfectas.

Cuando el desfile llegó a Main Street, y la banda de la escuela secundaria comenzó a hacer latir su corazón de metal y hacer sonar sus huesos de madera en los tambores, Jamie deseó que tocaran "Stars and Stripes Forever".

Más tarde, cuando tocaron "Columbia, Gem of the Ocean", Jamie pensó rápidamente, oh, sí, eso es lo que había querido decir, "Columbia", no "Stars and Stripes Forever", y estaba satisfecho de que su deseo había sido obedecido.

La calle estaba llena de gente, como en los días de rodeo de Arizona en febrero. La gente sudó en capas intensas, cinco de profundidad durante más de una milla; el ritmo de los pies volvía en cadencia reflejada desde los frentes de dos pisos. Había destellos ocasionales de ejércitos de espejos marchando en los altos escaparates de la JC Penney Store o de la Morble Company. Cada cadencia era como un golpe sordo de látigo sobre el asfalto polvoriento, agudo y verdadero, y la música de la banda inyectó sangre por las venas milagrosas de Jamie.

Se concentró, frunciendo el ceño ferozmente. Ganemos, pensó. Que todo el mundo marche perfectamente: mentón arriba, hombros atrás, rodillas arriba, abajo, arriba de nuevo, sol sobre rodillas vaqueras que se elevan en una marea azul, sol sobre rodillas bronceadas de muchachas como caritas redondas que suben y bajan. Perfecto, perfecto, perfecto. La perfección surgió confiadamente a través de Jamie, extendiéndose en un aura envolvente que mantuvo intacto a su propio grupo. Así como él se movió, así se movió la nación. Mientras sus dedos chasqueaban en un rápido péndulo a sus costados, también lo hacían los dedos de ellos, sus brazos cortando una órbita. Y así como sus zapatos pisaron el asfalto, los de ellos lo siguieron en obediente imitación.

Cuando llegaron a la plataforma de revisión, Jamie les dio una pista; se enroscaron sobre sus propias líneas como brillantes guirnaldas que se enroscan para regresar, marchando en la dirección original, sin caos.

¡Oh, tan condenadamente perfecto! gritó Jamie para sí mismo.

Hacia calor. El sudor sagrado brotó de Jamie, y el mundo se hundió de un lado a otro. En ese momento los tambores se agotaron y los niños se desvanecieron. Lamiendo un cono de helado, Jamie se sintió aliviado de que todo hubiera terminado.

El Sr. Palmborg llegó corriendo, todo acalorado y sudoroso.

"Niños, niños, ¡tengo un anuncio que hacer!" gritó.

Jamie miró al joven Huff, que estaba a su lado, también con un cucurucho de helado. Los niños chillaron y el señor Palmborg convirtió el ruido en una bola que hizo desaparecer como un mago.

"¡Hemos ganado la competencia! ¡Nuestra escuela marchó mejor de todas las escuelas!"

En el clamor y el ruido, saltando arriba y abajo y golpeándose unos a otros en los músculos del brazo en celebración, Jamie asintió en silencio sobre su cono de helado, miró al joven Huff y dijo: "¿Ves? Te lo dije. Ahora, ¿quieres ¡tú crees en mí!"

Jamie continuó lamiendo su helado con una gran y dorada paz en él.

Jamie no les dijo de inmediato a sus amigos por qué habían ganado la competencia de marcha. Había observado una tendencia en ellos a desconfiar ya ridiculizar a cualquiera que les dijera que no eran tan buenos como pensaban que eran, que su talento provenía de una fuente externa.

No, a Jamie le bastaba con saborear sus victorias menores y mayores; disfrutó de su pequeño secreto, disfrutó de las cosas que sucedieron. Cosas como sacar buenas notas en aritmética o ganar un partido de baloncesto eran una gran recompensa. Siempre había algún subproducto de sus milagros para satisfacer su todavía pequeña hambre.

Prestó atención a la joven rubia Ingrid con los plácidos ojos gris azulados. Ella, a su vez, lo favoreció con sus atenciones, y él supo entonces que su habilidad estaba bien arraigada, establecida.

Además de Ingrid, había otras cosas buenas. Las amistades con varios muchachos surgieron de manera maravillosa. Sin embargo, un caso requirió un poco de reflexión y cuidado. El nombre del chico era Cunningham. Era grande, gordo y calvo porque una fiebre había obligado a afeitarle el cráneo. Los niños lo llamaban Billar; les agradeció pateándolos en las espinillas, derribándolos y sentándose sobre ellos mientras realizaba una rápida odontología con los nudillos.

Jamie esperaba aplicar su mayor poder eclesiástico sobre este Billiard Cunningham. Mientras caminaba por los caminos accidentados del desierto hacia su casa, Jamie a menudo se imaginaba a sí mismo recogiendo a Billiard con el pie izquierdo y golpeándolo como un látigo para dejarlo sin sentido. Papá le había hecho eso una vez a una serpiente de cascabel. Por supuesto, Billiard era demasiado pesado para este ingenioso truco. Además, podría lastimarlo, y Jamie realmente no quería que lo mataran ni nada, solo desempolvarlo un poco para mostrarle a dónde pertenecía en el mundo.

Pero cuando subió la barbilla a Billiard, Jamie se acobardó y decidió esperar uno o dos días más para meditar. No tenía sentido apresurar las cosas, así que dejó ir a Billiard gratis. Caray, Billiard no sabía lo afortunado que era en esos momentos, cloqueó Jamie para sus adentros.

Un martes, Jamie llevó los libros de Ingrid a casa. Vivía en una pequeña cabaña no lejos de las faldas de Santa Catalina. Juntos caminaron en un contenido pacífico, sin necesidad de palabras. Incluso se tomaron de la mano por un tiempo.

Dando la vuelta alrededor de un grupo de tunas, se encontraron cara a cara con Billiard Cunningham.

Estaba de pie con sus grandes pies plantados en el camino, puños regordetes en sus caderas, mirando a Ingrid con ojos apreciativos. Todos se quedaron quietos, y Billiard dijo:

"Llevaré tus libros, Ingrid. Toma".

Extendió la mano para quitárselos a Jamie.

Jamie retrocedió un paso. "Oh, no, no lo harás", dijo.

"Oh, sí, lo hago", replicó Billiard.

"Como diablos lo haces", dijo Jamie.

"Diablos, no lo hago", exclamó Billiard, y arrebató de nuevo, tirando los libros al polvo.

Ingrid gritó y luego dijo: "Mira, ambos pueden cargar mis libros. Mitad y mitad. Eso lo resolverá".

Billar negó con la cabeza.

"Todo o nada", dijo con lascivia.

Jamie volvió a mirarlo.

"¡Nada entonces!" él gritó.

Invocó sus poderes como nubes de tormenta coléricas; un relámpago crujió caliente en cada puño. ¿Qué importaba si Billiard se alzaba diez centímetros más alto y algunos varios más ancho? La ira furiosa vivía en Jamie; dejaría sin sentido a Billiard con un cerrojo limpio, tal vez dos.

Ahora no había lugar para el miedo tartamudo; Jamie fue cauterizado por una gran rabia. Se apartó y dejó que Billiard lo tuviera en la barbilla.

"¡Jamie!" gritó Ingrid.

El único milagro después de eso fue cómo Jamie salió con vida.

Papá vertió sales de Epsom en una palangana con agua caliente, la revolvió con fuerza y dijo: "Deberías haberlo sabido mejor, maldita sea tu piel. Tu madre está enferma y tú regresas a casa todo golpeado de esta manera".

Papá hizo un movimiento correoso con una mano morena. Sus ojos estaban cubiertos de arrugas y líneas, y su bigote era gris pimienta y ralo, al igual que su cabello.

"Ya no sabía que mamá estaba muy enferma", dijo Jamie.

"Las mujeres no hablan mucho", dijo papá, secamente. Empapó una toalla en sales de Epsom humeantes y la escurrió. Sostuvo el perfil golpeado de Jamie y lo limpió. Jamie gimió. "Quédate quieto", dijo papá. "Cómo esperas que arregle ese corte si no te quedas quieto, maldita sea".

"¿Qué está pasando ahí fuera?" La voz de la madre preguntó desde el dormitorio, muy cansada y suave.

"Nada", dijo papá, escurriendo la toalla de nuevo. "No te preocupes. Jamie se cayó y se cortó el labio, eso es todo".

"Oh, Jamie", dijo mamá.

"Estoy bien, mamá", dijo Jamie. La toalla tibia ayudó a normalizar las cosas. Intentó no pensar en la pelea. Hizo un mal pensamiento. Había recuerdos de brazos agitados, él mismo inmovilizado, Billiard dando gritos de alegría y golpeando hacia abajo mientras Ingrid, llorando lágrimas de verdad, arrojaba sus libros, gritando, a su espalda.

Y entonces Jamie se tambaleó hasta casa solo, sollozando amargamente.

"Oh, papá", dijo ahora. "No funcionó". Se refería a su milagro físico en el billar. "No funcionó".

"¿Qué no funcionó?" dijo papá, aplicando linimento a los moretones.

"Oh, nada. Nada". Jamie se lamió el labio hinchado y comenzó a calmarse. Después de todo, no se puede tener un promedio de bateo perfecto.

Incluso el Señor cometió errores. Y, Jamie sonrió de repente, sí, sí, ¡tenía la intención de perder la pelea! Sí, lo tenía. ¿No lo amaría Ingrid aún más por haber luchado y perdido sólo por ella?

Seguro. Esa fue la respuesta. ¡Fue solo un milagro invertido, eso fue todo!

"Jamie", lo llamó mamá.

Entró a verla.

Con una cosa y otra, incluidas las sales de Epsom y un gran resurgimiento de la fe en sí mismo porque Ingrid lo amaba ahora más que nunca, Jamie pasó el resto de la semana sin mucho dolor.

Acompañó a Ingrid a casa y Billiard no volvió a molestarlo. Billiard jugaba al béisbol después de la escuela, que era una atracción mayor que Ingrid; el repentino interés por el deporte fue inducido indirectamente por la telepatía a través de Jamie, decidió Jamie.

El jueves, mamá se veía peor. Se desvaneció hasta palidecer temblores y toses pálidas. Papá parecía asustado. Jamie dedicaba menos tiempo a tratar de que las cosas salieran maravillosas en la escuela y pensaba cada vez más en curar a mamá.

El viernes por la noche, mientras caminaba solo desde la casa de Ingrid, Jamie vio que los postes de telégrafo pasaban a su lado muy lentamente. Pensó: si llego al próximo poste de telégrafo antes de que me alcance el auto detrás de mí, mamá estará bien.

Jamie caminaba casualmente, sin mirar atrás, con comezón en los oídos, con las piernas queriendo correr para hacer realidad el deseo.

Se acercaba el poste de telégrafo. Lo mismo hizo el coche de atrás.

Jamie silbó con cautela. ¡El coche venía demasiado rápido!

Jamie pasó junto al poste justo a tiempo; el coche pasó rugiendo.

Allí ahora. Mamá volvería a estar bien.

Caminó un poco más.

Olvídate de ella. Olvídate de los deseos y las cosas, se dijo a sí mismo. Pero era tentador, como un pastel caliente en el alféizar de una ventana. Tuvo que tocarlo. No podía dejarlo así, oh, no. Miró hacia adelante en el camino y hacia atrás en el camino.

"Apuesto a que puedo llegar a la puerta del rancho de Schabold antes de que venga otro auto y hacerlo caminando tranquilo", declaró al cielo. "Y eso hará que mamá se recupere mucho más rápido".

En ese momento, en una traidora acción mecánica, un automóvil saltó sobre la colina baja detrás de él y rugió hacia adelante.

Jamie caminó rápido, luego comenzó a correr.

Apuesto a que puedo bajar a la puerta de Schabold, apuesto a que

puedo... Pies arriba, pies abajo.

Tropezó.

Cayó en la zanja, sus libros revoloteando como pájaros blancos y secos. Cuando se levantó, chupándose los labios, la puerta estaba sólo veinte metros más adelante.

El coche conducido por él en una gran nube de polvo.

"Me retracto, me retracto", exclamó Jamie. "Me retracto, lo que dije, no lo dije en serio".

Con un repentino balido de terror, corrió hacia su casa. ¡Todo era su culpa, toda su culpa!

El coche del doctor estaba parado frente a la casa.

A través de la ventana, mamá parecía más enferma. El médico cerró su bolsita negra y miró a papá largo rato con luces extrañas en sus ojitos negros.

Jamie salió corriendo al desierto para caminar solo. No lloró. Estaba paralizado y caminaba como un niño de hierro, odiándose a sí mismo, tropezando con el lecho seco del río, pateando chumberas y tropezando una y otra vez.

Horas más tarde, con las primeras estrellas, llegó a casa y encontró a papá de pie junto a la cama de mamá y mamá sin decir mucho, simplemente tendida allí como nieve caída, muy tranquila. Papá apretó la mandíbula, entrecerró los ojos, hundió el pecho y agachó la cabeza.

Jamie ocupó un puesto al pie de la cama y miró a mamá, gritándole instrucciones en su mente.

Recupérate, recupérate, mamá, recupérate, estarás bien, seguro que estarás bien, te lo ordeno, estarás bien, estarás bien, solo levántate y baila, nosotros te necesito, papá y yo sí, no sería bueno sin ti, mejórate, mamá, mejórate, mamá. ¡Reponerse!

La feroz energía brotó de él en silencio, envolviéndola, abrazándola y latiendo en su enfermedad, ablandando su corazón. Jamie se sintió glorificado en su cálido poder.

Ella se pondría bien. ¡Ella debe! Vaya, era una tontería pensar de otra manera. Ma simplemente no era del tipo moribundo.

Papá se movió de repente. Fue un movimiento rígido con una respiración entrecortada. Sujetó las muñecas de mamá con tanta fuerza que podría haberlas roto. Se recostó contra sus pechos haciendo sonar el corazón y Jamie gritó por dentro.

Mamá, no, mamá, no, oh, mamá, por favor, no te rindas.

Papá se levantó tambaleándose.

ella estaba muerta

Dentro de las paredes de Jericho que era la mente de Jamie, un

pensamiento gritó en un último impulso de poder: Sí, está muerta, está bien, así que está muerta, ¿y si está muerta? Devuélvela a la vida, sí, hazla revivir, Lázaro, sal, Lázaro, Lázaro, sal del sepulcro, Lázaro, sal.

Debía de estar balbuceando en voz alta, porque papá se dio la vuelta y lo miró fijamente con un horror muy antiguo y lo golpeó contundentemente en la boca para que se callara.

Jamie se hundió contra la cama, mordiendo las frías mantas, y las paredes de Jericho se derrumbaron y cayeron a su alrededor.

Jamie volvió a la escuela una semana después. No entró en el patio de la escuela con su antigua seguridad; no se inclinó imperiosamente en la fuente; ni pasó sus exámenes con nada más que una nota de setenta y cinco.

Los niños se preguntaban qué le había pasado. Nunca fue el mismo.

No sabían que Jamie había renunciado a su papel. No podía decirles. No sabían lo que habían perdido.

# El juego de octubre

Volvió a guardar el arma en el cajón de la cómoda y cerró el cajón.

No, no de esa manera. Louise no sufriría de esa manera. Estaría muerta y todo habría terminado y no sufriría. Era muy importante que esto tuviera, sobre todo, duración. Duración a través de la imaginación. ¿Cómo prolongar el sufrimiento? ¿Cómo, en primer lugar, lograrlo? Bien.

El hombre que estaba parado frente al espejo del dormitorio colocó cuidadosamente sus gemelos. Se detuvo el tiempo suficiente para escuchar a los niños correr rápidamente por la calle de abajo, fuera de esta cálida casa de dos pisos; como tantos ratones grises los niños, como tantas hojas.

Por el sonido de los niños sabías el día del calendario. Por sus gritos sabías qué tarde era. Sabías que era muy tarde en el año. Octubre. El último día de octubre, con máscaras de hueso blanco y calabazas cortadas y olor a grasa de vela caída.

No. Las cosas no habían estado bien durante algún tiempo. Octubre no ayudó a nadie. En todo caso, empeoró las cosas. Se ajustó la pajarita negra. Si esto fuera primavera, asintió lentamente, en silencio, sin emociones, a su imagen en el espejo, entonces podría haber una posibilidad. Pero esta noche todo el mundo se estaba convirtiendo en ruinas. No había verde de primavera, nada de frescura, nada de promesa.

Hubo una carrera suave en el pasillo. "Esa es Marion", se dijo a sí mismo. "Mi pequeña. Los ocho años tranquilos de ella. Ni una palabra. Sólo sus luminosos ojos grises y su boquita inquisitiva". Su hija había estado entrando y saliendo toda la noche, probándose varias máscaras, preguntándole cuál era la más aterradora, la más horrible. Ambos finalmente se habían decidido por la máscara de esqueleto. Era "simplemente horrible" ¡Asustaría a la gente!

De nuevo captó la larga mirada de pensamiento y deliberación que se dio a sí mismo en el espejo. Nunca le había gustado octubre. Desde que se acostó por primera vez en las hojas de otoño frente a la casa de su abuela hace muchos años y escuchó el viento y vio los árboles vacíos. Lo había hecho llorar, sin una razón. Y un poco de esa tristeza volvía cada año a él. Siempre desaparecía con la primavera.

Pero, era diferente esta noche. Había una sensación de otoño llegando a durar un millón de años.

No habría primavera.

Había estado llorando en silencio toda la noche. No se notaba, ni un vestigio de ello, en su rostro. Todo estaba escondido en alguna parte y no se detendría.

Un rico olor almibarado de caramelo llenó la bulliciosa casa. Louise había colocado manzanas en pieles nuevas de caramelo; había enormes tazones de ponche recién mezclado, manzanas en hileras en cada puerta, calabazas ventiladas y recogidas mirando triangularmente desde cada ventana fría. Había una tina de agua en el centro de la sala de estar, esperando, con un saco de manzanas cerca, para que comenzara a sumergirse. Todo lo que se necesitaba era el catalizador, la avalancha de niños, para que las manzanas comenzaran a oscilar, las manzanas ensartadas se balancearan en las puertas abarrotadas, los dulces desaparecieran, los pasillos resonaran con miedo o deleite, todo era lo mismo. Ahora, la casa estaba en silencio con la preparación. Y solo un poco más que eso.

Louise se las había arreglado para estar en todas las demás habitaciones excepto en la habitación en la que él estaba hoy. Era su forma muy fina de insinuar: ¡Oh, mira, Mich, mira lo ocupada que estoy! ¡Tan ocupado que cuando entras en una habitación en la que estoy siempre hay algo que necesito hacer en otra habitación! ¡Mira cómo me lanzo!

Durante un tiempo había jugado un jueguecito con ella, un desagradable juego infantil. Cuando ella estaba en la cocina, él vino a la cocina y dijo: "Necesito un vaso de agua". Después de un momento, él de pie, bebiendo agua, ella como una bruja de cristal sobre el brebaje de caramelo burbujeando como una olla de barro prehistórica en la estufa, ella dijo: "¡Oh, debo encender las calabazas!" y se apresuró a la sala de estar para hacer que las calabazas sonrieran con luz Él fue tras ella, sonriendo, "Tengo que conseguir mi pipa". "¡Ay, la sidra!" había gritado, corriendo hacia el comedor. "Voy a comprobar la sidra", había dicho. Pero cuando trató de seguirla, ella corrió al baño y cerró la puerta. Se paró frente a la puerta del baño, riendo extrañamente y sin sentido, con la pipa enfriándose en la boca, y luego, cansado del juego, pero terco, esperó otros cinco minutos. No había un sonido del baño. Y para que ella no disfrutara en modo alguno de saber que él esperaba fuera, irritado, de repente dio un respingo y subió las escaleras, silbando alegremente.

En lo alto de las escaleras había esperado. Finalmente oyó que se abría la puerta del cuarto de baño y ella había salido y se había reanudado la vida debajo de las escaleras, como debe reanudarse la vida en una jungla una vez que ha pasado el terror y los antílopes vuelven a su primavera.

Ahora, mientras se terminaba la corbata de lazo y se ponía el abrigo oscuro, se oyó un ruido de ratones en el vestíbulo. Marion apareció en la puerta, toda esquelética en su disfraz. "¿Cómo me veo, papá?" "¡Bien!"

Debajo de la máscara, se veía cabello rubio. Desde las cuencas del cráneo, pequeños ojos azules sonrieron. Él suspiró. Marion y Louise, las dos

silenciosas denunciantes de su virilidad, de su oscuro poder. ¿Qué alquimia había habido en Louise que tomó la oscuridad de un hombre oscuro y decoloró y decoloró los ojos castaños oscuros y el cabello negro y lavó y decoloró al bebé encarnado durante todo el período anterior al nacimiento hasta que nació el niño, Marion, rubia, azul? -ojos, rubicundas mejillas? A veces sospechaba que Louise había concebido al niño como una idea, completamente asexual, una concepción inmaculada de mente y célula desdeñosas. Como una firme reprimenda hacia él, ella había tenido un hijo a su propia imagen y, para colmo, había arreglado de alguna manera al médico para que sacudiera la cabeza y dijera: "Lo siento, Sr. Wilder, su esposa nunca tendrá otro hijo". Este es el último."

"Y yo quería un niño", había dicho Mich, hace ocho años.

Casi se inclinó para agarrar a Marion ahora, en su máscara de calavera. Sintió una inexplicable oleada de lástima por ella, porque nunca había tenido el amor de un padre, sólo el amor aplastante y abrazador de una madre sin amor. Pero, sobre todo, se compadecía de sí mismo, de que de alguna manera no había aprovechado al máximo un mal nacimiento, disfrutado de su hija por sí misma, a pesar de que no era morena y un hijo y como él. En algún lugar que se había perdido. En igualdad de condiciones, habría amado al niño. Pero Louise no había querido un hijo, de todos modos, en primer lugar. Le había asustado la idea de dar a luz. Él le había impuesto a la niña, y desde esa noche, durante todo el año hasta la misma agonía del parto, Louise había vivido en otra parte de la casa. Había esperado morir con el niño forzado.

Pero... Louise había vivido. ¡Y en triunfo! Sus ojos, el día que llegó al hospital, estaban fríos. Estoy vivo, dijeron. ¡Y tengo una hija rubia! ¡Mira! Y cuando él extendió una mano para tocarla, la madre se había dado la vuelta para conspirar con su nueva hija-niña rosada, lejos de ese oscuro asesino forzado. Todo había sido tan hermosamente irónico. Su egoísmo lo merecía. Pero ahora era octubre otra vez. Había habido otros octubres y, cuando pensaba en el largo invierno, año tras año se llenaba de horror al pensar en los meses interminables que una insensata caída de nieve había clavado en la casa, atrapado con una mujer y un niño, ninguno de los cuales amaba. él, durante meses y meses. Durante los ocho años hubo respiros. En primavera y verano salías, caminabas, hacías un picnic; estas eran soluciones desesperadas al problema desesperado de un hombre odiado.

Pero, en invierno, las caminatas, los picnics y las escapadas se desvanecían con las hojas. La vida, como un árbol, quedó vacía, la fruta recogida, la savia corrida a la tierra. Sí, invitaste a la gente a entrar, pero era difícil conseguir gente en invierno con ventiscas y todo. Una vez había sido lo suficientemente inteligente como para ahorrar para un viaje a Florida. Se

habían ido al sur. Había caminado al aire libre.

Pero ahora, al llegar el octavo invierno, sabía que las cosas finalmente habían llegado a su fin. Simplemente no podía usar este. Había un ácido encerrado en él que lentamente había devorado tejidos y huesos a lo largo de los años, y ahora, esta noche, alcanzaría el explosivo salvaje en él y ¡todo terminaría!

Hubo un sonido loco de la campana de abajo. En el pasillo, Louise fue a ver. Marion, sin decir palabra, bajó corriendo a saludar a los primeros en llegar. Hubo gritos e hilaridad.

Caminó hasta lo alto de las escaleras. Louise estaba abajo, tomando abrigos. Era alta, esbelta y rubia hasta la blancura, y se reía de los niños nuevos.

Él dudó. ¿Qué fue todo esto? ¿Los años? ¿El aburrimiento de vivir? ¿Dónde había salido mal? Ciertamente no con el nacimiento del niño solo. Pero había sido un símbolo de todas sus tensiones, imaginó. Sus celos y sus fracasos comerciales y todo el resto podrido. ¿Por qué no se dio la vuelta, hizo la maleta y se fue? No. No sin lastimar a Louise tanto como ella lo había lastimado a él. Era tan simple como que el divorcio no le haría ningún daño. Sería simplemente el fin de la indecisión entumecida. Si pensaba que el divorcio le daría algún placer a ella, permanecería casado con ella el resto de su vida, por el maldito despecho. No, debe lastimarla. Piensa en alguna forma, tal vez, de alejar a Marion de ella, legalmente. Sí. Eso fue todo. Eso dolería más que nada. Para llevarse a Marion.

"¡Hola allá abajo!" Bajó las escaleras, radiante.

Louise no levantó la vista. "¡Hola, señor Wilder!"

Los niños gritaron, saludaron, mientras bajaba. A las diez en punto, el timbre había dejado de sonar, las manzanas estaban mordidas desde las puertas acordonadas, las caras rosadas de los niños estaban secas por el movimiento de las manzanas, las servilletas estaban manchadas con caramelo y ponche, y él, el marido, con agradable eficiencia había tomado encima. Le quitó la fiesta de las manos a Louise. Corrió hablando con los veinte niños y los doce padres que habían venido y estaban felices con la sidra especial enriquecida que les había preparado. Supervisó ponerle la cola al burro, hacer girar la botella, las sillas musicales y todo lo demás, entre carcajadas a gritos. Luego, bajo el brillo de la calabaza de ojos triangulares, con todas las luces de la casa apagadas, gritó: "¡Silencio! ¡Síganme!" caminando de puntillas hacia el sótano. Los padres, en la periferia exterior del motín disfrazado, se comentaron entre sí, asintiendo al inteligente esposo, hablando con la afortunada esposa. Qué bien se llevaba con los niños, decían.

Los niños se apiñaron detrás del marido, chillando. "¡La bodega!" gritó.

"¡La tumba de la bruja!" Más chillidos. Hizo un escalofrío fingido. "¡Abandonad la esperanza todos los que entráis aquí!" Los padres se rieron.

Uno por uno, los niños se deslizaron por un tobogán que Mich había arreglado con los pedazos de la sección de la mesa, hacia el oscuro sótano. Siseó y gritó horribles palabras tras ellos. Un llanto maravilloso llenó la casa oscura iluminada por calabazas. Todos hablaron a la vez. Todos menos Marion. Había pasado toda la fiesta con un mínimo de sonido o conversación; todo estaba dentro de ella, toda la emoción y la alegría. Qué pequeño troll, pensó. Con la boca cerrada y los ojos brillantes había contemplado su propia fiesta, como tantas serpentinas arrojadas ante ella.

Ahora, los padres. Con risueña desgana se deslizaron por la corta pendiente, alborotados, mientras la pequeña Marion permanecía de pie, siempre queriendo verlo todo, para ser la última. Louise cayó sin ayuda. Se movió para ayudarla, pero ella se había ido incluso antes de que él se inclinara.

La cámara alta estaba vacía y en silencio a la luz de las velas.

Marion estaba junto al tobogán. "Aquí vamos", dijo, y la levantó.

Se sentaron en un amplio círculo en el sótano. El calor procedía del bulto distante del horno. Las sillas estaban en una larga fila a lo largo de cada pared, veinte niños que chillaban, doce parientes susurrantes, espaciados alternativamente, con Louise abajo en el otro extremo, Mich arriba en este extremo, cerca de las escaleras. Miró pero no vio nada. Todos se habían agrupado en sus sillas, atrapando lo que pudieran en la oscuridad. Todo el programa de ahora en adelante se representaría en la oscuridad, él como el Sr. Interlocutor. Había un niño correteando, un olor a cemento húmedo y el sonido del viento entre las estrellas de octubre.

"Nowl", gritó el marido en el sótano oscuro. "¡Tranquilo!"

Todos se acomodaron.

La habitación era negra negra. Ni una luz, ni un brillo, ni un destello de ojo.

Un raspado de vajilla, un sonajero de metal.

"La bruja está muerta", entonó el marido.

"Eeeeeeeeeeee", dijeron los niños.

"La bruja está muerta, la han matado, y aquí está el cuchillo con el que la mataron".

Le entregó el cuchillo. Se pasó de mano en mano, hacia abajo y alrededor del círculo, con risas y pequeños gritos extraños y comentarios de los adultos.

"La bruja está muerta, y esta es su cabeza", susurró el esposo y le entregó un artículo a la persona más cercana.

"Oh, yo sé cómo se juega este juego", exclamó un niño, feliz, en la

oscuridad. "Él toma algunas entrañas viejas de pollo de la nevera y las reparte y dice: '¡Estas son sus entrañas!' Y él hace una cabeza de arcilla y la pasa por su cabeza, y le pasa un hueso de sopa por su brazo. Y toma una canica y dice: '¡Este es su ojo!' Y toma un poco de maíz y dice: '¡Estos son sus dientes!' Y toma un saco de budín de ciruelas y lo da y dice: '¡Este es su estómago!' ¡Sé cómo se juega esto!"

"Calla, lo vas a estropear todo", dijo una chica.

"La bruja sufrió daño, y este es su brazo", dijo Mich.

"¡Eeeee!" -

Los artículos pasaban y pasaban, como papas calientes, alrededor del círculo. Algunos niños gritaron, no los tocaron. Algunos corrieron de sus sillas para pararse en el centro del sótano hasta que los artículos espeluznantes hubieron pasado.

"Oh, son solo entrañas de pollo", se burló un niño. "¡Vuelve, Helena!"

Disparos de mano en mano, con pequeños gritos tras gritos, los elementos bajaban, bajaban, para ser seguidos por otro y otro.

"La bruja cortó, y este es su corazón", dijo el esposo.

Seis o siete elementos moviéndose a la vez a través de la oscuridad risueña y temblorosa.

Luisa habló. "Marion, no tengas miedo, es solo un juego".

Marion no dijo nada.

"¿Marión?" preguntó Luisa. "¿Tienes miedo?"

Marion no habló.

"Ella está bien", dijo el marido. "Ella no tiene miedo."

Una y otra vez el paso, los gritos, la hilaridad.

El viento otoñal suspiraba alrededor de la casa. Y él, el marido, estaba de pie en la cabecera del sótano oscuro, entonando las palabras, repartiendo los artículos.

"¿Marión?" preguntó Louise de nuevo, desde el otro lado del sótano.

Todo el mundo estaba hablando.

"¿Marión?" llamada Luisa.

Todos se callaron.

"Marion, respóndeme, ¿tienes miedo?"

Marion no respondió.

El marido estaba allí, al pie de las escaleras del sótano.

Louise llamó, "Marion, ¿estás ahí?"

Sin respuesta. La habitación estaba en silencio.

"¿Dónde está Marion?" llamada Luisa.

"Ella estuvo aquí", dijo un niño.

"Tal vez ella está arriba".

"¡Marión!"

Sin respuesta. Estaba tranquilo.

Louise gritó: "¡Marion, Marion!"

"Enciende las luces", dijo uno de los adultos.

Los artículos dejaron de pasar. Los niños y adultos se sentaron con los artículos de la bruja en sus manos.

"No." Luisa jadeó. Hubo un chirrido de su silla, salvajemente, en la oscuridad. "No. No enciendas las luces, oh, Dios, Dios, Dios, no las enciendas, por favor, por favor, no enciendas las luces, ¡no!" Louise estaba chillando ahora. Todo el sótano se congeló con el grito.

Nadie se movió.

Todos estaban sentados en el sótano oscuro, suspendidos en la tarea súbitamente congelada de este juego de octubre; el viento soplaba afuera, golpeando la casa, el olor a calabazas y manzanas llenaba la habitación con el olor de los objetos en sus dedos mientras un niño gritaba: "¡Subiré y miraré!" y corrió escaleras arriba esperanzado y dio la vuelta a la casa, cuatro veces alrededor de la casa, gritando: "¡Marion, Marion, Marion!" una y otra vez y finalmente bajando lentamente las escaleras hacia el sótano que espera y diciéndole a la oscuridad: "No puedo encontrarla". Entonces ... algún idiota encendió las luces.

# El pan integral de centeno

El Sr. y la Sra. Welles se alejaron del cine a altas horas de la noche y entraron en la pequeña y tranquila tienda, una combinación de restaurante y charcutería. Se instalaron en un reservado y la señora Welles dijo: "Jamón al horno con pan integral de centeno". El señor Welles miró hacia el mostrador y allí había una hogaza de pan integral de centeno.

—Pues —murmuró—, pumpernickel... Druce's Lake...

La noche, la hora tardía, el restaurante vacío, ahora el patrón era familiar. Cualquier cosa podría desencadenarlo en una marea de reminiscencias. El aroma de las hojas de otoño, o los vientos de medianoche que soplan, podrían sacarlo de sí mismo, y los recuerdos se derramarían a su alrededor. Ahora, en la hora irreal después del teatro, en esta tienda solitaria, vio una hogaza de pan de centeno y, como en otras mil noches, se encontró transportado al pasado.

"Druce's Lake", dijo de nuevo.

"¿Qué?" Su esposa levantó la vista.

"Algo que casi había olvidado", dijo el Sr. Welles. "En 1910, cuando tenía veinte años, clavé una hogaza de centeno en la parte superior del espejo de mi escritorio ...."

En la corteza dura y brillante del pan, los chicos de Druce's Lake habían grabado sus nombres: Tom, Nick, Bill, Alec, Paul, Jack. ¡El mejor picnic de la historia! Sus rostros se broncearon mientras traqueteaban por los caminos polvorientos. Esos eran los días en que los caminos estaban cubiertos de polvo rojo; un fino talco marrón enharinado después de tu coche. Y el lago siempre fue el doble de bueno para alcanzarlo que lo sería más adelante en la vida cuando llegaras inmaculado, limpio y sin arrugas.

"Esa fue la última vez que la vieja pandilla se reunió", dijo Welles.

Después de eso, la universidad, el trabajo y el matrimonio los separaron. De repente te encontraste con algún otro grupo. Y nunca más te sentiste tan cómodo o tan tranquilo en toda tu vida.

"Me pregunto", dijo el Sr. Welles. "Me gusta pensar que tal vez todos sabíamos, de alguna manera, que este picnic podría ser el último que tendríamos. Primero tienes esa sensación de vacío el día después de la graduación de la escuela secundaria. Luego, cuando pasa un poco de tiempo y nadie desaparece de inmediato, te relajas. Pero después de un año te das cuenta de que el viejo mundo está cambiando. Y quieres hacer una última cosa antes de que se pierdan el uno al otro. Mientras todos siguen siendo amigos, en casa de la universidad para el verano, este lado del matrimonio, tienes que tener algo como un último paseo y nadar en el lago fresco".

El señor Welles recordó aquella rara mañana de verano, él y Tom

tumbados bajo el Ford de su padre, levantando las manos para ajustar esto o aquello, hablando de máquinas, mujeres y el futuro. Mientras trabajaban, el día se calentaba. Por fin, Tom dijo: "¿Por qué no vamos en coche hasta Druce's Lake?"

Tan sencillo como eso.

Sin embargo, cuarenta años después, recuerdas cada detalle de recoger a los otros compañeros, todos gritando bajo los árboles verdes.

"¡Ey!" Alec golpeando la cabeza de todos con el pan integral de centeno y riéndose. "Esto es para sándwiches extra, más tarde".

Nick había hecho los sándwiches que ya estaban en el cesto, del tipo de ajo que comerían menos a medida que pasaran los años y las niñas se mudaran allí.

Luego, apretando tres por delante, tres por detrás, con los brazos cruzados sobre los hombros, condujeron a través de la ebullición; campo polvoriento, con una torta de hielo en una tina de hojalata para enfriar la cerveza que comprarían.

¿Cuál fue la cualidad especial de ese día que debería enfocarse como una imagen estereoscópica, fresca y clara, cuarenta años después? Quizás cada uno de ellos había tenido una experiencia como la suya. Unos días antes del picnic, había encontrado una fotografía de su padre, veinticinco años más joven, de pie con un grupo de amigos en la universidad. La fotografía lo había perturbado, lo había hecho consciente como nunca antes del paso del tiempo, el rápido fluir de los años lejos de la juventud. Una foto de él tal como era ahora, dentro de veinticinco años, les parecería tan extraña a sus propios hijos como la foto de su padre a él: increíblemente joven, un extraño salido de un tiempo extraño que nunca regresaría.

¿Fue así como se había producido el picnic final? Cada uno de ellos sabía que en unos pocos años cruzarían las calles para evitarse o, si se encontraban, dirían: "¡Tenemos que almorzar alguna vez!". pero nunca hacerlo? Cualquiera que sea la razón, el Sr. Welles aún podía escuchar las salpicaduras cuando se precipitaron desde el muelle bajo un sol amarillo. Y luego la cerveza y los bocadillos bajo la sombra de los árboles.

Nunca comimos ese pan integral de centeno, pensó Welles. Es curioso, si hubiéramos tenido un poco más de hambre, lo habríamos cortado, y no me lo habría recordado el pan que estaba en el mostrador.

Tendidos bajo los árboles en una paz dorada que provenía de la cerveza, el sol y la compañía masculina, prometieron que en diez años se encontrarían en el juzgado el día de Año Nuevo de 1920 para ver qué habían hecho con sus vidas. Hablando su áspera charla fácil, grabaron sus nombres en el pan integral de centeno.

"Conduciendo a casa", dijo Welles, "cantamos 'Moonlight Bay'".

Recordó haber viajado en automóvil en la noche calurosa y seca con sus trajes de baño húmedos en las tablas del piso que se sacudían. Fue un viaje de muchos desvíos tomados solo por el placer de hacerlo, que era la mejor razón del mundo.

"Buenas noches." "Hasta la vista." "Buenas noches."

Entonces Welles conducía solo, a medianoche, de casa a la cama.

Clavó el pan integral de centeno en su cómoda al día siguiente.

"Casi lloré cuando, dos años después, mi madre lo arrojó al incinerador mientras yo estaba en la universidad".

"¿Qué pasó en 1920?" preguntó su esposa. "¿En el día de Año Nuevo?"

"Oh", dijo el Sr. Welles. "Estaba caminando por el juzgado, por accidente, al mediodía. Estaba nevando. Escuché el reloj sonar. ¡Señor, pensé, se suponía que nos encontraríamos aquí hoy! Esperé cinco minutos. No justo en frente del juzgado, no. Esperé al otro lado de la calle". El pauso. "Nadie apareció".

Se levantó de la mesa y pagó la cuenta. "Y me llevaré esa hogaza de pan integral de centeno sin rebanar allí", dijo.

Cuando él y su esposa caminaban a casa, dijo: "Tengo una idea loca. A menudo me preguntaba qué les pasó a todos".

"Nick todavía está en la ciudad con su café".

"¿Pero qué pasa con los otros?" El rostro del Sr. Welles se estaba sonrojando y sonreía y agitaba las manos. "Se mudaron. Creo que Tom está en Cincinnati". Miró rápidamente a su esposa. "¡Solo por el gusto de hacerlo, le enviaré este pan integral!"

"Oh, pero-"

"¡Seguro!" Se rió, caminando más rápido, golpeando el pan con la palma de la mano. "Haz que grabe su nombre en él y se lo envíe por correo a los demás si sabe sus direcciones. ¡Y finalmente devuélvemelo a mí, con todos sus nombres escritos!"

"Pero", dijo, tomándolo del brazo, "solo te hará sentir infeliz. Has hecho cosas como esta tantas veces antes y...".

Él no estaba escuchando. ¿Por qué nunca se me ocurren estas ideas durante el día? el pensó. ¿Por qué siempre los obtengo después de que se pone el sol?

Por la mañana, a primera hora, pensó, enviaré este pan integral, por Dios, a Tom ya los demás. ¡Y cuando regrese tendré el pan tal como estaba cuando lo tiraron y lo quemaron! ¿Por qué no?

"Veamos", dijo, mientras su esposa abría la puerta mosquitera y lo dejaba entrar a la casa que olía mal para ser recibido por el silencio y el cálido vacío.

"Veamos. También cantamos 'Row Row Row Your Boat', ¿no?"

Por la mañana, bajó las escaleras del vestíbulo y se detuvo un momento bajo la intensa luz del sol, con la cara afeitada y los dientes recién cepillados. La luz del sol iluminaba cada habitación. Miró la mesa del desayuno.

Su esposa estaba ocupada allí. Lentamente, con calma, estaba cortando el pan integral de centeno.

Se sentó a la mesa bajo la cálida luz del sol y cogió el periódico.

Cogió una rebanada del pan recién cortado y lo besó en la mejilla. Él le dio unas palmaditas en el brazo.

"¿Una o dos rebanadas de pan tostado, querida?" preguntó suavemente.

"Dos, creo", respondió.

# Mucho después de la medianoche

La ambulancia de la policía subió a las empalizadas a una hora equivocada. Siempre es una hora equivocada cuando la ambulancia de la policía va a cualquier parte, pero esto era especialmente malo, porque era mucho después de la medianoche y nadie imaginaba que volvería a ser de día, porque el mar que entraba por la orilla sin luz de abajo lo decía todo. , y el viento salado que soplaba frío desde el Pacífico lo reafirmó, y la niebla que ensombrecía el cielo y apagaba las estrellas asestó el golpe final, imperceptible pero incapacitante. El clima decía que había estado aquí desde siempre, que el hombre apenas estaba aquí y que pronto se iría. Dadas las circunstancias, era difícil para los hombres reunidos en el acantilado, con varios autos, los faros encendidos y las linternas oscilando, sentirse reales, atrapados como estaban entre una puesta de sol que apenas recordaban y un amanecer que no se imaginaban.

El esbelto peso que colgaba del árbol, girando en el viento frío y salado, no disminuyó esta sensación de ninguna manera.

El esbelto peso era una chica, de no más de diecinueve años, con un vestido de fiesta de gasa verde claro, abrigo y zapatos perdidos en algún lugar en la noche fresca, que había traído una cuerda hasta estos acantilados y encontró un árbol con una rama a la mitad sobre el acantilado y ató la cuerda en su lugar e hizo un lazo para su cuello y se dejó llevar por el viento para colgar allí columpiándose. La cuerda hizo un chirrido seco sobre la rama, hasta que llegó la policía, y la ambulancia, para bajarla del espacio y colocarla en el suelo.

Una sola llamada telefónica había llegado alrededor de la medianoche diciendo lo que podrían encontrar aquí en el borde del acantilado y quienquiera que fuera colgó rápidamente y no volvió a llamar, y ahora habían pasado las horas y todo lo que se podía hacer estaba hecho y terminado, la policía había terminado y se había ido, y ahora solo quedaba la ambulancia y los hombres con la ambulancia para cargar la carga tranquila y dirigirse a la morgue.

De los tres hombres que quedaban alrededor del formulario con sábanas estaban Carlson, que había estado en este tipo de cosas durante treinta años, y Moreno, que había estado en esto durante diez, y Latting, que era nuevo en el trabajo hacía unas semanas. De los tres, ahora era Latting quien estaba de pie en el borde del acantilado mirando esa rama de árbol vacía, con la cuerda en la mano, sin poder apartar la vista. Carlson se le acercó por detrás. Al escucharlo, Latting dijo: "Qué lugar, qué lugar tan horrible para morir".

"Cualquier lugar es horrible, si decides que quieres ir lo suficientemente

mal", dijo Carlson. "Vamos, chico".

Latting no se movió. Extendió la mano para tocar el árbol. Carlson gruñó y sacudió la cabeza. "Adelante. Intenta recordarlo todo".

"¿Alguna razón por la que no debería?" Latting se volvió rápidamente para mirar el rostro gris y sin emociones del anciano. "¿Tienes alguna objeción?"

"Sin objeciones. Yo era igual una vez. Pero después de un tiempo aprendes que es mejor no ver. Comes mejor. Duermes mejor. Después de un tiempo aprendes a olvidar".

"No quiero olvidar", dijo Latting. "Dios mío, alguien murió aquí hace solo unas horas. Ella se merece-"

"Ella se lo merecía, chico, tiempo pasado, no presente. Se merecía un trato mejor y no lo recibió. Ahora se merece un entierro decente. Eso es todo lo que podemos hacer por ella. Es tarde y hace frío. Puedes contarnos todo sobre en el camino".

"Esa podría ser su hija allí".

"Así no vas a llegar a mí, chico. No es mi hija, eso es lo que cuenta. Y no es tuya, aunque lo hagas parecer como si lo fuera. Es una chica de diecinueve años, sin nombre, sin cartera". , nada. Lamento que esté muerta. Bueno, ¿eso ayuda?"

"Podría si lo dijeras bien".

"Lo siento, ahora toma el otro extremo de la camilla".

Latting recogió un extremo de la camilla pero no caminó con ella y solo miró la figura debajo de la sábana.

"Es horrible ser joven y decidir renunciar".

"A veces", dijo Carlson, en el otro extremo de la camilla, "yo también me canso".

"Claro, pero tú eres-" Latting se detuvo.

"Adelante, dilo, soy viejo. Alguien de cincuenta, sesenta, si está bien, a quién le importa, alguien de diecinueve, todos lloran. Así que no vengas a mi funeral, niño, y sin flores".

"No quise decir..." dijo Latting.

"Nadie quiere decir, pero todos dicen, y por suerte conseguí la piel de una iguana. Marcha".

Avanzaron con la camilla hacia la ambulancia donde Moreno estaba abriendo más las puertas.

"Vaya", dijo Latting, "es ligera. No pesa nada".

"Esa es la vida salvaje para ustedes, punks, niños". Carlson estaba entrando en la parte trasera de la ambulancia y estaban metiendo la camilla. "Huelo a whisky. Los jóvenes creen que pueden beber como los defensas

universitarios y mantener su peso. Demonios, ella ni siquiera pesa cuarenta kilos, si eso."

Latting puso la cuerda en el suelo de la ambulancia. "¿Me pregunto de dónde sacó esto?"

“No es como veneno”, dijo Moreno. "Cualquiera puede comprar una cuerda y no firmar. Esto parece una cuerda de bloqueo y aparejo. Tal vez ella estaba en una fiesta en la playa y se enojó con su novio y tomó esto de su auto y se escogió un lugar...".

Echaron un último vistazo al árbol sobre el acantilado, la rama vacía, el viento susurrando en las hojas, luego Carlson salió y caminó hacia el asiento delantero con Moreno, y Latting se sentó en la parte de atrás y cerró las puertas.

Se alejaron por la tenue pendiente hacia la orilla donde el océano se posaba, carta tras carta blanca, en truenos, sobre la arena oscura. Condujeron en silencio durante un rato, dejando que sus faros, como fantasmas, avanzaran hacia adelante. Entonces Latting dijo: "Me estoy buscando un nuevo trabajo".

Moreno se rió. "Chico, no duraste mucho. Apostaba que no durarías. Te diré una cosa, volverás. No hay otro trabajo como este. Todos los demás trabajos son aburridos. Claro, te enfermas de vez en cuando". mientras. Lo hago. Pienso: Voy a renunciar. Casi lo hago. Entonces me quedo con eso. Y aquí estoy ".

"Bueno, puedes quedarte", dijo Latting. "Pero estoy lleno. Ya no tengo curiosidad. He visto mucho en las últimas semanas, pero esta es la última gota. Estoy harto de estar enfermo. O peor aún, estoy harto de que no te importe".

"¿A quién no le importa?"

"¡Ustedes dos!"

Moreno resopló. "Enciéndenos un par, ¿eh, Carlie?" Carlson encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Moreno, quien le dio una calada, parpadeando, conduciendo por las fuertes brazadas del mar. "Solo porque no gritamos y gritamos y lanzamos ataques—"

"No quiero ataques", dijo Latting, en la parte de atrás, agachado junto a la figura envuelta en sábanas. "Solo quiero un poco de charla humana, solo quiero que te veas diferente de lo que te verías caminando por una carnicería. Si alguna vez llego a ser como ustedes dos, sin preocuparme, sin molestarme, toda piel gruesa y dura..."

"No somos duros", dijo Carlson, en voz baja, pensando en ello, "estamos aclimatados".

"Aclimatado, diablos, ¿cuándo deberías estar entumecido?"

"Niño, no nos digas lo que deberíamos ser cuando ni siquiera sabes lo

que somos. Cualquier médico es un pésimo médico que salta a la tumba con cada paciente. Todos los médicos hicieron eso, no habría nadie". para ayudar a los vivos y coleando. Sal de la tumba, chico, desde allí no se ve nada.

Hubo un largo silencio en la parte de atrás, y finalmente Latting comenzó a hablar, principalmente para sí mismo:

"Me pregunto cuánto tiempo estuvo allí sola en el acantilado, ¿una hora, dos? Debe haber sido divertido allí mirando todas las fogatas, sabiendo que ibas a limpiar todo el asunto. Supongo que ella iba a un baile o una fiesta en la playa, y ella y su novio rompieron. El novio vendrá mañana a la estación para identificarla. Odiaría ser él. Cómo se sentirá...

"No sentirá nada. Ni siquiera aparecerá", dijo Carlson, con firmeza, mientras aplastaba su cigarrillo en la bandeja del asiento delantero. "Probablemente fue él quien la encontró e hizo la llamada y huyó. Dos monedas te dan cinco centavos. No vale ni el esmalte de su uña pequeña. Un tipo desaliñado con granos y mal aliento. estas chicas aprenden a esperar hasta la mañana".

"Sí", dijo Moreno. "Todo es mejor por la mañana".

"Intenta decirle eso a una chica enamorada", dijo Latting.

"Ahora un hombre", dijo Carlson, encendiendo un nuevo cigarrillo, "simplemente se emborracha, dice al diablo con eso, no sirve de nada suicidarse por ninguna mujer".

Condujeron en silencio un rato más allá de todas las pequeñas casas oscuras de la playa con solo una luz aquí o allá, era muy tarde.

"Tal vez", dijo Latting, "ella iba a tener un bebé".

"Sucede."

"Y luego el novio se escapa con alguien y este simplemente toma prestada su cuerda y sube al acantilado", dijo Latting. "Respóndeme, ahora, ¿eso es o no es amor?"

"Eso", dijo Carlson, entrecerrando los ojos, buscando en la oscuridad, "es una especie de amor. Me doy por vencido en qué tipo".

"Pues, claro", dijo Moreno, conduciendo. "Te seguiré la corriente, chico. Quiero decir, es bueno saber que alguien en este mundo puede amar tanto".

Todos pensaron durante un rato, mientras la ambulancia ronroneaba entre tranquilas empalizadas y ahora el mar en calma, y tal vez dos de ellos pensaron fugazmente en sus esposas, sus casas adosadas, sus hijos dormidos y todas las veces que, años atrás, habían ido a la playa y rompieron la cerveza y se metieron en las rocas y se acostaron sobre las mantas con guitarras, cantando y sintiendo que la vida continuaría hasta donde llegara el océano, que estaba muy lejos, y tal vez no pensaron eso en absoluto . Latting, mirando la nuca de los dos hombres mayores, esperaba o tal vez solo se preguntaba

nebulosamente si estos hombres recordaban algún primer beso, el sabor a sal en los labios. ¿Hubo alguna vez en que pisotearon la arena como toros rabiosos y gritaron de pura alegría y desafiaron al universo a sacrificarlos? • Y por su silencio, Latting supo que sí, con toda su charla, y la noche, y el viento, y el acantilado y el árbol y la cuerda, había llegado a ellos; eso, el evento, había llegado a ellos. En este momento, tenían que estar pensando en sus esposas en sus cálidas camas, largas y oscuras millas de distancia, increíbles, repentinamente inalcanzables mientras aquí conducían por un camino cubierto de sal en una hora tonta a medias entre certezas, llevando consigo algo extraño. en un catre y un trozo de cuerda usado.

"Su novio", dijo Latting, "saldrá a bailar mañana por la noche con otra persona. Eso me revuelve el estómago".

"No me importaría", dijo Carlson, "golpearlo".

Latting movió la hoja. "Seguro que llevan el pelo corto y alocado, algunos de ellos. Todos rizos, pero cortos. Demasiado maquillaje. Demasiado..." Se detuvo.

"¿Estabas diciendo?" preguntó Moreno.

Latting movió la sábana un poco más. Él no dijo nada. Al minuto siguiente se oyó el crujido de la sábana, ahora movida aquí, ahora allá. El rostro de Latting estaba pálido.

"Oye," murmuró, por fin. "Ey."

Instintivamente, Moreno redujo la velocidad de la ambulancia.

"¿Sí, chico?"

"Me acabo de enterar de algo", dijo Latting. "Tuve esta sensación todo el tiempo, ella está usando demasiado maquillaje, y el cabello, y-"

"¿Entonces?"

"Bueno, por el amor de Dios", dijo Latting, sus labios apenas se movían, una mano hacia arriba para palpar su propio rostro y ver cuál era su expresión. "¿Quieres saber algo divertido?"

"Haznos reír", dijo Carlson.

La ambulancia redujo aún más la velocidad cuando Latting dijo: "No es una mujer. Quiero decir, si no es una niña. Quiero decir, bueno, no es una mujer. ¿Entendido?"

La ambulancia redujo la velocidad a paso de tortuga.

El viento soplaba desde el vago mar de la mañana a través de la ventana cuando los dos de adelante se volvieron y miraron hacia la parte trasera de la ambulancia a la forma que había en el catre.

"Alguien dígame", dijo Latting, en voz tan baja que casi no pudieron oír las palabras. "¿Dejamos de sentirnos mal ahora? ¿O nos sentimos peor?"

Nadie respondió.

Una ola, y luego otra, y luego otra, se movieron y cayeron sobre la orilla sin sentido.

# ¿Tengo una barra de chocolate para ti?

Todo comenzó con el olor a chocolate.

En una calurosa tarde de lluvia de junio, el padre Malley dormitaba en su confesionario, esperando a los penitentes.

¿Dónde en todo el mundo estaban? se preguntó. Inmensos tráficos de pecado acechaban más allá de las cálidas lluvias. Entonces, ¿por qué no inmensos tráficos de confesión aquí?

El padre Malley se movió y parpadeó.

Los pecadores de hoy se movían tan rápido en sus autos que esta vieja iglesia era un borrón eclesiástico. ¿Y él mismo? Un antiguo sacerdote de la acuarela, los tintes se desvanecen rápidamente, atrapado en su interior.

Démosle otros cinco minutos y detengámonos, pensó, no con pánico, sino con la clase de vergüenza y desesperación silenciosas que descuidan los hombros de un hombre.

Se oyó un crujido más allá de la puerta del confesionario de al lado.

El padre Malley se incorporó rápidamente.

Un olor a chocolate se filtraba por la rejilla.

Ah, Dios, pensó el sacerdote, es un muchacho con su pequeña cesta de pecados pronto enterrada y él se ha ido. Bien...

El anciano sacerdote se inclinó hacia la rejilla donde permanecía la esencia del caramelo y donde debían venir las palabras.

Pero, sin palabras. No "Bendíceme, Padre, porque he pecado..."

Solo pequeños y extraños sonidos de ratón de ... masticación.

¡El pecador en el puesto de al lado, Dios le cosió la boca, en realidad estaba sentado allí devorando una barra de chocolate!

"¡No!" susurró el sacerdote, para sí mismo.

Su estómago, reuniendo datos, rugió, recordándole que no había comido desde el desayuno. Por algún pecado de orgullo que ahora no podía recordar, se había clavado a la dieta de un santo todo el día, y ahora... ¡esto!

En la puerta de al lado, la masticación continuaba.

El estómago del padre Malley gruñó. Se apoyó con fuerza contra la rejilla, cerró los ojos y gritó:

"¡Para!"

El mordisqueo del ratón se detuvo.

El olor a chocolate se desvaneció.

La voz de un hombre joven dijo: "Es exactamente por eso que he venido, padre".

El sacerdote abrió un ojo para examinar la sombra detrás de la pantalla.

"¿Por qué has venido exactamente?"

"El chocolate, padre".

"¿El qué?"

"No te enojes, padre".

"Enojado, diablos, ¿quién está enojado?"

—Lo estás, padre. Estoy condenado y quemado antes de empezar, por el sonido de tu voz.

El sacerdote se hundió en el cuero crujiente y se secó la cara y sacudió sus sentidos".

"Sí, sí. El día es caluroso. Estoy de mal humor. Pero bueno, nunca tuve mucho".

"Se enfriará más tarde en el día, padre. Estarás bien".

El anciano sacerdote miró la pantalla. "¿Quién está tomando y quién está dando confesión aquí?"

"Bueno, lo eres, Padre".

"¡Entonces, adelante!"

La voz apresuró los hechos:

"¿Has olido el chocolate, Padre?"

El estómago del sacerdote respondió por él, débilmente.

Ambos escucharon el triste sonido. Entonces:

"Bueno, padre, para darle un golpe en la cabeza, yo era y sigo siendo un... adicto al chocolate".

Viejos fuegos se agitaron en los ojos del sacerdote. La curiosidad se convirtió en humor, luego la risa volvió a convertirse en curiosidad.

"¿Y por eso has venido a confesarte este día?"

"Eso es todo, señor, o/Padre".

"¿No has venido sudando por tu hermana o los planos de fornicación o las batallas personales con la gran guerra de la masturbación?"

—No lo he hecho, padre —dijo la voz con remordimiento—.

El sacerdote captó el tono y dijo: "Bah, bah, está bien. Lo harás. Por ahora, eres un gran alivio. Estoy lleno de hombres errantes y mujeres solitarias y toda la basura". leen en libros y prueban en camas de agua y se hunden de la vista con gritos sofocantes mientras las malditas cosas brotan y todo está perdido Sube. Me has magullado las antenas alerta Di más.

"Bueno, Padre, he comido, al menos un día de mi vida durante diez o doce años, una o dos libras de chocolate. No puedo dejarlo solo, Padre. Es el fin y el fin de mi vida. ."

"Suena como una terrible aflicción de bultos, acné, ántrax y espinillas".

"Lo fue. Lo es".

"Y no contribuye exactamente a una figura delgada".

"Si me inclinara, padre, la corbata del confesionario se caería".

El gabinete a su alrededor crujió y gimió cuando la figura oculta más allá se mostró.

"¡Siéntate quieto!" gritó el sacerdote

El gemido se detuvo.

El sacerdote estaba completamente despierto ahora y se sentía espléndido.

Nunca en años se había sentido tan vivo y consciente de su felizmente curioso y palpitante corazón y fina sangre que buscaba y encontraba, buscaba y encontraba los rincones más alejados de su ropa y cuerpo.

El calor del día se había ido.

Se sentía inmensamente fresco. Una especie de excitación palpitaba en sus muñecas y se demoraba en su garganta. Se inclinó casi como un amante hacia la rejilla y provocó más derrames.

"Oh, muchacho, eres raro".

"Y triste, padre, y veintidós años y puesto, y me odio por comer, y necesito hacer algo al respecto".

"¿Has intentado masticar más y tragar menos?"

"Oh, cada noche me voy a la cama diciendo: Señor, deja las barras crujientes y los besos de chocolate con leche y los Hershey's. ¡Cada mañana me levanto de la cama y corro a la licorería, no por licor, sino por ocho Nestlé en una fila! Estoy en un shock de azúcar al mediodía ".

"Eso no es tanto una confesión como un hecho médico, por lo que veo".

"Mi médico me grita, padre".

"Él debería."

"No escucho, padre".

"Debería."

"Mi madre no ayuda, es gorda y loca por los dulces".

"Espero que no seas uno de esos que todavía viven en casa".

"Estoy merodeando, padre".

"Dios, debería haber leyes contra los niños que holgazanean en la sombra redonda de sus mamás. ¿Tu padre está sobreviviendo a los dos?"

"De alguna manera."

"¿Y su peso?"

"Irving Gross, se llama a sí mismo. Lo cual es una broma sobre el tamaño y el peso y no sobre su nombre".

"¿Con ustedes tres, la acera está llena?"

"Ninguna bicicleta puede pasar, Padre".

"Cristo en el desierto", murmuró el sacerdote, "muriéndose de hambre durante cuarenta días".

"Suena como una dieta terrible, padre".

"Si conociera el desierto apropiado, te patearía allí".

"Vete, padre. Sin la ayuda de mi mamá y mi papá, un médico y amigos flacos que me resoplan, estoy fuera de mi bolsillo por comer y loco por lo mismo. Nunca soñé que terminaría con Te pido perdón, padre, pero me costó mucho traerme aquí. Si mis amigos supieran, si mi mamá, mi papá, mi médico loco supieran que estaba aquí contigo en este momento, ¡oh, qué diablos!

Hubo una espantosa estampida de pies, una carcajada de carne.

"¡Esperar!"

Pero el peso se escapó del cubículo de al lado.

Con un pisoteo de elefante, el joven se había ido.

Solo el olor a chocolate se quedó atrás y lo dijo todo al decir nada.

El calor del día se apoderó de él para sofocar y deprimir al anciano sacerdote.

Tuvo que salir del confesionario porque sabía que si se quedaba comenzaría a maldecir por lo bajo y tendría que salir corriendo para que le perdonaran los pecados en alguna otra parroquia.

Sufro de mal humor, oh, Señor, pensó. ¿Cuántas Avemarías por eso?

Ahora que lo pienso, ¿cuántas por mil toneladas, más o menos una tonelada, de chocolate?

¡Regresar! gritó en silencio en el pasillo vacío de la iglesia.

No, no lo hará, nunca ahora, pensó, presioné demasiado.

Y con eso como suprema depresión, fue a la casa parroquial a refrescarse y secarse el moquillo con una toalla.

Pasó un día, dos días, una semana.

Los mediodías sofocantes disolvieron al anciano sacerdote en un estupor de sudor y vinagre. Dormitaba en su cubículo, o revolvía papeles en la biblioteca sin forrar, miraba el césped desatendido y se recordaba a sí mismo hacer cabriolas con el cortacésped algún día. Pero, sobre todo, se encontró hirviendo de irritabilidad. La fornicación fue la moneda acuñada de la tierra, y la masturbación su sierva. O eso parecía por los pocos susurros que se deslizaban por la reja del confesionario durante las largas tardes.

El quince de julio, se encontró mirando a unos chicos que pasaban al ralentí en sus bicicletas, con la boca llena de barras Hershey que estaban tragando y masticando.

Esa noche se despertó pensando en Power House y Baby Ruth y Love Nest y Crunch.

Lo soportó todo el tiempo que pudo y luego se levantó, trató de leer, arrojó el libro, caminó de un lado a otro por la oscura noche de la iglesia y, finalmente, farfullando levemente, se acercó al altar y pidió uno de sus raros favores a Dios.

A la tarde siguiente, el joven que amaba el chocolate por fin regresó.

—Gracias, Señor —murmuró el sacerdote, al sentir que el gran peso crujía la otra mitad del confesionario como un barco hundido con carga salvaje.

"¿Qué?" susurró la voz joven desde el otro lado.

"Lo siento, no me estaba dirigiendo a ti", dijo el sacerdote.

Cerró los ojos e inhaló.

Las puertas de la fábrica de chocolate estaban abiertas de par en par en alguna parte y su suave especia avanzaba para cambiar la tierra.

Entonces, sucedió algo increíble.

Palabras agudas brotan de la boca del padre Malle:

"¡No deberías venir aquí!"

"¿Qué, qué, padre?"

"¡Ve a otro lado! No puedo ayudarte. Necesitas un trabajo especial. No, no".

El anciano sacerdote se quedó atónito al sentir que su propia mente saltaba de su lengua de esta manera. ¿Fue el calor, los largos días y semanas esperando por este demonio, qué, qué? Pero aun así su boca saltó:

"¡No hay ayuda aquí! No, no. Ve por ayuda-"

"¿A los psiquiatras, quieres decir?" la voz interrumpió, asombrosamente tranquila, considerando la explosión.

—Sí, sí, Señor, sálvanos, a esa gente. Los—los psiquiatras.

Esta última palabra fue aún más increíble. Pocas veces se había oído decirlo.

"Oh, Dios, Padre, ¿qué saben ellos?" dijo el joven.

Qué, en efecto, pensó el padre Malley, porque hacía tiempo que se había sentido desanimado por su charla carnavalesca y su charla y clamor de marcha hacia la retaguardia. ¡Dios mío, por qué no me retiro el cuello y me compro una barba! pensó, pero prosiguió con más calma:

"¿Qué saben ellos, hijo mío? Pues, dicen saberlo todo".

—¿Como solía afirmar la Iglesia, padre?

Silencio. Entonces:

"Hay una diferencia entre afirmar y saber", respondió el anciano sacerdote, tan tranquilamente como se lo permitía su corazón palpitante.

"Y la-Iglesia lo sabe, ¿es eso, Padre?"

"Y si no es así, doy"

"No te enojes de nuevo, padre". El joven hizo una pausa y suspiró. "No vine a bailar ángeles en la cabeza de un alfiler contigo. ¿Comienzo la confesión, padre?"

"¡Ya es hora!" El sacerdote se contuvo, se recostó, cerró los ojos con

dulzura y añadió: "¿Y bien?"

Y la voz del otro lado, con lengua y aliento de niño, teñida de besos laminados en plata, con sabor a panal, movida por azúcares recientes y recuerdos o fiestas y galas más inmediatas de Cadbury, comenzaba a describir su vida de conseguir levantarse y vivir y acostarse con delicias y tentaciones suizas de Hershey, Pensilvania, o cómo masticar la piel oscura del exterior de un Clark Bar y mantener el interior acaramelado y texturizado para sorpresas y celebraciones especiales.

De cómo el alma pedía y la lengua exigía y el estómago aceptaba y la sangre bailaba al son de Power House, la promesa de Love Nest, la entrega de Butterfinger, pero sobre todo el dulce murmullo africano del chocolate negro entre los dientes, tiñendo las encías, saboreando el paladar así murmurabas, susurrabas, murmurabas puro Congo, Zambesi, Chad en tu sueño.

Y cuanto más hablaba la voz, a medida que pasaban los días y las semanas, y el anciano sacerdote escuchaba, más ligera se volvía la carga al otro lado de la rejilla. El padre Malley supo, sin mirar, que la carne que envolvía esa voz estaba lloviendo y cayendo. La banda de rodadura era menos pesada. El confesionario no dio un grito de alarma tan grande cuando el cuerpo entró por la puerta de al lado.

Incluso con la joven voz allí y el joven, el olor a chocolate realmente se estaba desvaneciendo y casi había desaparecido.

Y fue el verano más hermoso que el anciano sacerdote había conocido jamás.

Una vez, años antes, cuando era un sacerdote muy joven, había sucedido algo muy parecido a esto, en su forma extraña y especial.

Una niña, de no más de dieciséis años por su voz, había venido a susurrar todos los días desde que terminaba la escuela hasta que se renovaba la escuela de otoño.

Durante todo ese largo verano, había estado tan cerca como un sacerdote de sentir un vivo afecto por ese susurro y esa querida voz. La había escuchado durante su atracción de julio, su locura de agosto y su desilusión de septiembre, y cuando ella se fue para siempre en octubre, entre lágrimas, quiso gritar: ¡Oh, quédate, quédate! ¡Cásate conmigo!

Pero yo soy el novio de las novias de Cristo, susurró otra voz.

Y él no había corrido, ese sacerdote muy joven, en los tráficos del mundo.

Ahora, acercándose a los sesenta, el alma joven dentro de él suspiró, se agitó, recordó, comparó ese viejo y desgastado recuerdo con este nuevo encuentro, de alguna manera divertido pero al mismo tiempo triste, con un alma perdida cuyo amor no era la locura de verano por chicas en trajes de

baño terribles, sino chocolate. desenvuelto en secreto y devorado en sigilo.

"Padre", dijo la voz, tarde una tarde. Ha sido un buen verano.

"Es extraño que digas eso", dijo el sacerdote. Yo mismo lo he pensado.

"Padre, tengo algo realmente horrible que confesarte".

"Estoy más que impactante, creo".

"Padre, no soy de su diócesis".

"Eso está bien."

"Y, Padre, perdóname, pero, yo—"

"Seguir."

"Ni siquiera soy católico".

"¡Tú eres qué!" gritó el anciano.

"Ni siquiera soy católico, padre. ¿No es horrible?"

"¿Horrible?"

"Quiero decir, lo siento, de verdad que lo siento. Me uniré a la iglesia, si quieres, padre, para hacer las paces".

"¿Unirte a la iglesia, idiota?" gritó el anciano. "¡Es demasiado tarde para eso! ¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes las profundidades de la depravación que has sondeado? Me has tomado el tiempo, me has torcido el oído, me has vuelto loco, me has pedido consejo, has necesitado un psiquiatra, discutió religión, criticó al Papa, si mal no recuerdo, y sí recuerdo, usó tres meses, ochenta o noventa días, y ahora, ahora, ahora ¿quieres unirte a la iglesia y 'hacer las paces'?"

"Si no le importa, padre".

"¡Mente! ¡Mente!" gritó el sacerdote, y cayó en una apoplejía de diez segundos.

Casi abrió la puerta de par en par para correr y sacar al culpable a la luz. Pero entonces:

"No fue todo en vano, padre", dijo la voz desde más allá de la reja.

El sacerdote se quedó en silencio.

Porque ya ves, Padre, que Dios te bendiga, me has ayudado".

El sacerdote se quedó muy callado.

"Sí, padre, oh, bendito seas, me has ayudado mucho y estoy en deuda", susurró la voz. "No lo has preguntado, pero ¿no lo adivinas? He perdido peso. No creerías el peso que he perdido. Ochenta, ochenta y cinco, noventa libras. Gracias a ti, padre. Lo dejé. Lo dejé. Respira hondo. Inhala".

El sacerdote, en contra de su deseo, así lo hizo.

"¿Qué hueles?"

"Nada."

"¡Nada, padre, nada! Se ha ido. El olor a chocolate y el chocolate con él. Se ha ido. Se ha ido. Soy libre".

El anciano sacerdote se sentó, sin saber qué decir, y sintió un picor peculiar en los párpados.

"Tú has hecho la obra de Cristo, Padre, como tú mismo debes saber. Él caminó por el mundo y ayudó. Tú caminas por el mundo y ayudas. Cuando yo estaba cayendo, tú extendiste tu mano, Padre, y me salvaste".

Entonces sucedió algo muy peculiar.

El padre Malley sintió que le brotaban lágrimas de los ojos. Se desbordaron. Corrieron a lo largo de sus mejillas. Se juntaron en sus labios apretados y él los desabrochó y las lágrimas cayeron de su barbilla. No pudo detenerlos. Vinieron, oh, Señor, vinieron como una lluvia de primavera después de los siete años de escasez y la sequía pasó y él solo, bailando, agradecido, en la lluvia.

Escuchó sonidos de la otra cabina y no podía estar seguro, pero de alguna manera sintió que el otro también estaba llorando.

Así que aquí estaban sentados, mientras el mundo pecaminoso corría por las calles, aquí en la dulce penumbra del incienso, dos hombres en lados opuestos de unos frágiles listones de madera, en una tarde de finales de verano, llorando.

Y por fin se quedaron muy callados y la voz preguntó con ansiedad: "¿Se encuentra bien, padre?"

El sacerdote respondió por fin, con los ojos cerrados: "Bien. Gracias".

"¿Hay algo que pueda hacer, padre?"

"Ya lo has hecho, hijo mío".

"Sobre... mi unión a la iglesia. Lo decía en serio".

"No importa."

"Pero sí importa. Me uniré. Aunque sea judío".

El padre Malley soltó una media carcajada. "¿Qué-qué?"

"Judío, padre, pero un judío irlandés, si eso ayuda".

"¡Oh sí!" rugió el anciano sacerdote. "¡Ayuda, ayuda!"

"¿Qué es tan divertido, padre?"

"¡No lo sé, pero es, es, divertido, divertido!"

Y aquí estalló en tales paroxismos de risa que lo hicieron llorar y tal torrente de lágrimas que lo hicieron reír de nuevo hasta que todo se mezcló en un gran estallido y alboroto. La iglesia devolvió de golpe ecos de risas purificadoras. En medio de todo eso, sabía que, contándole todo esto al obispo Kelley, su confesor, mañana lo dejarían libre. Una iglesia se lava bien, bien y bien, no sólo con las lágrimas del dolor, sino también con las escobas limpias y recién cortadas de ese perdón a uno mismo y a los demás que Dios le dio solo al hombre y lo llamó risa.

Los gritos mutuos tardaron un buen rato en amainar, porque ahora el

joven había dejado de llorar y se había puesto a reír también, y la iglesia se estremecía con los sonidos de dos hombres que en un minuto habían hecho algo triste y ahora hicieron otro. El feliz. El resfriado se había ido. Joy golpeó las paredes como pájaros salvajes que vuelan para ser libres.

Por fin, los sonidos se debilitaron. Los dos hombres se sentaron, limpiándose la cara, sin verse el uno al otro.

Entonces, como si el mundo supiera que debía haber un cambio de humor y de escena, un viento sopló en las puertas de la iglesia a lo lejos. Las hojas se desprendieron de los árboles y cayeron en los pasillos. Un olor a otoño llenó el aire oscuro. El verano realmente había terminado.

El padre Malley miró más allá de esa puerta y el viento y las hojas se alejaron y desaparecieron, y de repente, como en primavera, quiso irse con ellos. Su sangre exigía una salida, pero no había manera.

"Me voy, padre".

El anciano sacerdote se incorporó.

"Por el momento, querrás decir".

"No, me voy, padre. Esta es la última vez que estoy contigo".

¡No puedes hacer eso! pensó el sacerdote, y casi lo dice.

Pero en lugar de eso dijo, tan tranquilamente como pudo:

"¿A dónde vas, hijo?"

"Oh, en todo el mundo, padre. Muchos lugares. Siempre tuve miedo, antes. Nunca iba a ningún lado. Pero ahora, con mi peso perdido, me voy. Un nuevo trabajo y tantos lugares para estar".

"¿Cuánto tiempo estarás fuera, muchacho?"

"Un año, cinco años, diez. ¿Estarás aquí dentro de diez años, padre?

"Si Dios quiere."

"Bueno, en algún lugar del camino estaré en Roma y compraré algo pequeño, pero el Papa lo bendecirá y cuando regrese lo traeré aquí y lo buscaré".

"¿Harías eso?"

"Lo haré. ¿Me perdonas, Padre?"

"¿Para qué?"

"Para todo."

Nos hemos perdonado, querido muchacho, que es lo mejor que pueden hacer los hombres.

Hubo un mero movimiento de pies desde el otro lado.

"Ya me voy, Padre. ¿Es cierto que adiós significa Dios esté contigo?"

"Eso es lo que significa."

"Pues bien, oh de verdad, adiós, Padre".

"Y adiós en todo su significado original para ti, muchacho".

Y la cabina junto a su codo de repente estaba vacía.

Y el joven se fue.

Muchos años después, cuando el padre Malley era un hombre muy anciano y estaba dormido, sucedió algo final que llenó su vida. Una tarde, dormitando en el confesionario, escuchando la lluvia caer más allá de la iglesia, olió un olor extraño y familiar y abrió los ojos.

Suavemente, desde el otro lado de la rejilla, se filtraba un ligero olor a chocolate.

El confesionario crujió. En el otro lado, alguien estaba tratando de encontrar las palabras.

El anciano sacerdote se inclinó hacia adelante, su corazón latía rápidamente, loco por el asombro y la sorpresa. "¿Sí?" instó.

"Gracias," dijo un susurro, por fin.

"Pedir perdón ...?"

"Hace mucho tiempo", dijo el susurro. "Ayudaste. Estuviste mucho tiempo fuera. En la ciudad solo por hoy. Vi la iglesia. Gracias. Eso es todo. Tu regalo está en la caja de los pobres. Gracias".

Los pies corrían rápidamente.

El sacerdote, por primera vez en su vida, saltó del confesionario.

"¡Esperar!"

Pero el hombre, invisible, se había ido. Bajo o alto, gordo o delgado, no había forma de saberlo. La iglesia estaba vacía.

En la caja de los pobres, en la oscuridad, vaciló, luego metió la mano. Allí encontró una gran barra de chocolate de tamaño económico de ochenta y nueve centavos.

*Algún día, Padre, escuchó una voz lejana susurrar, L Te traeré un regalo bendecido por el Papa.*

¿Este? ¿Este? El anciano sacerdote hizo girar la barra en sus manos temblorosas. ¿Pero por qué no? ¿Que podría ser más perfecto?

Él lo vio todo. En Castel Gandolfo en un mediodía de verano con cinco mil turistas amontonados en un saco sudoroso abajo en el polvo y el Papa en lo alto de su balcón ondeando las raras bendiciones, de repente entre todo el tumulto, en todo el mar de brazos y manos, una sola mano valiente en alto …

Y en esa mano una gloriosa barra de chocolate envuelta en plata.

El anciano sacerdote asintió, no sorprendido.

Cerró con llave la barra de chocolate en un cajón especial de su estudio y, a veces, detrás del altar, años después, cuando el clima ahogaba las ventanas y la desesperación se filtraba por los goznes de la puerta, sacaba el chocolate y le daba el más mínimo mordisco.

No era la Hostia, no, no era la carne de Cristo. Pero era una vida. Y la

vida era suya. Y en esas ocasiones, no a menudo, pero con suficiente frecuencia, cuando mordía, sabía (Oh, gracias, Dios) sabía increíblemente dulce.

# SOBRE EL AUTOR

Ray Douglas Bradbury nació en Waukegan, Illinois, en 1920. Se graduó de una escuela secundaria de Los Ángeles en 1938. Su educación formal terminó allí, pero la prosiguió solo, de noche en la biblioteca y de día en su máquina de escribir. Vendió periódicos en las esquinas de las calles de Los Ángeles desde 1938 hasta 1942, un comienzo modesto para un hombre cuyo nombre algún día sería sinónimo de lo mejor de la ciencia ficción. Ray Bradbury vendió su primer cuento de ciencia ficción en 1941, y su reputación temprana se basa en las historias publicadas en las revistas de ciencia ficción en ciernes de la época. Su trabajo fue elegido para las mejores colecciones de cuentos estadounidenses en 1946, 1948 y 1952. Sus premios incluyen: The O. Henry Memorial Award, The Benjamin Franklin Award en 1954 y The Aviation-Space Writer's Association Award al mejor artículo espacial en una revista estadounidense. en 1967. El Sr. Bradbury ha escrito para televisión, radio, teatro y S, y ha sido publicado en todas las principales revistas estadounidenses. Las ediciones de sus novelas y ficciones más cortas abarcan varios continentes e idiomas, y ha ganado aceptación mundial por su trabajo. Sus títulos incluyen: Crónicas marcianas, Vino de diente de león, Canto el cuerpo eléctrico, Las manzanas de oro del sol, Medicina para la melancolía y El hombre ilustrado.